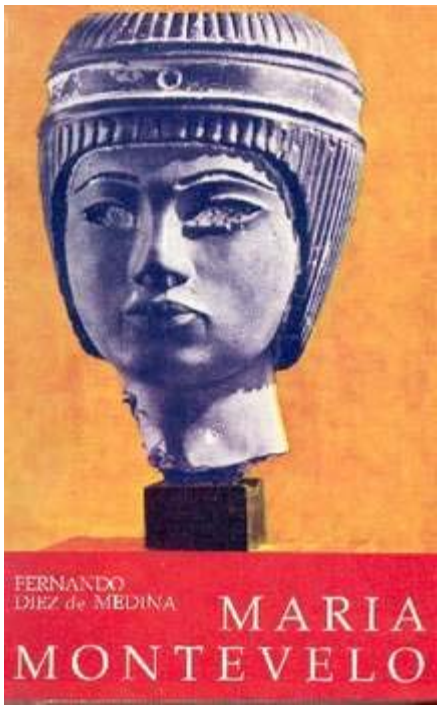

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

MARIA MONTEVELO

Novela

Memoria de dos viajes y una estrella

1987

Ana Maria Reyes Ortiz de Grisi

Auspiciamos la difusión del conocimiento

© Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz - Bolivia

INDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPITULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPITULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

“Mira: Ella ha partido para que puedas refugiarte en Ella”.

¤ - ¤

“Señor: has quebrado mi alegría”

¤ - ¤

“¡Silencio, dolor mío! Déjame buscarte un alivio. Es preciso que yo viva, ya que los muertos no recuerdan nada. Y yo quiero evocarla sin cesar”.

Omar Khayyam

1

Es un día de julio del soberbio invierno paceño que rivaliza en nitidez, colorido y esplendor con las más bellas alfombras de Tabriz o de Isfahan.

En la meseta que se corta bruscamente sobre el hoyo secular, todo aparece inmóvil, en reposo, como si paisaje y accidentes se hubieran subordinado a la quietud milenaria de la cordillera: montes titánicos, eternas nieves, rocas y vacíos espantables que mandan paz y permanencia en su sosiego. Acá "IIIimani" acuchilla el cielo con su mole prominente; allá "Illampu" enarca su cerviz de toro en el confín; y entre ambos colosos sonríe la dentadura magnífica de las cumbres inmemoriales restallantes de luz y poderío: " Mururata", "Chacaltaya", "Huayna-Potosí", "Nina-Collo", "Condoriri", "Ancohuma", "Chachacomani" y otros gigantes inmutables que derrotaron al tiempo. El altiplano hirsuto extiende sus bateas hasta los lindes del Titikaka vaciado en zafiros. Si se mira el cielo finge una imagen de la eternidad: ni una nube lo empaña, ni una sombra lo turba. Está, ahí para ser mirado y admirado como la tierra parca y dura, como el vacío que abre un hueco incolmable en el ojo que contempla, como la roca enhiesta de filos altaneros, como las rudas estatuas de nieve, como el vasto escenario un día tempestuoso que hoy se organiza en silencio e inmovilidad.

Por donde se mire la naturaleza predomina insolente sobre la criatura humana, humilla al ambicioso y al audaz.

Pero aunque ella imprime quieta majestad al conjunto físico, existen tres fuerzas que se sustraen al estatismo de las cosas: vientos, motores, gentes no pueden detener la revolución que los anima. Son los rebeldes, los nunca sosegados, porque su ley es el movimiento, la mudanza, la inquietud siempre tensa, dispuesta a partir.

Esas fuerzas animan, a su vez, los invisibles hilos de las corrientes magnéticas y eléctricas que cruzan al planeta y a sus pobladores, se dispersan y confrontan en recíproco alarde: los vientos como queriendo llevárselo todo en ímpetu envolvente; los motores zumbantes y coléricos, ebrios de poder en la actividad; las gentes confiadas, orgullosas, como si vientos y motores fuesen sólo servidores de su capricho.

Han subido caravanas de vehículos de la hoyada. Personas y bultos son empujados, se apiñan desordenadamente. Gritos, imprecaciones, telefonazos urgentes. Ansiedad y melancolía cruzan los rostros; otros lucen satisfechos, impacientes. Los nevados envían vientos extrapolares. El sol atiza sus fuelles invernales. Los horarios de los relojes mandan prepararse para el punto fatal que cambiará vidas y trabajos. El tiempo, consumido, consume a su vez. El espacio no quiere ser tragado por la ansiedad del hombre. Algo cargado de seres saldrá del planeta por unas horas, devorará minutos y kilómetros para volverse a posar en la tierra materna. Largos filamentos de penas y alegrías separarán y acercarán a las gentes. Unos pocos, envidiados, serán recordados por muchos. El gran corazón del mundo late con ritmo sereno y seguro; los pequeños corazones humanos aceleran sus revoluciones particulares.

El avión internacional se apresta a partir de La Paz a Buenos Aires.

En el aeropuerto flamean manos y pañuelos.

Por la cabina de la aeronave se agita una heterogénea muchedumbre: un pintor, un psicólogo recogerían materia rica y varia. El “jet" conduce más de 140 pasajeros y 9 tripulantes, todos diferentes entre sí. Si se los observa concentradamente, una por una cada criatura tiene algo de sol y de estrella; puede condensar la máxima movilidad en un solo rasgo, como si ella fuese el centro iluminador de toda la escena, o bien se distancia y se aminora, chispa de luz en el infinito espacio de las caras anhelantes. Es el espectáculo ritual dentro del pájaro mecánico antes de alzar vuelo: rostros ansiosos, bocas nerviosas o calladas, manos cargadas de electricidad, otras que trazan la señal de la cruz, risas ligeras que esconden temor. Un niño llora. El flemático hombre de negocios sigue dibujando números en el papel; ancianos asustados; los recién casados henchidos de felicidad; gentes absortas en interiores problemas; bellezas provocativas que viajan solas, madres y esposas vigilantes por maridos y críos, un sacerdote clavado en su breviario, muchachos que lo miran todo y preguntan sin cesar. Una pareja discute sin tregua. Un pasajero pide "dramamina" contra el mareo. Otro quiere que un señor obeso no grite tanto. La anciana abuelita medio sorda no puede entender lo que dicen sus tres nietas adolescentes. Dos militares tiesos, dignos, contrastan con un par de jóvenes atletas malvestidos que hablan en voz alta y gesticulan. Una linda señora los mira a hurtadillas. Personas familiarizadas con la travesía aérea leen o miran tranquilamente el paisaje. Un matrimonio maduro que acaso vuela por primera vez tiene enredadas las manos y ambos se miran tiernamente. La fauna humana es tan rica y variada que se puede escoger a voluntad caras, indumentos, actitudes.

En la tensa espera de la partida una vibración dramática que brota de las gentes parece circular por la carlinga: el monstruo de aluminio ha recogido la ola de ansiedad de los muñecos que lo habitan.

Antes de emprender su marcha, la cabina del "jet" es un teatro resumido: el observador ágil capta las parábolas individuales en su curvatura de mayor intensidad.

Las azafatas comprueban que todos tienen ceñidos debidamente los cinturones. Comienzan a trepidar los motores.

Allí abajo, en los últimos asientos casi vacíos, un hombre maduro, vestido de negro, absorto en sus pensamientos, da la sensación de hallarse fuera del avión. Mira sin ver, está en otro mundo ajeno al latir vital que lo circunda. La mirada fija en una lejanía imprecisa, llena de tristeza, lo desvincula de la animación general. Está solo, nadie repara en él. Cierra los ojos de tanto en tanto, se pasa la mano por la frente, se muerde los labios, o se inmoviliza en estatua dolorida. Se esfuerza por esconder el angustiado mirar. La cara, algo sesgada, no se deja observar bien pero si alguien viera con atención diría que corren lágrimas furtivas por ella.

Finalmente la azafata reparó en el solitario: tenía un rostro viril de rasgos acentuados. ¿Lloraba? Nacemos, vivimos, desaparecemos entre lágrimas; pero si a la mujer es concedido que vierta por ellas su emoción, al varón fue negado ese derecho; en él llorar es signo de debilidad. Educada y fina la azafata comprendió que el pasajero padecía un intenso quebranto físico o moral, de esos que nadie puede aliviar, y pasó a su lado sin perturbarlo.

¿Qué le importaba al hombre vestido de negro la opinión ajena? Nada podía apartarlo de la congoja que lo aniquilaba. Su vida hecha de hermosos años de dicha y comunicación había sido bruscamente truncada. Ya no estaba la esposa maternal que regocijaba y protegía su existir, la compañera de penas y alegrías, la bien amada que daba sentido a su quehacer de hombre y de artista. Nadie le escribiría esas cartas ternísimas que encendían de júbilo su corazón, nadie lo aguardaría en el hogar. La mujer linda, buena, sagacísima, adivinadora de su alma y su destino, había volado al ultramundo. ¿Y cómo puede sobrevivir el infortunado si lo privaron de centro y luz de su existencia? ¿Y cómo describir la suave poesía que emanaba de su figura, de su habla, de sus actos, el encantamiento sin pausa de su presencia y su influencia? Era la Reina de las Hadas: todo aquello que rozaba su varita mágica se transmutaba en oros de alegría. Y por cruel contraste: ¿quién puede imaginar, si no lo padeció, el terrible vacío, la desesperación que suscita la ausencia de la tiernamente amada?

La esposa-siempre novia: eso había sido para él su mujer, desde el primer día hasta el postrero.

Y él, más que marido, padre de familia, compañero, se convirtió en el eterno enamorado porque nada era más importante que estar junto a ella y complacerla. Las otras, las beldades tentadoras, deslumbrantes, en verdad no existieron para él, porque su esposa resumía, aventajaba a todas las mujeres, y la delicia de su presencia era un milagro renovado de pureza y de hermosura que cosa alguna podía desplazar.

En treinta y ocho años de amor conyugal jamás pensaste en cambiar de compañera, porque ella era siempre la mejor, la única, la insustituible. Reina en tu casa, en los salones, reina en la calle, en tu corazón y en tu inquietud. ¿Qué importa que tuviera millares de súbditos, pocos o uno solo? Instituída soberana nadie osó disputarle supremacía, porque tu voluntad con mil ejércitos celosos vigilaba alerta. El despertar junto a ella era una aurora de júbilo y el dormirse a su lado la victoria del bienaventurado. Próximo a la amada siempre contento, lejos de ella soñando solo en volver a su seno. Si viste en tu mujer un don de Dios y agradeciste cada día por la maravilla de su amor, entonces diré ¡oh fiel amador! que verdaderamente conociste el mayor de los afectos, el amor conyugal, el que se nutre de las horas y se acrecienta con los días, el que se afirma y perfecciona por su propia virtud, manantial de la dicha no pregonada.

"¿Pero he sido, yo, el sujeto de esa experiencia inefable?".

Aquella que alma y *ojos* buscaban anhelantes, la que dió regocijo a tu espíritu y fortaleza a tu voluntad, la compañera fiel, la bien amada de los buenos y los malos instantes, ordenadora de los días, refugio de las horas, semejante a las diosas griegas por su belleza, fuerte como las varonas bíblicas, forjada en el temple de las romanas heroínas, dulce y casta como las vírgenes cristianas, apasionada y recatada a un tiempo a la manera de las damas de la leyenda medieval, culta, inteligente, sensible, tallada en la madera fuerte y olorosa que buscan los varones arriesgados; mas en el encanto de los ojos hermosísimos, en la seducción indecible de la sonrisa, por la dignidad de la conducta, por el aire de confianza y de alegría que emana su presencia, en el misterio de la persona que todo lo sosiega e ilumina, por la gracia de una cercanía que no fatiga nunca, en el influjo secreto del ánimo que levanta y endereza otros ánimos, por ser fuente eterna de amor, de bondad y poesía: María, María, solamente María, la esposa indecible que jamás se cansó de cortejar.

¡Maravilla, oh maravilla! Hubo uno que habitó el Paraíso en la tierra junto a la mujer más adorable. Pero ese mismo hombre, después de muchos años de dicha, bruscamente separado de la mujer elegida, era precipitado en el averno: silencio, soledad, incomunicación y esos negros absolutos de la pena que tiñen todo de negación y desesperanza. ¿Por qué, por qué?

No quería recordar las horas, los días de angustia, pero los dardos crueles lo atravesaban sin piedad. "Leonardo querido: no sé qué me pasa…" Dos minutos después ya no era, ya no estaba. Estupor, llanto, desesperación. Luego anonadamiento. Y el negro, el negro, color funeral que se filtraba en todo, en las ropas, en las cosas, en las almas. Podía lucir el sol, brillaban plantas y colores, mas esas horas, esos días del derrumbamiento él se movía en una atmósfera oscura sin horizonte, sin salida. Una cueva de quejumbre y soledad. Estaban los hijos, la madre, los parientes, los amigos y no bastaban; era distinto. El requería la voz amada, la presencia insustituible, la mirada ternísima. Lloraba solo, callaba acompañado. El féretro que se la llevó adormecida le desgarraba lentamente el corazón. Al día siguiente la cama vacía, la habitación sin voces. La pena creciendo furiosamente como un galope de corceles desbocados. No quería escuchar consuelos ni reflexiones; ¿qué saben los demás del martirio interior de cada cual? Gestos, palabras, actitudes valen por la nobleza de la intención, pero mueren en el linde del dolor intransferible. No hay alivio para el sufriente. ¡Oh desgracia, desgracia! ¿Cómo en dos minutos pudiste hacer del hombre más feliz el más infortunado? Vacía la casa, silenciosa, triste como si todos sus hechizos hubieran fugado con ella. Y el aire grave de los hijos y los otros. Y el raro instinto de "Trucutú", el perrito fiel, que días antes de su muerte se aproximaba a ella afectuoso y preocupado a la vez, gimiendo cuando intentaban separarlo de su lado. Y lamentos, plañideras, recordaciones gratas, ausencias, vacíos, rayos de la memoria y del sentimiento entremezclados en la terrible urdimbre de la disociación que sigue a la pérdida mayor. El luchador paralizado, el artista mudo, el hombre dinámico y entusiasta herido en sus centros vitales. En ese tiempo de la angustia y el desamparo fue menos que un niño, más que un anciano; entonces supo que el sentimiento

gobernaba su vida y que nada puede la voluntad en tanto el ser sensible no recupera su equilibrio habitual. Esos cambios, esas mudanzas, esos trances imprevistos. ¿Cómo deshacer y volver a organizar lo que dejaron años de dicha y de armonía? Las caras sombrías, todos como más cariñosos, pero la frase temida martilleando los oídos "la muerte es para siempre, no más, ya nunca más". Y ella mata, también, a los que quedan, al cuitado. Y es justo pintarla negra y ciega, de órbitas huecas, vacío el sitio del corazón porque nada ve, nada siente, nada puede ofrecer: sólo ruina y pesadumbre.

El mundo se ha paralizado en la mente del solitario, pero sigue bullendo febril. Manos, pañuelos, se agitan en el aeropuerto. Los vehículos se movilizan para descender a la hoyada. En la cabina de comando se va a iniciar el vuelo. Los pasajeros se mueven, se estiran detrás de los cinturones que los fijan a los asientos. Llora un crío, pelean dos niños, una señora anciana se asusta y pide un calmante, una pareja se coge tiernamente de las manos, hay risas fuertes, otras nerviosas en voz baja. Un señor escudriña por la ventanilla a los seres queridos empequeñecidos por la distancia. Otro llena su libreta de apuntes. Los hay que conversan tranquilos, indiferentes al próximo despegue; algunos, novatos, poco habituados o asustadizos no pueden disimular su nerviosismo. Las azafatas se mueven rápidas, seguras, por el estrecho pasillo central procurando atender a todos.

La chica morena espía al hombre vestido de negro sin atreverse a turbar su soledad. ¡Pobrecito! Pero la otra azafata, menos discreta, se aproxima al solitario y pregunta suavemente:

—Señor: ¿desea una aspirina tal vez?

El hombre de negro no se mueve, no contesta, o no quiere ser interrumpido. La muchacha se retira.

El viajero mira obstinadamente hacia el confín.

"No más, nunca más..." ¿Cómo pudo suceder, Señor? No es posible: lo que tu uniste nada debía separar. Teníamos proyectado irnos juntos, como vivimos, unidos siempre... Estoy soñando, despiértame Dios mío, apiádate de tu siervo Leonardo, que cese la atroz pesadilla. Este viaje estaba destinado al descanso de los disgustos que solo ella sabía atenuar y disolver; ahora debo realizarlo solo, destrozado, privado de la mejor mitad de mí mismo. ¿Cómo seguir viviendo sin la compañera que me diste? No comprendo por qué me la arrebataste. No puede ser, no puede ser... Este gris cruel que apaga los colores, este llanto que me convierte en un niño, esta muerte en vida ¿no es peor que la muerte en muerte? Mi fuerza toda, mi amor al bien y a la belleza, mi incansable actividad, mi entusiasmo por la vida y por la lucha, todo cuanto soñé y realicé, mi doble y larga aventura de hombre y de artista…todo se fue con ella. Éramos dos en uno ¿cómo subsistir mutilado? Las nupcias del cielo y del infierno: Blake ignoraba que lo imaginado en desconocidos ultramundos sucede aquí mismo, en la terrena contingencia; más quien no lo padeció no puede comprenderlo. Señor: ¿por qué este castigo, esta prueba tremenda, este hacer de un hombre una sombra? Me cegaste visión y corazón: no veo ya, sólo puedo recordar. Soy el arrojado del reino de María. Quien mucho amó, mucho debe padecer; ¿es ésta tu ley? Yo, cristiano y soñador, admito que amor y muerte son la revelación profunda del misterio del Cristo, y la esperanza su promesa de transfiguración; pero hasta que vuelvas a juntarnos, Dios mío ¿cómo colmar los días de soledad y de amargura que me esperan? Habría sido tan bello, tan dulce hacer este viaje con ella... Soy el proscrito, el expulsado de la patria-amor, el condenado a vagar sin alegría y sin descanso. Tu siervo, herido, prosternado en el polvo. ¡Señor! Me diste el mayor de los dones que concedes a los hombres: la esposa fiel, la esposa siempre amada, y también el mayor de tus castigos: la privación de su presencia y su ternura. El victorioso de ayer es hoy el derrotado. Quebraste mi orgullo y mi ambición. De llanto serán mis noches, mis días de abandono. Me entregas por madre la tristeza, por hermana la desesperanza. ¿Sueño, verdad, consuelos poéticos, confusa realidad? Daría todas las grandezas de la filosofía, el poderío de los imperios por verla pasar, una vez más, delante de mis ojos…Pero tú dispusiste otra cosa. ¡Oh Dios de bondad, Dios de expiación, el inesperado en sus designios! ¿Por qué elegiste a tu siervo para tan cruel destino?

Comenzaron a zumbar los motores, trepidó la cabina, y el tiempo se aceleraba locamente en el espacio interior del hombre vestido de negro.

Allí lejos, lejos divisó un puntito que se desprendía del aeropuerto en dirección a la aeronave, avanzando con majestad y en forma incomprensible, devorando la distancia hasta tomar la forma de mujer.

Era una figura esbelta, erguida, que avanzaba con andar de navío, con un traje granate que le ceñía el cuerpo a maravilla. Alzó la mano en señal de saludo. ¡Pero era imposible! Estaba lejos y próxima a la vez. El “jet" iba ya a partir, no podría alcanzarlo... Quiso gritar, pedir ayuda, mas ella estaba de pronto cerquísima: los ojos negros lo miraban tiernamente, alegremente, la sonrisa bailaba en sus labios. Nuevamente sintió el impulso de hablar, de pedir que detuvieran la aeronave, pero no pudo emitir palabra alguna paralizado por la emoción, y ella seguía acercándose poniendo el índice en la boca, pidiendo silencio.

No supo, en verdad, cómo sucedió. De pronto apareció a su lado, tomó asiento junto a él y cogiéndole la mano dijo sencillamente con esa voz dulce y querida que sonaba como la música más bella:

—Te dije que haríamos el viaje juntos.

Leonardo no pudo responder. Conmovido por ondas de alegría miraba y se extasiaba en la contemplación de su esposa. Dos lágrimas finales rodaron por sus mejillas. Entonces ella sacó un pañuelo perfumado del pequeño bolso y le limpió la cara:

—Los hombres no deben llorar sino en su casa y con su mujer —dijo dulcemente— no sabes cómo me ha conmovido tu pena. Por eso estoy aquí.

¿Soñaba, deliraba? El recordaba la noche trágica velando el cuerpo inerte, las torturas del sepelio, la despedida final que lo sumió, después, en la oscura desesperación de un dolor sin alivio. Emprendía el viaje solo, para alejarse del querido ambiente hogareño donde todo hablaba de ella, donde los recuerdos se alzaban como dardos punzantes. Había imprecado al destino, había dudado de la bondad divina, había renegado del amor y de la humana dicha. Viajaba para atenuar en el torbellino de rostros y de imágenes nuevas la idea fija de la soledad que lo asediaba. El viaje se iniciaba en una niebla de confusión. Ya nada esperaba del mundo: ir aquí o allá, indiferente. Decidido a soportar su desgracia había subido al avión como el condenado asciende al patíbulo. ¿Cómo seguir viviendo privado de su presencia? Y de pronto —lumbre en su noche— la maravillosa regresaba... ¿Era posible, era ficción?

Miró en torno. El "jet" despegaba del suelo, la tierra huía velozmente, los pasajeros eran los mismos, las azafatas se movían con soltura. Respiró hondo. María estaba a su lado, deliciosamente linda y joven, le apretaba la mano con suavidad, sonreía entre burlona y afectuosa.

—Incrédulo —profirió en voz baja— ¿por qué dudas? Leonardo repuso vacilante:

—No sé... Es tan extraño todo lo que nos ha ocurrido, que aún no estoy en mí. ¿Te perdí o no te perdí? Que será... Ese dolor lacerante, esas noches sin sueño, los días vacíos, la angustia de no encontrarte... Y ahora, nuevamente, junto a mi esposa. ¿No es increíble? ¡Dime, dime que no estoy soñando!

Ella no pudo esconder la fina melancolía que le velaba el mirar:

—No estás soñando —contestó— pero ya no será como antes. Tienes que aceptar lo que vendrá.

—¡Cómo! Tú, la compañera fiel, ¿podrías cambiar? Todo debe ser como siempre fue entre nosotros.

—Para tí seré siempre la misma —repuso ella— mas nos moveremos en un tiempo sin tiempos, en un espacio sin dimensiones. Cuando estemos juntos no preguntes, cuando me ausente no caviles. Disfrutemos las horas felices.

El la miró perplejo. Luego la antigua confianza renació.

—Está bien, esposa amada —replicó— ¿y ahora qué deseas? Vuelvo a ejercer mi mejor oficio: complacerte.

María volvió a sonreír agradecida:

—¿Cuál es la primera etapa, Londres? Tracemos planes de lo que haremos en Londres.

I

Bajaban por la calle Mercado, rumbo al Prado, conversando animadamente sobre el resultado de los exámenes. Gerardo, el rubio, hijo de alemanes estaba en "sexto"; estudioso, deportista, amaba los números y la ciencia. Leonardo, el moreno, boliviano, decía salir del "quinto"; poeta, soñador, gustaba más de las letras y las artes, pero los unía la juventud, el deporte y una estrecha afinidad de ideas.

—El profesor de ciencias naturales me puso 20 en lugar de 21—dijo Gerardo— sólo porque lo miré burlón cuando se equivocó. Ese punto de menos no se lo perdonaré nunca; debido a él no obtendré la medalla de mejor alumno del "Ayacucho". Cuando saque mi titulo de bachiller lo escupiré en la calle.

Leonardo soltó una carcajada:

—Todos dicen lo mismo. Cuando se titulen se vengarán del profesor que les hizo daño, pero salen bachilleres y olvidan su rencor. ¡Bah! Pobre viejo; deja que desahogue su malhumor. No te vengarás.

—Olvidas que soy teutón; yo no olvido las ofensas.

—Es mejor olvidar. ¿No ves que a nuestra juventud se abren todas las puertas, en tanto que para el pobre profesor solo existe la última de todas?

Gerardo intentó una represalia:

—Bueno, siempre me convences. Es viejo, sí, pero abusa de sus canas. Transemos: por lo menos que se vaya al diablo!

Bajaron de la acera pasando a un grupo de señores que andaban lentamente perturbando su rápida marcha. Nuevamente en ella el joven moreno cogió del brazo al rubio y reparando en dos figuras femeninas que caminaban delante de ellos, dijo imperioso:

—¡Espera! Las seguiremos. Son las hermanas Montevelo; conozco a una.

Gerardo reaccionó disgustado:

—Aunque fueran las mujeres más lindas del mundo. Son dos señoritas de sociedad, casaderas, bastante mayores que nosotros. ¿Qué conseguiríamos? Volvamos a nuestras muchachitas. Vamos, no pierdas el tiempo.

—Por favor, acompáñame —pidió Leonardo.

Siguieron caminando detrás de las jóvenes que avanzaban con paso rítmico y elástico. Los cuerpos ágiles se movían con gracia natural. Bien conformadas, de proporciones admirables, las hermanas Montevelo sobresalían por su belleza y distinción. El rubio se resistía a demorar la marcha en el inútil seguimiento de las beldades inaccesibles. "No se fijarán en nosotros" —insistía. "¿Y qué importa? —replicaba el otro— lo que cuenta es que nosotros podemos verlas a ellas. Espera, no te impacientes. ¿Olvidas aquello de la contemplación desinteresada? Y lo bello inaccesible ¿no es, acaso, lo mejor?".

Dos mujeres jóvenes, erguidas, esbeltas, y que saben caminar pueden ser seguidas largamente. Y esa mañana aconteció que los estudiantes se dejaron ganar por el hechizo de

las dos figuras en movimiento. "¿Y si no fueran las Montevelo?" Sería lo mismo: vale la pena ir tras ellas y admirarlas. "Pero son las Montevelo; conozco a la menor". Caminaban las muchachas con andar parejo, sus pasos enlazaban con medidas de tiempo invisibles pero exactas como si un mágico metrónomo regulara la música secreta de su marcha, fundiendo ambas siluetas en una sola traslación cadenciosa que nada podría alterar. Así enlazan los números en las altas matemáticas y se tocan y desplazan los signos algebraicos —pensaba Gerardo, porque la andadura armoniosa de las hermanas le sugería acercamientos al enigma del número como expresión del universo. Si para los pitagóricos número, medida, eran la esencia de las cosas ¿por qué la marcha rítmica de dos mujeres jóvenes no podría ser la clave del equilibrio humano en la inmensa confusión del mundo? Leonardo pensaba más bien en el misterio del girar de las estrellas: creía que dos chispas desprendidas del cielo y encarnadas en figura de mujer, habían traído a la pesada tierra un soplo aéreo de las celestes armonías. Una mujer linda, arrogante, desdeñosa ¿no es el espectáculo más cautivador de la naturaleza viva? Pensaron muchas cosas, absurdas unas, deliciosas otras, porque dos estudiantes —de dieciocho años en pos de mujeres hermosas, bien plantadas, que saben caminar, pueden avanzar largamente en el espacio físico y distancias infinitas en la fantasía cuando la seducción del eros femenil enciende su imaginación y su voluntad. Pocos minutos después de iniciar la persecución ninguno pensaba abandonarla. "Son magníficas" —apuntó Gerardo. "Ya lo sabía"— añadió Leonardo. A poco andar, el rubio ya no pensaba que existiera una gran distancia entre ellos y las señoritas que seguían. Entonces el muchacho moreno lo sacó de su delirio:

—Escucha: su casa está cerca. Las pasaremos. Yo saludaré a la menor y tú te fijarás en sus caras: son maravillosas.

Así lo hicieron. Al pasar junto a las jóvenes, Leonardo saludó a María, la menor de las Montevelo, sin duda la más hermosa. Gerardo reparó en ambas: eran seductoras.

—¿No podías pensar algo menos breve que "buenos días"? Apenas te ha contestado "hola", y la otra nada.

—¿ Y qué podían, decir a dos colegiales como nosotros?

Gerardo calló unos instantes; luego volvió a la carga:

—¿No te lo dije? Están muy lejos de nosotros. Son orgullosas.

Leonardo las defendió:

—Son bien educadas, cosa distinta. No fuimos presentados a la mayor. Y María… bueno, María… no soy amigo de ella, simplemente la conozco. ¿Por qué había de contestar más de ese "hola" que ya es mucho?

—Tú siempre pones los ojos en imposibles —adujo Gerardo—. ¿Qué ganas con pensar en María Montevelo? No está destinada a tí ni a ningún estudiante.

—¿Es que no puedes admirar una estrella aún sabiendo que no descenderá hacia tí?

—Romántico y empecinado, Leonardo, tú puedes ir lejos, porque tienes carácter y ambición, pero si te amarras temprano a una mujer, aunque sea sólo en el ideal, obstruirás tu camino. Ya sabes mi regla: antes de los 25, solo estudio y libertad.

Llegaron a la esquina, volteando instintivamente el momento que las jóvenes entraban a su casa. No estaban lejos y Gerardo reparó en la expresión del rostro de su amigo: parecía desolado, mendigando una mirada postrera. Lindaura entró primero, luego María más ninguna volvió la cabeza hacia donde se hallaban los estudiantes.

Cuando las jóvenes desaparecieron, los amigos reanudaron su marcha rápida y alegre:

—¿Te pasó la fiebre? —preguntó el rubio burlón.

—Me conmueve cuando la veo. La miro porque la admiro. Sé que no fuí hecho para María Montevelo: es tan bella, tan perfecta… Si algún —día me caso buscaré una mujer como ella y que no me exceda en edad.

—Bueno, ya estás razonable. Como ideal es estupenda, pero tú y yo giramos en otra órbita.

Se separaron en plaza Abaroa. Gerardo preocupado porque aún debía domar el potrillo que conduciría en el concurso hípico del domingo, Leonardo pensando que María Montevelo pudo mirar hacia la esquina para permitirle recoger el fluido de belleza que tensaba las cuerdas de su soñadora juventud.

2

—Tienes que comprenderlo —dijo la esposa— estaré mas no siempre. Hay otras cosas que no puedo revelarte.

Leonardo se revolvió impaciente en el asiento del avión.

—¿Viniste para dejarme?

Ella movió la cabeza en señal negativa:

—Nunca te abandonaré. Mientras permanezca a tu lado, visible sólo para tí, quedaré oculta a los demás. Otras veces, cuando no podamos reunirnos, estaré en tu mente, en tu corazón, en tu memoria. Pasaremos momentos difíciles pero nuestro amor vencerá. No desconfíes.

Había tal pureza y bondad en sus ojos, que Lisuarte se tranquilizó: ella siempre tenía razón. Su esposa lo acompañaría en el viaje. Estaba junto a él, linda, jovial con ese aire distinguido que la encumbraba una entre todas. ¿Pero era posible? Hacía pocos instantes sentíase el más desdichado de los hombres, privado de amor y comunicación, sumido en oscuro penar; y ahora estaba nuevamente en el perdido edén. Ella sonreía, la mano querida presionaba en la suya. Mirándose en el misterio de los ojos oscuros suaves ondas de alegría batían su corazón.

—¡Oh María, cómo he padecido por tu ausencia!

—Ya pasó. Estoy contigo. Dime cómo será tu nuevo libro.

Lisuarte sintió que alas mágicas lo remontaban a un pretérito prodigioso: volvía la voz amada que hacía tantos años solicitaba explicarle el sentido de sus primeros poemas, la compañera que señalaba defectos o exaltaba hallazgos del creador apasionado, la esposa que bautizaba con el óleo de su ternura todo cuanto surgía de su pluma.

Se aprestaba a complacerla cuando una azafata se aproximó preguntando:

—Señor: esa joven que está parada allí, pregunta si le permite usted ocupar este asiento vacío a su lado.

Leonardo reaccionó con vivacidad:

—Este asiento no está vacío. Diga usted a esa joven que estoy acompañado y que no deseo ser interrumpido.

La azafata abrió los ojos, sorprendida, vaciló y encogiendo los hombros transmitió la respuesta a la interesada.

Al oírla, ésta explosionó con furia:

—Los asientos del avión pertenecen a todos los pasajeros. No debí preguntar nada sino sentarme a su lado. Ese sujeto no es un caballero, es un patán.

—Sabe —agregó la azafata— a mí me parece que... (y se llevó un dedo a la sien girándolo varias veces significativamente).

—¡Bueno! —replicó la joven insolente— ¡Oué me importa! Cuando viajo sola me agrada hacer compañía a otro solitario. Ese debe ser loco como usted piensa, o tal vez un "esplinático" que se finge loco.

Lisuarte sumergiéndose en el mirar amado empezó a dibujar lo que sería su nueva obra.

—Escucha, María. De mi arte hice mi vida, pero en realidad mi vida es mi arte. Las páginas mejores brotaron por tí, para tí, son chispas de oro santificadas por tu amor. Así como un libro nos permitió superar la partida prematura de nuestra pequeña Diana, ahora proyecto una memoria de este viaje y del otro, mayor, el de la vida: será la exaltación del amor conyugal, la consagración de nuestra dicha…

—¿ Y los protagonistas?

—Naturalmente: tu y yo.

—Nunca me agradó que me idealices en exceso. Sólo soy tu mujer, hay tantas, tantísimas como yo.

—La heroína se llamará María, como tú.

—Ponle otro nombre.

—No podré complacerte. En un poema me hiciste decir Caria por María; en mi novela anterior te embosqué detrás del nombre de Gradiva; ahora serás María, solamente María, en el esplendor de tu bondad y de tu encanto.

Ella sonrió, ruborizada:

—Mi poeta no ha envejecido; sigue siendo el fiel amador.

Leonardo prosiguió contorneando el tema.

—¿Por qué todo habría de ser en el amor vértigo, exasperación? Cuanto más leo la novelística moderna con mayor fuerza me espanto de la falta de imaginación, de pudor, del inmoralismo actuales. Diría mejor: de la perversión que ciñe los nuevos relatos. Ya no se cuentan historias nobles, sencillas, o simplemente bellas, porque las gentes complicadas, exigen narraciones exasperantes. ¿Por qué buscar en el crimen, en el adulterio, en los vicios de una sociedad desaforada las razones y variedad del eros viviente, cuando es en la pureza de los novios y en el fervor de los esposos donde residen las más lindas historias de amor? No importa que me tilden de pasatista, sentimentaloide, romanticón; pasado, sentimiento, romanticismo son palabras que muchos desprecian porque ignoran su significación profunda. ¿Qué amor más admirable que aquel que los años y el trato ahondaron sin cesar? Nada representan las travesuras del donjuan mundano frente a la pasión firme y ascendente del marido enamorado de su mujer. ¿Es que todas las mujeres no están contenidas en una sola, cuando el amador sólo tiene sentidos para ella? Y el hombre más afortunado ¿no es aquel que puede exclamar: soy el primero y el único amor de mi esposa?

Delicadamente María preguntó:

—¿Crees que estas cosas íntimas, que solo nosotros y pocos entienden podrían llegar a muchos?

—No importa —repuso Leonardo— no escribo para multitudes. Bastará que algunos matrimonios, semejantes al nuestro, lean y disfruten la emoción de la historia que me propongo narrar: esa será mi recompensa.

—Tu intención es noble, me halaga... pero la dicha, no sé, es mas para vivida que para contada.

—Siempre amé lo difícil, lo casi imposible, lo intentaré. Narrar nuestro amor, sus deliquios, las penas y vacíos de tu partida; será la única manera de no volverme loco.

La esposa volvió a sonreír melancólica:

—Nunca te dejé.

Callaron. Lisuarte cerró los ojos. La mano querida seguía presionando la suya. "¿Es que habito en dos planos?" Está y no está, la siento y no la siento, sigue siendo la amada ideal aunque la esposa no pueda persistir constante. ¿Diálogo, soliloquio, verdad o fantasía? Abrió los ojos. Dentro de la carlinga todo transcurría normal; la aeronave apenas se movía en el vuelo plácido pero pasajeros y azafatas lo restituían a la realidad del viaje aéreo. También María era real, verdadera, palpable. Su voz fluía pura, tierna. Al mirarlo sus ojos brillaban de felicidad. Era cierto: estaba ella. Nadie podría separarlos, nadie...

La voz de otra azafata vino a romper el hechizo:

—¿Desea una revista, cigarrillos? Puedo dárselos.

Lisuarte se enfadó:

—¡Por favor, señorita! Yo no molesto a nadie y no deseo que nadie me moleste.

La azafata se retiró contrariada.

—Leonardo —dijo la esposa— has sido brusco sin motivo. Ella no puede verme, quiso ser gentil. La reñiste injustamente. Cuando vuelva a pasar discúlpate.

—Está bien, genio bueno —contestó Lisuarte— haré, como siempre, lo que te agrade: esa es mi dicha.

—Y la mía verte feliz.

Luego María añadió persuasiva:

—Ahora duerme un poco; el vuelo es largo y estás cansado.

—¿Pero no estoy soñando? —alegó él. Nuestro amor conyugal, amor sin nubes, largo de tantos y tan bellos años, me parece un extenso y continuado sueño de amor. Haberte merecido es como habitar un mundo ignoto, vivir una vida misteriosa que solo a poquísimos mortales fue concedida: un don de Dios...

—Duerme, mi poeta, ya estás delirando.

Y escuchando la voz amada Lisuarte, el desdichado, el felicísimo, se durmió en el avión que volaba a Londres conduciendo muchos pasajeros, entre ellos un solitario, un loco, un fantasma, un poeta, un desencarnado amor reencarnada en la mitad viviente, el dolorido que se niega a separarse de la antigua alegría, el custodio de su propio dolor, el juguete de la Moira implacable… ¿Quién podría decirlo? El solitario-acompañado es un contrasentido y no obstante puede suceder porque todo es posible para el amor victorioso de los cónyuges, el amor fiel vencedor del olvido y de la muerte que une mundo y ultramundo, pasados, presentes y futuros porque solo existe un tiempo inmortal para aquellos que saben defender su ventura, aún en medio al terror y a la desgracia que suscita la Separadora de los Amantes.

—El hombre raro se ha dormido —dijo una azafata a la otra.

Esta lo miró con atención. Luego, sorprendida, repuso:

—Pobrecito: está descansando del sufrimiento que lo acosaba. Pero ahora su cara no revela angustia, sino serenidad. Y fíjate, qué curioso: tiene la diestra en el asiento próximo como si estuviera cogiendo otra mano...

Y el hombre vestido de negro navegaba en su pensamiento como el "jet" entre nubes: seguro, velocísimo, asediado por descargas eléctricas y oscuridades pavorosas, rumbo a destinos desconocidos que iluminaba el nombre de María.

3

Altura: encima de los 9.000 metros. Velocidad: 880 kilómetros por hora. Vientos fuertes. Zonas que amagan tormenta. La mayoría de los pasajeros duermen o dormita. Los pilotos se turnan en el mando. Vuelo normal: a las 23 se cruza el Atlántico, entre Santos y Dakar. Faltan dos horas para aterrizar en suelo africano.

La aeronave avanza segura; nada podría impedir la regularidad de su marcha. En la noche oscura no hay puntos de referencia en el cielo ni en el mar para medir su velocidad. El pasajero que reflexiona sobre aeronavegación, sin descontar el pequeño margen de riesgo que la circunda, bascula entre dos sentimientos encontrados: confianza, pues todo parece ajustarse al ritmo isócrono de los motores y estos vuelos se realizan por centenas o millares sin el menor incidente; temor, recelo al recordar que algunos aviones desaparecieron en el océano con su carga humana sin dejar rastro, o se estrellaron contra un pico montañoso. Los coeficientes de seguridad son, ahora, muy elevados; tendría que suceder algo extraordinario para lamentar una catástrofe... Pero el destino ronda y de pronto, uno entre miles, este avión u otro podría cortar vidas en segundos.

Los relatos de Saint -Exupéry que narran las proezas de la Aeropostal Francesa, cuarenta años atrás, dan idea de lo avanzado en punto a eficiencia y seguridad. En débiles pajarillas que solo contenían al piloto, al radio -operador y los sacos de correspondencia se cruzaba el Atlántico con motores incipientes e instrumentos rudimentarios que no siempre guiaban con precisión al aviador. Entonces la inteligencia y el coraje de los pilotos hacían tanto como la máquina voladora; recuérdese las peripecias y la desaparición de Mermoz, de Guillaumet, de Bernis trágicamente desvanecidos.

Evocando las páginas épicas del escritor-aviador, Lisuarte se avergonzaba de dudas y temores; no, no podía pasar nada. El "jet" vence todos los obstáculos, fue construído para eso: para salir siempre adelante. Los pilotos son hábiles, prudentes, vigilan sin descanso auxiliados por mil medios mecánicos. Nada puede suceder, llegarían a Dakar, y si algo ocurriera mejor, porque así podría juntarse con su esposa. Dos contrincantes litigaban en su espíritu. "¡Cómo! —decía el creyente— ¿Olvidaste su visita, la conversación sostenida, su promesa de acompañarte aún con treguas de ausencia? Tocaste su mano, tu hombro rozó el suyo, te sumergiste en el enigma de sus ojos, fuiste ungido por su sonrisa… ¿Y aún dudas?" Pero el otro, el realista, el escéptico, el dolorido, respondía: "Ha sido un sueño, delirio, una perturbación de tu mente. No fue ella, eras tu mismo desdoblado que creías revivirla. Un deseo alucinado de volver al perdido encantamiento. Lo que se fue es para siempre. Nunca más, nunca más". La invocó con desesperada anhelo. Ni su imagen quería acudir al llamado. Silencio y vacío. Ciertamente: viajaba solo, no podía comunicar con ella. Había sido víctima de una alucinación, una forma potenciada de la memoria que lo trajo o creyó traerlo al tiempo desaparecido. ¿Acaso no había pasado por la terrible experiencia de su muerte, del sepelio, de los días desgarradores que siguieron a su partida? Viajaba porque sí, impelido por los suyos, solo, definitivamente solo porque nadie puede llenar el vacío que deja el cónyuge ausente. Hasta las palabras de María confirmaban la evidencia de su mal: "siempre estás soñando cosas". Había soñado una vez más.

Al aproximarse a Dakar el avión entró a una zona turbulenta. Las primeras sacudidas despertaron al pasajero: luz roja, emergencia, asegurar los cinturones. Por las ventanillas los relámpagos acuchillaban la noche; a su fugaz claridad se veían nubes monstruosas, blanquísimas. Las azafatas procuraban tranquilizar a los más asustados:

—No es nada, ya pasará.

Como para desmentirlas, un pozo de aire arrastró la máquina cincuenta metros en descenso vertiginoso. Se oyeron gritos de terror. Un oficial voceó por el altavoz:

—No asustarse; es sólo un vacío. Viajamos normalmente.

Pero las gentes rezaban o se revolvían nerviosas en los asientos. ¿Qué es un "vacío" en el vuelo? Para el aviador cosa normal, si no frecuente, nada que atemorice porque el "jet" posee potencia para desafiar el percance. Para los pasajeros y particularmente para los que vuelan por primera vez, la súbita y velocísima caída es una experiencia temible: se cree caer mil, dos mil metros. Poza sin fondo. Se piensa terminar en las fauces desmesuradas del océano. Si no se repite el "vacío" prosiguen las sacudidas que hacen vibrar el fuselaje y se transmiten alevosas a los nervios de las gentes.

Uno, dos, tres minutos en zona de turbulencia bastan para alterar a los más serenos. Los niños, ajenos al peligro, dormían confiados. De los adultos, nadie. Una corriente eléctrica producida por la tempestad exterior circulaba por la cabina. El sacerdote encendió la luz para leer tranquilamente su libro de oraciones. Los enamorados se miraban angustiados fuertemente cogidos de las manos. La beldad solitaria pedía auxilio con los ojos aterrados. Un señor de edad madura se mordía las uñas. Otro abrazaba a su mujer. Dos adolescentes se divertían sin disimular chispas de temor en los ojos. Las azafatas distribuían píldoras y frases de alivio, sujetándose prudentemente a los respaldares de los asientos para no perder el equilibrio. ¿Quién atacaba al avión y sacudía la cabina como si fuera a desintegrarla? Hubieron dos, tres desplazamientos laterales que los más sensibles recogieron claramente. Los pasajeros se hallaban al borde del pánico cuando la lucecita roja se apagó y la voz firme del oficial anunciaba:

—Pasó el peligro. Entramos a zona tranquila.

Por arte de magia cesaron las sacudidas, se encendieron las luces, volvieron a lucir sonrientes las caras. Todos se contemplaban animosos, muchos avergonzados del miedo que se alejaba con rapidez.

Lisuarte monologaba en silencio. "Tuve miedo, acaso menos que otros, porque el cuerpo es cobarde siempre; pero esta vez la sensación era doble: junto al temor, puramente animal, tenía la esperanza de que el fracaso de la máquina podía llevarme junto a ella. ¿Existe el ultramundo o solo se vive corto y una vez? En ambos casos, mejor perecer que continuar subsistiendo arrastrado como animal herido. ¿Qué importa que no corra sangre ni se desmadeje el cuerpo si el alma, desgarrada, conduce a torturas mayores? Solo, solo, solo... Tus victorias a nadie interesan, tus terrores tampoco. La voz afectuosa que respondía tus preguntas y estimulaba tu acción, ya no es. ¿Para qué viajas, por qué volver al terruño? Hay, todavía, mucho que te vincula al hogar y al mundo, mas en tí, el hombre interior, el verdadero ¿cómo podría persistir sin tu esposa? Nadie sabe lo que valen presencia y compañía de mujer hasta que las pierde. Se realizaron grandes o pequeñas cosas, empresas atrevidas, afrontando valerosamente victorias y derrotas, pero el buen amador lo centra todo en amar y en servir a la elegida. Una frase sintetiza todo: "por su Dios, por su Patria, por su Dama". Y ella fue corona de tu existencia, porque todo confluía y renacía embellecido en ella".

Recordó conmovido los versos del Dante: "Todo sería triste ausencia, sin el gran resplandor de su presencia".

Llegada a Dakar. Un brusco sacudón cuando las ruedas del" jet" toman contacto con tierra, las luces pasan rapidísimas, una carrera vertiginosa y el avión se detiene.

Una hora en el África. Negros altos, bien plantados, circulan por el aeropuerto ¿Es una ilusión o son, realmente, altaneros, desdeñosos? El África libre que se gobierna por sí misma concede un aire nuevo a sus moradores. Un calor dardeante, pero los pasajeros están contentos de pisar tierra después del susto. Lisuarte se distraía examinando los trabajos de cobre y madera del folklore senegalés. De pronto su mirada tropezó con una pequeña ánfora esbelta y graciosa, semejante a otra que su esposa eligiera en ese mismo Dakar. ¿Cuántos años atrás? ¿Existe el tiempo? El recuerdo punzante le devolvió la imagen de María, vestida de blanco, manejando

delicadamente los objetos. "No me gusta el arte negro" —había dicho él. Y la esposa con suavidad contestó: "Todo tiene su valor; ¿no te gusta esta linda vasija"? Era una de sus excelencias: reconocer o adjudicar a todo un valor, extraer lo mejor aún de lo mínimo y sencillo. Después recorrieron la explanada y bajo la noche fosforescente de estrellas, la idea de Dios, de la eternidad, el recuerdo de Lucrecio empavorecido por el vértigo animado de los astros, hizo el diálogo inquietante. "No caviles tanto"— había dicho ella. Y él, jubiloso, cambió el tema. "¿Sabes que lo mejor que traigo de Europa es lo mismo que a ella llevé"? Recordaba su expresión al preguntar: "¿Qué cosa?" Y luego la onda de felicidad que le asomó al rostro al oír: "¡Tú!".

Había transcurrido tanto tiempo… O tan escaso, porque las imágenes y las palabras acudían como acontecidas ayer.

Ahora el calor lo sofocaba, lo encolerizaba. Antes, junto a María, se dominaba o podía soportarlo todo.

Llamó el altavoz y el viaje se reanudó rumbo a Londres.

Recuerdos, siempre recuerdos... Al amanecer, cuando una voz anunció "estamos pasando sobre Niza", revivió horas felices. Habían llegado en un "Lancia", bordeando la Costa Azul, ebrios de paisajes. Mientras los hijos recorrían la ciudad en auto, ellos prefirieron caminar por una hermosa y sombreada avenida de tilos. Por ambos flancos, en las esquinas, asomaban tiendas y cafeterías. ¿Pequeña anticipación de París? "¿Te acuerdas cuántas veces rechacé el viaje a Europa porque no podía traerte?" María responde: "Nueve, y dejaste de conocer a la Reina de Inglaterra, el esplendor de su corte, porque te invitaron solo". Leonardo, afanoso, agrega: "Cómo te habría abandonado si nada tiene valor lejos de tí? La esposa, conmovida comenta:

—" Jamás pensé que después de tantos años podía existir amor, verdadero amor entre esposos..." y él, viendo los ojos hermosísimos que le abrían las puertas del arcano como la belleza revelaba a Dios en los versos de los místicos árabes, dijo con énfasis: "María, única entre todas, te digo que si tuviera que escoger entre todas las mujeres y las muchachas de Niza, te escogería a tí". La esposa lo mira con los ojos húmedos de llanto, reconocida al amor que no se extingue nunca; y mientras avanzan por la tibia avenida de tilos Lisuarte siente que la arboleda frondosa, los pájaros, las flores, la arena que pisan sus pies o el tapiz esmeraldino de la hierba, esas perspectivas mágicas en lontananza, el aire puro, el cielo azul, el tranquilo fervor del mediodía son emanaciones incomprensibles para exaltar el triunfo del buen amor. ¿Quién puede jurar si es hoy, si fue hace nueve años?

El avión proseguía su marcha. El solitario con los ojos cerrados recoge el perfume de las horas de Niza. También en la linda ciudad de Francia supo que estaba casado con la mujer más bella del mundo... ¿Era exagerado decirlo? ¿Era ingenuo? ¿Y qué amor verdadero, qué historia noble no son ingenuos, de cándida pureza? El corazón de cada cual es el mejor juez, y lo que piensas, lo que sientes, aquello que te vivifica y te trasciende, esa es la verdad. ¿Cómo podrían prevalecer los cánones estéticos, el juicio de los jueces rigurosos, sobre la llama secreta del enamorado? Mujer alguna, por resplandeciente que sea su belleza, puede superar el triple hechizo de la esposa, la madre y la compañera fiel hermoseada por el riesgo de los años, enaltecida en el manejo del hogar, acrecida en el amor y en la gratitud de los suyos, transfigurada en esa nueva forma de lindeza que brota de la propia perfección inalterada y de la ternura reconocida de los suyos. ¿Por qué Balzac eligió la mujer de treinta años como arquetipo de la donosura femenina? En la primera mitad del siglo XX estetas y novelistas fijaron como ideal de venustidad los cuarenta. Ciegos, tontos: la mujer verdaderamente guapa, seductora, irresistible es la mujer que pasó los cincuenta madurada en fidelidad, en vida quieta y escondida, en atractivo sin mengua de la belleza que los hombres no pueden manchar, del espíritu victorioso que todo lo rinde a su suave pureza y señorío. Y si a los 50 se aparenta 35 ¿no es el portento mayor?

Soñaba, soñaba... Se durmió. La azafata le tocó el brazo:

—Estamos llegando a Londres.

Hacía buen tiempo, pero no pasaron por las zonas pobladas o ya las habían vencido. Lisuarte solo veía la campiña verde, casas, casas diseminadas entre intensas arboledas.

Descendió del avión. En pocos minutos aduana, policía y se encontró con sus maletas en un taxi. Eficiencia británica.

Se alojó en el Royal Gardens, próximo a dos parques.

Al día siguiente iniciaba el peregrinaje ritual de los turistas. La Catedral de Westminster le gustó más que la famosa Abadía henchida de rememoraciones históricas y de feas estatuas. Asistió a una reunión en la Cámara de los Comunes que transcurría apacible. Visto de afuera, en su goticismo armonioso, el Parlamento y su torre se le antojaron más atrayentes que dentro de sus bóvedas. Una hora vacía en el parque, pensando o dejando de pensar que es lo mismo para el afligido. Por la tarde visitó una librería y dos tiendas de música. Era tan triste ver lindas cosas, tropezar con un hallazgo y no tener con quien compartirlo.

Vagar por las noches las calles londinenses, plenas de vida y movimiento es placentero. Anduvo, guía en mano, por lugares próximos al hotel, solo entre miles, ignorante del idioma inglés. Solía recoger vocablos al azar en francés, en italiano, en español, en lenguas desconocidas. Cruzaba junto a gentes impecables, estrafalarias o comunes simplemente; el inmenso falansterio andante le ofrecía perspectivas y matices exóticos. Sueños de Disraeli, de Kipling, de Churchill el tenaz: el Imperio se desvanecía en un estrépito de revoluciones coloniales, pero la vieja Inglaterra abandonando territorios se apoderaba de las almas. Porque solo aquí, en la isla inmemorial, cargada de historia, cruzada por las civilizaciones, donde floreció la especie más singular de la planta humana —orgullosos y extraordinarios británicos— pueden convivir hoy, libremente, jubilosamente, razas y costumbres sin alterar el grave fondo intacto del inglés.

No vió el "cab" tradicional ni el típico "policeman". Solo automóviles veloces, motocicletas, autobuses de dos pisos, vehículos impacientes como sus conductores. Y gentes, gentes, gentes ansiosas de vivir, activas, alegres.

Entretenido por el torrente londinense y cansado de caminar Lisuarte se recogió a la medianoche. Leyó largamente antes de poder conciliar el sueño: San Juan de la Cruz, Martí, Eckhart.

II

—Anuncie usted, en el "social", que la fiesta será descollante porque la Embajada Americana da relieve 14 de julio —dijo el director.

El redactor obedeció la orden. Al día siguiente llegaban sendas invitaciones para el director y los principales redactores del periódico.

Leonardo Lisuarte y Carlos Linford, mozos veinteañeros, directores de las páginas literarias en “Noticias” y en “La Mañana”, eran a un tiempo redactores sociales y reporteros en ambos periódicos por lo cual se veían cortejados por damas, jóvenes, políticos e intelectuales.

Poeta el uno y futbolista, el otro tennista y boxeador, pasaban de la filosofía de Keyserling y Spengler a los versos de Neruda y de Vallejo. Abiertos a las proezas del cuerpo y a la inquietud espiritual, se juzgaban hombres del tiempo nuevo —¿vikingos o neogriegos?— y en su pueril fantasía soñaban llegar a grandes políticos o profundos creadores. Rechazaban las "capillas" y los grupos, alternando con todas las clases sociales. Linford se reía, entonces, de políticos y demagogos. "¡Bah! La política es para los calculadores. Nosotros no necesitamos de partidos ni de logias para surgir. Actuaremos cuando hayamos madurado". Lisuarte participaba del mismo criterio. Si a Linford le interesaba más ganar una partida de tennis, cruzar, guantes con un rival bien adiestrado o vencer fortalezas femeninas para abandonarlas apenas conquistadas, a Lisuarte le gustaba componer poemas, correr locamente 90 minutos detrás de una pelota, y hacer crítica demoliendo ídolos o ayudando a los nuevos. José Paunero, el tercer mosquetero, bancario, deportista, tocado asimismo por el amor a los libros y a lo bello, completaba la trinidad de los Tres Amigos silenciosos —cuando andaban melancólicos— que se trocaba en el terceto de los Guerreros Invencibles si la acción levantaba en sus venas el viento heroico de una ardiente juventud.

—Bueno —dijo Paunero arrojando un vistazo al gran salón lleno de gente— entremos al ruedo.

Y sin esperar respuesta se lanzó a la captura de una linda rubia vistosamente ataviada.

No tardó en seguirlo Linford, alto, esbelto, de movimientos atléticos, el mejor bailarín.

Lisuarte permaneció apoyado en una columna del salón, captando impresiones volanderas para redactar la crónica de la fiesta. En una sociedad reducida, donde todos se conocen, el cronista social suele aburrirse de ver las mismas caras, gestos análogos, las viejas actitudes estudiadas y cuando el observador está vencido por el propio desencanto (¿por qué vino si estaba en un día "gris?) no es infrecuente que sobre los rasgos juveniles asome la máscara adusta ,de una madurez prematura.

Transcurridos varios bailes, Paunero se aproximó afectuoso:

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada.

—Hace dos minutos pasé junto a tí y de pronto se me ocurrió que eras un hombre con el doble de años que tienes.

Ese momento Linford se acercó girando en un vals vertiginoso:

—¡Muchachos, a bailar! —los reprendió imperioso— Solo los viejos se quedan parados.

Y se alejó tan veloz como había llegado con una dama extasiada en sus brazos.

—No me gusta tu tendencia a la melancolía —insistió Paunero—. Somos jóvenes... ¿Por qué tristeza o desencanto? Nada puedes pedirle a la vida: lo tienes todo.

Leonardo sonrió sin disimular un ligero tinte de pesar:

—Sí, claro, lo tenemos todo. ¿Qué podría pedir? Son cosas del ánimo; un día te despiertas contento y otro disgustado, sin motivo aparente. ¿Cómo evitarlo?

—Lo tuyo no es tan simple —arguyó el amigo sagaz— hace tiempo que te advierto esquivo.

—¡Oh, tonterías! No es nada. Pasará.

El adolescente vive comprimido por el pudor de sus quebrantos. Toda confidencia trasunta debilidad. ¿Cómo podría explicar Lisuarte que lo asediaban la soledad, la ausencia de ternura, la falta de comunicación íntima con padres, hermanos, una novia? Los suyos residían en Washington y aunque la correspondencia era sostenida, las cartas no sustituyen la calidez de la vida hogareña; porque sus amigos tenían hogar, en el mejor sentido de la palabra, en tanto él vivía solo en la casa de un tío jubilado con el cual apenas si cruzaba palabra. ¿Cómo comunicar dudas, pesadumbre, ambiciones? En la orgullosa juventud únicamente se transmiten los éxitos, las efímeras alegrías. Luego estaba lo otro, la desilusión de las jovencitas, amoríos fugaces que solo dejaron tristeza y decepción. ¿Por qué serían tan huecas las muchachas? Películas, modas, pequeñas intrigas y si alguna amaba los libros, eran novelones. ¿Por que una linda cara, un cuerpo atrayente no albergan una personalidad irradiante, capaz de absorber la atención masculina? "Eres demasiado exigente —había dicho Linford— buscas lo perfecto y lo perfecto no existe. Las mujeres no sirven sino para lucirse con ellas o para llevarlas a la cama". Y Paunero, menos incisivo: "¿Para qué preocuparse? Si una te decepciona hay diez para reemplazarla". Carlitos

Linford, el querido y admirado Carlitos Linford, cínico o haciéndose el cínico, para quien las mujeres eran objeto de uso y gozo del hombre ¿cómo podría entender el sueño intacto, delicado que Leonardo guardaba en su corazón? Paunero franco, generoso, pero igualmente volátil en sus amoríos tampoco alcanzaba el sentido misterioso de esas tardes que Lisuarte transcurría en el Parque del Montículo contemplando el paisaje, soñando, inventando, meditando asuntos graves y ligeros, absorbiendo la belleza incitante de la naturaleza, componiendo versos. Si a ellos, sus amigos, o al familiar más comprensivo hubiera confiado que el secreto de su melancolía radicaba en la extraña aparición velada de una mujer hermosísima que aparecía en la arboleda y se esfumaba en las nubes, radiante de majestad, fina y sonriente, que le hablaba sin palabras, que conocía el camino secreto a su corazón, que tenía la virtud de infundirle dicha y confianza, a la que nunca pudo asir ni retener, aérea, evasiva como el ideal y sin embargo tan próxima a él; si contara a quien fuese que esa joven perfectísima habitaba en su alma, solo suscitaría risas, burlas, porque en realidad ella no existía o existía solo para él. Era tan verdadera, tan irreal a un tiempo, que no podía describir su rostro, su figura ni su vestimenta; pero en el refugio del parquecito, cuando el crepúsculo vertía ocres, púrpuras, violetas y oros pálidos en el paisaje, Ella surgía de un rosal, del ala de una mariposa, de la fronda de los altos eucaliptos, del agua, del manantial, se acercaba le hacía sentir o escuchar cosas tan nobles y profundas… y cuando el poeta quería inmovilizarla junto a sí, Ella se desvanecía en las nubes o en las movibles perspectivas del paisaje. A veces tardaba en volver, pasaba muchos días sin verla porque las diosas —era ciertamente una diosa, no una mujer— esquivan a los mortales, solo acuden al mucho padecer del soñador. Bien, pues: ¿es que pueden contarse estos sucesos? Loco, tontísimo —le dirían— si existen tantas mujeres bellas y atractivas en la tierra ¿por qué buscar una en el reino de la quimera?

Lo inalcanzable… El era así: amaba lo difícil y lejano, lo inaccesible, un imposible amor, la proeza descomunal. Por eso lo atraía la mujer enigmática, indefinible de los ensueños crepusculares, imprecisa, inacabada, no claramente dibujada en su inteligencia pero hondamente sumergida en su corazón. Una rara fusión de novia, madrecita y compañera.

La orquesta se detuvo y la concurrencia pasó a los comedores.

El embajador americano se aproximó a los periodistas:

—¿Se divierten los jóvenes?

—¡Oh, sí, señor; nos divertimos mucho.

Linford se volvió a Lisuarte:

—No seas mentiroso; estás más aburrido que una ostra.

Paunero intervino conciliador:

—Hace tiempo que no vemos a Leonardo con una linda chica. Le hace falta una pareja.

—Bueno dijo Carlos dirigiéndose al poeta con petulancia —escoge la mejor de mis chicas y te la entrego por esta noche.

—No seas borrico —repuso Lisuarte— yo escojo la mujer que me agrada y la tomo. No necesito ayuda.

En el fondo lo hirió la estocada del amigo. Bailaría, no con una chiquilla sino con una señorita, una dama.

Divisó, en un ángulo del salón, a la hermosa María Montevelo conversando con una amiga. Pertenecía al círculo superior de la juventud ya despojada de las cáscaras de la adolescencia. Había sido reina de belleza, pasaba por orgullosa y esquiva. La cortejaban hombres, no muchachos como él. La admiraba de tiempo como algo inasequible. Los

Montevelo y los Lisuarte eran familias amigas ¿por que no podría pedir un baile a María? Si se produjera el desaire solo habría un testigo: su amiga Blanca. Lo intentaría.

La orquesta iniciaba los primeros pasos de "la Cumparsita".

Lisuarte se aproximó a las jóvenes y formuló su pedido con gravedad:

—María ¿podemos bailar?

La Montevelo volteó la cabeza sorprendida:

—Hola —repuso con ese tono afectuoso, casi protector que se emplea con un hermano menor— ¿eres tú?

Luego agregó entre curiosa y vacilante:

—¿Quieres bailar conmigo?

Leonardo no se arredró ante la hermosa. Medía la distancia que los separaba, se aprestaba a escuchar una negativa. Sin embargo insistió:

—Sí; quiero bailar contigo.

—Pero si hay tantas chicas lindas para que escojas entre ellas…

María rió suavemente:

—Yo no soy una chica para tí.

A su vez Blanca, la amiga, intervino burlona:

—¡Ah! La escogió usted.

El muchacho leyó un "mocito atrevido" en los ojos de Blanca. Pero María Montevelo cortó el incidente con rapidez:

—Está bien, bailemos —dijo— y se abandonó a los brazos del muchacho.

Ella se movía ligera y graciosa como una corza en el bosque. De tanto en tanto Lisuarte sentía rápidas presiones como si ella quisiera conducir la danza. Se rebeló. ¿Cómo podía una mujer por linda y gentil que fuese pretender manejar al varón en la danza?

En tono arisco preguntó:

—¿Por qué no me sigues en vez de querer llevarme?

Una, risa encantadora tocó sus oídos:

—¡Ah, disculpa! —replicó la joven—. Es la costumbre de montar a caballo. A veces me olvido del baile y creo tener las riendas en las manos.

Lo dijo con sencillez, sin que nada trasluciera orgullo ni propósito de dominio.

Lisuarte se tranquilizó. ¿Por qué habría sido tan torpe? En vez de agradecer el favor que la hermosa le hacía al aceptarlo de pareja cuando la rondaban otros, comenzaba fastidiándola. Era un desatinado.

Danzaban, callados. De súbito María inquiría:

Por qué me hiciste notar lo que muchos sintieron sin atreverse a decírmelo?

—Será porque ellos querían someterse a tí, complacerte, qué sé yo…

—¿Y tú no deseas complacerme?

El muchacho se sonrojó:

—¡Oh, no! —repuso balbuceante— yo solo soy... solo... un acompañante inadecuado... ocasional para tí. ¿Qué podría importarte mi conducta? Has sido... has sido muy buena en concederme este baile. No sabes cómo te lo agradezco, pero sé dónde estás y dónde estoy.

La joven enarcó las cejas inquisitiva:

—No quieres complacer a las damas. Eres un rebelde.

Leonardo la miró angustiado:

—No quise decir eso; pero hay cosas en que el hombre no puede abdicar el mando.

María Montevelo sonrió bondadosa y el baile prosiguió en silencio. Cuando el violín inició la cadencia final tierna, estremecedora, el muchacho sintió que una radiante primavera se abría en su alma. Danzaba con la mujer más linda, no atinaba a proferir las palabras que su hermosura merecía, pensaba que ese baile sería el único porque María Montevelo no volvería a girar en sus brazos. No era una chiquilla frívola a la que guiaba en la danza; era una mujer, una mujer bellísima, en la plenitud de su juventud y de su hechizo, hecha de majestad, de suavidad, de ese encanto turbador que enardece los sentidos. Sentirla así, cálida en el vértigo del baile, fina y comprensiva en el diálogo, lo embriagaba de indecible alegría.

Terminó el baile, más como era de rigor se repitió la pieza y las parejas reanudaron la danza. Ambos se miraron y después de ligera vacilación se entregaron nuevamente al ritmo del tango.

—¿Qué humorada te dió para invitarme a bailar? —preguntó la Montevelo. No quise ofenderte con un rechazo delante de Blanca, pero la verdad es que no danzo con .jovencitos.

Los ojos oscuros lo miraban con curiosidad, una sonrisa burlona cruzaba la linda boca.

—Te ví y se me ocurrió que podría bailar contigo.

—Estabas todo tristón, apoyado en una columna. ¿Qué te sacó de tus meditaciones?

—¿Y no puede uno cambiar de criterio?

La Montevelo lanzó una risa cantarina:

—Eres como mi hermano Luís, el estudiante: cambia de ánimo bruscamente.

Luego la joven le preguntó por sus padres y sus hermanos. "¿Por qué no montas a caballo? Cuando murió mi hermana Julia yo andaba medio neurasténica y el hipismo me curó". Al final, afectuosamente, insinuó:

—Lo que pasa es que te sientes solo.

El muchacho se sobresaltó:

—No; tengo otros parientes… Están mis amigos… Conozco tanta gente.

María Montevelo insistía:

—Haz lo que hacen los muchachos de tu edad, busca una chiquilla que llene tus sueños, que te acompañe. Hay tantas jovencitas lindas aquí. Anda, escoge una y verás cómo se te pasa la melancolía.

—Si no es melancolía

—¿Entonces que te ocurre?

El estudiante esbozó una sonrisa forzada:

—Nada, nada... Cosas...

—Necesitas comunicarte, no te guardes lo que piensas muy adentro.

—Nadie lo comprendería, y menos tú que habitas otro mundo distinto al mío.

—Otra vez agresivo —dijo la bella—. Me das la sensación de ser dos: uno afable, simpático, y otro hosco, desconfiado.

—Perdóname ahora tu —replicó Lisuarte— no sé qué me pasa.

De pronto, en un giro rápido, mirándola al sesgo, le pareció reconocer un rostro familiar… ¿María Montevelo? Esa cara radiante de simpatía y de nobleza, respirando bondad. Los ojos oscuros, misteriosos, a punto de revelar un secreto largamente soñado. La sonrisa indecible. La mirada inteligente que inspiraba paz y confianza. Esa voz musical, acariciadora. La nariz griega. La cabellera fina, perfumada. Los dientes perfectísimos. El cuerpo ágil y esbelto de amazona. Toda ella ceñida por un aura encantada que tañía las campanas del corazón... "¡Dios, oh Dios! Si no es María Montevelo, es la diosa enigmática la diosa fugaz del parque…" Los rasgos desdibujados, las líneas indecisas del hada imaginada fueron encajando uno a uno en las facciones armoniosas de su pareja. El muchacho miraba, miraba asombrado —terror y maravilla— cómo diosa y mujer trasfundían excelencias. ¿Soñaba, estaba despierto? Ella giraba alada, en sus brazos. Se dejaba guiar, ya no intentaba conducirlo. Hablaba juiciosamente, parecía adivinar sus inquietudes. Su hermoso rostro como un sol de ternura despertaba sagradas alegrías en su cuerpo y en su alma. "¡Oh dicha, oh dicha!" El hada existía, encarnada en María Montevelo. Sintió ansías locas de confiarse a ella, de confesarle amor y penas, de reposar su desconcierto en su fuerte y serena comprensión. El ideal hecho mujer… ¿Es que existe el ideal hecho mujer? Insensato el solo pensarlo: ni el hada ni la Montevelo eran para él. No: no se pondría en ridículo desnudando sus cuitas a la bella. Pero mientras ella girase en sus brazos gentil, sagaz, comunicativa podía pensar que había levantado el velo de Isis. "Es el día más feliz de mi vida porque soñando con el ideal llegué a tenerlo".

¡La miraba intensamente sumergiéndose en el hechizo femenil, admirado, conmovido, trémulo de pasión.

—¿Por qué me miras así? —preguntó María.

El muchacho no contestó. Una fuerza sagrada se alzaba en su pecho, su mirada decía tanto, entre llameante y extática que la joven comprendió que el hermano menor se había desvanecido para dar paso al hombre en agraz.

Terminó el baile. Leonardo apenas pudo balbucir:

—María…

—No sueñes tanto —repuso la joven, y se alejó hacia donde la aguardaba su amiga.

Esa noche, al salir de la recepción de la embajada, olvidado de los amigos, Lisuarte llevaba consigo la imagen de María Montevelo que ya nunca lo abandonaría.

"Ella y ninguna otra" —pensó— aunque no ignoraba lo descabellado de su amor.

4

Londres 1969. Los "hippies" en Trafalgar Square. Leonardo y Rembrandt en la National Gallery. Vastos jardines, grandes espacios abiertos, lindos arbolares en Victoria y en Hyde Park. Los días de sol, raros en la capital de la bruma, atraen a hombres y mujeres que se exhiben semidesnudos con vestimentas pintorescas y absolutamente despreocupados del juicio ajeno. Cada cual vive como quiere y hace cuanto se le antoja pero sin violar el derecho del prójimo, porque el inglés respeta la libertad ajena como la suya propia: nadie molesta a nadie. De pronto, como un pájaro raro cruza un "gentleman" del tiempo antiguo: enhiesto, altivo, tongo, paraguas, guantes en la mano.

Lisuarte se sorprendía. ¿Dónde la imagen clásica del Londres frío, brumoso, de cielos grises y gentes rígidas? La ciudad de niebla, tradicional, donde todo fue pompa y jerarquías, cuna del Imperio y del orgullo británicos, era solo una metrópoli democratizada en todos sur estamentos y formas de vida, a excepción de minúsculas áreas reservadas al mundo oficial. Lenguas y dialectos, razas, vestidos, costumbres, caras en la más heterogénea confusión. y si el anglosajón pretérito fue retraído, ensimismado como su isla, las nuevas generaciones que ya no leen a Oscar Wilde, a Maugham, ni a H. G. Wells, viven risueñas, cordiales, abiertas a todos los contactos, hijas del mundo antes que criaturas cerradas de la urbe babélica.

Inglaterra ha realizado la revolución en profundidad más allá de política, economía y sociedad. Ha cambiado al hombre mismo dándole otro esquema de valores, extrañamente dimensional, donde cada cual es hijo de sus obras y no de cánones impuestos por el uso. El laborismo, los bombardeos alemanes, los "beatles", las revueltas intestinas en Irlanda y en Escocia, la pérdida de las Colonias y de los mercados exteriores, los "hippies", el saberse aventajados en la ciencia y en la técnica, la desaparición de la Gran Flota como equilibrio de poder en el mundo, la transferencia de centros de poder financieros y económicos a otras regiones, la decadencia de la realeza y la aristocracia, hasta las rebeliones contra la ética y la etiqueta en el seno de la familia real, son manifestaciones reiteradas de la transformación sufrida. Los hijos de la vieja Albión hiperestesiados por la prosa arrogante de Kipling, se han convertido en los nietos de Bernard Shaw, burladores de toda institución, de toda norma. Al orgulloso aislacionismo ha seguido la explosión democrática del neobritánico sencillo y cordial, capaz de convivencia y comunicación con todos.

En los días tibios de primavera es delicioso rodar por las calles de Londres, aún para quien ignora el idioma inglés. Lisuarte encontraba, siempre, alguien que hablaba español, francés, italiano y podía batirse en sus correrías de turista. Cierta vez tropezó con un pequeño restorán cuyo letrero decía modestamente: "Ark". Le sirvieron exquisita comida francesa y un "borgoña" excelente. El ambiente acogedor, el servicio irreprochable, más lo apenó observar que los dos camareros, en atuendo y maneras femeniles, atendían a los varones con preferencia a las damas.

Pensar que al pobre Oscar Wilde los ingleses no le perdonaron su talento ni sus críticas encarcelándolo por sus cartas al joven Douglas, en tanto hoy se propone legalizar el homosexualismo. Cosas del tiempo, sorpresas de la civilización. Lisuarte, hijo de un continente joven, no podía admitir esas desviaciones naturales, cosa privada, ciertamente, pero que en la exhibición ostentosa degenera en espectáculo triste y decadente.

Al volver al Royal Garden's un conserje se le acercó:

—Señor Lisuarte: lo espera una visita.

Pasó a la sala de recibo y se vió frente a un hombre envejecido, con la frente poblada de arrugas. Los ojos azules lo miraban fijamente. Se preguntaba quien podría ser, en qué idioma le hablaría, cuando bruscamente, al enarcar la ceja derecha, el visitante se identificó en su memoria:

—¡Pablo! ¿Pero eres tú?

El otro sin esconder la amargura de no haber sido reconocido replicó:

—Sí; soy yo. ¿He cambiado, verdad?

Pablo Valladares, amigo desde la infancia, residía mucho tiempo en Londres con su esposa Germana. Se reencontraban después de 27 años.

Valladares, visiblemente emocionado, expresó su sentimiento:

—Leonardo, tu sabes... Cuando supimos tu desgracia, nos dolió mucho… Bueno: no puedo expresarte lo que siento... Quisimos y admiramos a María, que era una mujer excepcional. Ustedes formaban el matrimonio ideal. Eres cristiano, tienes que sobreponerte. Tú fuerza de carácter, en fin…

Removida la herida, Lisuarte pasó a interesarse por el amigo:

¿Y tú qué haces ahora? ¿Cómo está Germana?

Valladares frunció el ceño y se le contrajo la boca:

—Sigo en lo mismo. A excepción tuya, nadie se acordó de mí en la patria. Me despidieron de la diplomacia sin causa alguna, me trampearon sueldos; ahora trabajo en una firma comercial como traductor y ayudante de secretaría. Es poco, da solo para vivir, pero como no quise hacerme súbdito británico… Tú sabes, esa cosa romántica que queda dentro aunque se haya padecido ingratitud y olvido. .. Tengo pan, un pan sin horizonte...

—¿Por qué no me escribiste? Habría podido ayudarte para tu retorno a la diplomacia.

—Los pobres somos orgullosos. ¿Y para qué? Mientras tú estabas en una alta situación, me respaldabas; luego vendrían otros y me volverían a echar. Prefiero depender de mi trabajo y ser independiente. Cuesta, pero es mejor.

Lisuarte, apenado, viendo al amigo decepcionado, envejecido, quiso cambiar la conversación.

—¿ Y cómo está Germana?

—Muy mal; a punto de quedar ciega.

—¡No!

—Desgraciadamente es así. La han operado ya dos veces y el viernes tendré el diagnóstico definitivo del mejor oculista de Londres, el doctor Bellamy-Frost. El firmará mi sentencia o mi salvación. Germana es todo para mí: si queda ciega... bueno... todo habrá terminado.

Leonardo solo atinó a decir:

—Hay que confiar en Dios.

—Cuando la desgracia llega nadie la ataja —contesto Pablo Valladares.

Hablaron de la patria distante, evocaron la lejana juventud, cosas de Europa y de América, de la vieja y la nueva Inglaterra, del mundo convulso y cambiante de 1969. Escuchando sus juicios rápidos, certeros, la clara inteligencia conque analizaba los problemas, Lisuarte se preguntaba por qué destino adverso el amigo despierto y esforzado no había tenido mejores oportunidades para surgir.

—Pablo: yo quisiera invitarlos a cenar...

—Gracias —repuso Valladares—. Es imposible; Germana está en cama, en reposo. Tú estarás pocos días. Luego, luego te daría pena verla.

Un estrecho abrazo fundió a los amigos en su dolor.

En la noche tibia, silenciosa, turbada por el rumor de los vehículos en fuga, Lisuarte pensaba en el triste encuentro con Valladares. La esposa ciega o la esposa desaparecida ¿qué era peor? Se estremeció: ¿María quebrantada, caduca inválida? Menos doloroso que el Señor la hubiese recogido intacta, en plena madurez física y espiritual. Ni ella ni la familia habían sufrido los horrores de una larga enfermedad. Los abandonó súbitamente, víctima de una embolia cerebral. El rayo inesperado (¿es preferible al veneno lento que se filtra en la sangre?) cayó fulminante en el hogar dichoso: los hijos, ya logrados, quedaron en la patria y él viajaba en una gira sin sentido. ¿Para conocer, para olvidar, para mitigar la angustia que lo atenaceaba? Esos sueños de volverla a ver, esa ilusión de seguir viviendo con ella, de escucharla y sentirla aunque estuviera ausente, esa esperanza del ultramundo donde ella lo esperaba para reanudar la vida feliz... ¡Bah! Sueños, imaginaciones... La muerte no es un cambio; solo un fin. La nada. Lo que se detiene es para siempre. Nunca más, nunca más… Qué importaban el mundo con toda su riqueza, la vida con sus tentaciones múltiples, si María no estaba junto a él? Habría sido igual permanecer en La Paz o proseguir el viaje, porque si los pasajes fijaban itinerarios fijos y ciudades determinadas eran su cuerpo y su mente los sujetos del hábito, pero su corazón permanecía desierto. Londres, no compartido con el ser amado, era cien veces menos Londres. Habían soñado tanto en este viaje… Después de cuatro años penosos y agitados ayudando al gran conductor a manejar un país poco menos que ingobernable, sufriendo la carga de injusticia y de maldad que aguarda a los que conducen, el viaje debió haber sido, para ellos, como una reparación, un descanso, una recompensa a las fatigas y decepciones de la política que hieren, por igual, a hombre y a mujer. Mejor que el otro, el realizado diez años antes, cuando fueron de embajadores a la Santa Sede, con deberes, obligaciones y preocupaciones ineludibles, porque ahora habrían estado libres de protocolo y etiqueta, entregados solo a la quietud, a la curiosidad viajera, al regocijo del venturoso amor. Debió haber sido así... Dios o el Destino lo habían dispuesto de otro modo. Increíble, incomprensible: el varón habituado a ver en la esposa el centro, la luz, la razón primordial de su existir, debía proseguir el camino solo, sin confidente para sus inquietudes, sin alivio para los quebrantos, sin estímulo para sus acciones. Si hubiera llevado un vivir normal, la mitad en su hogar, la mitad en el mundo, todo habría resultado menos difícil; mas él que concentraba vida y alma en la compañera y en los hijos, en sus libros, en la meditación y en el estudio —aunque política, negocios y amigos le robaran tiempo menor— estaba, ahora, como cercenado en su energía vital. ¿De qué podrían servirle posición, experiencia, inteligencia, fama? Cero, todo se reducía al cero… Al hombre de vida interior, de vida amorosamente compartida, de nada le sirven bienes y ventajas materiales cuando seca el manantial del afecto profundo y por profundo único. ¿Acaso podría reanudar la querida vida familiar, rica de sentimientos y emociones delicadas? Esos días serenos, bienaventurados... Esas noches extasiadas de ternura... Horas de recogimiento en los libros, en la música, en paseos por el jardín y por los parques… Ese diálogo gratísimo con la esposa que era como el pan de su inteligencia…Ese arribar apresurado a la casa para juntarse con la amada que le ofrendaba el encanto renovado de su presencia... Y la casa siempre limpia, organizada, acogedora, el jardín floreciente, ese pequeño mundo grande, ese círculo azul de la intimidad cotidiana que Ella supo hacer cálido, placentero... Y Ella al centro, moviendo todo, animando seres y cosas con el rayo de su amor y su belleza… María, descendida de un cielo ignorado para encantar la tierra… ¡imposible, imposible! Lo perfecto no puede ser destruído; si se altera, debe ser reconstituido; debe ser siempre. ..Porque sin Ella la vida no será vida ni Leonardo continuará Leonardo. Roto el perdido encantamiento, allá, en La Paz, solo aguardan tristeza, silencio. La madre, los hijos, parientes y amigos, por nobles y buenos que sean, pertenecen a otra órbita; sólo en la esposa se integra la polaridad sagrada de amor —entendimiento, clave del tránsito terrestre. El mundo sin María ¿no equivale al vacío absoluto? Solo, solo, solo... Los bellos recuerdos, como las estrellas fugaces, brillan y desaparecen instantáneos. Dolor y pena, en cambio, angustia y pesadumbre tienen persistencia de montaña: abruman. El varón más desdichado, convertido bruscamente en el más desgraciado ¿para qué sirve ya?

Desde el noveno piso del hotel, Lisuarte creía ver todo con claridad aterradora. "Debiste irte con Ella, debiste irte con Ella..." ¿Por qué tardas, por qué vacilas? Cogido con las manos al alféizar de la ventana abierta sintióse dueño absoluto de su vida y de su muerte. Un vértigo satánico de poder le atravesó la mente. Un poco de valor, la decisión de romper la ley universal, el

salto al vacío, el impacto con el pavimento...? No era el sueño de Kirilov? Si perdiste la fe en Dios, si ya no tienes derecho a la felicidad, destruye tu vida para ser Dios tu mismo. Después nada para los que quedan, pero una vida nueva, triunfal para el que rompe con sus propias manos el círculo prohibido. Si existe otra vida, en ella encontraría a la esposa ausente; si sólo aguarda la nada, dejaría de sufrir. Fascinado por el vértigo del abismo, empujado por su desesperación, el hombre se inclinaba peligrosamente sobre el bajo pretil de la ventana. "¡Decídete, decídete!" La frase famosa del poeta griego lo acicateaba para intentar el vuelo a lo desconocido: “Y si la muerte fuera la vida; y la vida, la muerte".

Estaba en sus manos cortar el suplicio, descubrir la verdad. Abrir camino al enigma o sepultarse en el vacío. ¿Qué más daba?

Se aferró nerviosamente al duro marco de la ventana. Un leopardo le quemaba, le desgarraba las entrañas. Y cuando todo su sistema muscular se aprestaba al salto, dos manos se posaron en sus hombros, sintió la mejilla amada rozándole la cara y la voz inolvidable dijo entre tierna y apesadumbrada:

—¿Por qué has dudado? Te aseguré que volvería. No seas egoísta, no pienses solo en nosotros; también la familia sufre, te espera, te necesita.

Lisuarte se volteó frenético, sin poder reprimir llanto y reproches.

—Me dejaste, me dejaste... ¿Cómo pudiste abandonarme tantos días, horas larguísimas que me devoraban? ¡Oh María! Yo que he sufrido pensando que tu ausencia era definitiva...

El hombre lloraba, suplicaba con ese llanto varonil entre cortado, angustiadísimo que brota del fondo del ser. Parecía ahogarse, las palabras le brotaban truncas, delirantes, no quería dar crédito a sus ojos ni al juego táctil de sus manos. Miraba a la esposa linda, entristecida. Tocaba los brazos queridos. Le acariciaba el cuello mórbido. Besaba los labios ternísimos. La estrechaba fuertemente contra sí, como temeroso de perderla nuevamente.

—Tranquilízate —exclamó ella— estoy contigo, siempre estaré contigo.

—¡María, mi María: Has evitado que me convierta en un sui…

La mano de la esposa le cubrió la boca:

—No pronuncies esa palabra vedada a los hijos de Dios.

El calló, avergonzado, buscando el dulce refugio de los brazos amados.

La voz de la esposa volvió a resonar, ahora severa, imperativa:

—Si me quieres, Leonardo, nunca, nunca más volverás a tener esa idea malsana. Prométeme que aceptarás con entereza las pruebas a las que te someta el Señor. Sé valeroso, sé paciente.

—Lo prometo —repuso Lisuarte confundido—. Me ofusqué, padecí tanto lejos de tí, no sé qué me pasó... Pero ahora queda tranquila. No sucederá más, y yo siempre cumplí lo ofrecido.

La contemplaba extasiado, como en las noches felices, dulce, juiciosa, fina y ocurrente a la vez: la compañera ideal. Una luz estelar descendía del cielo, hacía tibia la estancia, daba extraña claridad a la escena. El sueño volvía a trocarse en realidad. María estaba con él. La tocaba, la besaba, se embriagaba con su presencia y con su voz. Hicieron planes, evocaron las horas dichosas, cambiaron impresiones acerca de los hallazgos londinenses y la belleza de los parques.

—¡Cómo! ¿Pero tú estabas allí?

—Claro —dijo ella sonriente—. Estoy siempre a tu lado. ¿Por qué desconfiaste?

Trasplantado otra vez al jardín de la buena dicha, el hombre tejía imágenes de reconocimiento para la esposa reencontrada:

—¡Oh tu, la queridísima! No te cambiaría por las bellezas más famosas. Luz del mundo, vida de la vida, sólo menos que Dios. ¿Qué hice para merecerte? ¿Cómo decirte mi alegría, cómo cantar mi gratitud! Ni el más fino pincel, ni la tiorba melodiosa, ni el canto del ruiseñor transvasado a los deliquios del poeta persa podrían manifestar apropiadamente el aura mágica que te circunda. ¡Oh tú, la esposa —siempre novia, llanto y risa en una sola espiga para loar tu gracia! Me hundo en el misterio de tus ojos, los hermosísimos, como el creyente en el polvo para adorar a Dios…

Ella sonreía confundida, agradecida, con esa modestia innata que realzaba su persona:

—Mi poeta está delirando —replicó con dulzura—. Ahora tomará una tableta de “mogadon" para poder conciliar el sueño y mañana despertará sano, contento.

El la mira desconfiado:

—¿Pero no me abandonarás?

La esposa se turbó un instante antes de responder:

—Hay un pacto que ambos debemos respetar. Nunca te abandonaré, mas no siempre me será dado revelarme como ahora. Ama y espera, ten confianza. Soledad y compañía son fases del enigma. Soporta el padecer como disfrutas la alegría. Piensa en nuestro amor intensamente. Amar, esperar, no desesperar: esa es la ley.

Lisuarte se acostó arrullado por la voz de María. Su mano bienhechora le acariciaba tiernamente los cabellos.

Y cuando el hombre estuvo dormido y las primeras espadas del sol rasgaban como relámpagos las sombras de la Noche, ella voló por la ventana acompañada por un tropel de voces y de alas que mortal alguno podría recoger.

5

El taxi corría veloz por la campiña rumbo a Cambridge. ¿Pero esto es Inglaterra? Un paisaje risueño se desplegaba en la frescura matinal. Tapices verdes, flores, arboledas, el aire tibio, claro el cielo, casitas diseminadas al flanco de los sembríos. Nubes decorando el horizonte. Ni multitudes ni tráfico intenso. ¿Quién absorbió y virtió mejor la suave armonía de las praderas británicas: Hardy, Wells, Galsworthy?

Se cansó de contemplar el paisaje y comenzó a hundirse en el pasado.

Un europeo no creería que se puede pasar, anárquicamente, de un plano de actividades a otros muchos. El sudamericano, de vocación proteica, empujado por la necesidad, ensaya múltiples caminos. Lisuarte había conocido las disciplinas del banquero, del industrial, del minero. Periodista, deportista en su mocedad, amiguero y aventurero, fue también poeta, crítico de letras y artes. Fundó revistas, agrupó gentes, publicó libros, dictó conferencias. Cuando ya se pensaba definitivamente encauzado en la carrera literaria, feliz en su hogar, bruscamente el destino lo desvió a la política. Enfrentó varonilmente a los tres poderosos que dominaban el país; campaña quijotesca, solitaria casi, porque muchos la admiraban y pocos se atrevían a intervenir en ella. Tres años fulgurantes, ricos de emociones nobles y abundantes miserias, al cabo de los cuales tuvo que regresar a los libros. No se sintió frustrado ni quebró su moral, pero se reconoció inepto para el trajín político: no sabía engañar, no sabía de intrigas, no sabía de bastardas ambiciones de poder o de dinero. Aprendió que la verdadera amistad es rara y la lealtad más aún. Mantuvo en alto sus ideales de renovación política y solidaridad humana. Hizo de financista y de comerciante ayudando a levantarse a muchos. ¿Por qué nunca pudo acumular fortuna? Tal vez por la misma razón que no supo imponerse en política: la falta de codicia en el propósito, la poca habilidad en el método. Siguió publicando libros, artículos, polemizó, intervino en controversias ideológicas y en lides culturales. Había presidido la reforma educacional sustrayéndola a la doble amenaza de la oligarquía privilegiada y de la sierpe comunista. De pronto sin buscarlo ascendió a Ministro de

Educación. ¿No era milagroso haberse llevado bien, con maestros y estudiantes, por espacio de dos años, en un país donde maestros y estudiantes son factor permanente de discordias? Luego esa embajada ante la Santa Sede, el conocimiento de dos grandes Papas, la Corte Vaticana cargada de enseñanzas y de enigmas, las actuaciones en foros internacionales, el desfile de personajes políticos, diplomáticos, intelectuales. La experiencia europea, rica de revelaciones, que maduró al hombre de ideas y acicateó al hombre de acción. Vuelto a la Patria, cuatro años de opositor, su marginamiento del partido político al cual quiso moralizar y humanizar. Cuatro años duros, peleados, en los cuales hubo que ganarse el pan de cualquier modo. Luego otros cuatro en altas situaciones de gobierno: luchas, deberes, responsabilidades, noches en vela, días sin reposo… ¡Cuánta mezquindad, ingratitud, traiciones y miserias! La negra envidia mordiendo siempre sus talones, la maldad atribuyéndole actos indignos. ¿No es un infierno la política? Pero ahí estuvieron, en compensación, el noble ideal de patria mejor puesto en práctica, libertad para los ciudadanos, desarrollo económico, resurgimiento democrático e institucional; la amistad con Alejandro, gran patriota, estadista constructivo, amigo nobilísimo; la satisfacción de ver que una política humanista y desarrollista a un tiempo, equidistante de la prédica demagógica y del estancamiento conservador, abría nuevos cauces a la tormentosa lucha interna. En medio del torbellino de actividades, supo mantener intacto el refugio hogareño al cual solo tenían acceso contados parientes y amigos. Esos cuatro años de trabajo intenso, de amarguras sin cuenta, de incesante preocupación, habían sido posibles por la protección familiar en la cual recuperaba fuerza y confianza. La esposa maravillosa, los hijos, el contacto con la naturaleza, la meditación creadora, los libros, el arte, las delicias del diálogo confidencial con María, su ternura vigilante… Esa vida íntima que compensaba de las asperezas del actuar exterior. Para salvar la paz de su hogar siempre amenazada por la invasión de la política, para preservar su vocación de escritor, había declinado situaciones mayores. Había hecho tantas cosas, podía hacer cuántas más... Eso es lo que no perdona la hidra continental: que se pueda actuar, sobresalir en forma múltiple. Curioso balance; había sido, simultáneamente, un hombre de acción, disperso en numerosos quehaceres, y el varón de meditaciones refugiado en su retiro íntimo. Recordaba la marcha itinerante del pasado: episodios, fatigas, triunfos, derrumbes, decepciones, encumbramientos, nuevas caídas, golpes de suerte, derrotas, hitos de la pluma y de la voluntad. "Eres un triunfador" —había dicho un amigo. Un triunfador... El mundo sólo evoca los éxitos y olvida la malla de contrastes y amarguras que rodean al hombre y al político. El tenía defectos, acaso muchos, como todos los hombres, pero lo salvaban su fe en Dios, el amor al bien y a la belleza, lealtad en la amistad, olvido de los agravios, la conciencia tranquila después de varias décadas de tormentosa intervención en la vida pública, el ideal de Patria en la voluntad, el fuego creador del artista en la mente. El humanista-activo, espectador y actor del drama contemporáneo ¿qué meta más alta?

En el vasto transitar por los caminos recorridos, recordando las grandes jornadas y los pequeños incidentes, Lisuarte llegó a preguntarse: ¿Qué es lo más grande que he realizado en mi vida?" La respuesta afluyó veloz: “Encontrar a María".

Se acordó haberle dicho estas mismas palabras pocos días antes de su partida. ¡Y cómo habían centelleado los ojos amados de dicha y gratitud!

Esposa... Después de la palabra "Dios” ¿hay otra más bella y dulce en la tierra? Ella era…

La voz del chofer interrumpió sus cavilaciones:

—Cambridge, señor.

Se vió en una plazoleta de edificios bajos. Tomó por una callecita sinuosa y guía en mano inició la visita a los colegios de la ciudad: el del Rey, el de la Trinidad, el de San Juan, todos tres rodeados de vastos parques y arboledas, surcados por canales que pueblan enérgicos remeros y flanquean jóvenes entusiastas. En las riberas gentes maduras, a veces ancianos, estudiantes y turistas, confundidos, merendaban, reían, cantaban, dormían plácida siesta. Se oían voces en diversas lenguas. Un filósofo de cabeza blanca contemplaba el tumulto de un grupo abigarrado de muchachos, desentendido de su Platón. En los pequeños puentes algunos se agrupaban para ver pasar las canoas y seguir el curso suave del agua. Los tapices de grama, como un mar tranquilo, circundaban los edificios góticos de arquitectónica elegancia. Parejas de enamorados se perdían por senderos umbrosos. Rápido, atlético, de fuerte musculatura, solo y altanero en su larga canoa, imagen viva de la Inglaterra imperial pasó un rubio impávido por el canal sin hacer caso de burlas y silbidos.

La villa tranquila, silenciosa. Las gentes moviéndose en “tempo lento", despreocupadas de toda urgencia. ¿Sería el vivir británico tan difícil, hipócrita, vacío de nobleza como lo describen algunos novelistas? Pasando por Cambridge no se puede compartir esos juicios. Colegios y jardines invitan al reposo, a la despaciosa observación. En el curso de su visita, Lisuarte solo vió una inscripción de los "hippies" mofándose de la vida universitaria. La naturaleza lucía mansa, opulenta. El andar lento de las gentes transportaba a otros tiempos, otras costumbres... Se diría una estampa de los grabadores del siglo XVIII, pero las mini-faldas y los aviones bastaban para restituir el tiempo a su cauce. ¿Cómo no abrir el corazón si no a la alegría, al menos a la serenidad?

Acodado en el puente cerró los ojos, se sustrajo al embeleso del paisaje y le pareció escuchar la voz amada: "Si estoy contigo, siento cuanto sientes..."

Miraba sin ver una lejanía imprecisa cuando sintió un ruido próximo: un libro desprendido de otros en el brazo de una muchacha rodaba por el suelo.

Se agachó, tomó el libro y lo devolvió a su dueña que confundida dijo:

—¡Oh! Muchas gracias.

—No es nada —contestó Lisuarte.

Una linda joven morena lo miraba con curiosidad.

—¡Qué suerte! —prorrumpió—. Usted habla español y yo ignoro el inglés. Es tan difícil, aquí, hallar alguien que conozca nuestra lengua: porque... usted... es sudamericano o español ¿verdad?

—Boliviano —dijo lacónicamente Lisuarte, deseoso de alejarse cortando la conversación.

Pero la joven parecía sincera, deseosa de comunicación y se resignó a escucharla.

—Soy colombiana —explicó ella—. Estudio en París y pasaré una semana en Londres. Quise conocer la campiña y vine a Cambridge.

Luego, más animada, agregó:

—Qué lindo es esto, señor; ¿le gusta?

—Ciertamente —replicó Lisuarte—- me gusta.

—¿Vió la Capilla de la Trinidad?

—No, no la ví.

—Venga, lo llevaré. Los vitrales son muy bellos.

Pensó decir que prefería andar solo, mas nuevamente lo vencieron la sencillez y soledad de la joven. ¿Por qué empañar su inocencia con una negativa?

La siguió recogiendo a medias su parla alegre y vivaz.

Al cruzar el parque el radiante cromatismo de las flores le trajo dulces recuerdos, pero no quiso que la chiquilla advirtiera su tristeza. Hablaron de Colombia: José Asunción Silva, el Libertador, "La Vorágine", Santander. De pronto Lisuarte se puso áspero:

—No hablemos de ese; el que envenenó la vida de Bolívar; el segundo que no pudo llegar a primero…

La colombianita se enardeció a su vez:

—¡Cómo! Si Santander es tan grande como el Libertador, el que respaldó todas sus guerras. Ustedes, los de los países bolivarianos solo ven a su héroe y no quieren reconocer al nuestro.

—No me agradan los traidores.

—Es usted injusto al aplicar ese epíteto a Santander. El defendió las leyes contra el autocratismo de don Simón…

—Santander fue envidioso e intrigante.

—También Bolívar tuvo defectos: opacaba a los suyos.

—Cambiemos el tema —dijo secamente Lisuarte—- pues no habrá acuerdo.

La joven, discreta, accedió.

Entraron a la Capilla de la Trinidad, admirando la noble arquitectura del recinto y la hermosura de los vitrales. Lisuarte hizo la señal de la cruz y oró en silencio por la ausente. También la muchacha, arrodillada, rezaba.

Al abandonar la Capilla ella dijo efusiva:

—¡Qué lindo es ser católico, aunque lo sea de bautizo, me faltan pureza de alma, persistencia de conducta.

—A los ojos de Dios basta la intención.

—No soy teólogo —repuso Lisuarte— pero me parece que no basta la intención. Creo que el catolicismo como la democracia es más una conducta que una doctrina.

—El reconocerlo ya es comenzar a sentir como católico.

—Conforme: somos creyentes.

Seguidamente la joven propuso visitar las aulas del colegio. Lisuarte se apresuró a rechazar la invitación.

—Jovencita —dijo— es usted muy gentil. Yo podría ser su padre; llevo, además de mis años, una herida incurable. Busque la compañía de un joven simpático, alegre como usted misma: será feliz. Es mi mejor deseo.

Y haciendo una ligera venia se alejó pensando haber cometido infidelidad a la memoria de la amada.

Cambridge: esa isla de paz, ese refugio espiritual rodeado por el mar tempestuoso de la Inglaterra histórica y moderna. Se alejó de ella con la pena de no haber compartido la visita con María.

En la National Gallery el Vinci y Rembrandt volvieron a sumirlo en el misterio de sus caras y penumbras.

Hay tanto, tantísimo por ver en la National Gallery de Londres. Lienzos, maestros sin fin, soberbias creaciones. Lisuarte se detuvo frente a un pequeño óleo rembrandtiano que representaba un viejo triste y grave.

¿Autorretrato? Por contraste recordó la magnífica tela, llena de vigor y colorido, en la cual el maestro holandés brinda con Saskia en copa transparente; ese cuadro admirable que exalta la vida feliz, acaso la hora más bella de su tránsito terrestre, cuando la dicha conyugal y el éxito sonreían a Rembrandt. Este monje feo, viejo, arruinado, sumido en amargura y desesperanza, es

también el maestro en la etapa final de su dramática existencia. Seco, pintado con economía de rasgos y accidentes, el retrato expresa la dura declinación del abandonado, la congoja torturante del que no tiene ya nada que esperar. ¿No era, por analogía, su propio caso, el de Leonardo Lisuarte, reducido a términos comunes? Evocó el aura edénica de los días pasados... Ni Rembrandt ni Saskia la conocieron en su pureza indecible. El no era viejo ni arruinado como el monje en su apariencia exterior, pero se sentía igualmente destruído, desamparado, inerme en lo íntimo. Una extraña simpatía lo ligaba al triste personaje. Arte alguna podría mejor que el pincel rembrandtiano trasuntar el trágico declinar, la angustia final del solitario, del quebrantado. Un perro envejecido, apaleado, rechazado… ¿No es la imagen de la miseria senil? Las pupilas entristecidas no devuelven lampos del sol perdido. Este monje de rostro vejado, herido por la desgracia y la soledad, refleja el sentido trágico de la existencia.

Una turba de colegiales conducida por el guía francés interrumpió su soliloquio.

—Vean muchachos —dijo el profesor barbilindo— Después de admirar la opulencia del escenario, la riqueza del claroscuro, la gran calidad humana de las figuras en "La Mujer Adúltera", aquí tienen un pequeño lunar en la obra de Rembrandt: este monje feo y melancólico es una creación frustrada. No dice nada.

Y agregó sentencioso:

—También los genios pueden fallar.

Lisuarte ardió en rabia. Quiso contestar. "Estúpido — pensó — éste no ha vivido, no ha sufrido. No alcanza el sentido profundo del verso del poeta andino: "Con hábil ala, toda fealdad asciende su oscura escala". Estupendo pedante: ¿cómo podría comprender la madura plenitud del artista que hace de su vida su arte y de su arte su vida?".

En Hyde Park recuperó la calma, se fue despojando de su carga de melancolía. Lo emocionó ver parejas de enamorados y más cuando cruzaba junto a las de edad madura. ¿Dónde estaría la compañera que intensificaba los goces del vivir? Los altos árboles, la fronda tupida, los tranquilos senderos, el lago quieto surcado por veleritos infantiles, el sol que moría en el ocaso, el aire puro se le antojaban hermanos fieles para mitigar la pena. En los vastos espacios abiertos, en la majestad silente de la naturaleza, sentía como si Ella anduviera a su lado, le parecía recoger la voz amada devolviendo su grave meditar. Sus pensamientos iban a María y de ella regresaban. O la veía sin verla, figura sin presencia, apareciendo no obstante dulce, sonriente por los senderos umbrosos.

Volvió al hotel ya noche cerrada.

En el comedor del Royal Garden's no habían muchas mesas ocupadas. Frente a la suya Lisuarte vió una pareja que por el vestir y la arrogancia sobresalía entre las demás. El frisaría en los 65, alto y corpulento; ella andaría por la mitad, bella, elegante, distinguida. El hombre se concentraba en la comida reparando apenas en su compañera. Podían ser marido y mujer, padre e hija, tío y sobrina o simplemente un rico señorón y su amante; rico, a juzgar por la servil asiduidad de los camareros.

El hombre, grueso, y calvo, comía con verdadera fruición, ajeno a cuanto lo rodeaba. La mujer, linda y nerviosa, hablaba en monólogo interminable que él solo seguía con movimientos de cabeza. No encontrando en su pareja el interés buscado, la bella echaba miradas furtivas a las mesas próximas.

Lisuarte no pudo evitar una sonrisa: el drama del" gourmet" y de la bella; ¡qué tema para un dramaturgo! El sólido, macizo, consagrado a la necesaria y lamentable función de nutrirse. Ella fina, inquieta, a la caza de ecos y resonancias, tal vez actriz, corista, o solamente la niña mimada que convertida en mujer desespera por tener hombre y mundo a sus pies.

La rubia hablaba, gesticulaba, ponía toques eléctricos en el juego de las manos, como si cada dedo tuviera vida propia, independiente; movilizaba labios y cejas, hacía relampaguear los ojos o miraba desdeñosamente hacia lejanías inaccesibles. Giraba el torso para lucir mejor el busto arrogante. O se inmovilizaba en actitud estatuaria para volver luego con más bríos al juego

renovado de ese teatro unipersonal que solo una mujer llamativa y coqueta despliega diestramente.

Ella lo hacía todo con sutil aristocracia, dosificando sabiamente las actitudes: la bella mal comprendida tendía sus anzuelos con destreza, pero su compañero, impávido, seguía engullendo manjares y bebiendo.

Era un espectáculo fascinador y divertido.

Al salir la mujer arrojó una mirada postrera a Lisuarte como para cerciorarse si el desconocido proseguía reparando en ella.

Fumando un "charuto", bebiendo el café aguado de Londres, evocaba las noches sabatinas en La Paz. Salían a cenar a hoteles, restoranes, a cualquier lugar acogedor. La comida podía ser buena, los vinos aceptables, el ambiente agradable; lo esencial era esa atmósfera de intimidad que los rodeaba aún en medio a la agitación del recinto. Podía parecer ridículo a quienes los observaban, pero era así: un matrimonio de dos personas maduras amándose como el día primero. No cesaban de contemplarse mutuamente, de cambiar impresiones y recuerdos, con esa delicadeza recíproca que sólo conocen los enamorados.

Nunca la vió tan contenta como esa noche en la cual recordó una frase de don Felipe, su padre, gran mundano.

Era un sábado en la noche. Cenaban en un restarán. Bruscamente Leonardo bajo la mágica euforia del vino, hablando de Mozart, de Khayyam, de Hafiz ("escancia el vino copero que aún tiembla un rubí en el fondo del vaso") puso una mano sobre la de la esposa y mirándola tiernamente a los ojos dijo: "Escucha. María. No sé cómo he recordado una frase que solía repetir mi padre. El decía: "Si alguna vez vas a París. a un gran restarán de lujo, te sirven una comida exquisita y estás rodeado por bellas mujeres; a la quinta copa de champán sentirás que se te abren las puertas del cielo..." Lisuarte volvía a ver la expresión de temor y de tristeza que asomó a los ojos oscuros como si pensara: "¿acabará sibarita como su padre?" Pero sin darle tiempo a mayores reflexiones, Leonardo había proseguido: "Amor mío: estamos en La Paz, en un discreto restarán, después de la buena cena me acompaña la mujer más hermosa del mundo, estoy en la segunda copa de vino... y siento que se me abren las puertas del cielo…" Una presión afectuosa de su mano y dos lágrimas brillaron en los ojos lindísimos. "Nunca escuché un cumplido tan bello— dijo María conmovida. El había contestado: “Nadie lo mereció mejor que tú, Puerta del Cielo". Esa noche se recogieron caminando, unidos y dichosos, como si fueran novios, agradeciendo al Señor por el don del amor fiel que acrece con los años.

Otro día tibio, asoleado en Londres.

Paseando por Picadilly vio en una vitrina un jarrón chino, azul y violeta. Lo adquirió recordando como Ella amaba las porcelanas y los "cloissoné".

Visitó las dos Torres de Londres: la antigua, cargada de evocaciones históricas, donde resaltan las joyas de la Corona y las salas de armería; y la otra, la moderna, alta y giratoria, pináculo de cristal y acero y no un apiñamiento de construcciones como la primitiva que evoca escenarios de las tragedias shakesperianas. En uno de los patios de esta última, en una casita de dos pisos, había una ventana primorosa, con flores y cortinas, que lo dejó en suspenso. ¿"Quién la habitaría?"

San Pablo le pareció grandiosa, mas ¿qué le faltaba? No daba esa sensación de recogimiento y de misterio de las catedrales góticas.

Recorrió tiendas, librerías, disqueras, almacenes de arte y antigüedades. El Támesis fluía sordo, oscuro. Se escapaba a plazas y parques, donde recogía, confundidos, los contrastes de la naturaleza y de la fauna humana.

Londres, con sus diez mil tentáculos, no daba lugar al reposo ni a la meditación.

III

Auxiliar de secretaría en un Banco, redactor de un periódico, poeta, deportista. Un jovenzuelo lleno de sueños y promesas, pero nada más. Sus 20 años lo confinaban a esa zona neutra del muchacho que no es todavía un hombre, del hombre que no ha dejado de ser muchacho. ¿Cómo podía una mujer fijarse en él, perder el tiempo con un chiquillo? Aún peor: cómo una beldad en la cima de su atractivo y de la escala social podría descender hasta el último de sus admiradores. Estaba claro: Leonardo Lisuarte no podía ni debía pensar en María Montevelo, vedada a sus pocos años. Esto lo admitía razonadamente. Mas como amar en silencio a nadie ofende, mantuvo encendido el altar de adoración a su diosa. La amaría secretamente, ocultando su pasión, hasta que el destino la alejase de su camino.

Supo que tenía varios cortejantes sin decidirse por ninguno. No estaba enamorada. Le gustaban el hipismo, el baile, la lectura, el estudio de las artes. Vivía en su casa más que en los salones. No se dejaba dominar por féminas ni hombres: su genio franco y la risa burlona habían desarmado a los más audaces. María Montevelo era admirada como la beldad desdeñosa que nadie había podido conquistar. Alegre, honesta, buena amiga para quienes ganaban su confianza, rechazaba a los atrevidos ya los presumidos. Uno de éstos, herido en su orgullo, había proferido este juicio que circuló en la sociedad paceña: "Las mujeres no deben ser tan inteligentes ni tan fuertes de carácter. La Montevelo es una amazona. Nadie podrá rendirla".

Esos rumores, lejos de arredrarlo, le dieron mayor confianza: si Ella no se entregaba, podía ser materia de sus sueños. Comenzó el tiempo de la aventura sin salida, de la más alta hazaña —pensaba el adolescente— porque nada hay más sublime que la proeza del guerrero que marcha conscientemente a su aniquilación aún sabiendo que la batalla está perdida.

Lisuarte presentía que detrás de la mujer altiva, desconfiada, solo fuerte en sí misma y esquiva a los donjuanes, habitaba otra María Montevelo, tierna, comprensiva, capaz de entrega y abnegación. ¿Quién podría despertar a la invisible? Tampoco él llegaría a merecerla; mas no por ello negaría la femineidad subyacente de la hermosa que trataba a todos, varones o mujeres, como simples compañeros de esparcimiento.

Se decidió a llamarla por teléfono:

—María: ¿irás esta tarde a la fiesta del Club?

—¿Quién habla?

—Habla Leonardo.

Una ligera vacilación:

—¿Qué Leonardo?

—Leonardo Lisuarte.

Un cambio en el matiz de la voz:

—¡Ah! Eres tú...

—¿Vas a ir?

—No, no voy a ir.

Luego la voz extrañada preguntó:

—¿Para eso llamaste?

El muchacho desencantado:

—Sí; quería saber si irías a la fiesta...

—No —repitió la joven— y hasta luego: tengo que hacer en casa.

Cortó dejando al admirador confuso. ¿Por qué llamaría? Ella lo creería tonto o impertinente. El tono de su voz dejaba traslucir extrañeza y fastidio a un tiempo.

Otra vez la esperó a la salida de la academia de confección, a la que concurría asiduamente. La acompañaban amigas, pero Lisuarte no se arredró y la escoltó hasta su morada.

No podía verla con frecuencia; se contentaba con acompañarla algunas mañanas cuando salía, de la academia, o en robarle un baile de vez en cuando en las fiestas dejando el tiempo mayor a cortejantes más calificados. En casa de la joven lo acogían como a un amigo menor: ella no salía o se presentaba fugazmente. ¿Y cómo podía ser de otro modo? Jugaba ajedrez con el padre, patricio venerable que lo intimidaba por su porte severo, o hablaba de política con Jerjes Montevelo, el hermano mayor, empeñado en ganar a sus ideales al joven periodista.

Todo transcurría como si existiera un puente infranqueable entre Lisuarte y la familia Montevelo. Se lo acogía con afecto, guardando distancias, como si la bella y sus familiares se hubieran puesto de acuerdo (así podía él pensar) para no dar más confianza de la necesaria al visitante. Servicial, intuitivo, él se esforzaba por caer bien a todos. Tenía la simpatía de la madre, dama bondadosa y cultísima que celebraba sus poemas y le hablaba de literaturas, pero aún ella lo trataba con la consideración debida a un pariente o amigo menor, y no con la recíproca confianza o la importancia que se otorgan entre personas mayores.

Pasaron días, semanas. El muchacho comprendía lo absurdo de su posición. ¿Por qué buscar la compañía de la beldad inaccesible? No tenía sentido la amistad —y menos el amor— entre dos seres separados por cinco años desmesurados de edad. Los veinticinco de María Montevelo eran un muro altísimo en el cual se estrellaban los veinte años de Leonardo Lisuarte. Cualquier otro, más prudente, se habría retirado discretamente. Pero él no podía evitarlo: se alejaba dos, tres días, con el firme propósito de no volver a verla y regresaba a ella más enamorado.

Ella lo acogía con la sonrisa franca, los ojos maliciosos:

—Peleaste con tus chicas y buscas compañía seria.

—No, no —dijo el joven ruborizándose— no hay chicas. Es que me gusta conversar contigo.

—Primero come esta manzana —dijo ella— frótala con tu pañuelo para limpiarla y no tengas vergüenza de atravesar el Prado comiendo fruta, como le pasó el otro día a un

amigo que se preciaba de varonil y no tuvo la entereza de hacerlo, como si fuera censurable morder una manzana en la calle.

Luego burlona añadía:

—¿O te asusta la leyenda de Adán y Eva?

Lisuarte, herido en su vanidad juvenil, replicó presto:

—Yo no tengo miedo a nada. Comeré lo que tú quieras.

María lo contempló irónica:

—Y si te diera clavos…

—Los tragaría por complacerte —repuso el muchacho.

La bella se turbó un instante. Luego, sentenciosa:

—No te entregues tan confiado —dijo— hay que medir el valor de las promesas.

Estaban solos. Las amigas de María se habían dispersado. Cruzaron la vasta extensión del Prado comiendo manzanas y más de uno se preguntaba qué podían conversar tan animadamente María Montevelo y el chico Lisuarte.

Otra mañana él quiso darle un poema que había compuesto para ella aunque sin referirse a su amor.

—No me gustan los versos —dijo María— sólo buscan a blandarnos, nos desarman…

Pero vió tal tristeza en los ojos del muchacho que corrigió su juicio:

Los voy a leer —añadió— y te los devolveré mañana.

La semana siguiente él le enseñaba un pequeño retrato suyo en la esfera de su reloj.

La joven se limitó a comentar:

—Una humorada tuya.

Y quedó callada hasta llegar a su casa.

—Te ha molestado? —preguntó Leonardo inquieto.

—No me molesta —replicó María— pero no hay razón para que mi retrato esté en el reloj de un hombre.

A Lisuarte le dió un vuelco el corazón: la Montevelo lo consideraba un hombre, no un muchacho.

También él quedó en silencio y la joven creyendo haberlo herido dijo conciliadora:

—Vamos a ser amigos, si me prometes que no harás ni pensarás tonteras...

Lisuarte la miró encendido de júbilo:

—Quisiera ser tu mejor amigo.

—-De tí depende —dijo ella— yo pido poco, pero exijo que se respete mi libertad, que se comprenda mi modo de ser.

Así quedó sellada o creyeron, ambos, que se afianzaba la comprensión y la amistad que parecían imposibles entre la mujer y el muchacho.

Un día ella lo encontró hosco, pensativo:

—¿Qué te pasa? —preguntó María—. Otra vez enfurruñado...

Ella miró fijamente:

—Ayer fuiste al cine. Te vi entrar.

—¿Y qué hay de extraño en ello?

—Nada, nada... Pero el ingeniero Roldán se sentó a tu lado.

La Montevelo se sintió tentada a reír. La contuvo la mirada colérica del muchacho.

—No te concedí ningún derecho para que eligieras mis amigos —dijo suavemente.

—Ya lo sé —repuso el joven—. No tengo ese derecho ni el de invitarte, porque, porque… Bueno. No hablemos "tonteras" como tú las llamas. Yo solo soy el acompañante para entretenerte.

María lo contempló sorprendida. El hombre se erguía fiero, desafiante detrás de la máscara del muchacho complaciente. Se sintió halagada y disgustada a la vez. Pero quiso cortar esa extraña relación que parecía amenazar su libertad.

—Leonardo —prorrumpió severa— ya es hora que seas sensato. He aceptado tu compañía porque estás solo, porque eres un chico simpático. Ni Roldán, ni otros amigos y tampoco tú, tienen el derecho de observar lo que hago. Nadie. ¿Lo comprendes? Yo entiendo la amistad sino afecta mi independencia.

—Comprendido —dijo Lisuarte secamente.

Viéndolo, altanero, fruncido el ceño, María adivinó la verdad: ¡la tempestad de los celos! ¿Pero cómo podía el chiquillo vigilarla, tomarse la facultad de discriminar a sus amigos? ¡Qué atrevimiento! Su orgullo de mujer fuerte se sublevó:

—¡Basta!, —repuso—. Ahora nos despedimos. Tú vuelves a tus muchachitas y yo no volveré a dar confianza a jovenzuelos presumidos como tú.

—El muchacho la miró en silencio, Orgullo y cólera habían huído de sus ojos. Pero una tristeza infinita ardía en su mirar, y María Montevelo sintió, nuevamente, el impulso maternal de protegerlo y ahuyentar sus penas.

—No es verdad —dijo en voz baja—. Seguiremos siendo amigos. Nos veremos menos para que vuelvas a la realidad.

El muchacho se esforzaba por sonreír. Con un esfuerzo interno impidió que dos lágrimas rodaran por sus mejillas. Pero la joven las advirtió. Conmovida agregó:

—No está bien, no está bien… Era tan linda nuestra amistad. ¿Por qué destruirla?

Lisuarte no podía expresarse. Tras la tormenta interior la pena, la confusión, acaso la vergüenza le ataban la lengua.

—María… María... —pudo apenas balbucir—. Y se perdió caminando apresuradamente por el Prado familiar.

6

Esa noche, cansado, se acostó temprano. Leía "Del otro lado del río y entre los árboles". El viejo Hemingway era capaz de ternura. Esta novela no parece suya, contrasta con sus relatos trágicos y duros; la cruza una dulce emoción sentida, no obstante el fatal desenlace.

Apagó la luz. No podía dormir. Horas de larga reflexión. ¿Qué sentido tendría su vida en soledad? Pensó en los hijos, en la familia lejana aún requerida de su amparo; el mandato de Ella era amarlos y cuidarlos. ¿Podría seguir escribiendo, por qué, para quién? El hombre de acción... ¿Qué fuerza espiritual movería sus actos? Restituirse a la casa querida… ¿Sería un bien o suplicio? De pronto recordó que a las dos de la madrugada la televisión transmitiría directamente el desembarco en la luna. Cosa prodigiosa. Encendió el televisor. Se veían sombras, luces difusas, montañas, junto a ella habría vibrado de emoción. Aquí, en Londres, solo y desengañado, miraba más curioso que admirado. ¿Qué puede significar al atormentado el pequeño paso hasta la luna, por grande que sean el hecho, la proeza técnica y humana, cuando él exploraba un universo mayor y escrutaba orbes internos a la búsqueda de ultramundos ignorados? María... ¿dónde estaba? Saberlo o presentirlo era más decisivo que el desembarco en el satélite. Veía sin ver las figuras borrosas que proyectaba el televisor, escuchaba sin entender las voces en inglés, pero su pensamiento huía a otros espacios de dimensiones inimaginables. María: ¿dónde moraba? Mirada, voz, sonrisa, figura fugadas para siempre. ..! Podía imaginarlas, reconstituirlas por imperio de la memoria re-creadora, pero no podía infundirles vida real, existencia física, ni darles permanencia en el ámbito terrestre. ¿Es que la estrella, el árbol, el pájaro, una flor mueren, estallan, se desvanecen o sólo se transforman en nuevos seres para habitar mundos inéditos que presentimos sin que nos sea dable concebir? La nostalgia del Paraíso ¿no es una promesa de supervivencia? El ultramundo no es uno, sino muchos, innumerables ultramundos, pianos sobre planos, seres y seres que la Providencia crea, apaga, suspende, para hacerlos renacer, triunfales, según la intensidad del amor que los conmovió. Porque los seres que el amor crea no pueden perecer: son llamados a otra vida, a nueva actividad. Y si estremece pensar que en los féretros macabros se descompone la materia que vivió como diciendo al alma: "sólo a través mío pudiste subsistir", una fuerza interior nos recupera y rechaza la idea de aniquilamiento, las formas negativas de la muerte. "Hay algo, hay mucho que aguardan cuando materia y alma se separan; sólo que no puedes conocerlo antes de la hora inevitable". ¿Por qué la majestad de la naturaleza, los espacios abiertos, jardines, flores, arboledas, el silbo de los pájaros, la fuente murmuradora, la brisa acariciante fingen voces o sucesos ocultos que aproximan a la Bien Amada? Son ella y no son ella… Evocaba músicas que oyeron juntos; la proximidad se acentuaba. Cerraba los ojos, se introducía en los laberintos diáfanos del recuerdo y todo se organizaba por sí mismo... La escuchaba, la veía, la tocaba... Vibraba de alegría, como cuarenta años atrás, cuando su amor despertaba entre júbilo y melancolías. Bruscamente se disipaban remembranzas e imágenes bienhechoras y la duda enseñaba sus colmillos: estaba solo, triste, abandonado. ¿Vivía Ella en su mente, en su memoria, en su sentimiento; o era solo que sentimiento, memoria y mente vivían por Ella, de Ella, para Ella, en un eslabonamiento sutil que no tenía fin? y Ella, la queridísima ¿había vuelto de verdad, o se trataba únicamente de los delirios del afligido? El dolor cava, socava sin descanso. ..Pero no podía ser ilusión… ¿Juegos de la fantasía del dolorido? No! En el avión, luego en el hotel, había estado con Ella, joven, lindísima, con el traje granate predilecto que la rejuvenecía y re-hermoseaba. Había tenido las manos queridas entre las suyas. Escuchó la voz de

tiorba y de clarín. Ciñó con sus brazos el cuerpo adorado. Vió dibujarse la sonrisa indecible en los labios. Se había mirado en los ojos cruzados de misterio porque esas eran sus virtudes mayores, la promesa misteriosa de algo mejor, la espontánea alegría del ser bueno y activo. En esos cortos espacios de tiempo que la recobró junto a sí, había recuperado la confianza en Dios, el amor a la vida, la esperanza y el poder de luchar contra el destino. Porque María era, seguía siendo así: irradiaba ternura y confianza, infundía calma y energía secreta a su mundo familiar; y esa misión arcangélica de paz y de virtud no podía desvanecerse en la nada. ¿O sería que dos hombres, dos almas disputaban en su interior: una negando la esperanza, rechazando ilusorios consuelos, sólidamente ligada a la perecedera realidad; otra aferrada a su fe, al presentimiento de tiempos y espacios ignorados en los cuales volvería a unirse con la esposa ausente?

Una ola negra, negrísima lo arrebató hacia el mar de petróleo de la desesperación. Otra verde, transparente, coronada de espuma blanquísima lo devolvió a las playas serenas del buen amor: aquel que aún padeciendo se nutre con las fibras doradas y sutiles de los días felices.

Pasó cuatro horas en el British Museum. ¿Qué vió, que no vió? Nadie orienta al turista sobre lo esencial y lo accesorio. Una, dos horas serían suficientes para detenerse en un museo; así se absorben con relativa facilidad imágenes y acontecimientos. Lisuarte, ávido de conocer por un lado y de olvidar por el otro sus preocupaciones, quiso acumular experiencias en exceso. Salió mareado. El recuerdo de la esposa volvió a su memoria: en Roma, al visitar los museos, ella nunca permitía que se prolongaran las visitas. “Dos horas es bastante —decía—. Ya estamos cansados, volveremos otro día y asimilaremos mejor lo que aún nos queda por conocer".

En el barrio del Soho encontró una placita deliciosa: pequeña, semiescondida, de aire provinciano, de casas bajas y gentes indolentes. Estos oasis de paz en el torbellino londinense no son infrecuentes.

Subió a un “bus" de dos pisos. Cenó en un restorán popular. Luego se echó a rodar por las calles llenas de luces y personas. Absorbía, absorbía… ¿Para qué?

Domingo. Oyó misa en San Patricio. Por la tarde asistió a un encuentro de fútbol entre Arsenal y Manchester United. Hubieron varios goles, se jugaba con energía y destreza, ¿pero cómo entusiasmarse si desconocía a los jugadores y no era "hincha" de ninguno de los equipos? Al salir del estadio se sintió deprimido. No tenía hogar, nadie lo esperaba.

Regresó al hotel y esa noche comenzó a escribir, impulsivamente el “Diario de la Ausencia".

Dos días más en Londres. Buen tiempo. Un rápido girar por lugares célebres: segunda visita al British Museum, un concierto de Purcell, una fábrica, una escuela, gentes observadas en Trafalgar Square y en Piccadilly Circus. De lejos el Palacio Real. Otra gira por los parques. Veía, captaba, mas la antigua vena descriptiva parecía agotada; no tomaba apuntes ni quería recordar el viaje atractivo y terrible a la vez. Era como si él fuese un huso inmóvil y todo el mundo entrevisto girase en torno, sin dejar su impronta.

En un almacén de discos adquirió las 32 sonatas para piano de Beethoven tocadas por Schnabel, trascritas a 33 velocidades. Schnabel, el mejor intérprete de las composiciones pianísticas del maestro de Bonn. Sonatas maravillosas que habían llenado treinta y ocho años de su vida; escuchándolas fluyeron los tiempos de la dicha familiar y el torrente tempestuoso de sus libros y sus sueños de artista.

Se despidió de Londres con una visita a Regent Park. En un banco frente a la columna líquida que se erguía alta y graciosa en la rotonda florida, creyó sentirla en el paisaje apacible, en el agua saltarina, en el espeso arbolar que el viento agitaba misteriosamente.

Un diminuto gorrión se le paró en el hombro. Cinco, diez segundos, Mensajero enigmático. Dijo... ¿Pero había dicho algo y cómo no pudo entenderlo?

7

La muerte... Abismo o transfiguración.

Si te aferras sólo a las apariencias visibles de la materia, perdiendo al ser querido lo pierdes todo. Cuanto más razones, la fría realidad devuelve el trágico suceso: aislado, incomunicado con el mundo, porque el dolorido no admite relación con los demás. Pregunta alguna puede ser respondida. El perecer —último misterio— es un muro impenetrable contra el cual se estrellan dolor, inteligencia, ansia de saber. Acaso la expulsión edémica se originó en la curiosidad de los Padres por develar el secreto de la muerte. Y decretado estuvo que nadie alcanzaría el enigma. Puedes pensar cien años, mil si los tuvieras... Sería igual. Jamás la verdad llegará al atormentado. Porque lo trágico es así: te desgarran, te quitan existencia placentera y esperanza a la vez. Ya nada tienes que hacer, nada puedes esperar. ¿Por qué pusiste vida y alma en el ser amado? La fragilidad, la transitoriedad del existir debieron advertirte a tiempo: todo perece, nada permanece. ¿No decía Ferdusi "ni la desgracia ni la dicha quedan; la vida es un sueño que pasa"? Por extensa que haya sido una existencia feliz, al quebrarse la unidad de los cónyuges el sobreviviente se siente sujeto de un sueño; de un sueño que pasa y se aleja… Nada tiene sentido, nada valor. Se corta una respiración, se aniquila el cuerpo, el alma deja de existir. Poesía y religión engañan, son ficciones piadosas para mitigar la angustia del afligido. El vacío que sigue a la desgracia es incolmable. Ni pascal versado en teologías ni Rilke vidente y soñador despejan zozobra e incertidumbre. Es que no hay ultramundos, nuevas vidas, transformaciones del ser. ¿La eternidad? Utopía, necio esperar. Centella velocísima el hombre pasa de una oscuridad a otra oscuridad. Nada impedirá que vayas declinando, que la caducidad te alcance, que termines en la fosa, que sean disueltos cuerpo y espíritu. Es inútil angustiarse, vano aguardar retornos imposibles. La Separadora de los amantes procede inexorable: nunca más!

Si ves a uno que camina solitario, que se niega a recibir consuelo, ajeno al mundo, a la belleza de existir, criatura en desdicha y soledad, respeta su desgracia: nadie lo salvará. La muerte, para él, es el abismo. Y cae, cae, cae…

Pero si crees en el Cristo y su palabra redentora, si tu amor es de verdad, si tus sueños se nutrieron con el zumo de tu vida, y tu vida floreció por la savia de tus sueños, aún bordeando el filo del abismo podrás salvarte. Por que nada es definitivo, fluctuante todo. Hay mundos, no mundo. Vidas múltiples, no un existir. No puedes concebir lo eterno porque tu mente carece de aptitudes para alcanzar la dimensión desconocida, mas sospechas —o adivinas que un amor profundo no puede terminar en la disolución de la materia. Es, entonces, como si el Cristo, Buda, Mahoma, los hindúes, todos tuvieran razón a la vez: hay ultramundos, transfiguraciones del ser premio y castigo, vida-vidas, prolongaciones sucesivas del ser. Ni la hierba muere ni el alma se desvanece. Si crees, resistes. Si esperas, subsistirás. La muerte separa mas no destruye. Suele ocurrir que aquella que se fue, sigue reinando impalpable, invisible, en la casa y en el corazón de los suyos. Mano, voz, mirada, sonrisa ejercen influencia misteriosa; son más amadas cuanto más distantes. Es un estar sin estar, presencia sin forma, el aletea del amor que te ronda presuroso. Por afectuoso que hubieras sido con Ella cuando vivió a tu lado, te parece que en la ausencia la quieres más. Es que amor de verdad acrece siempre, está en ascenso... Tú solo tendrás que llevar las dos partes del piano y del violín: arte prodigiosa, cuando la que se ausenta encomienda al compañero proseguir la sonata de la vida, siempre los dos en uno aunque el uno se haya vuelto dos… Pena y desgarramiento deben dar paso a la esperanza. Ella está esperando, tú avanzas hacia Ella. El tiempo no existe ni el espacio define. Los muros de cristal serán trizados. Mundo y ultramundo se tocan aunque no se comuniquen ¿O lo hacen en modo sutilísimo? Habitante de un reino enigmático Ella puede visitarte si la solicitas. O tal vez nunca te abandonó, si miras bien, si piensas con justeza. Porque en la discordancia de la soledad aparente siempre su voz y su figura reaparecieron oportunas. La muerte es un tránsito. Misterio, sí, pero no lleva al abismo porque no es la regidora de las vidas. Un Creador, mayor, la tiene sujeta a sus designios. Ella prueba a las almas, aunque termine con los cuerpos. Inteligencia y memoria, fantasía y gratitud son las musas del Buen Amor. No es cierto que el vacío se abra para el abandonado. Tal vez pecó en el excesivo amar. Creyó como el Dante que "todo lo bello estaba en ella compendiado", que era un ser sin par creado por Dios mismo. Más como el caballero Guido Guinizelli pidió perdón a Dios por amar tanto

a su dama, a quien veía como encarnación de lo divino. Y Dios, señor de toda bondad, se apiadó del cándido amador dejándolo subsistir en su sueño y en su amada. Y la muerte no podía rendirlo porque él era servidor de la vida que no puede perecer, del amor que no tiene término.

Si ves, a otro, que avanza solo, digno en su dolor, aceptando tus palabras de consuelo, obediente a los designios del Señor, con una lumbre misteriosa en los ojos, envídialo, admíralo: ese no teme al abismo ni a la muerte. Sabe que el vivir y el perecer, pasado, presente, futuro son transfiguraciones. Es hijo del amor y del ensueño. Está salvado.

¿O tenía razón Apolonio de Tiana siguiendo a las almas en el laberinto de sus transmigraciones? ¿O es Nietzsche, supremo indagador, el que nos abre las puertas a la esperanza de la dicha inmortal con su teoría fascinante del eterno retorno? ¿Más por qué evocar lo que dicen los libros si la sola razón indagadora tiene la clave verdadera? Nada muere, nada termina. Esa resistencia natural a la destrucción, esa nostalgia de pasados y futuros, esa intuición finísima de lo que sigue existiendo sin presencia, ¿no son anticipaciones de una permanencia que se da en el cambio y a través del enigma?

Dios no puede haber creado seres maravillosos para sepultarlos en la nada. Los que parten, están volviendo siempre, si bien la forma familiar muda de figura, es alma trascendida. ¿Por qué desesperar? Ciego naciste a los misterios del mundo ¿cómo podrías alcanzar la suprema verdad que rige detrás de los límites oscuros? La muerte es el arcano: ni la temas ni la odies. Algo, alguien te aguarda más allá de sus franjas fúnebres. Sin el presentimiento de sus revelaciones no tendría sentido la terrena existencia. Déjala obrar: ásperos son sus caminos pero necesarios.

Vivir, morir, renacer. Transfiguraciones. Este amor que sigue ardiendo por Ella ¿cómo podría desvanecerse en el vacío? Y Ella, la ausente ¿no sigue velando por tí? Esta comunicación sin palabras, este andar en la costumbre, este creer que es ya un crear o re-crear lo que no puede ser aniquilado ¿no dicen con lúcida persuasión que hay vida en la vida y en la muerte, y después de ambas?

Inmenso, inmenso es el enigma... Pequeña, pequeñísima la capacidad de comprensión del hombre. Pero hay instantes en que lo vasto y lo minúsculo se tocan, conjugan fugazmente...

—Señor: ¿le cambio el café? Ya debe haberse enfriado —dijo el mozo cortésmente.

Lisuarte alzó la cabeza sorprendido:

—¿El café...? ¡Ah, sí! Cámbielo.

Había soñado muchos años con el primer día en Ginebra, la ciudad de Juan Jacobo, de Amiel, de Burckhardt, de soñadores y viajeros. Remanso de la Europa febril, quietud para el espíritu. Tan regalada por la naturaleza como cuidada por los hombres. El paseo inicial junto a la esposa, descubriendo lentamente sus bellezas, debió ser la apertura al reino del reposo y de la fantasía. Ginebra descubierta, amada, dialogada en el ritmo entusiasta de los cazadores de paisajes que aman la pesquisa geográfica porque la relacionan —o es el natural espejo— con la propia aventura interior.

Pero no había sucedido así. Y el solitario, lejos de abrirse al esplendor de la mañana ginebrina, se había encapsulado, sin buscarlo, en su redoma de meditaciones. Un melancólico, un ensimismado en el júbilo estallante de la hora temprana, era un contrasentido.

De pronto la ciudad desbordó de imágenes su mente. Un geómetra sutil dispersaba los rasgos armoniosos del paisaje. Urbe en escala menor, ni rascacielos ni masas humanas turbaban su placidez. La simetría y la mesura en edificaciones, en avenidas arboladas, riberas flanqueadas por botes y veleros. Cielos azules. Amplios espacios abiertos hasta tocar el horizonte líquido o tropezar con las montañas y las nieves. El lago surcado sin cesar por innumerables embarcaciones, da doble vida al movimiento de la ciudad y de sus gentes. Esos vaporcitos blancos colmados de personas dan el "tempo lento" del transcurrir ginebrino. Todo limpio, tranquilo, primoroso de forma y colorido. Se cruzan los puentes sin prisa, se puede ver crecer la

sombra en las terrazas, se anega el mirar en el tapiz azul del Leman. Y para quebrar la visión serena de esa magia concertada de la arquitectura natural con la geometría urbana, los suizos inventaron el penacho blanco de agua que se alza vertiginoso perforando los aires para volver a insumirse en la quietud del lago.

La primera caminata por la avenida costanera le dió una sensación de paz. Todo parecía regulado por un genio serena: las cosas como menos impuras, las gentes como más felices. Una visita al museo Arianna, otra al Jardín Botánico no llegaron a satisfacerlo, pero en el parque de Bel Air y bordeando el lago volvió a sentir la fascinación de la ciudad lacustre.

Ordenando el almuerzo en el Hotel d"Anglaterre abrió conversación con el "maitre", un ítalo-argentino culto y cordial.

—¿Es su primera visita a Ginebra, señor?

—Exactamente.

—La ciudad le gustará; tiene muchas cosas gratas para el turista.

—¿Usted vive muchos años aquí? —preguntó Lisuarte.

—Casi diez, pero todos los años viajo, en vacaciones, porque sería imposible quedarse siempre en esta cueva encantadora.

El boliviano miró al "maitre" sorprendido:

—¿Usted se cansó de Ginebra?

—Señor —repuso el ítalo —argentino —con énfasis—. Después de unas semanas cualquiera se cansa de Ginebra. No se vive sólo de contemplar el lago y los parques. Aquí hay poco o nada que hacer. ¿No ha visto usted que abundan ancianos y turistas? Le falta el pulso de la época. Es un lugar de reposo, no una urbe dinámica. Aquí no pasa nada, por eso la prefieren espías y banqueros para esconder sus maquinaciones.

Advirtiendo el gesto dudoso de Lisuarte, el "maitre" agregó:

—No se desencante, señor. Si usted está de paso Ginebra le brindará sorpresas gratas.

Quiso visitar el Palacio de la Sociedad de las Naciones morada precaria de las disputas de los grandes que perdió vigencia como los sueños de Wilson. La rigidez del horario de visita lo impidió: había que aguardar tres días.

Subió a un vaporcito para cubrir el circuito menor en el Leman. Estaba lleno de niños y mujeres; pocos varones. La nave se movía con lentitud y el paisaje de las riberas se desenvolvía como una cinta mágica. Casitas pintorescas se dispersaban en las laderas cubiertas de árboles y grama. Pero la visión del lago era aún de mayor fascinación. Al fondo, muy lejos todavía, se divisaba un bosque de barquitos a vela resaltando entre cielo y agua: blanco entre azules. Acodado en la borda miraba el paso de otras embarcaciones o alzaba los ojos a la ribera más alejada. Viendo el lento fluir de la corriente pensó que así se iba la vida, suave, insensiblemente. Un listón de madera pasó ondulando hasta rozar casi la popa del barco, luego se perdió: un punto en lejanía. Se dió la vuelta, miró las caras alegres y ansiosas, envidió a los navegantes, en particular a los niños, cuyos rostros inocentes no estaban aún mancillados por el dolor o el desencanto. Patitos graciosos que acudían a recibir migajas que les arrojaban de a bordo, lo entretuvieron con sus movimientos rápidos. La pata-madre vigilaba atentamente. La nave iba tan despacio que los patitos pudieron seguirla un largo trecho multiplicando sus gracias y sus saltos. ¿No está en lo pequeño el encanto de la vida? Luego los animalitos se cansaron y el barco se fue alejando de ellos. Lisuarte se sintió defraudado: había puesto, fugazmente, su ternura en los patitos. El paisaje urbano fue adelgazándose: el vacío entre ambas riberas se ensanchó y el lago, presuntuoso, pretendía dar sensación de mar. Habían llegado al bosque de veleros que era el límite del circuito. El barco giró lentamente para emprender el regreso. Los veleros se movían

dulcemente en el agua. El retorno, desprovisto de la novedad de la partida, le brindó momentos de placidez. Las aguas del Leman en el escenario de juguetería de sus riberas pobladas, si el día es soleado y tranquilo, guardan siempre atractivos para quien las recorre.

Abandonando el vaporcito se fue a los jardines del Bon Repos, en los cuales, junto a una fuente barroca, pasó momentos de sedante meditación. ¿Por qué enturbiar el general contento? Quiso olvidar lo suyo, transferirse al regocijo de los otros, recoger la pequeña gracia que existe aún en el menos atractivo de los seres o las cosas. Y en efecto: una mujer entrada en años, de nariz picuda y anteojos, se revestía de bondad leyendo un libro; tres niños fingían pelear con nerviosos ademanes y gritos desaforados; dos parejas de ancianos, ellos con bastones, ellas trabadas en sus tejidos, conversaban plácidamente; pasaban pequeños grupos de grandes y chicos; otros se detenían a mirar los elegantes juegos de la fuente en sus tazones. Parejas, grupos, llenos de animación; hasta la mujer estaba acompañada por su libro. El era el único solitario... Pero de pronto reparó en un hombre alto, delgado, que sentado en un banco próximo parecía absorto en la contemplación de la fuente.

Esa figura escueta, esos ojos claros, esa cara de facciones alargadas, esos brazos longilíneos ¿dónde los había visto? Bruscamente creyó reconocer hasta el traje verde pálido del desconocido. Forzando su memoria aclaró el asunto: sí, naturalmente, era un señor que viera en el comedor del Hotel d'Anglaterre, el mismo que vislumbró en el Museo Arianne, en el Jardín Botánico… y también en el vaporcito! ¿Casualidad o lo seguía? ¡Bah, tonterías! El era un extraño, un turista cualquiera, nada tenía que ver con nadie, era solo un desconocido perdido en las muchedumbres europeas. Pero el otro desconocido ¿pensaría igual? Le pareció sorprender dos, tres miradas de soslayo sospechosas.

Reflexionando que debía ver menos películas policiales, Lisuarte regresó al hotel después de un día tranquilo.

El calor lo molestaba y abrió la ventana para recibir la brisa del lago.

Tendido en la cama no podía conciliar el sueño. Nuevamente lo acosaba la doble lluvia de pensamientos sombríos y recuerdos risueños. Visitar ciudades, museos, parques, observar la muchedumbre, acumular imágenes y sensaciones ¿qué sentido tenía? Rodaba, él, por el mundo; o más bien el mundo giraba en torno suyo. No había esa correspondencia recíproca de los antiguos tiempos, cuando Ella, como un hada, encendía el entusiasmo en su alma y un fuego vivaz en las cosas contempladas.

Un ruido ligerísimo despertó su atención: dos, tres veces. Trataban de abrir la puerta. El había dado vuelta dos veces la llave dejándola atravesada en la cerradura; gracias a ello el intruso o el ladrón fracasó en su intento. Pero aún prosiguió un buen espacio de tiempo tratando de llevar a cabo su propósito. Probaba ganzúas probablemente; hasta que viendo lo inútil de su empeño se alejó y los ruidos cesaron.

A Lisuarte le pareció banal el asunto. No era un personaje ni viajaba con mucho dinero. Sería un “rata de hotel ", en su oficio, que escogía víctimas al azar.

Poco después dormía tranquilamente.

Al día siguiente, en el Palacio de la Exposición, solo lo atrajeron los muebles de época y los bellos tapices.

Regresó a los jardines de la ribera, de altos árboles y lindas flores.

Vagó por calles y tiendas. Frente a las vistosas vitrinas “sentía" que Ella estaba a su lado y expresaba su parecer: “aquello me gusta, esto no...". “Le parecía que el brazo amado volvía a reposar en el suyo, sentíase feliz, y con la esposa recuperada avanzaba ansioso de sorpresas y de hallazgos para compartirlos con Ella. Pero el encanto de su compañía era fugaz, duraba poco, y al proseguir las giras por Ginebra solo le quedaban el timbre de la voz querida, el perfume que enaltecía su presencia.

No se transmite las experiencias profundas del vivir. Ni el libro, ni arte alguna podrían manifestar, a otro, a otros, lo que siente, piensa y elabora el sujeto de su acción. Este hecho tan simple de recorrer nuevas ciudades, después de haber visitado otras con la compañera de una vida, es inexpresable porque no bastan palabras, por hondas que sean, para articular los dos mundos diversos en los cuales acontecieron ambas experiencias. El júbilo compartido, la severa soledad son fenómenos opuestos. Niño se sintió junto a la Bien Amada, tocado por la revelación y el entusiasmo. A su lado el mundo era siempre nuevo, óptimo, fragante. Ahora, solitario, sentíase viejo, arisco. ¿A quién podían interesarle sus ideas, sus impresiones? Ya las cosas carecían de mensaje y de atractivo. Miraba por curiosidad innata en el ser humano, pero atenuado el deseo erraba de un miraje a otro desganado o indiferente.

Repentinamente tuvo la sensación de estar seguido. Volvió con rapidez la cabeza y alcanzó a divisar la mitad de un cuerpo que se escondía detrás de una columna.

"Bueno —se dijo— esto pondrá animación al viaje sin sentido".

Pero el supuesto seguidor no volvió a dejarse ver.

Bordeando el Leman fue tocado por su hechizo. No era Leonardo Lisuarte, no era nadie… Solo una caña receptiva por la cual se colaban los aires y las magias del río.

Junto a la escalinata de piedra que llevaba a una explanada reparó en una mujer pobremente vestida que tenía un crío en los brazos. Fea, hasta sucia, cosa rara en Suiza, miraba con ternura infinita a la criatura. Alzó los ojos hasta encontrarse con los del boliviano y su mirada sacudió a éste como una descarga eléctrica: decía "soy feliz, felicísima, porque esta niña es mía y ninguna grandeza del mundo puede competir con ella". No habló. Veía amorosamente al crío y luego con timidez al extraño, pero en su mirar fulgían dicha y verdad como ascuas vivas, hasta hermosearle el rostro vulgar. Lisuarte recordó que María, bella y limpia, tenía el mismo mirar conmovido, fulgurante, cuando mecía en sus brazos a la pequeña Diana... Se bajó hasta la mujer, puso unos billetes en su mano y se alejó presuroso antes de escuchar su agradecimiento.

Oscurecía. Volvió al hotel y desde la ventana siguió los juegos repetidos del agua en la flecha líquida que parecía asaetear el cielo. ¿Por qué no cansaba, por qué era siempre fascinador el espectáculo de esta columna vertical perforando los aires y buscando altura? Dijérase el genio de la velocidad irrumpiente, más hermoso que el cohete astronáutica porque no se pierde en la lejanía sino que está sujeto al agua primordial, y vuelve a ella tantas veces cuantas se aparta para recuperar impulso y energías. Ahondando la contemplación observó Lisuarte que no era una flecha, una columna, un pilar altísimo, sino un salto prodigioso, un tropel de cuerpos que se asían y trepaban unos sobre otros, en sucesión ininterrumpida, para caer luego confundidos en el velo descendente que los tornaba al río. Y no eran cuerpos humanos, sino bultos con traza de seres voladores de alas plegadas, ligerísimas, y cabezas vibradoras. Y quedó pasmado en el misterio del Salto de los Ángeles que se repetía sin cesar, siempre igual, siempre diferente, anunciación que nunca terminaba de llegar...

Sintió que la puerta se abría a sus espaldas girando dulcemente en sus goznes. Se volteó. y ofuscado por la revelación del salto líquido vió o creyó ver una figura blanca, deslumbrante, que pasó a su lado con un dedo en los labios y se fue a integrar en el tropel del agua que subía.

Instantes después María y el traje granate aparecieron en el marco de la puerta.

—¡María! ¿Esta vez no será un sueño?— dijo Leonardo precipitándose hacia su esposa.

Ella dejó que virtiera su ternura. Luego, tranquila, repuso:

—Nunca ha sido sueño...

Lisuarte la contempló con el viejo asombro de los días felices.

—¡Oh maravilla! —dijo él—. Solo hay una como tú. He visto tantísimas mujeres, bellas, diversas, pero ninguna tenía tu hermosura, esa dignidad de porte, ese mirar que esparce sosiego... ¡Tantos días sin verte! mas yo sabía que cumplirías tu palabra; y esperaba, esperaba…

—Ya estoy aquí —contestó la esposa—. Ven, vamos al diván; te reclinarás en mí. Calmo. Descansado, me dirás tus inquietudes.

—No; vamos a ver el Salto de los Ángeles.

Ella pareció vacilar.

—Qué te pasa?

—Se rompería el hechizo. Ven, cierra los ojos. Piensa que estamos en nuestra casa en las montañas...

—Sólo quiero complacerte.

Cogidos de las manos avanzaron hasta el diván. Se sentaron y él se reclinó en ella. El cuarto. Oscuro, recibía la incierta claridad que subía de la calle. Sintiendo el dulce calor del cuerpo amado, rozando con castos besos la suavidad del cuello de María, mimado por las manos fieles que le acariciaban las sienes, Lisuarte se abandonó al deliquio del reencuentro con su mujer.

Hablaron largamente, envueltos en el aura mágica de las confidencias. Despertaron tiernos recuerdos. Los seres queridos y las cosas mínimas alternaban en el coloquio. "Hemos velado por nuestros padres y hermanos; pudimos contribuir a la felicidad de nuestros hijos. Tuvimos defectos, errores que otros analizarán mejor que nosotros mismos, pero no fuimos malos ni egoístas". La vida dura, penosamente disputada en la batalla de los días pudo desviarlos a la codicia y al recelo. No había sido así. ¿Y cómo habrían sido insensibles a la necesidad ajena si Dios los había colmado de bienestar? Recordaron a la pequeña Diana: "no te aflijas por ella; estamos juntas". Se sintieron próximos a Carmen y Miguel los hijos distantes" ¿Viste cuando la mujer y su niño me conmovieron junto al Leman?" Ella contestó afirmativamente. El insistió: quería saber si también estuvo a su lado al desfilar los patitos junto al barco, el momento que se desanimó a comprar una antigua ánfora de cobre y esmalte, o en el melancólico paseo por el Parc des Faux Vives. "Claro que sí —replicó ella— no me desprendo de ti". Nunca más política, ni vida pública, ni peleas por ideas o personas. "Va cumpliste tu misión de hombre; hiciste mucho. Hoy te lo niegan, mañana, cuando abandones este mundo, te lo reconocerán. Ahora defiende tu retiro de artista: hay obra por hacer". Hablaron de la edición de sus Obras Escogidas. Del próximo viaje a Istambul, a la soñada Atenas, a las islas del Egeo. De las diferencias de ritmo entre el vivir europeo y el sudamericano. "No hubiese querido nacer en el Viejo Mundo, pese a todas las ventajas que ofrece a un escritor". Y ella, ternurosa: "Si se pudiera escoger una segunda vida, sólo quisiera volver a ser tu mujer... ". El último consejo vino, como siempre, calmo, persuasivo: no ser tan inquieto, no afanarse en exceso por lo que no se puede modificar. Quien hizo mucho por el vivir propio y ajeno, tiene derecho, a la llegada del ocaso, a esperar que la vida haga por él. "Pero para tí nunca habrá ocaso —aclaró ella— porque como el colibrí eres movimiento puro... "

Las manos, sedantes, le acariciaban tiernamente las sienes. Cerró los ojos. Entonces, como antaño, al coloquio siguió el ansia de las músicas dilectas. Ginebra se volvió La Paz. Creyeron estar en el estudio —refugio de las horas dichosas. Misteriosamente, de una orquesta sin instrumentos brotaron los acordes del Concierto en Sol Menor de Vivaldi. Siguieron las notas del Quinteto KV 581 de Mozart. Y al escuchar la "Adelaida" de Beethoven, composición preferida de su esposa, brotaron lágrimas de los ojos de Leonardo.

—¡No te agites! —dijo ella angustiada—. Has sufrido mucho por mi ausencia. Ahora estoy contigo.

—No es la pena, es la alegría —repuso él.

Y luego, receloso inquiría:

—¿Pero eres verdaderamente tú?

La tocaba, la besaba, la miraba apasionado.

María rompió a reír con los ojos húmedos:

—El tiempo no existe. Estás exactamente como hace treinta y ocho años, cuando me confesaste tu amor...

—¿Y no somos los mismos?

—Los mismos pero diferentes.

El la contempló embelesado. Miraba sin cansarse de mirar. ¿Qué mujer era la suya que los años no agraviaban su belleza y podía tener en suspenso su corazón?

—Ya hemos conversado mucho —dijo ella—. Necesitas sueño y descanso.

Leonardo la miró desconfiado:

—Claro: despierto y ya no estarás junto a mí. ¿Tendré que esperar verte en otra ciudad?

Ella sonrió con tristeza:

—No quieres entender lo que tampoco puedo aclarar.

—Desaparecerás... ¿Hasta cuándo?

—Aún estaré otra vez contigo en Ginebra.

El esposo sintióse tranquilizado:

—¿Por qué no puedes acompañarme en mis correrías por la ciudad?

—No es fácil, no puede ser…

—¿Y cómo en el avión viniste en pleno día?

—Era distinto. Si supieras lo que me costó...

—¿Cuántas veces volverás a mi lado en este viaje?

—Más de las que piensas, pero tienes que soportar los días solitarios con entereza.

Mientras se acostaba, Lisuarte veía a su mujer pasear por la estancia, arreglar con mano vigilante pequeños detalles del dormitorio.

—¿Sabes que sigues siendo la mujer más deseable del mundo?

—Gracias. Prefiero ser la más recordada.

—"Ti penso, ti penso" —como decían los italianos.

—Esa es mi alegría.

Lisuarte se durmió una vez más sin saber si la vida es sueño, los sueños vida, o el recuerdo el puente mágico de las resurrecciones del amor que puede abolir las dimensiones del tiempo.

IV

Independiente, reservada, María Montevelo no se abría ni a su mejor amiga. Generosa en la amistad, guardaba solo para sí sus sentimientos. Sentía verdadero afecto por Blanca Monreal, a quien la unían varios años de vida común. Le gustaban su franqueza, su ironía, hasta su modo brusco y directo. Ambas se conocían muy bien. El mutuo aprecio había engendrado recíproco respeto. Cada una confiaba lo que deseaba confiar solamente y la otra no pedía más. Rompiendo esa regla no escrita de la recíproca consideración, velando por la amiga o celosa tal vez, la Monreal explotó un día sorpresivamente:

—¿Qué te sucede, María? No quisiste ir al baile del Club Hípico. Rechazaste la invitación al cine, ayer, del ingeniero Franconio. ¿Sabes que Donaldson y Figueredo me preguntaron por ti?

La Montevelo miró a su amiga disgustada:

—No tengo compromisos con nadie.

—Ya lo sé —insistió Blanca—. Alejaste a Federico Montanez, el mejor partido de la ciudad, un hombre serio, jovial, rico y culto, ¿Qué más se podía exigir?

—Yo no pienso casarme.

—Tampoco yo. Aún somos jóvenes… ¿Pero qué sentido tiene andar con el chico Lisuarte, que no tiene años ni situación que ofrecerte?

La Montevelo rióse con desenfado:

—Precisamente, porque no me molesta con declaraciones ni promesas me agrada su compañía.

—Se te acerca en los bailes, te busca a la salida de la academia. ¿Te llevó al cine?

—¿Y quién podría prohibírmelo?

—Nadie, claro. Más... no sé... Tú que siempre rechazaste la invasión de los cortejantes —¿no te decían la esquiva?— ahora resultas en extraña amistad con un chiquillo.

—Blanca —profirió María en tono resuelto— dejemos el tema.

La amiga, porfiada, quiso ir más hondo:

—Un día el chico se cansará de rondar sin esperanza, comprenderá que no eres para él. Se irá; ¿y no te habrás acostumbrado demasiado a su compañía, podrás pasarte sin ella?

La Montevelo alzó los hombros desdeñosa:

—No necesito la compañía de nadie.

Blanca Monreal preguntó hiriente:

—¿Te refieres a mí?

—No seas tonta. Hablo de hombres y de amigos.

—Resolvieron no ocuparse más del chico Lisuarte.

Esa noche, antes de conciliar el sueño, María reflexionaba sobre las palabras de su amiga. ¿Le gustaba el muchacho o era algo más que un sentimiento de amistad lo que sentía hacia él? ¡Qué absurdo! Ella no pensaba casarse. Le agradaban la compañía y la conversación; del muchacho... ¿Pero era verdaderamente un muchacho? Ambicioso, enérgico, poseía madurez de juicio, una personalidad fluctuante que parecía suavizarse junto a ella. Lo veía con ternura de hermana mayor, que vela por el hosco y solitario. Se había acostumbrado a sus confidencias. Si él se alejara ¿podría prescindir de su presencia? ¡Oh, claro que sí! María Montevelo nunca se apoyó en nadie. ¿Qué podía importarle que el chico Lisuarte se alejara? Ella desconfiaba de los hombres, de su espíritu veleidoso y egoísta, de su afán de dominio. Cierto que Lisuarte no se le aproximaba con aire dominante, sino en demanda de consejo y comprensión. Era un chiquillo, naturalmente, ¿y por qué darle alas? Lo distanciaría gradualmente para no herirlo... Desde luego, mañana dejaría de asistir a la academia: así no lo vería. Antes de dormirse una ligera sensación de vacío le pasó por la mente: no lo vería mañana...

El joven ascendió en el periódico y en el Banco: redactor especial en uno, subsecretario en el otro, pero aún era pieza secundaria. Publicó un tomo de poemas. Por su padre, por el de la Montevelo y por el hermano de ella, tendía antenas a la política. Seguía trepando montañas, jugando fútbol, trasnochando con los compañeros del diario en el trabajo.

Una noche, en la cafetería, cuando la orquesta iniciaba los acordes de "Cuando llora la milonga", Carlos Linford advirtió la emoción en sus ojos.

—¿Nostalgias —preguntó— o sueños imposibles?

—Ambos.

Linford sabía que determinadas melodías tangueras entristecían y al mismo tiempo enardecían a Lisuarte. Cosas de soñador y de romántico; los cuatro primeros tangos que bailara con María, los llevaba burilados en el corazón: "La Cumparsita", "Caminito", "Cuando llora la milonga", "Sentimiento Gaucho". Se sumergía en la música sentimental y melancólica, que avivaba su secreto. Grave, hermético, callaba hasta que cesaba la melodía reminiscente; en esos trances se creía mayor que los otros, madurado por la desazón del amor inexpresado. Ya no hablaba de mujeres con relación a sí, limitándose a recoger las jactancias de los amigos.

Despertaba con el nombre de María en los labios. Se dormía pensando verla al día siguiente.

El había notado el cambio. Asistía menos a las fiestas, y faltaba con frecuencia a la academia de corte, de modo que los encuentros se espaciaron. También en ella la mudanza sutil no escapó al enamorado. Era buena, gentil pero las risas se espaciaban atenuado el timbre y a veces, distraída o preocupada, solía dejar preguntas sin respuesta.

En pocos meses de trato la amazona había abierto sus defensas. Ya no era el diálogo entre la esquiva y burlona y el extasiado; el hombre se afirmaba rápido sobre el adolescente y la mujer en cierta manera regresaba a primaveras ya vencidas.

Una mañana, comprendiendo o creyendo comprender que le correspondía poner término a lo que no tenía solución, intentó no acercarse a María. La siguió dos, tres cuadras, decidido a privarse de su compañía. Ella volteó dos veces, como buscándolo; a la tercera Leonardo no pudo contener su gozo. Lo extrañaba. Corrió a su encuentro.

Se veían después de cinco días. El habló confuso y sincero:

—He notado tus desvíos. ..He reflexionado sobre el absurdo de esta amistad indebida…Y he, he comprendido que… en fin: tú me entiendes. No debo, no debemos… Quise hacer la prueba de no acercarme y dejarte pasar…y ya ves: no pude. Tú buscabas algo, me hice la ilusión de que me buscabas. Perdóname: soy un vanidoso...

—No —replicó María Montevelo— no lo eres. Te esperaba.

Se miraron conmovidos. Luego anduvieron un largo trecho sin hablarse.

Lo mejor es cortar antes que sea tarde —dijo ella en voz baja.

—También yo lo tuve en mente —añadió él— pensando más en tí que en mi.

Más adelante, ya serena, siempre mirando al suelo como temerosa de encontrar los ojos del muchacho, la Montevelo agregaba:

—En realidad no ha pasado nada... nada. Podemos seguir amigos, pero no amigos de todos los días. Amigos solamente. ¡Anda! Sé valiente, busca una muchachita que te merezca, te casarás, tendrás muchos hijos y…

A Lisuarte le pareció que un paño invisible cerraba la boca de la adorada.

—Esto no es un juego —dijo con firmeza—. Estoy demasiado aturdido para hacerme entender. Esta noche te escribiré una carta en la cual pondré todo lo que siento, lo que pienso. Tú la leerás, y con ese carácter íntegro que tanto admiro, me darás la respuesta que selle mi destino. O el de ambos.

Se despidieron entristecidos y esperanzados a un tiempo.

Lisuarte se amaneció escribiendo su primera carta de amor, muchas páginas sinceras, líricas, cuajadas de imágenes poéticas y sentidos pensamientos. No quiso leer lo que había escrito: así, ingenuo, desarticulado, sería la expresión leal de su sentir. Se describía a sí mismo con desnuda franqueza, pintaba a la amada con esos tintes brujos del amor profundo; y terminaba solicitándola "como esposa y compañera de su vida". Tienes un día y una noche para reflexionar —finalizaba. Si me aceptas seré el hombre más dichoso. Si ello no es posible, me alejaré para siempre de tu vida".

Cuando María recibió el abultado sobre comentó con apenada sonrisa:

—Has trabajado mucho.

Cuanto haga por tí siempre será poco — dijo Leonardo.

No queriendo impresionar su ánimo, agregaba al despedirse:

—Léela dos veces, si tu bondad lo permite. Mañana, a las once y treinta, nos veremos en el Prado.

Ese día, esa noche fueron los más largos en la atrevida juventud de Lisuarte. María Montevelo leyó tres veces la carta del soñador. Y el encuentro se produjo a la hora convenida.

Jamás olvidarían, ambos, la fecha y la forma cómo se decidió su destino.

Se divisaron desde lejos. Ya frente a sí se cogieron de las manos y las miradas lo dijeron todo. El pálido, temblando de incertidumbre el mirar. Ella grave, entristecida.

—¿Leíste mi carta? —preguntó Lisuarte indeciso.

—Sí —dijo la Montevelo— y tú sabes la respuesta.

Se sentaron en un banco del paseo. Las manos se apretaron efusivas. Los ojos se buscaban triste-alegres.

—Te amo —dijo el joven— para toda la vida.

—Para toda la vida digo: te quiero —repuso ella.

Así se juntaron la amazona y el soñador en el más extraordinario amor de que darán memoria los anales de la dicha conyugal. Y desde ese instante comenzaron a planear cómo anular las distancias que los separaban, cómo derrotar al mundo que se oponía a su felicidad.

El noviazgo fue secreto entre ellos un largo año, para no despertar alarma en sus familias.

Pasaron semanas, meses. Advirtiendo que las salidas con la amiga se espaciaban, Blanca Monreal acusaba mordaz:

—Decías que no te importaban los hombres y te dejas envolver por un muchacho.

—No es un muchacho; es un hombre — contestó tranquila María Montevelo.

—Tú siempre fuiste dominadora. Escogiste un carácter tierno para modelarlo a tu antojo.

—Al contrario: quiero ser modelada por él.

—¡Bah! Ya te cansarás de tu "chevalier - servent".

Entonces María Montevelo con ese tono imperioso que revelaba la firmeza de su carácter y que la Monreal bien conocía, repuso tajante:

—Quiero a Leonardo. Si Dios no dispone lo contrario me casaré con él. Serás, siempre, mi mejor amiga pero te ruego respetar y comprender mis sentimientos. Y no divulgarlo, por ahora.

Linford y Paunero fueron los confidentes de Lisuarte.

—¡Ah! —dijo el primero con intuitiva comprensión— te hemos perdido.

—¿Por qué? —agregaba Paunero tratando de eludir lo que vendría—. Nuestra amistad puede resistir la prueba del amor de cada uno por una mujer.

La novia secreta tiene más derechos que la novia oficial —agregó Linford, María Montevelo tendrá celos de nosotros, querrá al soñador, constante, junto a ella. Y Leonardo pensará lo mismo.

Ya no será como antes: ella primero —insistió Carlos.

—No creo que Lisuarte nos abandone. ¿No hay un tiempo para el amor y otro para la amistad? —dijo José.

Luego, incisivo preguntaba:

—Dí, Carlos, ¿cuántas veces nos dejaste por correr detrás de una conquista?

—¡Oh! —replicó el aludido— Era distinto, cosa pasajera. Yo volvía junto a ustedes, al primer llamado. Pero Leonardo... no volverá a nosotros.

Lisuarte escuchó a los amigos emocionado. Sentía que una puerta se cerraba a sus espaldas y otra, más bella y ancha, se abría por delante.

Gracias, gracias hermanos —intervino—. Seré siempre el mismo para ustedes, los acompañaré en los trances gratos y en los difíciles. Pero yo he consagrado mi vida a María Montevelo. ¿Por qué el buen amigo no podría ser, también, el mejor amador? Llegan tiempos nuevos. Tenemos que casarnos y fundar hogares. Me ha tocado ser el primero. Aceptémoslo.

Se despidieron. Cuando Lisuarte se alejaba con paso rápido y nervioso, Linford dijo a Paunero:

—A éste lo hemos perdido... Nos hará tanta falta nuestro soñador, impetuoso y valiente. Pero me quedas tú, José. Nos aguardan muchas victorias todavía.

Paunero, grave, se limitó a comentar:

—De golpe nos aventajó en diez años. Hay otra luz en sus ojos. Leonardo sabe dónde va.

8

Paseaba a lo largo de los jardines que eslabonan sus frondas en la ribera del lago: Perla del Lago, Bon Repos, Bartone. Esto es la que falta en La Paz, jardines entre aguas y montañas; la humedad saludable, templada, no tropical, que hace más grato el vivir de plantas y personas. Quieta la superficie lacustre, surcada por barcos y veleros. Los aires como más abiertos, las gentes como más contentas. Si es un deleite detener la mirada en las flores que vibran de colores, más conmovedora la visión de los niños que gritan y corren sin descanso. La mañana ginebrina tiene encantos inéditos para el observador sosegado. El paisaje hermosamente natural, afinado para regocijo del hombre, brinda visiones ocultas al apresurado. Devuelve la sucesión embrujada de las pompas de jabón que abrían misteriosos accesos en la mudanza cambiante de colores y minutos infantiles.

De pronto el paisaje pareció ensombrecer: frente a él, a pocos metros de distancia, un hombre de traje gris y lentes oscuros, inmóvil, daba la sensación de estarlo observando. Lisuarte lo reconoció: era el hombre que lo siguiera y sin duda continuaba su búsqueda. "Imaginaciones mías —pensó—. ¿Quién lo conocía, quien sabía que andaba por Ginebra?"

Prescindió del sujeto y recordando la visita de la esposa, la noche anterior, lamentó no tenerla a su lado para disfrutar del paseo matinal.

Puso fin a la caminata y se dirigió a una librería. Adquirió "El hombre sin atributos" de Musil y “El espacio literario" de Blanchot.

En la tarde escuchó un concierto de música de cámara: obras de Haendel, Viotti, Schubert.

Después de la cena y de corta caminata por los muelles subió a su cuarto y prosiguió escribiendo el "Diario de la Ausencia". La ventana, abierta, le traía el aire fresco de la noche.

Andaba tan abstraído en su tarea, que no escuchó abrir la puerta ni el llamado que pudo hacer el intruso. Oyó que alguien hablaba en una lengua desconocida y se volvió: frente a él se hallaba el hombre que lo venía siguiendo, sin los lentes oscuros. De mediana estatura y ancha espalda, parecía enojado; hablaba en voz baja, rencorosa, con ademanes agresivos.

Lisuarte lo contempló estupefacto, preguntándole quien era y por qué había invadido su estancia.

El intruso no respondió prosiguiendo su retahíla en idioma desconocido.

Como Lisuarte hiciera un gesto de no comprender, el visitante le habló en inglés. El gesto negativo se repitió y el desconocido rompió a expresarse en lengua francesa. No muy ortodoxamente, porque ninguno dominaba el idioma de Corneille, pudieron explicarse al fin:

—Usted engañó a nuestra oficina en Londres —dijo el intruso—. Soy Lestkov, de Leningrado. Me conoce bien, y aunque se finja otro lo reconozco perfectamente: es usted el miserable agente Z-99, el indigno Fiodor Prokofiev. Nos traicionó y ahora pagará sus delitos. Tiene diez minutos para despedirse de la vida.

Lisuarte respondió sorprendido lanzando una carcajada:

—Loco o bromista, no me impresiona. Yo soy boliviano, no ruso. Mi pasaporte se lo aclarará.

El otro sacó unos papeles y le enseñó una fotografía: era la de una persona que se le parecía extraordinariamente al punto que Leonardo se quedó perplejo.

—No negará que usted es Fiodor Prokofiev —insistió el visitante. Prepare sus cosas y no intente resistir. Yo no mato con revolver ni con puñal; mato con las manos.

Lisuarte se vió en poder del fanático, un agente ruso del servicio secreto, mucho más vigoroso y posiblemente entrenado para todo género de lucha. En un rapto de sangre fría respondió:

—Está bien. Me despediré de la vida bebiendo un borgoña que compré ayer. Bebamos.

—Beba usted —dijo el ruso—. Por su actitud razonable le daré una tregua. En un cuarto de hora más Fiodor, el traidor, habrá dejado de existir.

Lisuarte mostró al ruso su pasaporte sin lograr convencerlo. Revolvió sus maletas donde sólo había ropa, libros pero nada en ruso ni en inglés.

Finalmente alzando la copa dijo:

—Ahora beberé por usted. Soy un sudamericano agobiado por la desgracia: perdí a mi mujer después de 38 años de felicidad. Habría querido suicidarme para reunirme con ella, pero mi religión me lo prohíbe, pues soy católico. Aparece usted y me da la Solución ideal: eliminándome, usted me enviará a juntarme con ella. Le debo, pues, gratitud. ¡A su salud!

El ruso lo miró receloso:

—Prokofiev era un cobarde. No admitiría la muerte con su serenidad.

Cinco minutos después el desconocido ya dudaba.

—¿Y el parecido del hombre de la fotografía con usted?

—No lo sé... —contestó Lisuarte encogiéndose de hombros—. Dicen que cada persona tiene, en el mundo, su doble, exactamente igual a ella, aunque casi nunca lleguen a encontrarse.

Luego el ruso se confió:

—Si hubiera hecho ademán de huir o resistencia lo habría arrojado por el balcón. Puedo deshacerme en pocos segundos de hombres dos veces más fuertes que yo —dijo con orgullo.

Sintiendo que ganaba terreno, el boliviano agregaba:

—Bien: hay que rematar la obra. Déjeme escuchar la "Fantasía Cromática" de Bach y me despacha. Listos!

Andaban por la mitad de la obra, cuando el intruso se alzó del sillón:

—¡Basta! —exclamó pesaroso. Fiodor era un bruto, no entendía de música clásica. Usted es, físicamente, el doble de Fiodor Prokofiev, pero no es Fiodor Prokofiev. ¿Cómo podrá disculpar mi error, el susto que le he causado?

Lisuarte sonrío bondadoso:

—No tuve miedo, porque en la tristeza que me acosa, me da lo mismo vivir que morir. Olvidemos el caso y siga usted buscando a su hombre. Pero no se aleje sin beber una copa de este maravilloso vino francés, señor...

—…Kirilov —dijo el ruso.

Bebieron ambos, un tanto embarazados y se despidieron con un apretón de manos.

—Usted comprenderá que yo cumplía mi deber —expresó el visitante—. Discúlpeme.

Leonardo miró benévolo a su presunto victimador:

—Lo entiendo perfectamente —repuso—. Dostoiewski, Tolstoy me acercaron al alma eslava. Los rusos admiten, sus errores, saben perder, pueden ser enemigos y amigos sucesivamente. Todo estuvo bien.

—Es usted generoso.

—Y usted un hombre extraño.

El desconocido salió cerrando suavemente la puerta.

Quedó el boliviano desconcertado por el suceso. Era dramático y era cómico al mismo tiempo. ¿Novela de espionaje, un loco fugado de un asilo? No: Kirilov hablaba y procedía con perfecta lógica. En dos noches, sucesivas, lo habían visitado la vida y la muerte: María con su aparición maravillosa, Kirilov amenazante que estuvo a punto de truncar su existencia. Era increíble, era inexplicable que pudieran ocurrir sucesos tan disímiles en tan breve tiempo.

El amanecer lo encontró de buen humor. .Aún estoy vivo —pensó con regocijo— y si bien es verdad que hay instantes en los cuales me da lo mismo estar en el mundo que en el más allá, en el fondo no puedo engañarme a mí mismo: a pesar de la desgracia y del dolor, preferimos vivir, para eso fuimos engendrados".

El último día en Ginebra visitó el puente del Mont-Blanc y la isla de Juan Jacobo. Oró en la catedral de San Pedro. En la pequeña Place du Molard compró gladiolos rojos que simbólicamente dedicó a su esposa. Volvió a recrearse en los juegos de la Fuente del Jardín Inglés, rodeada de árboles y flores. Desde una colina Ginebra se le abría, en el adiós, vasta y armoniosa en ese ensamble perfecto de naturaleza y urbe con el Mont-Blanc y la sierra nevada al fondo, graciosa en sus calveros y arbolares, seductora en sus puentes y en sus vías, toda hecha a la medida del hombre, a su tranquilo regocijo, al regalado vivir del no apresurado.

El último recorrido en un vaporcito lo anegó en la placidez del Leman: nunca olvidaría las riberas y los puentes, el penacho del Salto de los Ángeles, los veleros blancos en el horizonte.

Se despidió de Ginebra visitando los jardines del Parc de la Grange. Silenciosos, bien cuidados, apenas si algunas personas los transitaban. Se sumergió en la soledad, en la majestad de la naturaleza. "Este paraje se llama la Roseraie" —escuchó decir a una dama. Y se vió solo, perdido en las arboledas, vagando por los senderos. El sol tejía finas tramas de tintas suaves en las ramas. La grama, bien cortada, imponía el reino de las esmeraldas. Un pájaro lanzó su trino armonioso desde un arbusto próximo. Sintió que el parque y sus aires abiertos, los jardines, los altos árboles, los senderos primorosos perdiéndose a la distancia, prímulas, rosas y petunias, la soledad y el silencio del mediodía eran todos uno con su ser y su pensar. La nostalgia de la dicha

pasada lo tocaba con finísimas saetas: para ser perfectos, la hora y el paisaje solo requerían la presencia de María...

Bruscamente, en pleno día, con subitaneidad de relámpago Ella caminaba a su lado.

El rostro de la esposa —promesa, luna nueva— irradiaba paz, secreta alegría. Se transfiguraba María en la acción sencillísima y concertada de la sonrisa apenas madrugando, del pestañeo aprobador, del mirar nuevo que siendo antiguo transmitía siempre irreveladas emociones.

¿Cómo expresar ese estado inefable de beatitud que le producían su presencia y su mirada?

Recordó, Lisuarte, el verso del poeta Florentino: “aquella que ha emparaisado mi alma…”.

Repitió el verso a la esposa, agregando:

—Tal vez en el Paraíso no eran necesarias las palabras. Todo se sobreentendía y articulaba porque sí.

Ella lo contempló con sobresalto:

—¿Por qué quieres saberlo todo? Te prefiero poeta antes que pensador. Sigamos paseando en silencio.

No son muchos los que saben apreciar la belleza de un paseo con la esposa y compañera. Porque solo ella conoce tus afectos y tus reacciones, afina tu sensibilidad, aclara tu inteligencia, comparte tus descubrimientos, filtra tus dudas. Y es ella, consejera, estimuladora, sagaz antagonista, la que da mayor hermosura al paisaje, hace como más tiernos los seres vivos, y revela misteriosas modulaciones en el canto de las cosas. Lisuarte, reencontrado en el hechizo de la esposa, sentía bullir en sus venas.

—Esto es bellísimo, María —dijo de pronto—. Me recuerda nuestros paseos en el parquecito del Montículo, allá en el hoyo inmemorial... Pero no sé, nuestros diálogos, nuestros hallazgos, el solo hecho de caminar juntos, me parece como si hubieran sido más nobles, más hondos, casi beatíficos allá…

—Yo también lo siento así —repuso Ella—. El mundo es variado, muy hermoso, pero la morada natal se ama y se comprende mejor.

—¡Dios mío! Que dure, que dure, que dure este encuentro en los jardines ginebrinos. Si es verdad, prolongarla. Si es sueño, no quiero despertar!

María le apretó el brazo con dulzura:

—Tontito, si es verdad. Y durará mucho todavía...

Un guarda, anciano, le dijo a otro esa tarde, al cerrar las puertas de los jardines de la Grange:

—Un señor, un extraño, se ha pasado todo el día aquí. Parecía no cansarse, iba de un sendero a otro, conversaba consigo mismo... No sé... A ratos parecía que hablaba con alguien, gesticulaba, como si tuviera otra persona a su lado... No sé.

—Sería un chiflado —repuso el jardinero menor.

Nadie supo que Leonardo y su esposa María, en prolongado paseo, habían rememorado los días propicios reanudando el diálogo cortado por la muerte, sumergidos en el aura bienhadada de una honda comprensión.

Tiempo después un poeta suizo recorría con su novia los senderos de la "Roseraie". Y discurría, sorprendido, sobre el cambio producido en el bello paraje, que antes sólo invitaba a la contemplación de la naturaleza y ahora parecía sugerir un deseo de amor en el acercamiento espiritual. "Yo también he sentido el cambio —dijo la novia. Es como si otros, antes que nosotros, se hubieran amado intensamente aquí". Ha debido ser así —añadió el poeta— porque yo siento los efluvios de un amor bienaventurado que nos manda aproximarnos en íntima armonía.

Se besaron con ternura desusada y en ese instante una estrella verde, vivacísima, fulguraba en el horizonte.

9

Habitante de dos mundos, en dos tiempos.

Recorría la acentuada topografía de Lausanne. Su Catedral del gótico naciente. La famosa Universidad. Bordeando el lago de Ginebra, reclinada en las colinas de Jorat, Lausanne despliega un soberbio panorama alpino. Como casi todas las ciudades suizas, es vieja y nueva al mismo tiempo. El sector de la “Cité" con vetustos edificios —el Castillo, la Casa Consistorial, San Francisco, palacio Rumine— se apretuja y desparrama en callejas y casas de ámbito estrecho. Pero junto a ella o circundándola está la otra ciudad, la joven, amplia y risueña Lausanne de bosques, avenidas, industria y comercio activos, amplias edificaciones. El hombre medieval vivía temeroso, en orden cerrado, apiñando almas y moradas. El hombre atómico transcurre libre, audaz, en orden abierto, con todo comunica y se quiere sin trabas: morada y ciudad las busca en amplitud de líneas y de espacios.

Lausanne abarca pasado y presente con dócil ritmo.

El viajero, moroso, puede absorber la evocación histórica y las novedades de la moda. Si la naturaleza se esmeró en las armonías contrastantes del paisaje, los suizos aprendieron el arte sutil de modelar ciudades a medio da y goce moderado de los sentidos.

De un callejón empinado, de duras piedras, que desciende de una torre gótica, se pasa a un pequeño parque soleado y sombreado, donde la luz y el arbolar disputan primacías. Una ancha avenida puede desembocar en nuevo apiñamiento de casas antiguas. El anticuario tipo siglo XVII empalma con los escaparates modernísimos. El lago habla de paz, los montes nevados de fuerza en cólera petrificada. Rincones penumbrosos alternan con jardines floridos. Ni muchedumbres ansiosas ni vértigos del tráfico. Un remanso de sosiego.

Lausanne es una jovencita alegre, linda, saludable que no quiere mostrarnos la casa natal ni sus padres porque ella misma los halla viejecitos, anacrónicos.

Las horas se desgranaban lentamente.

Sentado ante la mesa de un café al aire libre o vagando por las calles de Lausanne, el boliviano absorbía la frescura líquida de la pequeña ciudad Suiza.

Pero intermitentemente, como las luces del señalero de tránsito pasan del rojo al verde sin descanso, su pensamiento se desplazaba de Lausanne presente a La Paz pretérita. Un objeto, una visión despertaban, por analogía o por contraste, evocaciones de lo ya pasado. Porque Lausanne puede ser hermosa, y otras ciudades suizas o europeas mejores aún: bellísimas. Pero de súbito surgía ante sus ojos y se avivaba en su corazón el recuerdo de la Casa de María… ¿Cuándo es el hombre, hijo de Dios, más dichoso? No por fatuidad, no por pueril envanecimiento, sino por natural sentimiento de gratitud hacia su Creador, el instante en que medita: "Este es el mejor país del mundo, esta su mejor ciudad, este su barrio más atractivo, esta la casa más linda, yo casado con la mujer más encantadora, soy, por consiguiente, el hombre más feliz del mundo". Razonamiento aparentemente infantil, contiene todo el secreto de la dicha humana. Ama lo que eres, lo que tienes, crece en tu interior reposo y en tu plural actividad. No por soberbia, mas por humilde reconocimiento al Señor, admite que recibiste más de cuanto merecías. Esposa, casa, hogar sin mácula. Era tan placentera la vida allí, en la casa donde transcurrieron treinta años de tu vida... Fuera de ella toda actividad, movimiento peleas, porque vida de varón es lucha, es disgusto, ímpetu en la acción. Pero si el hombre se hacía entre hombres, templando el carácter en la contienda de los días, en la fricción con las personas; el artista volvía a su refugio con la certidumbre de hallar el remanso habitual. La esposa, portadora de alegrías, los hijos vástagos azules de la sorpresa, el jardín tranquilo y señorial, el "estudio" poblado de ideas y de música.

Podía aislarse, meditar en soledad; o bien, reunido con los suyos, disfrutar las delicias del pasar hogareño. Y si pasear bajo los pinos bien alineados, bajo el alto muro de piedra con tejas bermejas era grato, releer el Homero y el Shakespeare al pie de la frondosa acacia; más conmovidas, de gracia tremulante, las caminatas con la compañera queridísima, el diálogo siempre nuevo con su fina inteligencia, la música y los estudios de arte compartidos... Porque la maravilla de ese vivir lento, acompasado, y agitado, tumultuoso simultáneamente, consistía en las rápidas transiciones del movimiento intenso a la serena quietud. La jornada diaria, en la oficina, en las calles, en el tráfago urbano le tensaba la voluntad, lo hallaba siempre dispuesto a la búsqueda y a la pelea; pero también, cada día, al volver a su morada el hombre civil se quedaba puertas afuera y el soñador podía recuperar sus derechos. Entonces el ciudadano, el padre de familia, se convertía en el rey de su hogar, porque cariño y respeto lo circundaban; un rey raro, ciertamente, que no ejercía sus derechos porque otro ser más alto, más noble y sin duda más digno de homenajes regía la casa con pocas palabras, sin gritos, con una presencia continuada suave y firme a la vez. El cedía sus atributos a Ella. Gozaba viéndola reinar... Mas la soberana, con raro tacto, el momento preciso, a los moradores de la casa y a los visitantes, solía hacerles notar que el soberano legítimo era el varón, su compañero. Ese mutuo sometimiento, esa recíproca entrega, hizo de sus vidas un reinado largo y feliz que solo la muerte pudo truncar. Si la luz roja dice: "Esto es hermoso, absórbelo, disfrútalo, porque Lausanne es un regalo de los Dioses, no volverás a ella"; la luz verde fulgura impaciente: "No te dejes tentar; en La Paz era mejor. Vivías en beata confianza. Lo bueno, lo bello, lo noble a la vez". Aquí variedad de pájaros, muchos árboles, la policromía encendida de los mazos florales, el lago, los nevados, casas y parques erigidos con armoniosa maestría; allí bastaban un gorrión, la acacia, la montaña, el esplendor de una rosa para encantar el mundo. La luz roja: se vive mejor aquí. La luz verde: se vivía más hondo allá. Muchas linduras, ofuscan. Pocas, se aprehenden con docilidad. Si Lausanne necesitó centenares de años —y el respaldo de dos mil de cultura europea— para llegar a esa síntesis armónica entre obra humana y esplendor natural, el amor de María y Leonardo sólo había requerido de pocas semanas en el tiempo y un área reducida en el espacio paceño para levantar su templo escondido. Cien Lausanne no podrían darte la recogida intimidad de la casa y el parquecito de Sopocachi, como cien bellezas no te volverían al hechizo de la esposa y su presencia. ¡Bebe, bebe cuanto quieran darte Dios y el mundo, pero siempre recordarás el agua pura, la fuente sellada de la Casa de María…!

En Neuchatel saboreó óptimos vinos, el lago se volvió como más dulce, primoroso. Se veía la campiña cultivada hasta el confín. Avanzando por los caminos de Suiza, la sorpresa se desvanece: todo se produce en una sucesión de perfecciones que por instantes desencanta: ¿por qué todo tan perfecto, tan medido, tan atrayente? Ya no hay escala de valores, ni contraste para establecer comparaciones.

Se dirigió a Berna por un camino de pinturería.

La bondad de los hijos había precipitado el viaje, fijando itinerario de ciudades y horario de partidas. El aceptó porque la casa, sin Ella, dolía. “Un cambio de ambiente, otros cielos, otras tierras, otras gentes te ayudarán a disipar la tristeza". ¿Pero no viaja, el dolorido, con su ambiente y su paisaje? La cinta suiza, rica de colores, de imágenes, se veía constantemente interrumpida por unos hilos de ébano y de oro: penas y recuerdos gratos. El viajero solitario, entonces, transcurre en el "tempo" rápido de los escenarios y las cosas que acuden a conocerlo, y en el "tempo" lento de la memoria evocativa que no quiere abandonarlo.

En el "Bellevue” que conserva el fausto de la “belle époque", no es fácil trabar conocimiento con otros alojados. Pasó dos días en dulce soledad, y el tercero se le acercó un hombre joven, rubio, fornido, que hablaba si no con perfecta dicción claramente el español.

—Perdone, señor. Soy hijo de un ingeniero suizo que murió en Bolivia. Sé que usted es de ese país; ¿podría preguntarle algo de su patria?

Dijo que su padre había fallecido cuando el era un niño, legándoles títulos y papeles sobre minas de estaño no bien desarrolladas, pero que al decir de informes técnicos ofrecían grandes posibilidades de producción. Tenían un apoderado en Oruro que los informaba del estado de las minas, trabajadas en muy pequeña escala, cubriendo apenas patentes y gastos. ¿Era fácil la vida en Bolivia, se podía financiar una explotación minera en gran escala?

Lisuarte contestó que la vida en las ciudades era una cosa y otra muy distinta el trabajo en campamentos mineros. Si los estudios eran buenos y las características de la mina favorables, habían probabilidades de éxito. Pero para triunfar en una empresa minera hay que tener capitales, técnicos, suerte y mucha perseverancia. A veces se pierde toda una vida buscando vetas que

jamás se encuentran. Otras se desvanecen pequeñas fortunas en persecución de un yacimiento. También ocurre que un hallazgo sorpresivo convierta al buscador en millonario. Concurren muchos factores, el más importante el personal. Un industrial afortunado decía, en Potosí, que no hay minas sino solamente mineros, porque depende de la suerte, de la intuición, del esfuerzo del que trabaja la grandeza irrumpiente de la mina.

El joven insistió pidiendo consejo. Repúsole Lisuarte que no era entendido en la materia; ignorando sus posibilidades, su carácter, su concepción personal del futuro, no estimaba sensato aconsejarlo.

Díjole el suizo que él, Federico Gombert, tenía 28 años. Seguía la carrera bancaria, amaba Berna, tenía una novia acomodada. Podía pagarse los pasajes a Bolivia pero como calculaba que organizar las minas le tomaría largo tiempo, temía perder novia y situación. ¿Era prudente jugar el futuro por lo incierto?

—Comprendo —dijo Lisuarte—. Usted es un hombre sensato, que juega a lo seguro.

—Para qué arriesgarse innecesariamente? —replicó Gombart.— Yo iría a su patria si existieran condiciones básicas para el éxito que me propongo obtener en las minas...

—La mina es caprichosa —repuso— ama al audaz, al arriesgado. Calculando mucho no se llega a su corazón frío.

Gombart se ofreció a mostrarle planos y estudios. El boliviano eludió la segunda entrevista. ¿Para qué ir en busca de la fortuna, perdida la compañera? Además no le agradaba el tipo.

—Bolivia es la gran oportunidad para un hombre ambicioso —terminó— y los osados no son muchos. Pero el aprendizaje de Bolivia es duro, es difícil... Pensarlo dos veces.

Le dió algunas direcciones de mineros para que se entendiera con ellos. Diez minutos después había olvidado al joven suizo y a sus minas.

Esa noche, en las terrazas del "Bellevue" con orquestas y grupos corales se festejó el aniversario nacional. Suizos corpulentos, sanguíneos, ataviados con trajes típicos, entonaron canciones folklóricas de ritmo alegre y ágil. Bebían cerveza en los descansos, charlaban, se hacían bromas, manteniendo la moderación precisa para no molestar a los alojados. Los fuegos artificiales al pie de las colinas y relámpagos lejanos alumbraban la noche nubosa, pero no llovió. El júbilo y la música se prolongaron más allá de la medianoche. Luego todos se retiraron ordenadamente.

Lisuarte se dirigió a su habitación. No tenía sueño. Abrió la ventana. La ciudad se movía en calle de airosas curvas que el río cortaba con gracia singular. Reflectores en parques y colinas ponían tintes vivos en grama y en arboledas. Pocas gentes, uno que otro vehículo. Después absoluta quietud. Sobre los techos de Berna flotaba un aura de misterio. Y el hombre estaba ahí, en el centro del misterio como la fuerza del huracán en el vórtice que lo desplaza, ansioso de ser, de hacer, de sacudirse de la inmensa parálisis de la voluntad que lo arrastraba de ciudad en ciudad, de paisaje en paisaje, de recuerdo en recuerdo. ¿Qué haces, qué piensas, hacia dónde vas? En verdad, no iba: el mundo pasaba por él, lo traspasaba, lo aventajaba... Berna risueña, maternal, acoge mejor que Ginebra, la hermosa, que Lucerna la encantadora. Sus colinas albergan ejércitos arbóreos. Tiene sus osos, sus viejos portales con novísimas vitrinas, lindos parques y jardines, unas rampas empinadas de verde compacto que despiertan el niño en las gentes, las callejas de arquitectura arcaica junto a las amplias vías, un fondo encrestado de montañas, techos rojos que transmiten el entusiasmo de la vida, bosques, que con tapices y tapices de hierba quisieran cubrir el paisaje de verde oscuro y verde vivo. Nada de la simetría moderna: Berna se adecúa a la naturaleza, irrumpe como ella caprichosa y desordenada. Es un mundo de tranquilidad y poesía. La noche multiplica su hechizo, la torna como más limpia y fragante: se diría estar aspirando claveles olorosos. Pero el hombre compara su desvalimiento con la serena potencia de Berna nocturna y se siente extraño a la diafanidad circundante. "¿Podré recuperar de la caída cruel? El idealista ¿volverá a ese estado de inocencia que aún conociendo las fuerzas de presión negativas, persiste en su tarea bienhechora, elevadora de almas? El luchador ¿mantendrá intactas su fuerza y su coraje? El soñador, el hombre íntimo, el que solo se revela a la esposa, el buscador de ternura y comprensiones ¿con quién compartirá su carga de sueños y fatigas?" Porque no hay varón verdaderamente solitario, nadie transcurre aislado del

mundo y de sus seres; y en el fondo, los más fuertes, resultan los más débiles porque requieren oídos, voces, paredes resonantes, tensiones disonantes, cosas, almas, voluntades que los sigan o se les opongan, aún espíritus neutrales que con su sola presencia afirman lo que puede parecerles indiferente. Y si la carga de pesares y trabajos es dura, no menos delicada la operación de comunicar los pequeños goces y las grandes alegrías, porque el hombre es planta vinculada a su suelo, a su cielo, a su contorno, a sus seres próximos. El viaje de la vida o el viaje por el mundo calzan coturnos diferentes según se vaya solo o acompañado. Porque comunicarse es la ley sagrada del ser vivo. Luzbel, el réprobo, privado de amor y de enlace con las almas. El Arcángel, obediente, henchido de bondad y reverencia hacia todo cuanto fluye del Padre, sustento del suave diálogo de espíritu y cosas. Son los extremos. Pero acontece que aún el creyente, el convencido, de pronto se siente arrebatado al seráfico equilibrio de la vida armoniosa; entonces dolor y soledad lo precipitan al abismo de horrenda negrura. "Yo vivía por Ella, para Ella… ¿Qué sentido tendrán los días por venir sin su presencia y su palabra? Un amor desmedido, una pasión excesiva, llevan en sí mismos el castigo de su extravío: si no hubieras amado, si no siguieras amando con ese poder de exclusividad, si no fueras solo tributario de su belleza y de su encanto, podrías resistir mejor la desgracia de su desaparición. María, la incomparable… Su nombre te abría todas las puertas, te entregaba los arcanos del mundo, acercaba a Dios, al Bien, a la Belleza, moderaba tus rigores, mitigaba las penas, convertía los pequeños sucesos en grandes alegrías, infundía fuerza y confianza en la vida, era musa y consejera a la vez. Con arte sabia nunca impidió el desenvolvimiento de tu personalidad: señalaba, sugería sutilmente hasta que por cauces naturales coincidían tu ansiedad y su saber. Nunca palabra de más, gesto brusco, ni empecinada actitud. No había mandos ni caprichos: solo el mutuo deseo de complacerse". Un sereno distanciamiento, un discreto silencio, la digna reserva habían bastado para enseñarle la grandeza de alma de la Bien Amada en los primeros tiempos. Después la consagración absoluta al marido, a los hijos, a la familia. Dar, siempre dar, sin pedir nada para sí… La madrecita en el más hondo sentido cristiano y poético. La mujer por todos admirada. La esposa-siempre novia... En la casa, donde transcurrió casi toda su vida, fue reina indiscutida. En la calle, en los salones donde aparecía fugazmente, sobresalía por su belleza y distinción. Pero allí, más hondo, en los dominios secretos del corazón apasionado, Ella era la Única: no podía compararse con nada, con nadie. Una sonrisa suya, una mirada, un gesto de aprobación, una palabra tierna de sus labios constituían la más alta recompensa. Jamás, jamás, ni en el más alto de los sueños, pensó hallar tanta dicha en el matrimonio que para él no fue de cargas, deberes y desvelos, sino solamente remanso de paz y de contento. Todo esto, el paraíso terrestre, había sido aventado bruscamente... Ya solo el recuerdo para alivio del infortunado.

El Museo Histórico de Berna contiene —como todos los museos— muchas cosas interesantes. Lo mejor: su colección de porcelanas. ¿Por qué rechazan las figuras y grupos grandes? La porcelana es el reino de lo sutil en lo pequeño. Y el sentido del gusto, esa manera indefinible de encontrar y elegir lo más delicado entre la abundancia y lo desmedido ¿por qué fueron concedidos a pocos? Recordó los "hallazgos" de María: la pareja en el piano Ludwigshaven, el "allegretto" de Schubert, la Madame Recamier en Sévres, el Retrato de un Desconocido de Pieter Codde, la jarrita Capodimonte… y otros encantamientos que a primera vista poco decían, pero que frecuentados revelaban secretas delicias guardadas por un geniecillo travieso.

De pronto se sintió incómodo. ¿Qué hacía, él, visitando el museo, colmando la retina de imágenes, tapices, muebles, armaduras, cuadros? Ver, disfrutar, aprender... ¿para qué, para quién? No asciende vertical el espíritu, por escala rígida, soledosa, sino que conoce y se perfecciona en suaves planos remontados. Si no puedes transmitir lo sentido una campana de vidrio te aísla del mundo. Son el toque humano, la receptividad ajena, particularmente el afecto comunicativo entre dos que participan del sortilegio estético los que fraguan y esclarecen el tesoro encontrado.

Fuése a caminar por los portales de Berna que le recordaban las galerías porticadas de las viejas plazas coloniales de la América del Sur.

Tropezó con una señora gruñona que posiblemente lo insultó: las palabras, en alemán, sonaban duras, hirientes. Se detenía en las vitrinas cuando algún objeto imantaba su interés. Avanzaba lentamente entre la masa de viejos y jóvenes que circulaba por la galería. De un almacén salían las notas puras, simples de un minueto mozartiano; detúvose a escuchar las con la unción que las recogieron juntos, la primera vez, en la casa de la calle Indaburo allá en La Paz remota.

Reanudando el paseo cruzó junto a parejas felices y otras, desavenidas, que se confundían en el remolino de caras y de trajes.

Su mirada, distraída, vagaba de las gentes a las cosas. Súbitamente una presencia familiar, aún pequeña, lejana, concitó su ansiedad: ese andar airoso, la cabeza erguida, la figura esbelta y ágil... ¿Quién era? Separados por la muchedumbre, avanzaban en sentido contrario; la figura aparecía, desaparecía, reaparecía, se iba acercando… Se levantó en su pecho esa antigua emoción que lo conmovía cada vez —¡fueron tan pocas!— que la encontraba en la calle, porque Ella, casada ya, transcurría en la casa y salía poco a la ciudad. Veía y no veía la figura que se aproximaba, la adivinaba en sobresaltos inefables; y cuando María se acercó, tierna la mirada, fina la sonrisa, nuevamente el mundo se disolvió bajo los portales de Berna: el momento del encuentro todo se desvaneció en un vértigo de júbilo. ¡" Eres tú! ¡Oh, cómo te necesitaba!"

—Por fin viniste de día —dijo él— trémulo de dicha.

Y la miraba, la tocaba, temiendo que fuera a desaparecer, pero gozoso comprobaba que era ella, su esposa, tan real, tan viva como cualesquiera de las personas en torno.

Un vestido azul hacía resaltar la esbeltez de su cuerpo y ponía resplandores célicos en los ojos oscuros. ¿Pero qué traje no caía bien a la queridísima? Treinta y ocho años de matrimonio, tres hijos y apenas cambios ligerísimos: se diría la María inicial, de veinticinco primaveras, la que lo cautivó desde el día primero de su amor. Y él andaba a su lado, la ceñía amoroso, como en las mañanas domingueras al dirigirse a la misa en La Paz, cuando volvían del cine, al salir de compras o en los lindos paseos vespertinos.

Lisuarte quiso cerciorarse de su dicha. Se miró en los ojos amados, presionó su mano y el brazo querido se apretó al suyo. Con la mano libre le rozó la mejilla.

—Las caricias no son para la calle —dijo ella— y se ruborizó como una colegiala.

Luego con ligero movimiento lo llevó a una vitrina de antigüedades:

—Aquí hay lindas cosas —agregó—. ¿Qué te gusta más?

El hombre se alborozó. Sí: era ella, su compañera, siempre recatada, intuidora de encuentros y de hallazgos. Además, si no hubiera sido ella ¿por qué esa hondísima alegría que solo brotaba en su presencia? Sentía el perfume indecible de María, la voz clara y suave a un tiempo, entraba en ese ritmo tranquilo que emanaba de la esposa y sosegaba su inquietud.

Después de contemplar unos instantes la vitrina rebosante de objetos de arte, Lisuarte señaló un bronce de Clodion:

—Yo me llevaría éste —expresó entusiasmado.

—Es bello —repuso María—. ¿Y qué te parece esta porcelana?

Parecía una figurilla Meissen; representaba un cortesano de pastorcillo danzando alegremente. Los rasgos finos, graciosos, el colorido bien contrastado, el movimiento de la figura daban un extraño encanto a la porcelana que, siendo el objeto más pequeño, retenía la admiración de los esposos.

—Tu siempre hallas lo mejor —exclamó Leonardo— ¿Deseas que la adquiera para ti?

Ella vaciló:

¡No, no! —repuso—. Basta con las que tenemos en La Paz.

El insistía, porfiado:

—Pero yo quiero regalarte ésta...

María sonrió con dulzura:

Guárdate las ganas —dijo— en Salzburgo aguarda otra más delicada...

Más tarde, sentados en la mesa de un café al aire libre, transcurrieron una hora memorable evocando cosas del pasado, hablando de tiempos futuros, tejiendo y destejiendo esos mínimos detalles que eslabonan el collar invisible de los enamorados... ¿Recuerdas esa tarde maravillosa en Latina, cerca de Roma?" Y el paseo por la Costa Amalfitana. "No: más bello fue ese crepúsculo purpúreo en el Janículo". ¿No volvimos, todos, cantando de Nápoles? "Yo pienso con gratitud —dijo María— esa vez que viéndome fatigada del estrépito de Buenos Aires, me llevaste a Palermo, al rosedal; y me hablaste con cariño, improvisando poemas, sin reparar en las lindas mujeres, como si solo existiéramos tu y yo; llevábamos diez años de matrimonio, mas yo sentía que me amabas como si fuéramos novios… Ese fue uno de los días más bellos". O aquella vez, al dejar Mar del Plata, esas lágrimas de felicidad que nos indujeron a tomar un viejo coche para el lento postrer paseo. La callecita paradisíaca en Siena. La despedida de Venecia, toda de aguas en cólera, viento y espuma, tu fieramente erguida, renacida la amazona invencible. El misterioso paseo, casi sin palabras, en la vastedad de la playa de Guarujá. Los deliquios en los museos: ¿recuerdas cuando descubrimos a la Reina Giovanna? Esa tarde encantadora en Champs Elysees; andábamos apretados de dinero, pero yo renuncié a unos libros y te regalé unas perlas, tu la corbata azul que conservo todavía. y en la hermosa Cochabamba o en el Jardín Botánico de Santos; en Sorata y Coroico, remansos de paz, o en la majestad de la Basílica del Mundo; en Florencia, ese atardecer seráfico desde la cúpula de Santa María dei Fiori, o escuchando los coros de la Sixtina; en Barcelona y en Lisboa a la caza de hallazgos visuales, o en los Jerónimos y en Notre-Dame; en fin: en tantos lugares del mundo y de la patria ¿cómo te amé, cómo veía las maravillas de la existencia a través de tu compañía enaltecedora! "Recuerdo —agregó Leonardo— las tres visitas a nuestra Copacabana, cuando postrados a los pies de la Virgencita o frente a la playa de aguas transparentes del Titikaka, sumergidos en el silencio y en la hermosura de la naturaleza, sólo atinábamos a mirar y a mirarnos, absortos, porque la más honda dicha está más allá de las palabras..."

Prosiguieron evocando los días felices. "Creo —dijo él— que nada hay mejor para el hombre que una buena esposa; y si éste la ve siempre linda, incomparable en virtudes y cualidades, única sobre todas las mujeres, entonces puede considerarse un favorito de los dioses". Ella sonrió, brillando los ojos de gratitud: "Lo mejor, para una mujer, es tener un marido fiel que la vea musa de sus sueños".

Volteó el torso para pedir otro café al mozo y al regresar a la posición anterior tuvo una sensación de frío y de vacío: Ella ya no estaba.

En el Museo de Arte encontró los dos mundos contrastados: las travesuras de Klee, Kandinsky, Gris; y las construcciones formales de los clásicos. Retuvo tres lienzos de Pieter Codde, de Brill y de Huet. Acudióle una antigua idea: los museos no son almacenes de guardar cosas. Las obras de arte tienen grados, calidades. No se debe arracimar lo bueno, lo malo y lo mediocre. ¿Lo que falta en todos los museos y pinacotecas del mundo? Espíritu de selección, sentido de eliminación.

Un paseo a las colinas de Berna. Paisajes de sueño. Reinos del verde: bosques arboledas, faldíos tapizados de grama, quebradas, cimas, sembríos; todo recubierto por capas verdosas de tintes desiguales. Por montes y quiebras casitas pintorescas dispersas en los accidentes del terreno. En la otra vertiente la ciudad. Se piensa que los hombres encontraron en Berna y sus alrededores la conjunción ideal de naturaleza y civilización.

V

Para los seres sensibles el noviazgo es el tiempo inolvidable. Para los soñadores el noviazgo secreto, porque entonces las emociones se acrecientan, se revisten de vida intensa, y el doble juego de lo dable y lo disimulable desenreda sus madejas en incitante competencia.

Pudieron guardar muchos meses su amor, sustrayéndolo a la curiosidad ajena. Lo que no era fácil.

Cierta mañana María Montevelo apareció más contenta de lo habitual. Una luz maliciosa fulgía en sus ojos.

El muchacho, al contrario, hosco, silencioso apenas se limitó a saludarla.

Caminaron juntos largo trecho sin hablar. Al cabo ella interrogaba:

—¿Qué ocurre?

—Nada, no es nada —repuso él alzando los hombros.

Ella, perspicaz, insistió:

—Te ha molestado la noticia de los diarios, anunciando que me eligieron reina de los juegos florales.

—No, no me ha molestado. Me ha puesto triste. Pensar que otro será tu poeta, te cantará en presencia de todos; y yo no tendré ni el derecho de estar a tu lado...

María sonrió complacida por los celos del enamorado. Luego haciéndose la agraviada dijo:

—¿Has preguntado, siquiera, lo que yo pienso?

Como él prosiguiera enfurruñado, la joven aclaró:

—Yo sólo quiero tus homenajes. A Lisuarte se le encendió el entusiasmo en la cara:

—¡Oh, qué buena eres! ¿Y cómo podrás impedir que te coronen reina?

Ella le refirió que había tenido una larga conversación con su padre, el patricio don Vicente Montevelo, a quien expresara su deseo de eludir la designación "Eso no es posible —había dicho el caballero— el poeta premiado es un señor distinguido que se ofendería por el desaire, un amigo nuestro. Además yo soy político y necesito estar bien con todos". Pero María, con firmeza, había rebatido sus argumentos. Su decisión era definitiva: no sería reina de los juegos florales.

Lisuarte aún recelaba:

—¿No se valdrá de otros medios tu padre para obligarte a la aceptación?

—Mi padre conoce y respeta mi carácter. Sabe que no soy caprichosa, pero que cuando decido algo es porque lo he meditado antes.

—¿Y se puede saber qué pensaste antes de tomar tu decisión?

María vaciló un instante:

—Bueno: la verdad es que me era indiferente ser o no ser reina en el certamen. Esos brillos sociales no me atraen. Pensé… pensé en tí. Sabía que te apenaría… Y ya te lo dije: quiero solo a mi poeta.

Al muchacho se le humedecieron los ojos:

—Eres, verdaderamente, una reina. Me elevas hacia tí.

En los bailes evitaban estar juntos. Para él era sencillo: sólo quería bailar, aunque fuese con largas treguas, con la bien amada. Ella no podía evitar danzar con otros jóvenes,

mas respondía con monosílabos a los cortejantes. Tampoco era fácil verse todas las mañanas, pero él la esperaba siempre y cuando conseguía acompañarla se sentía dichoso.

Leonardo trabajaba empeñosamente en el Banco, en el periódico, en un comité para desarrollo de la aviación. Además seguía haciendo versos y dirigía una página literaria dominical. Tenía 21 años; ella 26. Era ya sub-secretario del Banco; cuando lo ascendieran al cargo jerárquico superior, se casarían. ¿Pero cuántos años más y experiencia se requería para llegar a Secretario? "No importa —decía María Montevelo— yo esperaré".

Lisuarte, hasta entonces, no había dado valor ninguno al dinero. Gastaba lo que ganaba y aún le sobraba para adquirir libros o invitar a sus amigos. Su familia carecía de fortuna. Los primeros regalos a María lo volvieron a la realidad: todo tiene un precio y hay que trabajar para alcanzarlo.

¿Por qué impacientarse? —aducía ella—. Somos jóvenes, podemos esperar. Únicamente los hijos de los millonarios tienen casa propia el día de la boda. Viviremos en dos habitaciones si es preciso. ¿A qué apresurarse? Aún falta mucho para ese día. Primero tienes que conquistar a los míos, después te harás una situación.

Lisuarte, nervioso, ignoraba el arte de la espera.

Advirtiendo su preocupación, la novia le dijo:

—Piensa que nos casaremos dentro de dos años. Entretanto todo se irá arreglando. Nuestras familias no son ricas, poco podrán hacer para ayudarnos, pero yo tengo confianza en tí. Saldremos adelante.

—¡Dos años! ¿Y tú crees que yo puedo esperar dos años?

—Tú eres muy abierto. Gastas sin medida. Hay que aprender a economizar. Ya verás cómo si tenemos método podremos instalarnos bien.

—Bueno —repuso él— yo también aprenderé a esperar. Haremos ahorros. Será como tú dices. Pero... si en espera tan larga te perdiera... ¿Si cambiaras de pensar?

María contestó con serena firmeza:

—Eso podría ocurrirte a tí, tal vez. El amor que yo siento por tí, por lo mismo que es el primero, será también el único.

—Leonardo pidió ser perdonado: nunca volvería a dudar.

Guardaba un respeto caballeroso por su diosa. Eran novios en secreto, hacía varios meses y sólo había besado levemente su mano, su mejilla. A él le bastaba verla, escucharla, absorber su comprensión y su ternura. La joven, digna y recatada, aceptaba las tímidas caricias del enamorado. Nada más. Era el amor trovadoresco que cantaron Walter de la Wogelweide o Wolfram de Eschenbach.

Una tarde, volviendo del cine, después de haber visto la historia de un amor apasionado y puro con el trasfondo de una música tierna, desconocida, cuyas notas resonaban en sus oídos, quedaron silenciosos en la penumbra del umbral.

Ambos turbados, buscando palabras que no hallaban, las manos temblorosas. Se miraron conmovidos, en la tensa espera de la revelación que se anunciaba. El muchacho

ciñó por la cintura a la joven, la atrajo suavemente hacia sí. Se tocaron sus labios y ardió la llamarada del primer beso. Largo, largo, interminable... Y hondo, hondísimo... Porque parecía concentrar todo el fuego, la ciencia de la vida, y todo el misterio, los encantamientos del amor. Ligados por el deslumbramiento del ósculo inicial, subían en ascenso vertiginoso hacia las puertas de oro de un mundo ignorado. Era como si recién se hubieran encontrado... Todo lo trascurrido anteriormente se reducía a cero: se habían amado sin conocerse. El contacto apasionado de los labios, esa vibración sagrada que comunica los cuerpos y las almas en el relámpago del beso, iluminaba a la vez pasado y futuro. Así sois, así seréis. Ya nada podrá separaros, porque para quienes aman de verdad el primer beso es el último arcano siempre en trance de renovada revelación. Dos en uno seréis, carne en la carne, espíritu en espíritu. Clave y potencia, destino y glorificación. No el contacto ligero, que se multiplica en aventuras pasajeras, no la exigencia del sexo bestial y demonial. El conocimiento verdadero que espiritualiza la sensualidad. Lo eterno en lo fugaz. El octavo sello que sólo se rompe para los que saben creer, amar y confiar. Es tan simple: el beso primero, una caricia encendida. Nada más. Es tan grave, tan complejo: el primer beso, una promesa, un pacto, la transfiguración que anuda para siempre. Nada menos.

Al separarse, María con los ojos cuajados de lágrimas dijo:

—¡Soy tuya, Leonardo, tuya para siempre!

Y el muchacho, comprendiendo que había despertado la mujer en la diosa, respondió conmovido:

—¡María! ¡A tí consagro vida y sueños! ¡Seré tu marido, tu compañero, tu siervo...! ¡Dios nos ha reunido para una misión de amor!

Esa noche María Montevelo pensaba que en el primer beso había entregado vida y destino. Lisuarte, a su vez, meditaba en la grave y hermosa responsabilidad de amar, de proteger a la mujer elegida. Y ambos, desde la soledad de sus habitaciones distantes, se durmieron en el dulce refugio de una recíproca confianza.

Pasó más de un año, lleno de incidencias. El cariño cada vez más hondo, la comprensión mayor, con las alturas y depresiones de los noviazgos largos. El impetuoso, precipitado; ella serena y dulce, sosegando al vehemente.

Un día, en la mesa, reunida toda la familia, don Vicente Montevelo preguntó:

—¿Por qué viene tanto a casa el joven Lisuarte?

Nadie le respondió.

Otra vez, saliendo de una fiesta en la Municipalidad, el patricio dijo a su hija:

—No debes bailar tan seguido con el chico Lisuarte. No está bien.

Ella no quiso contar lo sucedido al enamorado.

Después sobrevino el rechazo al ingeniero Miguel Moncada, quien había sondeado al padre de la joven. "He dicho a mi padre que no pienso casarme por ahora. El insistió que era un excelente partido, con todas las condiciones para hacerme feliz, añadiendo que además tenía fortuna. Le contesté que no me interesaban ni el hombre ni su fortuna.

Hubieras visto la cara que puso! Hija mía —dijo con voz persuasiva —ya tienes 26 años. ¿Qué piensas? Ni la belleza ni la juventud duran. Yo lo besé explicando que había tiempo y que aún prefería vivir a su lado con mamá y mis hermanos. El me miró perplejo, frunció el ceño y contestó: tú eres mi predilecta; yo sólo quiero tu felicidad". Luego vino lo del Banco. "El secretario Vidalaz se jubilará por enfermedad, quedará vacante la secretaría y sé que el gerente, que me aprecia por mi trabajo, me propondrá como titular. ¿Te das cuenta? Podríamos casarnos de inmediato, todos nuestros problemas se resolverían como por arte de magia". No te adelantes —dijo ella—la noticia es halagadora pero esperemos que se confirme.

La noticia no se confirmó. Al contrario: Lisuarte fue informado que su nombre, presentado por el gerente, había sido desestimado por el presidente del directorio alegando que designar secretario de la institución a un hombre tan joven, era hacer daño al Banco y al propio interesado. Fue designado un pariente del presidente del directorio.

Herido en su orgullo Lisuarte pidió licencia indefinida al Banco decidiendo viajar a Washington a visitar a sus padres. *"No* había otro camino —explicó a la novia— pues con el criterio del señor presidente del directorio, no llegaría a secretario ni a los treinta años".

Ella escondió su dolor y lealmente aprobó la conducta de Leonardo. *"*No te aflijas —aclaró el joven —iré sólo por seis meses, aprenderé inglés, veré si encuentro algo sólido allí, luego regreso, nos casamos y nos vamos a los Estados Unidos. Y si esto no es factible, bueno: haré como tu padre y tu hermano, me meteré en política, o sacaré un periódico, u organizaré una empresa de negocios, qué se yo... No me faltan energías ni decisión. Saldremos adelante. Pero no podía dejarme humillar con los señores del Banco".

María Montevelo creyó que su sueño de dicha se desvanecía definitivamente. Leonardo es muy joven —se decía— impulsivo, puede cambiar de idea y de amada. Allá, en Washington, rodeado por los suyos, asediado por las mil tentaciones de la urbe, naufragarán nuestros sueños. Finalmente la cordura se impuso en ella: "si su amor es frágil, no volverá. Si me quiere verdaderamente, regresará".

Se propuso no dejar entrever su pena. Lo ayudó en los preparativos del viaje animosa y sonriente, comprendiendo que el novio tenía derecho a buscar nuevos horizontes si se le cerraba el habitual.

La víspera del viaje paseaban por el Prado.

—María —dijo Leonardo— no sé cómo agradecerte todo lo que hiciste. Tu amor es todo para mí. Ten confianza en tu novio. Escribiré todas las semanas, si es posible más. Contesta mis cartas. Y no dudes un instante que volveré a tu lado, porque sin tí no podría vivir...

Ella sintió temblar dos lágrimas en sus ojos y valerosamente las ocultó. El muchacho notó su emoción y sinceramente conmovido añadió:

—Si esto te hace daño, si la separación te hará sufrir, dí una palabra y suspendo el viaje. Tú eres primero.

Era una nueva prueba de afecto. Haciendo un supremo esfuerzo de voluntad la joven venció la tristeza que la embargaba.

—¡Oh, no! —repuso esforzándose por sonreír—. Es natural que estemos tristes por separarnos. Necesitas viajar, renovarte, verás más claro... El sacrificio que hacemos ahora afirmará nuestra felicidad mañana.

Pero la, duda seguía royendo su corazón. "No volverá, no volverá... "

Pocos días después llegaba la primera carta de Arica. Quedó sorprendida por ella. Ya no era el muchacho romántico y sentimental acaso excesivamente lírico de un año atrás. Pensaba y procedía como un hombre que sabe lo que busca y cómo alcanzarlo.

Las cartas sucesivas trajeron agradables sorpresas para la novia. Estados Unidos era una gran nación, una civilización poderosa, pero Lisuarte no viviría en ella por todo el oro del mundo. Aprender inglés era difícil, encontrar un trabajo adecuado más todavía. Ya pesar del contentamiento de re encontrarse con padres y hermanos, Leonardo expresaba que volvería en tres meses en lugar de seis. Su puesto estaba en Bolivia, junto a ella, la inmensamente extrañada. El viaje había servido para ubicarlo en destino fidedigno: no podía desarraigarse de la patria muy lejana, era en ella en la cual debía realizarse, unido a María, la muy amada, cuya belleza ofuscaba a las beldades norteamericanas.

Las misivas eran constantes, llenas de ardiente amor. Fueron respondidas con el mismo cariño, de manera que la mutua tristeza por la separación se vió recompensada con la ternura del diálogo epistolar.

¿Hay algo más hondo, delicado, que las cartas del noviazgo?

Lisuarte debió vencer la resistencia inicial de su padre. "La muchacha es perfecta —alegaba su progenitor— nada podemos objetarle; pero tú sabes que yo vivo de mi sueldo, no tenemos fortuna, no podré ayudarte a que te cases e instales. Luego esos cinco años de diferencia… ¿Pensaste bien, hijo mío? Ir al matrimonio tan joven, después vendrán los hijos y te echarás encima la carga y los deberes de la familia cuando aún estarás en edad de aprender y divertirte. Temo que te estés precipitando. ¿Por qué no esperan algunos años para conocerse mejor y sobre todo para que puedas probarte en la constancia de tu amor?" Leonardo rebatió los argumentos de su padre. No quería ser diplomático, político ni menos vivir en los Estados Unidos. Debía volver a la patria, no solo porque su palabra estaba empeñada, sino porque corazón e inteligencia se lo pedían. Su decisión era firme: amaba profundamente a María. "Padre —expresó con firmeza— es un don de Dios. Casaré con Ella".

El embajador Lisuarte quedó asombrado de la seguridad que demostraba su hijo. Tentó el argumento final: "No tienes seguro ni el cargo del Banco; ¿de qué vivirás?" El joven lanzó la risa: "En Bolivia nadie se muere de hambre. Ya verás cómo hallo un buen trabajo, escribiré más, me esforzaré... Me siento capaz de ser buen marido y después un padre de familia responsable".

Finalmente el embajador cedió: "Está bien: redactaré la carta pidiendo la mano de María, a quien todos queremos y admiramos en casa, pero —dijo queriendo disimular su emoción— a condición que no me hagan abuelo antes de cinco años".

La madre, más comprensiva, despejó las dudas. Desde el primer instante todos, en la familia, habían celebrado la elección de María. No importaban los años; es que el embajador quería conservar a su hijo junto a sí. Nunca pensó oponerse; sólo había querido probar la consistencia de los propósitos filiales.

Esa noche, en Washington, Lisuarte pidió a su familia brindar por la prometida lejana.

En La Paz las cosas fueron menos fáciles. María Montevelo se negaba a salir, rehuía las fiestas, se la advertía pesarosa. Había confesado la verdad a su madre, la señora Eliana, mujer cultísima y sagaz que aprobó su elección. Pero don Vicente Montevelo veía las cosas de otro modo.

Una noche, después de la cena, llamó a la hija mayor a su escritorio. Gran político, fino en el discurso, conociendo el carácter de la hija, inició con tacto la conversación.

—No es necesario que te lo diga: tú sabes que eres la predilecta en nuestro hogar. Nada nos preocupa más, a tu madre y a mí, que tu porvenir. Esa ligera neurastenia que padeciste cuando murió tu hermana Julia parece haber dejado huella en tu espíritu: no sales, tienes pocas amigas, no te diviertes como lo hacen las jóvenes de tu edad. ¿Y por qué? Rechazaste ya a varios pretendientes que no tenían tacha. Quisiera saber, hija lo que ocurre.

María no se inmutó. Educada en la escuela antigua de respeto a la autoridad paterna, sabíase llamada a defender su felicidad.

—Padre –comenzó con voz suave— también yo los quiero entrañablemente. Como tú lo dijiste el otro día, es hora de pensar seriamente en mi destino. Ya pasó la melancolía. Quiero casarme.

A don Vicente se le iluminó el rostro:

—¡Finalmente! Ya era tiempo... ¿Y se puede saber quién es el agraciado?

La joven afirmó la voz al responder:

—Quiero casarme con Leonardo Lisuarte.

El caballero se demudó:

—¡Cómo! ¿Con ese chiquillo?

—Es un hombre, mejor dotado que muchos de los que antes me cortejaron.

Don Vicente optó por la diplomacia:

—Hijita, bien sabes el afecto que nos une a la familia Lisuarte. Nada tengo que observar a las cualidades del muchacho, pero, pero... eso: es solo un muchacho.

—Ustedes no lo conocen porque lo trataron poco.

—Y tú: ¿lo trataste, lo conoces bien?

—Un año casi diariamente.

El caballero se sulfuró:

—¡Y lo guardaste en secreto! ¿Por qué no tuviste confianza en tus padres?

—Quería estar segura de mis sentimientos y de los de Leonardo.

—¿Y ahora lo estás?

—Claro que sí.

¿Pero no está ese muchacho en Estados Unidos?

—Visita a sus padres y traerá la carta pidiendo mi mano.

—¿Estás segura que volverá?

—Estoy segura que si.

—¿Entonces se escriben...?

—Sí.

—¿Por qué no me pediste autorización?

—Padre: tengo 26 años.

Don Vicente atacó los puntos vulnerables.

—Hija mía, tú siempre tan razonable, tan sensata. ¿Cómo puedes pensar en casarte con un muchacho al que llevas en cinco años? Cuando tú tengas cincuenta, serás ya una mujer iniciando el ocaso y él estará en la flor de la edad. Eso sólo puede ser fuente de infelicidad.

—Nada significan cinco años para el verdadero amor.

—Supongamos que así fuera. ¿Y qué te ofrece el joven Lisuarte? Tiene un cargo secundario, es periodista y hace versos; ¿con esto se sostiene un hogar?

—El sabrá abrirse camino. No necesita apoyo de nadie.

Dominándose para no estallar el señor Montevelo aclaraba:

—Tú sabes que ni el embajador Lisuarte ni yo tenemos fortuna, sino estas situaciones esporádicas de la política y la diplomacia. No podríamos ayudarlos a establecerse adecuadamente. Claro está, María, que tú siempre tendrás nuestro respaldo, moral y material por reducido que sea éste último, pero creo que como padres tenemos el derecho de pedirte que reflexiones bien. Somos buenos católicos: para nosotros el matrimonio es definitivo; no deben existir divorcio ni separaciones. Más para ello hay que analizar bien el camino que se elige, por no decir las personas.

—Padre —confesó la joven— perdona que haya sido tan reservada. He reflexionado mucho. Si no caso con Leonardo nunca me casaré.

—Bien —repuso el caballero— no quiero violentar tu conciencia. Tenemos tiempo para volver sobre el tema...

—No es un tema de discusión, padre —replicó ella— Se trata de mi felicidad y creo que soy yo la que debe decidir.

Por muchos días hubieron caras hoscas en la casa de María Montevelo.

En dos discusiones posteriores de la joven con su padre en nada cambiaron las posiciones.

Finalmente, cuando se tuvo noticia del regreso del viajero. don Vicente preguntó a su esposa:

—¿Tú crees que María persistirá en su decisión?

—Yo creo que sí.

—¿Y no podrías ayudarme a disuadirla?

—No. Pienso que ella será feliz con él.

El señor Montevelo añoraba los antiguos tiempos cuando esposa e hijos se sometían dócilmente al jefe de familia.

La última carta, fechada en Nueva York, llenó de júbilo a la novia. "En tres meses de viaje aprendí lo que en tres años en los libros. Ahora sé, definitivamente, que tú eres lo mejor en mi vida. Nos casaremos y seremos la pareja más feliz del mundo".

María Montevelo no quería creer en su dicha. ¿Era posible que volviera el viajero, que se hubiera sustraído a las tentaciones de la gran urbe, que realmente la quisiera por encima de todo? Había sufrido más que el joven durante la breve separación, había dudado de su regreso. Lloró al leer la última misiva del joven reconociendo que también, para ella, nada existía más grande que su amor.

Cuando el "Santa Bárbara" zarpaba de La Habana, Lisuarte recibía un cable sorprendente: "Fuiste designado Secretario del Banco. Cariños. Papá".

¿Qué había ocurrido, cómo podía ser? El joven fluctuó entre curiosidad y desconfianza. ¿Y si su padre hubiese interpretado malla noticia; si sólo estuviera confirmado de subsecretario, siempre bajo las órdenes de un jefe? No: su padre era preciso, tenía que ser así, era secretario del Banco. Estallaba de alegría: ¿a quién comunicar la noticia? Dió varias vueltas por cubierta rápido, nervioso. No tenía amigos en el barco, apenas conocidos; ¿y a quién podía importarle su designación? Se avergonzó de su ingenuidad: claro que nadie se interesaría por la noticia. Sintió la boa de la incomunicación apretarle pecho y boca. Nadie, no había nadie a quien comunicar su júbilo. No quiso hacerlo a la novia porque aún flotaba una débil desconfianza; además, para ella, la sorpresa sería más grata. Cuán grande, cuán pequeño es el mundo. El navío que cubre en quince días la distancia marina entre Nueva York y Arica, recorre los mares como miles de navíos, tripulados por centenares de miles de pasajeros y marinos; y las gentes que pueblan las ciudades se cuentan por millones; y el planeta está poblado de seres y de cosas innumerables, tantos, tantísimos que no se les distingue nombre. Pero si quieres gravitar con tu minúscula importancia, proyectando tu vida en los demás, solo te ves confinado al reducido círculo de la familia y los amigos: 20, 30, 50 personas. Algunos más, los conocidos, permanecen indiferentes. Y la gran masa humana, de dimensiones oceánicas, fluye ajena a los pequeños sucesos del individuo. Lisuarte recorría la cubierta del "Santa Bárbara" más feliz que Midas con sus tesoros, porque ese papelito prodigioso que sus dedos acariciaban nerviosamente, contenía la presente realidad y el hermoso futuro en clave promisoria. ¿Por qué tenía que sentirse solo, absolutamente aislado, ese momento en el cual ansiaba abrazar a todos, comunicarles su entusiasmo, expandirse en vivas manifestaciones de júbilo?

María, entretanto, ajena al gran suceso, contaba en La Paz los días y las horas que la separaban del viajero.

Después de tres meses madurados en amor y entendimiento, los novios volvieron a reunirse.

Ella delgada, bellísima, como saliendo de una larga convalecencia. El nervioso, impaciente.

—Nunca más nos separaremos —prometió Leonardo con énfasis—. Ahora sé que no podría vivir sin tí.

María sonrió con tristeza:

—Los hombres no pueden estar atados a la mujer pero me basta tu buen deseo.

Y a partir del instante del reencuentro la vida les sonreía porque al confirmar Lisuarte su nombramiento de secretario del Banco y transmitirlo a la novia abría la puerta segura a las bodas.

10

El auto rodaba a mediana velocidad. Paisajes y visiones pasaban en sucesión acogedora. Si determinado paraje lo atraía con fuerza mayor, hacía detener el vehículo, descendía y entraba en la gruta encantada. Envidiaba los plácidos viajes del señor de Montaigne o de Goethe, dueños de su tiempo, seguros y tranquilos, morosos observadores de los lugares visitados. Ambos penetraban la provincia, le arrancaban los modos de vivir y el ser interior, asimilaban sagazmente pueblo y poblador porque veían sin prisa, meditaban calmoso Entonces viajar era profundizar la vida: el mundo se entregaba majestuoso y veraz. Ahora es una mera traslación de un punto a otro, perdiendo la encantadora sucesión de vistas y sucesos que eslabonan la distancia por recorrer. El hombre actual viaja obsedido por sus fantasmas —recuerdos, preocupaciones, urgencias de trabajo— que le impiden la serena absorción de la cosa con templada. Viajar es, casi siempre, para el moderno, acelerar el ritmo vital, pasar con rapidez sin inquirir el por qué de lo observado. Antes el viajero recorría y conocía el mundo. Hoy el mundo huye y desconoce al viajero.

Excursiones a Thun, Interlaken, Grindelwald, el Gurten. ¿Qué vas a describir o recordar si todo es digno de mención? El paisaje se desenvuelve en una cinta de perfecciones. Bello, poderoso, primoroso a la vez, mitad cosa de pinturería, mitad cofre de revelaciones. Llega un momento en que frente a esa armonía ecológica, el espíritu se rebela: ¿por qué en la Europe crepuscular todo ajustado, equilibrado, morada de seres satisfechos, en tanto en la América naciente existen comunidades retrasadas, olvidadas que carecen de lo elemental? Los suizos son esforzados, laboriosos, ingeniosos; tienen sentido de orden y mesura; método y disciplina los mueven; el individuo se entrega a la comunidad libre y jubiloso. Envidia? No. Es tristeza lo que suscita su equilibrado existir si se compara con la inercia Y el desorden sudamericano. Si es placentero, excitante subir en la silla volante que uncida a un cable remonta dos mil metros más arriba sobre el abismo verde y móvil que se abre a los pies, mientras los colosos de nieve se van agigantando a medida que uno se les acerca en estatura aunque nunca sobrepasan a los torsos que se disparan a lo alto, la sorpresa gozosa se tiñe de malestar si se piensa en los problemas del terruño lejano. Aquí montaña y abismo se ven poblados, siempre, por el afanoso quehacer del hormiguero humano; allí vacío y soledad como los sentía Pascal, pavorosos. Pero el lago de Thun, quieto y misterioso, los vallecitos juguetones al pie del Gurten, las cúpulas y vértices del Grindelwal los hizo Dios, no el hombre; y añadió los bosques de altura, la grama natural, el esmalte final de plantas y flores. En el Ande, en vez, su mano parca quiso exigir el máximo al varón altiplánico: distanció los nevados de las gentes, hizo raquítica la vegetación y huraño al poblador. En mucha tierra y colosales cordilleras sembró escasa la planta humana, separó las razas. Allí todavía el tiempo del mito, la llamada del despertar; aquí la humanización del paisaje que convierte al hombre en amo de su hacer y su destino.

Interlaken: un sueño demasiado bello para ser duradero.

Nada podrías reprocharle. Se presenta la morada ideal. ¿Qué vas a describir si el dibujo real supera las finuras de la reproducción más encendida? Interlaken como la obra de arte excelsa, está ahí para ser mirada y admirada; no puede ser transmitida. Como el colibrí que agitando las alas entusiastas se inmovilizan en el aire para libar el néctar favorito, en la pequeña ciudad suiza se purifica la voluntad: sólo quieres saturarte de la miel deleitosa que mana de sus corolas vibradoras. Músicas de Haydn, deliquios de Mozart. Deberías transcurrir quieto, feliz en Interlaken, dejando caer la vida como el agua fluye del vertedero sin pausa y sin tropiezo. Pero el moderno no sabe ya disfrutar los goces del buen vivir, menos el perseguido del destino. y fue precisamente en el paraje perfectísimo donde Lisuarte sintió con fuerza mayor el contraste entre la externa armonía y la confusión que lo habitaba. Porque el mundo es bello a medida del interior contentamiento. Y no se puede pedir al infortunado la ecuanimidad del buen juez, porque si fugazmente el ánimo se le enciende de inquietud, es más honda la caída cuando revierte sobre sí y piensa en lo perdido. "El hombre llegó a la Luna, la bomba atómica pende sobre la humanidad, el Asia y Norteamérica y Europa se enfrentan, mi patria y los pueblos débiles del Sur se agitan amenazadores"... ¿Y qué puedo hacer, qué soy yo entre millones de seres amenazados por fuerzas de presión monstruosas? "Arte y humanismo ¿qué representan frente a la invasión implacable de política, técnica y economía? ¿No es un sarcasmo la plácida Interlaken en el torbellino terrestres? Y al dolorido ¿qué le sugiere esta mansa arquitectura de líneas puras, si un laberinto de torres que se yerguen y derrumban sin cesar le cruza el alma? ¡No! "No quiero

compartir la mansedumbre y la hermosura del mundo que recorro; mi leyes el pesar, el vacío mi consigna. Soy el despojado, el malherido, el inconforme con el prodigio suizo. Ella aparece y desaparece, reaparece... ¿Es suficiente? Existe, verdaderamente, y no existe. Soy el condenado, el que debe convertir la sombra en luz. Tengo y no tengo compañía. Lo visible, me hiere con su radiante esplendor. Lo invisible, llamadas sin respuesta; nada que deje presumir comunicación. "Porque lo otro, los delirios pasajeros del regreso, son solamente eso: delirios, intensificaciones de la pena, reclusiones terribles dentro de la más profunda soledad, que por concentración retrospectiva hacia el pasado reviven fugazmente voces, imágenes del pretérito feliz. En el "First. Bahn", empinado en la altísima colina desde la cual se descuelga el valle en vacíos vertiginosos, piensas en ella pero ella no puede llegar a tí. Y los otros, los titanes de nieve, aún próximos a las gentes, no tienen la grandeza ni el misterio de los "Apus", los señores inmemoriales que duermen en los nevados del Ande remotísimo, lejano en el espacio, más lejano aún en el tiempo, oráculos sagrados donde tu juventud y tu ansiedad rastrearon el mito. De esas largas correrías por el friso de las cumbres volvías siempre alegre, enriquecido en la aventura y en el sueño, impaciente de contar sueños e impresiones a la Dama Gentilísima que te aguardaba en el dulce recinto del hogar. Entonces, nuevo Ulises, afrontabas aguerridamente adversidades y fatigas, luchabas astuto, osado con todo y contra todos. Fuiste el hombre que vence del dolor, el que aventa los obstáculos, el que domina dominándose. Combatiente contra el destino, no cejaste jamás; sobrino de Wirakocha y de Fausto, Platón, Beethoven, Goethe y Bolívar fueron tus padrinos. La Musa: María, la queridísima, encantadora del paisaje, luz sin rayos que clareaba los laberintos del corazón y dominaba los caballitos rojos de la ambición y el entusiasmo. Ella residía al pie de las altas montañas de los Andes... Demócrata, rayas en egoísta porque defendiendo la libertad no puedes contribuir a transformar la sociedad de la codicia y el abuso. Revolucionario, terminarías fatalmente en déspota, porque sangre, violencia y mando sin control pervierten al idealista de las luchas aurorales. ¿Para qué el viaje? ¿Seguir viviendo para qué? Ni los grandes ideales ni las pequeñas construcciones de los hombres quedan en pie. A la hora de los balances finales todo grita vanidad, futilidad... La bella y ordenada Suiza, la áspera y remota Bolivia: simples pasajes del acontecer humano. Busca, busca lugares como brotados en el vértice de la palabra " delicia", que te hagan olvidar la negrura fatal de los malos recuerdos y de los sitios desagradables. Suiza, entonces, tiene un sentido. Y Bolivia otro, más hondo, más inaccesible, porque sus claves secretas manan del dolor, de la adversidad, del fruto por nacer. Y si las profundidades y eminencias de la orografía suiza, en el Grindelwald, o la placidez de las colinas remontadas del Gurten, y más aún los sortilegios de Interlakell te dicen: "olvida, olvida"; la sola evocación de la gran Cima Tricúspide, atisbada desde el doble círculo de la casa y de la dicha, ordena: "y nunca, y nunca! Ella sigue rigiendo tu mundo que es el suyo". Entonces no es cierto que todo sea imaginación, reminiscencia, tormentas del pesar. Ella regresa, la viste, la tocaste, recogiste los timbres de su voz. No era ilusión, no era delirio. ..Y así como la naturaleza no es Dios sino sólo un espejo de su grandeza y poderío, el silbo del pájaro, esa, sonata de Frescobaldi que discurre calma, los juegos cromáticos de las flores, la serena majestad del parque, un niño que salta y ríe gozoso, el agua manando de las fuentes son trasuntos de María que sigue animando y encantando el mundo. Y Ella sigue estando sin estar, es el rapto que te lleva a orar en los templos, el impulso que te mueve hacia la belleza trascendental de la naturaleza, la onda mágica que apacigua el dolor en músicas de melancolía y petrifica la alegría en esculturas pávidas. Es la Musa constante que te desea artista y humanista, desconfiando del luchador y del político. ¡Cuántas muchachas y mujeres bellas! Reparas apenas en ellas porque solo habita tu mente la imagen bellísima de la Muy Amada. Y si te preguntaran: "¿cómo es posible estar enamorado de alguien que ya no existe?" Puedes responder: "¿Imaginación, memoria, amor fiel, hasta la eternidad no son parte de la naturaleza? Amo a quien me habita" Si: el mundo tiene, todavía, seres buenos, agradables que pueden concedernos mucho de su bondad y sencillez, aunque la pareja brujular del humanismo —virtud, fortuna— haya sido sustituida por la doble antena cruel del hombre atómico: codicia y egoísmo. Seres elementales y por ello mismo nobles e inocentes, que se encuentra mejor en la provincia y no en la ciudad. "Mañana conversaré más largo con la dueña del hotel, tan fina y discreta en su acentuada madurez". Suiza te hace mejor... ¿Qué harás cuando regreses al terruño? Tu voluntad no ha perecido; se detuvo, solamente. Hay caminos aún para el desdichado, porque nunca se es definitivamente vencido hasta que ella, la inesperada, nos arroja el manto del último frío. Y tú sabes que el viaje por Europa es también el periplo interior que te sacude y te transforma. Purgatorio, estado de tránsito entre el infernal dolor y la celeste esperanza. Chateau-Chido hechizado de la ciudad fascinadora. Ansioso de comunicación… ¿No eres, tú, también, el prisionero del destino? Pero el retorno a Berna disipa la hurañía. Otra vez en el mudo hechizo de la ciudad fascinadora. Ansioso de comunicación, de escuchar, de ser oído. "Estoy solo en el centro del mundo" —¿no era la queja del pensador insomne?"

Lisuarte no tuvo con quien dialogar. Cenó solo, salió a pasear por las calles iluminadas, escuchó música, leyó un libro del sapiente Musil y luego se entregó al sueño.

Del universo invisible una sombra se evadía a la visible realidad para velar su sueño.

11

Un pequeño libro, impreso en 1442: tratado DELLA TRANQUILITA DELL' ANIMO de Leone Battista Alberti. En estas inclinaciones de la vida moral, el famoso humanista genovés propone dos remedios internos contra el dolor y el infortunio. Entregarse a la música y ejercitar el pensamiento en la divagación arquitectónica.

Cierto que en la extrema movilidad de ánimo del moderno, no es posible referirlo todo al sonido y a la forma; pero es evidente que el diálogo de alma y orquesta y el coloquio de arquitectura y pensamiento constituyen la manera más noble de mitigar la pesadumbre. Una música larga, intensamente escuchada, abre las provincias del recuerdo, parajes inaccesibles al tránsito mundano; otra, inédita, explora el reino de la fantasía auditiva; las hay que por su grandeza y majestad elevan sobre toda ruindad, o bien leves, hondísimas, despiertan resonancias misteriosas en las cuerdas del corazón; pero en deliquio del espíritu, en ternura significante, en gozo de amor purísimo nada supera a las composiciones o a los trozos musicales que los esposos-amantes frecuentaron juntos. La música, entonces, transforma el vacío del solitario en lengua fiel, en diálogo reconstituido. Y quien escucha, quien evoca, quien discurre en el milagro concertado de música, pensamiento y sentimiento, piensa a veces —como Juan Sebastián Bach pensaba con frecuencia— estar recibiendo comunicaciones que trascienden la palabra de Dios.

Si el poder evocativo y sugeridor de la música sobrepasa en intensidad al de otras artes, la arquitectura, a su vez, captura con fuerza mayor y directa la atención de quien a ella acude. Una catedral, un palacio, un monumento, la ruina antigua seducen instantáneos. En el espacio musical la construcción sonora esconde sus trabazones interiores, solo entrega sus felices resultados. El arquitecto, en cambio, para el ojo avizor da al mismo tiempo forma y estructura: en un solo golpe visual abarca y unimisma el planteamiento lógico, el proceso de desarrollo de las formas articuladas, la voluntad de ascenso y de organización de la idea arquitectónica. El espacio del constructor de volúmenes, limitado por el rigorismo de las formas, ofrece simultáneos plan y desenlace; nada tiene que ocultar. Y si es verdad que la música conmueve con mayor docilidad, la divagación arquitectónica frente al escombro antiguo o a la estructura modernísima, inclina al pasmo intelectual: aquí el pensamiento que indaga excede al sentimiento. Porque si la arquitectura es la verdad inmediata, que azora y geometriza, eso que encierra en proporciones la medida del mundo y de sus cosas; la música, verdad evanescente, siempre en trance de revelación, expande hacia los abismos metafísicos del “yo" que no termina de ser ni cesará de activarse en la actividad del universo.

Un título, una ligera referencia sobre el tratado de Alberti, ha dado lugar a estas reflexiones.

¿Pero qué justificativo, qué definiciones requieren el ver y el escuchar, eternas fuentes de emotividad?

Ella era tan perfecta que sonaba como música bellísima, arquitectura móvil guardaba el doble enigma de la proporción y de la gracia.

Zurich, ciudad moderna, nada le falta. El lindo paraje que el Limmat dimidia, agrupa en una ribera las construcciones de la ciudad antigua, un dédalo de calles y callejas tortuosas. En la ribera derecha, la "Grosse Stadt", se extiende la ciudad nueva, tan bella por sus parques y avenidas como agitada por el movimiento mercantil. La Catedral del siglo XI" la Escuela Politécnica, la Biblioteca, el Museo Suizo llenan las horas del turista.

Almorzó en un restarán con vista a la calle. Distraído con el espectáculo cambiante de la multitud, se reservaba el momento del café y del "charuto" para las reminiscencias. Pero una mujer, pidiendo disculpa, se sentó en el asiento vacío frente al suyo.

Era joven, hermosa y vestía bien. Parecía muy contrariada, fruncía el ceño con frecuencia, o clavaba los ojos en la puerta como esperando la llegada de alguien.

Lisuarte encendió el "charuto" preparándose a insumirse en su propio mundo de recuerdos. De pronto la desconocida, con voz nerviosa irrumpió.

—¿Me da fuego, señor?

El hombre accedió recibiendo un lacónico "gracias". La mujer fumaba nerviosamente, se mordía los labios. A poco le brotaron lágrimas.

—¡Oh, perdóneme! —dijo—. Soy una tonta. Le estoy estropeando el descanso después del almuerzo.

El boliviano la miró comprensivo:

—No se preocupe —repuso—, un turista es un desocupado.

La joven esbozó una sonrisa entre lágrimas.

—¿Está usted de paso, verdad? ¡Oué bueno! No es usted de acá, no tengo que cuidarme de indiscreciones, de rumores. Además esas canas que bordean sus sienes me infunden confianza: un hombre que ha vivido mucho, como se ve en su aspecto, debe saber entender a los demás. ¡Perdóneme! Estoy tan sola y soy tan orgullosa que no tengo con quien hablar...

La joven lo miraba ansiosa, como esperando un rechazo.

—Me llamo Erika —añadió.

Lisuarte respondió benevolente:

—Bien, Erika. Diga qué la aflige.

Ella se desbordó efusiva:

—En realidad... es algo trivial… pelea de enamorados. ¿Por qué tiene que ser siempre así? ¡EI tuvo la culpa, no yo! El es ingeniero, mi padre un gran industrial; ambos tenemos todo... y no sé... es posible: tal vez eso nos ha hecho a los dos exigentes, orgullosos. Ninguno quiere ceder al otro. ¡Yo lo amo, pero es tan dominador! Tiene ciertos arranques de mando que me vuelan. ¿Acaso estamos en la edad media? Teníamos que almorzar aquí, pero por una respuesta que yo le dí (antes había sido provocada por él) se fue bruscamente... y yo, y yo... no puedo volver a casa porque se reirían de mí. Tengo que almorzar sola. y no es la primera vez que me hace esto... Pero yo lo quiero.

—Son cosas que pasan entre enamorados —dijo Lisuarte.

—Somos novios.

—Bueno: entre novios es algo más serio.

—Es que Fabricio es dominante: quiere que se haga lo que él dice. Yo también suelo entercarme… Pero es el tono seco de Fabricio el que me saca de quicio.

—Alguien tiene que ceder —aventuró Leonardo.

—¿Por qué no el hombre?

Lisuarte sonrió persuasivo:

—Sería más natural que lo haga la mujer.

La muchacha lo miró sorprendida:

—¿Usted también pertenece a la sociedad fenecida? Entonces… ¿la mujer debe vivir sometida siempre al hombre?

—Sometida no, pero haciéndole fácil la vida. El hombre que sólo encuentra conflictos y pelea en la calle, requiere amor, comprensión en el hogar y en el noviazgo.

Dialogaron largamente sobre el tema. Por último ella, sin poder retener las lágrimas, expresó:

—El no me quiere como yo lo quiero. Tengo amigas a las cuales sus novios complacen en todo, jamás les hacen sentir que son sus señores.

—Será porque su novio, Fabricio, tiene más personalidad que los otros. Quiere ser él amo y amador.

La joven lo miró resentida:

—Los hombres se ayudan, se disculpan.

—No es difícil manejar a un hombre; lo difícil es encontrar el modo adecuado para cada cual, porque cada hombre es un mundo diferente y su doma requiere una técnica especial. Usted es muy jovencita; probablemente Fabricio la lleva en muchos años...

—¿Cómo lo adivinó? Es diez años mayor que yo.

Luego, desconfiada, insistía:

—Ese no es el caso— ¿Por qué siempre el hombre ha de ser impositivo, irreductible en lo que decide? Si ahora es así ¿cómo será cuando nos casemos? Yo quiero marido, no verdugo.

—¿La trató mal?

—¡No, no! Solo es seco en sus palabras y tenaz en sus determinaciones. ¡Oh, señor, perdóneme! Creo que no hay nada más triste, nada peor que una pelea entre novios. Cada vez que ello ocurre pienso que será irremediable…

—Sólo hay una cosa irremediable: la muerte. Mientras vivamos todo tiene arreglo. ¿Por qué desesperar?

Erika lo escuchaba sobresaltada. Ella no quería ir tan lejos. Pareció ablandarse Enseguida comenzó a explicar cómo era Fabricio y por qué se producía el choque de temperamentos.

Lisuarte la oía sin interrumpirla. De súbito le pareció que una chispa de luz del vino purpúreo se le introducía en la mente descorriéndole el velo de una extraña escena: en un parque muy bello un hombre solitario, recorría nervioso sus senderos. Se apretaba los puños. Se veía nítidamente los altos árboles, una fuente de tritones con graciosas caídas de agua, los mazos extendidos de rododendros, campánulas, geranios y petunias multicolores. El hombre tenía el ceño fruncido, su rostro revelaba viva preocupación. Hablaba solo, gesticulaba. De pronto sintió Leonardo que las palabras venían hacia él: "Es una niña caprichosa... Tiene que respetarme... Lo hago por ella... Si supiera cuánto sufro... ¡Cómo la quiero!... Esa rebelde; ¿cuándo comprenderá que entregándose será mi dueña?" La escena era tan viva, que Lisuarte la captaba claramente como a Erika, la mesa, la gente, el vino y los cuadros que adornaban el restarán. Y sin perder de vista cuanto estaba frente a sus ojos, siguió viendo sin ver, en un plano puramente mental que se visual izaba extrañamente, al solitario rabioso que recorría el parque profundamente conmovido.

—No me está escuchando usted —profirió la joven— desalentada.

—Está equivocada —contestó el boliviano—. Escuché todo lo que usted ha dicho. Ahora permita una pregunta: ¿dónde suelen verse de preferencia con su novio?

—En el parque de la Fuente de los Tritones.

—Escuche Erika: vaya al parque. Allí está Fabricio. Deje su orgullo a un lado, donde hay amor no hay orgullo. Dígale que la disculpe y verá cómo él, a su vez se disculpará.

—Pero yo nunca hice eso —replicó la joven balbuceante. ¿Disculparme? ¿Y por qué...? Si él tuvo la culpa... No, yo no... ¡EI tiene que venir a buscarme!

—Erika —dijo Lisuarte con energía— cualquiera puede ser linda novia, pero para llegar a ser una esposa hay que aprender tres cosas: paciencia, bondad, sagacidad. ¡Vaya y haga lo que le digo! De lo contrario pensaré que estuve almorzando con un sargento.

La joven se sonrojó, dando la sensación de que iba a estallar. Luego se rió francamente.

—Iré —dijo— he comprendido la lección. Me acordaré de usted, señor... señor...

—Recuérdeme simplemente como Leonardo, el novio de María.

—¡Oh cómo quisiera conocerla!

—Ella ya la conoce a usted. Desde el País del Silencio, donde habita, ha recogido cuanto hablamos. Y la protegerá.

Erika se despidió con los ojos húmedos.

—¡Oh gracias, gracias, señor brujo!— concluyó.

St Gallen, preciosa y última ciudad suiza antes de invadir la zona austriaca.

La visión final del país de los cantones es también la óptima. Una arquitectura de lo regalado y lo pintoresco. Un monje irlandés, en el siglo VI funda el Convenio y la Biblioteca, cosas notables. La Catedral avanza con personalidad atrevida sobre el viajero y lo sacude, participando de la sacra monumentalidad y de las mil delicias sutiles del rococó. Un órgano imponente, una decoración excesiva y fastuosa. Los coros y las tallas como selva viva agitan sus formas elegantes. Un silencio, adentro, que incita al recogimiento. Otro, afuera, que lleva al vivir quieto. No es la estación invernal y Sto Gallen muestra poco movimiento. Otra vez las callejas de curso caprichoso, casitas encantadoras, pequeñas plazas y rincones donde el suizo ejercitó su ciencia de lo primoroso y de lo útil. Y al fondo el lago de Constanza y las colinas boscosas, frisos naturales de la comarca deliciosa. El paraje invita al descanso, a la meditación serena, pero la borrasca larvada comienza a levantarse en el peregrino. ¡Cuántas luchas, fatigas y esfuerzos vanos! ¡"habrías querido el retiro del señor de Montaigne, la celda erasmiana, o la soledad del lapidario de Nishappur para componer tus libros; contrariamente ellos brotaron en constante batallar con hombres y costumbres. "Los hiciste, ellos también te hacían. No puedes osar medirte con el mago del mito prometeico, pero como él afirmarás que fuiste poeta y soldado, escritor y luchador. Las patrias avanzan, retroceden. Tan pronto revolucionarias, belicosas, tan pronto ordenadas y tranquilas. Crees tus esfuerzos fútiles, mas alguna semilla fructificará en tierra propicia. No amargarse: tarea alguna es vana ni se esterilizan sanas energías. De los hombres, de la propia gente, nada esperes. Debía ser, necesariamente, así: quien camina hacia las estrellas padecerá envidia y soledad. ¿Qué importan gloria y renombre? Dios te concedió el eterno trabajo y la inmortal esperanza, los dos soles del artista. El mundo avanza en sentido de la codicia y la crueldad: ¿qué puede el humanista entre violentos y desalmados? Mas tu palabra de paz, de verdad, de belleza debe resonar más tarde aunque hoy sea des escuchada o aminorada. Escribe para el tiempo como Esquilo, y habrá quienes te busquen cuando sólo puedas responderles por el libro. Deja a los camaleones de la política y a los malabaristas de la literatura el regocijo de su connatural desarmonía: son los vencedores efímeros de la palestra actual. Los hijos tan nobles,

tan buenos, tan afectuosos... Pero se deben a sus hogares... Fuerza alguna podría reconstituir la morada familiar que se quebró con la partida de Ella, ni el refugio cálido, amoroso, del creador requerido de comprensión y estímulos. ¿Por qué te rebelas? Otros padecieron más, aunque pienses que tu dolor y tu desesperación llegaron al límite. Este poblarse la inteligencia y la sensibilidad de países, lugares, gentes, visiones. Ya no podrías repetir la narración del primer viaje hijo de la dicha, de la comprensión lúcida, del compartido mediodía. Ni contar otra historia como la de tu novela, criatura de la vida y del ideal, transcurrida en el tiempo arrebatado de la confianza juvenil, del maduro meditar. No podrías. Porque si ayer el elegido, hoy eres el condenado. Tristeza, soledad... ¿Tienes derecho a exigir más al destino? Quien mucho tuvo, mucho sufrirá; y no en otra vida, mas en ésta que reserva la sorpresa más cruel al menos desconfiado. ¡Acción, acción! Este cine europeo, dividido en crimen, sexo y alienación ¿qué puede darte? Narcóticos para pasar el tiempo; ¿pero es que hay tiempo para desperdigado, en estas ciudades del viejo continente, cargadas de sabiduría y maravillas? Anda: míralo todo, indaga, asimila, empapa retina y mente de visiones que recordarás después en el retorno transfigurado de lo entrevisto. ¡Ella, Ella! Con solo su presencia animaba y encantaba el mundo... ¡Ella, Ella! por influjo de su ausencia despojó mundo, viaje, instante de todo atractivo. Esto no lo comprenderán los egoístas, cerrados en sí; solamente aquellos que habiendo entregado alma y voluntad al ser amado, vieron huir con él las potencias misteriosas para ver, amar, comprender y re-crear el mundo. ¿Para qué acumulas ciencia y saber? Un bello recuerdo, un instante de amor, un solo trance de felicidad compartida valen por la filosofía de Platón o el hermetismo heracliteano. Porque el hombre es sentimiento antes que idea y la mejor construcción humana se levanta en el territorio oscuro de las emociones". Y este varón desamparado, a veces rota la voluntad, a veces confundida el alma, que vaga por las calles de Sto Gallen, come sin ganas, mira sin pasión, viaja desconcertado, evoca un tiempo todo luz, se acerca en sombras al futuro y en último término ignora por qué sigue viviendo desprovisto de la razón íntima de su vida, es en verdad el mal viajero, el mal ciudadano del mundo, el mal entendedor. Sto Gallen, para él, transcurre en dos planos que se rechazan: el cielo, por momentos, cuando la pena afloja sus dientes agudos; un antro infernal si la amargura presente se mide con la dicha pasada. Y el purgatorio del intelecto enciende o ensombrece las querellas del indagador atormentado, porque fue precisamente en Sto Gallen, pequeño refugio acogedor, donde lo asaltaron los pensamientos más desmedidos. El alma, la materia, ¿partes de un todo o dos esencias contrapuestas aunque finjan coexistir en el ser humano? Refieren físicos y matemáticos que cuanto más se aproximan o creen aproximarse al enigma final de la materia, ésta se disipa como un girón de niebla. Esas partículas elementales —que dejaron atrás átomos, protones, neutrones, positrones— no ocupan ya lugar en el tiempo ni en el espacio (¿pero están locos los sabios y los divulgadores científicos propalando estas aserciones?) porque son, simplemente entidades inmaterializadas, ondas de probabilidad, de donde se desprendería, como piensa el inglés genial, que lo inmaterial es la raíz de todo lo material. ¿No fue otro gran investigador el que asentó que el universo debe conceptuarse más como un gran pensamiento que como un gran mecanismo? Entonces toda la ciencia racionalista, presuntuosa de occidente, vendría a recaer en la sentencia de Platón: "toda realidad es de naturaleza espiritual". ¡Busca, busca! Cuanto más busques menos entenderás... ¿Porque no es la materia un enjambre, mundo de mundos, como la galaxia donde nada está quieto, el enjambre pobladísimo de revoluciones infinitas, en perpetuo movimiento interior dentro del cual transcurren sucesos y torbellinos prodigiosos? y el hombre ¿cómo podría comprender y describir la aterradora multiplicidad de la arquitectura de la materia, siempre más complicada, numerosa, infinita en magnitudes conforme se la estudia y se la divide? "Santa materia" afirma Teilhard de Chardin. "Lo más inestable que existe contesta Strobel —por que nada hay más movedizo, mudable, fugaz, volátil y perecedero que la materia". Y un tercero, no menos categórico, define: "la materia es luz en estado larvario". Esas partículas elementales, concluye el divulgador científico, se reducen tanto, viven tan fugacísimamente, (fragmentos de milésimas de segundos) que se cree son únicamente "estados resonantes" o "estados excitantes" de la materia mas no la materia misma. Y Lisuarte, extraviado en el laberinto del universo intra-atómico, se preguntaba si podían existir verdaderamente el anti-mundo, la anti-materia. O aquello que obsesiona a los sabios: ¿es finito o infinita la divisibilidad de la materia? Luego, volviendo a lo suyo, se decía: si el universo cósmico y el universo intra-atómico son aterradoramente desmesurados, complejos, ininteligibles, ¿qué puede significar la desaparición de un ser humano en el torrente infinito de energía que desparrama la naturaleza? Cosas para no comprendidas... Pero lo único que da dimensiones de realidad y verdad humana es otro ser humano. Si no fuera por el rayo del amor recíproco, hombre y mujer andarían perdidos en el abismo de la materia.

VI

Dicen que la dicha perfecta nunca existió. Que la dura tierra no alberga éxtasis del cielo. Y que de haber felicidad es transitoria: no puede persistir. ¿Qué cosas y dichos no expresaron filósofos y negadores contra el poder de alegría que alienta al ser humano?

Falacias, todas. Porque el niño y el novio bastan para desmentir a incrédulos y a pesimistas. Si bien será prudente distinguir entre quienes se casan por ley natural y aquellos que novian y van al matrimonio por un amor sagrado que se acrecienta sin descanso.

Cuando Lisuarte pasó a ser el novio de María Montevelo, vivió las horas y los días más hermosos.

Porque el noviazgo no es, como lo entendían los novelistas románticos y los poetas cursilones, tiempo de boberías, melosidades y deliquios sentimentales, sino el curso viril de la proeza fundamental que definirá vida y destino. "No sé, no sé cual será el rumbo futuro: banquero, periodista, político, escritor, hombre de empresa y de negocios, tal vez diplomático como mi padre y mis abuelos… No lo sé. ¿Y qué importa el futuro si siempre estarás a mi lado? Tenemos tiempo para decidir la ruta. ¿Y tú qué quieres ser?" La voz serena respondía: "Yo sólo quiero ser tu mujer".

Digna y discreta, ella nunca preguntaba cómo utilizaba las horas cuando no andaban juntos. Desacuerdos momentáneos, irritaciones pasajeras, altercados baladíes que no pueden faltar si dos tratan de armonizar personalidades, ella los disolvía con dos armas a las que nunca renunció: silencio y tristeza. Entonces, cuando él la observaba callada y un velo de melancolía en los ojos hermosísimos, se arrepentía de sus brusquedades; pedía ser perdonado; comprendía la injusticia de sus arrebatos. Ella nunca dijo "te perdono"; se limitaba a prevenir: "no seas impulsivo, piensa lo que vas a decir". Le acariciaba la frente con ternura, los ojos oscuros volvían a brillar confiados y él comprendía que detrás de la novia asomaba la madrecita sagaz, reflexiva, esa fuerza generosa y tranquila que requería su genio apasionado.

María disculpaba en el hombre los arrebatos del artista. Estimulaba al muchacho, comprendía al soñador. Este, a su vez, templaba su varonía bajo la voz prestigiosa que parecía poseer un sentido infalible de lo justo. Porque novia —y hada a un tiempo— es aquella que sabe guiar y aconsejar al turbulento. El hombre, entonces, se sabe dos veces fuerte, por él mismo y por el amor y la confianza que lo respaldan en la gran aventura del vivir.

Las horas transcurrían jubilosas, prometedoras siempre, lejos de la amada llenas de una incitación secreta que hacía más bella la espera, cerca de ella indescriptibles porque la deseada cercanía aminora el tumulto de las palabras.

Pero no basta "estar de novio" ni lo comprenderán todos los que pasaron por el trance. El noviar es un estado de alma, vuelo decisivo en el vivir, cosa sagrada, esa flecha de luz siempre en viaje a la meta idealizada; y sólo pueden libar sus mieles áureas aquellos que se entregaron puros, delirantes, al juego de su magia escondida. Para muchos es solo un tiempo o manera, el tránsito de la libre soltería al encadenado y responsable matrimonio. Mas hay otros —los menos— que lo sienten y lo entienden como el despertar a la hombría y a la dicha. Esos transcurren tan absortos en la magnífica tarea, viven con tal intensidad, vertiginosos y demorados a un tiempo porque aceleran y retienen el éxtasis comunicativo, que no pueden expresar aquello que los conmueve.

Lisuarte se sentía poeta, se sabía escritor, componía versos, poemas en prosa, cartas para la amada y siempre le parecía que no había dicho ni la milésima parte de lo que bullía en su interior.

—¿Te acuerdas que antes no me agradaban los versos? —decía la novia— pues tu me has abierto a la comprensión de la poesía. ¿Por qué te descontentas? Estos que me das son bellísimos; no sabes cómo te lo agradezco.

—¡Oh, no, no! Son una imagen desmayada de lo que quise decir. Eres muy buena: quieres consolarme, pero la verdad es que hay un abismo entre lo que tú eres, lo que me inspiras y lo que yo alcanzo a expresar. Para que tú supieras comprender cómo te amo, tendrían que inventarse de nuevo las palabras.

María, conmovida por el fervor del muchacho, respondió:

—Todo cuanto escribiste, desde tu primera carta, me parece lo más hermoso que se ha dicho a una novia.

Tiempo sagrado, donde todo amanece y se deslíe en límpidos colores. Para el trabajo siempre bien dispuesto, en la meditación gozoso, esperanzado, rico de ambiciones y proezas imaginarias para depositarlas a los pies del Ser amado. La vida tiene un sentido. La juventud mil brújulas de fuego. Muerte y dolor fueron expulsados de la mente inquieta, que sólo escucha las voces claras del entusiasmo y la alegría. Descontando las naturales zozobras del vivir, los novios poseen un contentamiento interno que los acoraza contra el mundo: son invulnerables, nada podría quebrar su recíproco amor, su dulce confianza. Y si el novelista o el recordador evitan referirse a ese estado maravilloso que oscila entre embriaguez y beatitud, es porque no muchos lo conocieron y menos son dignos de haberlo merecido.

El sueño, la acción, la palabra son los tres corceles voladores que impelen al futuro, pero los amantes ignoran que aún proyectándose por la imaginación a un mañana no nacido todavía, en verdad su dicha mayor, la insustituible, la que sólo perderán cuando hayan alcanzado su meta, es la que fluye del presente indescriptible.

El cielo siempre azul, aunque sea gris. El sol en el corazón, si lluvia y frío lo borran del paisaje. Una luz misteriosa aún en medio a la temible oscuridad. No hay soledad, tristeza ni momentos vanos para la pareja elegida, porque todo se organiza hermosamente y transcurre intacto cuando la memoria lo evoca.

Tiempo mágico: después que nace el amor, antes del óleo matrimonial. Para unos breve, fugitivo, no supieron aprehenderlo; para otros imagen de la eternidad, quisiera ser repetido sin fin y siempre igual. Porque imágenes, sucesos, palabras para los escogidos del buen amor son para siempre, si bien es difícil fijar, reproducir en su natural vivacidad y esplendor los hechos transcurridos.

Nadie podría contar, por ejemplo, lo que sucedió, lo que sintieron Lisuarte y la Montevelo esa noche de luna cuando abandonaban la casa de una amiga.

¿Es la luna un astro vivo, un astro muerto? Esa noche vertía una luz clara, pálido amarillo, sepia, que transfiguraba el paisaje, los seres y las cosas. Transitaban pocas gentes y el Prado parecía un grato jardín familiar. En solo dos, tres cuadras, al descender al paseo habían forjado sueños y planes, venían absortos en una dicha misteriosa. Se detuvieron en la esquina y al ver cómo el disco de oro se remontaba lentísimo sobre el filo de las montañas, encendiendo la escena de una rara claridad, sintieron, ambos, una lengua de lenguas que comunicaba movimiento a todos los accidentes y fuerzas del paisaje. Era como si ellos fueran las antenas ágiles de la naturaleza inmóvil, ansiosa de expresarse por su vibrante alegría; o mas bien como si la naturaleza dinamizadora de sus emociones Intentara sumarse y confundirse en el inmenso juego sorpresivo de su venturosa caminata. Nuevo parecía su amor. Recién nacidas sus almas. Y en el silencio y el misterio de la Noche sobraban las palabras. Cogidos de las manos se miraban con trémula ternura, absorbiendo la inmensa presencia lunar, madre y protectora, hada y musa a la vez ahuyentadora de males, llamadora de venturas, que regía el nocturno escenario con grave majestad. Un habla sutil, voz sin voces, confería presencias inéditas a las cosas. Detrás de la magia secreta de la luz selénica asomaba un mundo desconocido anunciador de portentos por venir. Era, todo, tan hondo, perturbador, que suspendía el juicio. "¡Que dure, que dure, que

no se pierda jamás!" — pensó él. Y ella, reconocida, cogida de la mano fuerte del amado que le transmitía su cariño y su confianza, se dijo que haría de su parte para que siempre un claror de luna nueva guiara sus pasos y sus actos.

"Casi todo lo que sucede es inexpresable —dice Rilke— y se cumple en una región que palabra alguna ha hollado jamás".

¿Quién podría manifestar la exultación de gozo que acompaña a los que sienten el toque inesperado del futuro que se revela en el pasmo lunar?

El baile en el Club de Extranjeros fue la consagración de María Montevelo. El traje escarlata resaltaba su belleza morena. Por solo adorno dos perlas en las orejas. Y no era sólo su novio quien la contemplaba transportado de admiración, porque las miradas ávidas de los hombres y las recelosas de las mujeres se concentraban en ella. Muchos se aproximaron al periodista y a su novia. Viendo la justeza y el tacto como ella conducía los diálogos, Lisuarte se sentía, esa noche, emperador de los afortunados. "¿Cómo pude encontrar esta mujer, única entre únicas?" Impetuoso y sincero, ingenuo tal vez, no pudo resistir la tentación de la confidencia: "María —dijo con voz entristecida— te he visto en el esplendor de tu belleza y de tu encanto. Un gesto tuyo y cualquiera de los hombres que te miran se postraría a tus pies. Tú naciste para reina, para gran señora. ¿Qué puedo darte yo? ¿Seré digno de tu virtud y perfecciones?" Ella soltó la risa cantarina: "¿Qué tonteras se te ocurren? —replicó— He ganado ya el reino de tu corazón; sólo quiero ser tu esposa, vivir por tí y para tí.". Y se negó a bailar con otros, rehuyendo solicitaciones, porque como la rosa que se abre al fresco de la mañana ella se sumergía en la admiración apasionada de su novio. Vencida la noche felicísima, abandonando ya el salón, Leonardo detuvo a María: "¡Espera, espera, —exclamó presuroso— deja que te mire una vez más! Quiero que tu hermosura indecible se fije para siempre en mi memoria".

No es alarde romántico, no es pretensión vanidosa, no es egoísmo masculino; es simplemente que el novio, el novio verdadero piensa a la novia diosa y única.

Aprendiendo a moverse entre hombres y conflictos, alternando con amigos y enemigos, leyendo, componiendo versos, atareado en diversas actividades, escuchando música, descubriendo por los libros las artes plásticas, asomándose indeciso al torbellino de la geografía y de la historia ansioso de saber y de aprender, Lisuarte transcurría el tiempo inefable del buen quehacer, porque todo cobraba un nuevo sentido en su vida, todo respondía al íntimo afán de surgir, de progresar, de constituir hogar con la elegida. Y ella, la admiradísima, se entregaba confiada a la adoración del novio, porque así, ingenuo y entusiasta, apasionado y sincero, a veces brusco, versátil a veces, pero siempre íntegro en la dación total de la persona, veía levantarse en doble ímpetu al hombre y al artista. Entonces María Montevelo, ayer genio protector de la familia a la cual pertenecía, adquirió conciencia de su nueva misión: debía revestirse de paciencia, de sagacidad, de abnegación para hacer feliz y guiar suavemente al muchacho impetuoso. La encantaban el ardor de su juventud, su entereza de carácter, el entusiasmo por la vida y por la acción, yesos súbitos recogimientos en el arte y en la meditación. Si ella era la Dea para él, Leonardo proclamaba la sana varonía a sus ojos, los desconfiados, que antes de encontrarlo recelaban del egoísmo masculino.

Lisuarte conoció la fuerza trágica del dinero, una mañana en la cual analizaban cómo organizar el hogar futuro. Casa propia no podían tenerla. Lo poco economizado frente a lo mucho requerido, amenazaba postergar la boda. No era fácil hallar un buen departamento; luego había que amoblarlo y equiparlo convenientemente, con los artefactos que la sociedad de consumo inventó para regalo de las amas de casa y tortura del pagador mensual de sus adquisiciones. No había salida: tendrían que esperar.

—No sé por qué te angustias —dijo María— si la solución es sencilla. En la planta baja de casa, mi padre nos cedería dos habitaciones, construiría un baño. Entonces no tendrías que montar todo un departamento; solamente tres cuartos.

—Dos cuartos, un baño…Yo quiero darte la independencia y la comodidad que necesitas.

—Seremos independientes; solo a la hora de las comidas subiremos donde mis padres. Además, cuando vayas a la oficina, yo estaré más acompañada con mi madre.

El orgullo sacudió a Leonardo:

—¡Si supieras cómo me duele no poder darte lo que mereces…!

—Me diste tu amor, casa de mi corazón.

El insistió, todavía, buscando argumentos para establecerse solos. Pero la novia, delicadamente, le hizo comprender que era más prudente comenzar al arrimo paterno. "Un cuarto será el dormitorio, y en el otro, que es más amplio, haremos tu escritorio y el living. Como solo habrá que amoblar esas dos habitaciones y equipar el baño, las deudas serán más reducidas y dormiremos más tranquilos". Maria dispuso las cosas con sentido de organización y de economía; y escuchándola hablar, en las habitaciones vacías, Lisuarte veía surgir dos estancias cálidas, acogedoras, primorosamente arregladas por sus manos hábiles y su infalible buen gusto "¿No querías tu casa propia, con jardín?" Y ella, sonriente: "Es el ideal para más tarde, cuando vengan los hijos que Dios quiera concedernos. Entretanto me bastarán tu amor y un cuarto para dormir". Leonardo miró con ternura a su novia. La compañera asomaba detrás de los ojos risueños de la amada.

Una fiesta era dos veces fiesta. No había contratiempo que no pudiera ser superado. El cine transcurría por las tres vertientes del espectáculo compartido, de las manos unidas, de los ojos que se buscaban afectuosos. Jugando fútbol pensaba en ella, trabajando la sentía próxima, estando con amigos podía concentrarse y tornar al prodigio de la novia. Una fuerza inmensa y tranquila respaldaba sus actos, daba vuelo a su imaginación. Cierto que el vivir nunca es fácil ni libre de sinsabores, porque envidia, deslealtad, intriga acechan desde el tiempo moceril y Lisuarte las sentía lo mismo en el Banco y en el periódico que en la amistad y el trato mundano; pero él volvía, dolido o maltrecho, a su "samiri", a su refugio sentimental, a la novia que conocía el arte de apaciguar sus decepciones. Tampoco era simple el mundo de María; llevar la casa de los padres cuando los hermanos son varios y los temperamentos distintos, el dinero poco y las necesidades sociales muchas, no es cosa sencilla. Tener la casa limpia, en orden, las ropas bien planchadas, vigilar las comidas, hacer que todo ocupe su lugar y nunca falten esos pequeños detalles cuya suma constituye el goce del esparcimiento familiar, es ciencia mujeril que nunca agradecemos bastante. Ella absorbía penas y contratiempos, velaba solicita por los padres ya proclives a la ancianidad, por una tía solterona, por los hermanos. ¿Amigas? Muy pocas. Amaba el baile más no la sociedad. Prefería la historia a las novelas. No era expansiva como Lisuarte: ella guardaba sus quebrantos. Y también, como para el muchacho, su mayor felicidad consistía en verse con el novio, cambiar confidencias; entonces, olvidados de la prosa y los disgustos del diario acontecer, penetraban juntos a ese aire ligero y transparente del noviazgo que hace poético el mundo y pone en las almas un temblor de uvas doradas. Entonces todo lo feo y negativo se esfumaba, se disolvían tristeza y preocupaciones, el cordaje físico se relajaba y un hondo sosiego los circundaba de alegría.

Claro que todos los novios piensan lo mismo, o casi todos: ellos fueron los más dichosos. Pero Leonardo y María sentían que el noviar era para ellos deslumbramiento y revelación, como si Dios los hubiese elegido y juntado para una misión indecible. Vivían asombrados, reconocidos al designio incomprensible que al unir sus vidas les otorgaba el segundo bautizo —ya no de la santidad y de la gracia— sino del acrecentamiento de un gozoso compartir las excelencias y los contrastes del humano quehacer.

Esas lindas andaduras cotidianas por la avenida Arce, y luego remontar las cuestas empinadas sin que jamás la fatiga inquiete los cuerpos. "¿Por qué vas tan ligero?" Y él, ansioso: "No lo sé… Tengo ganas de saltar, de correr, de gritar..." O los minutos cálidos en los bancos del Prado, hojeando catálogos y revistas que proporcionaban elementos para discutir la organización de la casa futura. A Lisuarte le brotaban deseos, ambiciones, confidencias: quería que ella lo supiera todo. La Montevelo, siempre fina, juiciosa en el consejo, encauzaba el diálogo con tacto incomparable. "No hagas caso; tu vales más que ellos. Es natural que te envidien. Produce, sigue escribiendo: esa es la venganza más

noble". Y cuando el luchador, ardoroso, quería seguir acometiendo a los émulos, ella irrumpía con su risa vibrante: "Dime cómo será el cuento que piensas componer. A mí no me interesan las mezquindades de tus compañeros, sino lo que tu espíritu piensa y construye". El novio, agradecido, olvidaba los disgustos. "Hoy estás más bella que ayer. ¡María, mi María! Si supieras lo que para mí significa ser tu novio. No sé si seré político, financista, diplomático o simplemente un artista en bellas letras; pero lo que sea y cuanto pueda será para tí". Ella, ternurosa: "El camino que escojas será el mejor". A veces él se enfurruñaba por las naderías del diario convivir. La novia callaba, lo dejaba estallar, y cuando los nervios del impetuoso electrizaban la atmósfera, los ojos oscuros de María Montevelo se velaban de lágrimas; entonces el culpable se desesperaba, pedía ser perdonado, se calificaba de bruto y de torpe, y entre risas y lágrimas se restituían a la antigua armonía.

Nada hay más hondo y misterioso como un noviar feliz: es como si la eternidad asomara en los ojos que se buscan y regocijan. Cada encuentro, un amanecer. Reanudar el diálogo en la certidumbre de haber sido destinados. Y de pronto sentirse viejísimos de una antigua conoscencia, como si ya se hubiera vivido otras anteriores vidas que hallaban consagración final en ésta, la suprema, conjuradora del pasado retornante y del prometedor futuro.

—Escucha —dijo él— he leído una frase que se me grabó en la memoria; es de un teólogo alemán y refiere que cuando Dios quiere coloca a los elegidos, durante el tránsito terreno, en aquel lugar metafísico donde el hombre es subyugado por la paz, la alegría y la certeza.

—Es muy hermosa…

—Confieso que no he profundizado el valor de la palabra “metafísico" (me reservo la filosofía para los años de madurez) pero siento que al acercarme a tí encuentro esa paz interior, esa alegría que enaltece la vida, esa certeza de una misión por cumplir.

—¿No basta decir que somos felices?

—Si felicidad es la perpetua armonía de dos que se buscan y no se cansan jamás de volverse a encontrar.

—El Señor te hizo poeta: es lo que más amo en tí.

—Y antes no te gustaban los versos...

La novia protestaba:

—Si no tienes el corazón comprometido, ¿qué pueden decirte los versos?

—Tú eres poesía...

—Quisiera que nunca termine este sueño que Dios nos ha entregado.

Podría escribirse un libro, diez libros relatando los innumerables episodios de un noviazgo venturoso, cuando las horas y los días transcurren en bienaventurada certidumbre, sin preguntar "cuándo", "cómo" ni "por qué" debido a una dócil perspicacia que todo lo halla bien, irreprensible.

Pero así como en el matrimonio no es lícito referir a otros las delicias y enigmas de la carne "terra incógnita", porque el pudor de la esposa y la dignidad varonil guardan solo para sí las tormentas y los regocijos del eros, área vedada a los extraños; tampoco es pertinente inventariar esos pequeños detalles, las transfiguraciones extasiadas, los acontecimientos eslabonados, los pasajeros desacuerdos, los encantamientos sucesivos de un noviar dichoso.

Leonardo Lisuarte y María Montevelo vivieron siempre reconocidos al Dador de Vidas y Alegría, por el don de un noviazgo feliz que para ellos transcurrió como un crecer de árbol: firme, ascendente, florecido de trinos y de júbilos secretos.

12

Tres horas en territorio alemán: Landau, Landsberg, Mónaco de Baviera. Poco es lo entrevisto, nada dicen los nombres a no ser el recuerdo de "La Nueva Edad Media", la nueva religiosidad del pensador tudesco.

Breves paradas del auto. Un cambio de clima psicológico entre Suiza y Alemania. Hay siempre algo de militar en el germano. Guardia fronterizo o civil, la actitud marcial, el gesto neto, la mirada como más viva y alerta, trasuntan el viejo poder dominador nibelúngico. Y esta raza de guerreros y organizadores implacables produjo Bach, Mozart, Beethoven, Goethe, Hölderlin, Moerike, el hondo Hesse y Novalis el alucinado.

Una lluvia persistente sobre la autopista difuminaba los rasgos del paisaje. Colinas arboladas, pueblecillos primorosos. Los puestos aduaneros funcionando como relojes. La Germania tangencial, vía de tránsito entre dos naciones, nada ostenta de su grandeza espiritual ni de su riguroso genio organizador.

En Austria, Salzburgo, a orillas del Salzach, antigua residencia de arzobispos y prelados. caudillos. Desde una ventana del "Winkler" o confundido en la multitud, se absorbe el dulce sosiego de la patria de Mozart, felizmente alejada del estrépito y del vértigo de las urbes. Custodiada por altas cimas, salpicada de iglesias y edificios barrocos, empinada en el promontorio central de El Castillo, majestuosamente tendida en sus parques y jardines, Salzburgo es un remanso de paz y de arte: morosamente puede el peregrino sumirse en sus mil encantamientos. Se avanza por la inmensa nave de la Catedral que quiso rivalizar con la Basílica del Mundo; es imponente, algo fría. La Fortaleza, contemplada a la distancia, tiene un toque romántico, se yergue sobre la ciudad altanera, hierática, pero visitada apenas si tiene cosas dignas de recordarse. Desde la lejanía una presencia poderosa; de cerca la promesa que se desvanece. Genealogía fantasmal. En la galería de pintura, la habitual mescolanza de telas notables y mediocres: unos cuadritos de Paul Brill brillan como luceros. Es placentero perderse por callejuelas que recuerdan los recovecos de Génova, para salir luego a las amplias y arboladas avenidas. Si recorres los jardines Mirabell, vuelves a sumirte en la quietud bienaventurada del espacio interior: "¿por que no estará Ella para compartir el goce tranquilo del remanso salzburgués?" Tiendas lujosas, casas de antigüedades, grandes y pequeños cafés al aire libre. Después visitarás teatros, museos, bibliotecas. Refugio natural para pensadores, la ciudad austriaca se entrega confiada al amoroso buscador: quiere ser amada y conocida pausadamente.

Esa noche, cansado, Lisuarte tuvo ánimo para cambiarse de ropa y descender al comedor del hotel. Era un amplio recinto, elegante y severo a la vez. Muchas mesas, muchas gentes, un servicio impecable. Un aire de refinamiento en la atmósfera y el detalle tan largamente buscado: un pianista tocaba, en sordina, melodías nostálgicas, suavemente, para no turbar las conversaciones, delicadamente para mecer la melancolía de los solitarios. Durante la cena *se* entretuvo observando los contrastes de la concurrencia; caballeros de rígido "smoking", señoras con traje de baile, junto a turistas de chompas coloridas y blusas sencillas, viejos, jóvenes, aristócratas, buenos burgueses, gentes de tránsito. Una pareja, frente a su mesa-morena la mujer, rubio el hombre— parecía desprendida del ambiente, desdeñando la excelente comida y los vinos; solo tenían ojos para mirarse tiernamente. Recordó que también él, un 4 de julio, había estado así, transportado a otro mundo, absorto en la contemplación de la amada. ¿Pero no es, esta, la noche del 4 de julio que solían festejar con agradecida emoción?

Sorbiendo el "tokay" se sumergió en la marejada de las reminiscencias que la música movía con secreto afán.

El minueto mozartiano en el aire…

Dulces y queridos recuerdos volvían a su mente. Habían sido los aniversarios tan bellos que cada cual tenía su refugio en la memoria. ¡María! Su nombre despertaba los felices tiempos antiguos, encendía de cálidas luces el presente. Tenerla frente a sí, en las cenas íntimas, en casa

o fuera de ella, únicamente los dos, mirándose en los ojos oscuros que lo contemplaban con ternura infinita ¿no había sido la ventura mayor? Bruscamente el reflejo de un cuchillo cercenó la escena: estaba en un gran comedor lleno de gentes extrañas, solo, completamente solo. Cesó de tocar el pianista, los camareros se movían ágilmente. La pareja del frente abandonaba el local. Sintió frío en el cuerpo, terror en el alma. "Sintió que se le rompía el corazón..." No era frase de novela; era verdad: una mano invisible de garras aceradas le estrujaba la gran víscera. Un dolor vivísimo contrajo su rostro. Se puso pálido. El camarero se aproximó solícito: ¿deseaba algo el señor, se había indispuesto? "No, no es nada; ya pasará. Gracias". El sabía que antes que un malestar físico de origen nervioso, eran la pena desgarradora, la sensación de vacío y soledad las que lo oprimían. El "leit motiv" del angustiado golpeaba sordamente en su alma: "¡Nunca más, nunca más...!" Por lo mismo que su alegría conoció extremos indecibles, en el período feliz, ahora sentíase profundamente desventurado.

¿Qué hacía, él, perdido en un hotel austriaco sin luz en el alma, sin brújula en la voluntad?

Reanudó el pianista sus melodías a medio tono. Era algo puro, familiar que subía desde un pasado sin nombre. Un desgranar de notas simples, como el habla de un niño, que hiriendo sus oídos con timbre musical buscaban aposentarse en su corazón. Porque él las conocía bien: habían sido los heraldos de las horas dichosas, las guardadoras de la íntima alegría, mil veces oídas, mil veces amadas y sentidas, porque música verdadera, música profunda, es aquella que enlaza amor y existencia, honduras del instante con gozos placenteros del sentir, trances extasiados, vuelos del pensar. Eso que jamás termina de revelar su secreto... "Für Elise"... Siempre tierno y melancólico, sugeridor y misterioso siempre...

Y fue entonces, cuando las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos se desvanecían en el impacto con las notas aladas que le recorrían el ser, que la vio entrar al comedor del "Winkler". Vestía un traje negro, ceñido, que daba majestad a su figura. Avanzaba lenta y erguida, con esa tranquila dignidad que la enaltecía entre todas las mujeres. Los ojos oscuros resplandecían y la sonrisa enigmática llamaba a la comprensión jubilosa del diálogo que nunca dejará de ser.

Llegó gentilísima, como si solo hubieran transcurrido pocos minutos de haberse separado.

Cuando el esposo, todavía confundido, quiso intentar reproches por la ausencia, ella maliciosa y rápida, poniéndose graciosamente el índice en los labios, dijo afirmativa:

—Debemos celebrar nuestro día. Nada de cosas tristes ni recuerdos amargos. ¡Oué lindo el poema que compusiste anoche! Brindemos por él, por tí, por nuestro amor.

Lisuarte pidió otra copa al camarero. Este lo contempló sorprendido. Luego, atribuyendo al "tokay" la extravagancia del cliente, trajo la copa y se retiró silenciosamente.

Pero Lisuarte, habitante de dos mundos, no estaba solo. Frente a él, joven, alegre, bellísima la cara adorada, encantadoramente atractiva, su esposa alzaba la copa de cristal aguardando el brindis familiar.

—¡María, mi María, la siempre Bien Amada compañera!

No pudo continuar porque la emoción le puso un nudo en la garganta.

—Marido, el mejor de los maridos —repuso ella— ¡Cómo te amo!

Y el brindis siguió impetuoso, desenvuelto, como si todo lo reprimido en los días de soledad y acrecentado en las fábricas de la memoria venturosa fuera un manantial de vena gruesa borbolleante de claros regocijos:

—¡Esposa queridísima! Por el día preclaro en que el Señor me abrió el alma al don de tu presencia. Por tu hermosura que no tiene término, por tu virtud que ignora de flaquezas. Por la dicha sin par que me diste, por lo escaso que yo pude retribuirte. Por tu noble inteligencia, por tu fina sensibilidad, celadoras de mi ardor de artista. Por nuestro hogar tres veces bendito en la fe cristiana, en la ética de la comprensión, en el amor de los hijos. Por las penas y las pruebas

vencidas. Por los éxitos y los júbilos que supimos compartir. Porque sigamos siendo sostén de parientes y amigos. Por la vida que profundicé a tu lado, por mis libros que brotaron de tu inspiración y tus cuidados. Por nuestros hijos, los muy amados, criaturas del amor y la esperanza. Por la bondad que rigió nuestro hogar y nuestros actos. Por la vida retirada y la bienaventurada intimidad, soplo de lo eterno en lo temporal. Por la patria lejana. Por la hermosa abnegación de tu vida, entregada a la felicidad del marido y de los tuyos. Por la espiritualidad del matrimonio, que contiene todos los misterios y bellezas de la existencia. Por este amor nuestro, tan joven, tan antiguo a un tiempo mismo, que parece repetirse en el tiempo, transmigrar en los seres, como sentimiento largamente compartido por distintas personas y sin embargo siempre las mismas. Por este extraño rayo de ternura que desciende de Dios hacia nosotros vencedor del olvido y de la muerte, que nos une en la vida y en las vidas. Salud!

13

¿Por qué se mofan, muchos, de la luna de miel como si la pareja observada estuviese enajenada, fuera del mundo real, materia de burla o compasión? Simplemente: por envidia. Quien ya la pasó, porque no puede hacerla volver; el que aún no la tuvo por ignorancia.

Hermosa y pura es la luna de miel si los recién casados se profesan verdadero amor y captan la espiritualidad de la vida compartida que se inicia; pero más honda, más honda, más intensa, vaciada en gozosa certidumbre, sobreviene la otra, la segunda época lunamielesca, cuando ya se remontó el arco zafíreo de las bodas de plata y cuerpo y alma piden descanso a los activos. Porque si en el primer trance los elegidos viajan o se refugian en paraje recogido para sumirse en las revelaciones del eras que los liga, en el segundo el juego erótico pasa a segundo término, subordinado a la religiosidad del amor que crece sin pausa en los mucho tiempo unidos. Entonces el tiempo prodigioso de los recién casados, que ya fue vivido apasionadamente en la juventud, se asoma en un segundo nacimiento: no es revivido, sino que brota en una dulce pero nueva epifanía. Y aunque críticos y racionalistas se burlen del tema y de quienes lo abordan, es lícito afirmar que si la primera luna de miel, la de los apenas casados, es un rayo de venturas, promesa de largo encantamiento, la segunda, la que sólo alcanzan los amantes de verdad en el maduro otoño de una larga vida feliz, es una anticipación del estado edénico al que volverán los expulsados por el pecado original.

Los inolvidables días de Salzburgo transcurrieron en asombro renovado: todo se presentaba dócil, cálido como surgido de la frescura matinal.

Al despertar la encontraba ya vestida, linda, con esa alegría serena que irradiaba al mundo y alborotaba su corazón. Al cerrarse el día, después del habitual paseo nocturno, ella insistía en verlo dormido; y al siguiente día estaba, otra vez, lista y fresca como una rosa nueva.

Visitaron la casa de Mozart, pobre, desmantelada casi, pero rica en documentos, recuerdos retratos y algún mobiliario. Contemplaron la fina caligrafía del maestro en partituras originales. ¡Oué vida corta, fulgurante! Y qué cascada de portentos en el orbe mozartiano, situado entre el torrente sosegado de Bach y las conmovidas tempestades de Beethoven.

—¿Recuerdas la Sinfonía Concertante que dilataba los muros de tu primer estudio, mientras jugábamos con Diana?

—Sí. Y las Fantasías para piano, los quintetos misteriosos, ese Concierto para violín... ¿El concierto" Adelaida"? No… El K. 268 que nos reveló a Mozart en un delirio de juventud y de esperanza porque parecía henchido de un lenguaje secreto que solo llega a los que se aman.

Lisuarte miraba a su esposa transportado de felicidad. "No me mires así —dijo ella azorada— dirán que no es muy apropiado en personas de nuestra edad…" El sonrió: "¿Cómo de "nuestra edad"? Envejecí yo, que traspasé los cincuenta; pero tu sigues siendo la muchacha maravillosa de veinticinco por la cual perdí cabeza y libertad". —"¿Lo lamentas?"— "¡Oh, no, no! Dije mal: nunca pensé más claro ni mejor que a tu lado, y en verdad sólo supe que es libertad cuando busqué a Dios, a la verdad y a la belleza en tus ojos".

Inolvidable resultó el ascenso al Bastión de los Capuchinos, en la margen izquierda del Salzach. Son 300 escalones —rezaba un letrero. Ellos conducían al primer paradero, con modesta

vista panorámica de la ciudad. Decidieron seguir trepando. Tendidos escalones de piedra alternaban con largos trechos de rampas de poca gradiente. A veces la subida se atenuaba con ligeros boscajes que flanqueaban el camino. Ascendían, ascendían..." Ya es media hora que trepamos y esto no tiene traza de acabar". Preguntaron a varios viandantes que bajaban en dirección a la ciudad, pero ellos ignorando el francés en que eran interrogados, se limitaron a alzar los hombros y sonreír. Un viejo vigoroso, menos esquivo, les señaló una cima imaginaria, más allá de la fronda que no dejaba ver horizonte. Sintieron hambre, sed, pero las risas, las evocaciones, la esperanza de llegar al fin tiraban de ambos con hilo sutil. "Esto parece la realización de tu poema: "ascenderemos silenciosamente la infinita colina de la vida", sólo que ahora cantamos, reímos, y hablamos mucho... "Subir, subir, escalón tras escalón, rampa sobre rampa. Tras de cada recodo creían ver aparecer el edificio encumbrado en la colina. Pero el boscaje seguía tupido. Más de una vez se detuvieron mirándose perplejos: "¿hay que continuar?" La verdad es que ambos comenzaban a cansarse de la extensa caminata que se volvía monótona. Pasó media hora más. Vencieron otra serie de escalones que a ellos ya se les antojaban diez mil y finalmente alcanzaron el remontado convento y el mirador de los Capuchinos. La vista era soberbia. Valía el esfuerzo realizado. Un pequeño restarán rústico albergaba algunas personas. El almuerzo les pareció exquisito. "Nunca sentí apetito más voraz". Claro: si nunca hicimos esfuerzo mayor. Rezaron en la Capilla del Convento donde sorprendidos hallaron un limosnero que decía: "Para nuestra misión en Bolivia". Nueva contemplación del paisaje. Un breve descanso. Y el descenso por el otro lado de la colina se produjo sin más incidente que un ligero adormecimiento en las piernas. "Hemos pensado tantas cosas subiendo y bajando esta colina, que me parece que hubiéramos habitado largo tiempo en ella…" Y María. sonriente: "Aunque no hubiéramos pronunciado palabra, yo estaría igualmente feliz de haberla vencido contigo". Lisuarte se preguntaba cómo podía su esposa conservar la frescura, la vivacidad, el vigor de la juventud, sin explicarse, tampoco, los rasgos singulares que hacían siempre grata, siempre atractiva su presencia, al punto de no desear ni por un instante cambiarla con otra alguna. Su brazo se apoyaba firmemente en el suyo, los ojos hermosísimos lo miraban con la ternura habitual, la sonrisa lucía entre tierna y finamente burlona. ¿No era, ella, una promesa en flor, la magia renovada que canta el romance “que más encanta cuanto más se mira?" María volvió a encenderse maliciosa: "No me sigas galanteando; vaya creer que ando con mi novio". ¿Y no lo soy? De pronto, en un descansadero, antes de acometer el tramo final del descenso, la esposa lo detuvo y con voz grave exigió: "Promete que al volver a la patria, ya nunca intervendrás en política". El la contempló extrañado: no pensaba hacerla. "Es que yo quiero que escribas los libros que te faltan por escribir". Lo prometo. "Ahora sí creo que me quieres..." Y él, fervoroso: "cara de siempre-novia ¿quién podría negarte algo?"

Tan sumido andaba en la dicha de esos días que no se detuvo a indagar si vivía un sueño o vivía verdad. Ella estaba junto a él, su belleza y sus amorosos cuidados no daban resquicio a la duda. Olvidado del cruel pesar, de las apariciones y desapariciones sucesivas de la amada, al verla y sentirla en modo constante junto a sí, transcurrió en Salzburgo horas de indecible seducción.

En las galerías, un Pieter Codde les gustó más que un Van Dyck. "¿Nuestro pequeño “Caballero Desconocido" en La Paz, no es más bello que cualquiera de estos retratos?"

De cuantas riquezas guarda como museo histórico y residencia de príncipes y arzobispos la fortaleza de Hohen-salzburg, recogieron la imagen final, en su interior, de una ventanita con geranios. "No sé —dijo el esposo— me parece que ahí dentro viven otros dos tan felices como nosotros".

Por la noche asistieron a un concierto de música de cámara en el Palacio Mirabell. (Mirabell, Mirabell: el nombre se desperdiga por la ciudad como un talismán de maravillas). El recinto no era muy acogedor, las gentes se apiñaban, pero los ejecutantes eran de excepcional calidad. Un cuarteto de Mozart, otro de Haydn, un tercero de Brahms, claramente inferior a los dos primeros. Cierto que no es dable comparar la reproducción gramofónica con la ejecución viva de la música, pero el comentario de María al abandonar la sala fue justo: "¿Te das cuenta lo que significa que Dios te haya permitido conocer en edad temprana y allá lejos, entre montañas, casi a 4.000 metros, a los grandes compositores?".

La mañana siguiente recorrieron calles y tiendas sin rumbo fijo. Vagaban, entretenidos. Al pasar por una callecita retorcida que pretendía encimarse a una colina. María lo detuvo.

—Mira esa figurilla de porcelana...

Era un mocito aniñado, un campesinito vestido de cortesano, con el clásico tricornio oscuro que resaltaba los finos rasgos del rostro. La chaqueta amarilla, el chaleco azul y naranja, el pantalón verde, una jarra de arcilla concedían fino cromatismo a la figura.

Lisuarte se distrajo admirando otras obras de mayor volumen que aparentaban ser más significantes, pero Maria Insistió:

—Entraremos y verás que el muchachito es lo más lindo que hay en esta tienda.

Así sucedió, Cuando Lisuarte tuvo la figurilla en sus manos quedó prendado de ella.

—¿Cómo la descubriste, si estaba casi perdida entre tanto objeto bello en la vitrina?

Ella sonrió misteriosa:

—¿No te dije que en Salzburgo te aguardaba una porcelana? Estaba ahí: nos llamaba.

El la miró con reconocido afecto. Luego oprimiéndole el brazo le dijo:

—La pondremos en la hornacina del dormitorio, junto al retrato de Diana, al pie del tuyo. Será el testimonio de tu delicadeza y tu tacto en el escoger.

Todo seduce en la tierra de Mozart, se entrega dócilmente. Y si la visitas en compañía de la novia o de la esposa hallada en tiempo de eternidad, entonces el paso itinerante se vuelve como más fascinador, hecho de revelaciones y matices innombrables; porque deleite compartido con el ser amado es ya gozo profundísimo, y si la comarca resplandece de su propia belleza y novedad, los amantes transcurren en un tiempo sin tiempos, desasidos de toda premura circunstante. Así admiraron la cima encumbrada del Untersberg sobre un escenario antañón de torres y edificios que el verde de los pinos, los techos rojos, el fondo avioletado de la sierra, los cremas y amarillos del paisaje disolvían en un tono abermellonado. Frecuentaron los jardines de Mirabell, cerrados, armoniosos, de fino trazo, con sus arboledas simétricas y sus vistosos frisos florales. Una fuente circular, pocas estatuas, no muchas gentes por sus avenidas, los combates de las petunias lanzándose en oleadas de colores… ¡Qué sensación de paz, de secreta alegría! En los jardines, en los parques es como si recién aprendiera a amarte". Y ella, agradecida, respondiendo: "¿Y yo? Nunca termino de conocerte bien". Sentáronse en un banco en torno a la fuente. Mirabell les trajo el recuerdo del Prado, ese que abría horizontes de promesas en la patria y en la edad distantes, y que ahora, convertido en otro paseo encantado, reanudaba la andadura hacia un país de trémulos perfiles, todo él abierto a mayores y más hondas sorpresas… Cruzaban los puentes, las callecitas primorosas, cogidos de las manos. ¿Es que no pueden cogerse de las manos y amarse abiertamente las personas maduras? De pronto se detenían, como queriendo retener la belleza del instante, se miraban conmovidos sin pronunciar palabra y proseguían la caminata contentos, contentísimos, como treinta y ocho años atrás. "Rectifiquemos al poeta: nosotros, los de entonces, somos siempre los mismos. Maduramos fieles al sol antiguo que es hoy el nuevo sol. ¡Qué dicha ver en la esposa a la novia! Te quiero locamente, con locura acrecentada. Un minuto a tu lado vale por todas las tentaciones del mundo..." María, con los ojos húmedos, presionaba dulcemente la mano del esposo. Una ligera lluvia los cogió en la Fuente de la Residencia, al pie del Carrillón: corrieron ágiles, divertidos. En el abrevadero de los Caballos: de encendido cromatismo, Leonardo preguntaba malicioso: "¿Qué dice mi amazona de su antigua afición?" Y ella, suspirando: "A tantas cosas tuve que renunciar para consagrarme a ti…"Pero fue en Hellbrunn donde pasaron una jornada memorable visitando el castillo, el monasterio, el extenso parque y los bellísimos jardines. Al terminar se sometieron a los remojones de agua que los arzobispos inventaron para descargar su buen humor en sus comensales. Hellbrunn vasto, de proporciones fáusticas, no se entrega como Mirabell: una fina melancolía se cierne sobre muros y jardines. Pero la pareja de la segunda luna de miel disipó rápidamente la nostalgia: pasaron el día en la hermosa residencia entregados a su venturosa y mutua compañía, sumergidos en la naturaleza y caminando, sin embargo, en su maravillado mundo interior. "¿Sabes qué me ha enseñado Hellbrun? Que jamás me cansaría de andar por un parque conversando contigo". María, respondiendo: "¿No ha sido nuestra vida un diálogo feliz? Aún sin el parque yo solo deseo escucharte... “

Esa noche Lisuarte se durmió velado por su esposa. Al despertar ella ya no estaba.

Salzburgo, sin María, ya no era Salzburgo. No se podría decir nada contra la ciudad famosa, pero el solitario la hallaba desprovista del perfume exquisito que encantó las horas compartidas.

Otra vez triste, solitario otra vez... ¿Pero no habían sido maravillosos los días transcurridos juntos?

Frente a un castillo gótico que parecía brotar de las aguas Lisuarte miraba el paisaje: todo hermoso, plácido, y sin embargo tocado todo de melancolía.

Caminaba por la ribera del lago, preguntándose si estaba cuerdo o desvariado, porque no era admisible aceptar que habitara en dos mundos: unas veces con Ella, otras solo, sin romper la continuidad itineraria de su viaje. "Es así, es así. ¿Por qué dudar? Ella viene, desaparece, reaparece. ¿Por qué no habrías de ser habitante de dos mundos? Su presencia, ayer, era tan viva como la soledad de hoy. Estuve con Ella, estuve con Ella... ¿Qué importan los días, las horas sin su compañía? Piénsala, recuérdala intensa- mente: estará volviendo siempre..."

Un niño interrumpió sus cavilaciones. Le tiraba del saco y decía algo en alemán que Lisuarte no entendió. Este respondió en francés, en español y el niño a su vez hizo signo de no entender. Era una linda criatura, aproximadamente de cinco años, cuyos ojos vivaces no escondían el temor que lo dominaba. Probablemente se había extraviado. Hablaba, hacía señas nerviosas y miraba al hombre como pidiendo solución a su problema.

Lisuarte lo miró con bondad, le cogió la mano y se dejó conducir por el niño.

Descendieron por un sendero del parque, voltearon dos recodos y deteniéndose frente a un banco vacío el muchachito, señalándolo, hablaba atropelladamente: estaba claro, su madre o la persona que lo acompañaba habían estado en ese banco y ahora no sabía dónde dirigirse para volver a su casa.

Al salir del parque, Lisuarte se acercó a un policía tratando de explicar el caso. Este, ignorando el francés, se limitó a encogerse de hombros. Corrió igual suerte con un segundo policía. Entretanto el niño se impacientaba, amenazaba llorar. Entraron a una heladería; el niño tomando un helado se tranquilizó. Por fortuna la camarera, una española, que dominaba el alemán, pudo entenderse con el niño. Vivía en Anderplatz 78. Lisuarte creyó el caso terminado: acariciando a la criatura intentó dejarla para que la camarera avisara a su familia, pero el muchachito, imperioso, se prendió de la mano del boliviano… “Dice que quiere que usted lo lleve" —tradujo la mujer. Con dos trazos de lápiz le indicó el camino para dar con la casa.

Se fueron, hombre y niño por una ancha avenida, luego subieron una callejuela con varios recodos, descendieron a otra calle amplia y hablando cada uno por su cuenta —¿qué importaba no entenderse?— llegaron hasta Anderplatz 78.

El llevaba un papel escrito en alemán por la camarera: "el señor halló al niño en el parque, lo ha tratado con mucha bondad".

Tocó el timbre; salió una mujer despavorida, con las facciones descompuestas y se abrazó llorando y besando a la criatura. Era la madre. Lisuarte se limitó a entregar el papel. La señora hizo un ademán invitándolo a pasar, pero el hombre se negó sonriendo. Dió una palmada al niño que lo miraba con afecto, lo besó en la frente y con un gesto de la diestra se despidió.

El incidente le produjo una extraña alegría. Aún podía ser útil a los demás, hacer el bien.

Esa noche, en el "Winkler", el pianista lo conmovió con los acordes de una fantasía mozartiana.

VII

La víspera de su boda Lisuarte entró al diminuto departamento que ocuparían. El había dispuesto el escritorio, y María las restantes habitaciones. Admiró el buen gusto y la previsión de su novia: todo llamaba y acogía con voz familiar. El dormitorio, un tanto oscuro, no recibiría el sol ¿más qué importaba si el sol lo llevaban ambos dentro? Las colchas azules lucían impecables sobre los muebles de caoba. El cuarto de baño, reducido, era un poema de blancura con vivos toques de color en las toallas. El living, estrecho, apenas contenía el corto moblaje, pero cada cosa, cada detalle consonaba discretamente con el conjunto.

Bajó un escalón y se encontró en el escritorio, "su escritorio": era el cuarto más amplio, el mejor, elegido por ella. El sol entraba por el ventanal a su espalda, poniendo reflejos dorados en los estantes, en los libros, en los cuadros. Cierto que todo esto lo había obtenido al crédito y debía amortizarlo mensualmente con su trabajo. ¿Y qué significaban deudas y compromisos si la novia había evidenciado una ciencia sutil para organizar y economizar? Antes de abandonar la estancia donde transcurrirían sus primeros años de casado, arrojó una mirada ávida al escritorio… Una cálida bienvenida se desprendía de los muebles de roble, en los estantes, los libros vibraban, con secreto ardor, la "victrola" en reposo prometía deliquios sonoros, la máquina de escribir, flamante, incitaba a futuras proezas... Aquí sería el señor de su casa, el amo de su destino, el esposo de María, el refugio unitario donde soñador y luchador conjugarían inquietudes. Aquí jugaría el primer hijo. Y nacerían los futuros libros. De pronto le pareció que el pequeño y animado mundo del escritorio se movía silencioso, sus líneas puras se esfumaban detrás de una sonrisa misteriosa que invitaba a la dicha, a la confianza. "Serás feliz, serán felices. Tu ingreso al hogar es la apertura al arte y a una vida intensamente activa". Y esa sonrisa sería desde entonces —para siempre— la sonrisa bondadosa de María, clave de la ventura familiar, refugio del esposo, estímulo ascendente del artista.

No se dirán secretos ni transportes del tiempo inaugural del matrimonio, porque la intimidad conyugal pertenece sólo a dos que la comparten.

Transcurrido el primer mes, cada uno se decía para sí: es lo que había soñado, tal vez más de lo soñado...

Mentirá quien sostenga que los primeros meses de la sociedad conyugal transcurren en lecho de rosas. Por intenso que sea el amor de los jóvenes esposos, siempre es difícil, lento el ajuste de personalidades. Leonardo era vehemente, impulsivo, pronto al estallido y a la acción brusca. Un "fosforito". Se apagaba rápidamente, luego, arrepentido, pedía ser disculpado; pero si le hacían cara, se enfurruñaba y la discusión podía terminar en reyerta. María lo dejaba explosionar, no cedía en lo esencial, y una mirada entristecida o una sonrisa bastaban para desarmar al exaltado. Cariño y respeto, recíprocos, no amenguaron nunca, pudieron vencer, por ellos, las naturales desavenencias del período inicial, cuando el matrimonio progresa en trance de exploración y acomodo mutuo. Se comprendían, se adivinaban y como el propósito de cada cual era complacer al otro, pudieron, después de cortos roces, alcanzar la armonía conyugal que muchos logran tras largos y alborotados años.

Comenzaron a formar la biblioteca con Cervantes y Shakespeare, en ediciones de lujo. Un día descubrieron los clásicos de Garnier y poco a poco, a veces con lapsos de semanas porque los fondos no alcanzaban, fueron incorporados Pascal, Horacio, Montaigne, Píndaro, Voltaire, Rousseau, Cicerón. Otro día hallaron un Platón compendiado y comentado por un profesor francés. "¿Pero estoy capacitado para entender a Platón?" Y ella risueña: "No importa; adquiérelo. Ya lo leerás cuando te sientas preparado". Salían, por las tardes, en largas caminatas continuadoras de los paseos del noviazgo y casi siempre terminaban frente a las librerías o en las tiendas de discos. A ella se debió la adquisición de la "Historia del Arte" de Woermann en 6 hermosos volúmenes en tela roja. El inició la discoteca de música clásica con las tres sonatas románticas —Claro de Luna, Patética y

Appasionata— y la Quinta Sinfonía de Beethoven. Después llegaron Mozart, Schubert, Haydn en obras de fácil acceso. "Podemos comprar libros y discos cuando debemos tanto por los muebles?" María, persuasiva: "Es el dinero mejor invertido; la deuda se pagará en tres años en lugar de dos". Más de una vez dejaron de ir al cine u otra diversión por comprar un libro. Y Lisuarte veía, con asombro, que la esposa no le había pedido nada para ella misma, ni en ropa ni en alfileres como dicen las señoras. "Tengo mi ajuar" —decía ella. Ninguno de ambos gustaba mucho de fiestas y aunque en los primeros años asistían a ellas, les era más grato recogerse en la intimidad del hogar. Leer juntos, escuchar música, estudiar las obras de arte en los libros, conversar, pasear, convivir espaciadamente con amigos, he aquí su vida. En la pequeña ciudad no había sino dos diversiones: el cine y el fútbol. Al primero iban con frecuencia, pero al segundo solo una vez lo acompañó la esposa, negándose a asistir al juego que encontró torpe y brutal.

Leonardo andaba siempre ocupado en el Banco, en el periódico, componiendo versos y haciendo críticas, ocupándose indirectamente de política para ayudar a don Vicente y al cuñado. Jugaba fútbol, trepaba montes. Leía por las noches. Le gustaba respaldar a los parientes y a los amigos, poseído por un optimismo incurable que todo lo encontraba realizable. María, a su vez, atendía la casa de sus padres y la suya propia, con habilidad, energía, abnegación que los hombres nunca agradecen bastante porque ignoran el trasfondo de bondad y sacrificio que encierra la tarea hogareña.

Ella le concedía esa amplia libertad que los hombres piden al matrimonio porque suponen que éste los priva de independencia y de la falsa varonía del "hago lo que quiero". Una vez que Lisuarte se fue a un concierto con amigas, ella comentó discreta: "Me habría gustado ir contigo". Fue suficiente: el esposo aprendió la lección y desde entonces prefirió siempre invitar primero a la esposa. Por lo demás su compañía eclipsaba la del mejor amigo.

Llegó la primogénita: Diana. Gozo inefable. Hija de la carne y del espíritu fue el deslumbramiento en el hogar feliz. Viendo los padecimientos de la madre al tenerla y los solicitas cuidados que le prodigaba, Lisuarte se dijo que jamás el hombre llegaría a la total abnegación de la mujer que se sumerge en el marido, en los hijos, en la casa con olvido o prescindencia deliberada de la propia persona. El hombre, ambicioso y tenaz, se desparrama en actividades múltiples que le darán sustento y fama; aspira mucho, se prodiga, vive en tensión de ascenso y multiplicación. Todo le interesa, quisiera intentarlo todo; pero todo con- fluye, al cabo, en su propio provecho, a fortalecer su carácter, a enriquecer su personalidad, a. satisfacer su afán de dominio. Recibe un nombre y sólo sueña en hacerse un renombre. La mujer amadora y dadora de bienestar, sólo vive de amor, en entrega permanente: padre, hermanos, marido, hijos se nutren de los rayos de su celo y su ternura. Ella da, sin tasa y sin reposo. Por grandes que sean su inteligencia y su fortaleza de carácter, ella se esconde voluntariamente detrás de los seres amados, hace entrega de su personalidad, de su misma dicha, que consistirá en ver dichosos a los suyos. Está más cerca de Dios que el varón.

Esa menuda cosita que concentra en sí la maravilla de la vida, y la esposa dos veces bella por madre y por amada ¿no son dos regalos que el venturoso nunca podría pagar?

—María: ¡qué hermosa eres! La maternidad te dió una nueva bondad, una nueva ternura, un nuevo hechizo. ¿No casé con una diosa?

—Tú siempre exagerando... Sólo soy una mujer dichosa con su hijita y con su marido.

—No, no es sólo eso. Hay mucho más.

—¿Y qué más podría ser?

—No sé… A veces me parece que el matrimonio es la más hermosa de las aventuras: cada amanecer una sorpresa, cada noche una promesa de renovación. Siento como si cada día estuviera en trance de volver a conquistarte; y la hija que me has dado me hace sentirme más fuerte, más ávido de trabajo y de ascenso, porque quisiera darles, a las

dos, todas las cosas buenas y bellas del mundo: comodidades, riqueza, poderío, joyas, muchas joyas…

(La esposa sonriendo feliz acunando a Diana y cogiendo la mano del esposo).

—Estas son mis joyas.

—¿Pero tu crees que yo me conformo con vivir en tres cuartos donde carecen de sol, de luz, de aire puro?

—Arriba, donde mis padres, hay todo ello. Cuando te vas a la oficina yo llevo a Diana donde mis padres. Las macetas con plantas nos dan la ilusión del jardín. Nada nos falta. ¿Por qué te preocupas? Somos jóvenes: la casa vendrá a su tiempo.

—Tú mereces un reino. Yo solo te doy la estrecha, la pequeña comodidad de un pobre empleado…

(María interrumpiendo con energía)

—… no digas absurdos. Tú no eres un pobre empleado. Eres mi esposo amado, el mejor de los hombres. Llegarás a mejores situaciones porque tienes carácter, eres empeñoso y fuiste dotado con un gran corazón.

(Leonardo avergonzado).

—Con una esposa como tú se puede subir muy alto.

—Vamos a escuchar la Sonata a Kreutzer. Haré hervir el té en el samovar, como te gusta. Después me dirás tus sueños, tus ambiciones.

—Tú siempre hallas el camino adecuado. Mi compañera: ¿qué haría yo sin tí?

—Exagerado: tú vales por ti mismo. Yo solo soy tu mujer, la que te ama, la que te admira, la que confía en tí.

Por el padre, por el suegro, por el cuñado, se enredaba en polémicas de prensa y aún sin quererlo intervenía, indirectamente, en política. "¿Por qué no te moderas? Eres demasiado vehemente en tus respuestas. Podrías defenderlos con prudencia. ¿Por qué te dejas arrastrar a las disputas violentas? Eres muy peleador y esto me da miedo…" Pero en Bolivia, en toda Sudamérica, la política aunque solo sea en el plano ideológico, en la cotidianidad periodística, se ejerce con ímpetu. "Yo no busco hacerme de enemigos, ataco a los de tu padre y de tu hermano, y si lo hago tibiamente me dirían "cobarde". Dirás que es vanidad, yo te digo que es hombría. "En el Banco las cosas marchaban bien; sugirió que la secretaría editara un boletín mensual y su idea fue aceptada; más trabajo. En el comité pro aviación tenía una labor puramente rutinaria. En el periódico hacía de todo: crónica, crítica, artículos de fondo, reportajes. Se abrió otro camino con una página literaria dominical que redactaba y armaba en persona cuidando los mínimos detalles. Corregían juntos las pruebas y cuando la primera página salía de la rotativa, volaba a las manos de María. Combinaba las horas de estudio con música, paseos y los momentos placenteros con la esposa y la pequeña Diana. Después de publicar dos tomos de versos quiso incursionar en la prosa. "Haré un volumen de ensayos, buscando interpretar figuras de la patria y del mundo". Ella, preocupada: "Trabajas mucho, te puedes agotar". El, sonriente: "Todo está bien organizado. Tú me ayudaste a orientar y regular mis actividades. No me canso; mas bien me siento mejor cuanto más trabajo". Pocos amigos, pocas fiestas. Si el Banco, el diario y la política lo volcaban al movimiento exterior; hogar, arte y estudio redondeaban su intimidad. Y aún había tiempo para escapar a la escalada de montañas y a los campos futbolísticos, donde cuerpo y voluntad daban salida a las energías juveniles. Inconforme con cuanto veía imaginaba que todo andaba mal y que él podía contribuir a mejorarlo. "Es peligroso creer en un destino mesiánico —apuntaba la esposa— yo te prefiero soñador y buen marido".

Un domingo que todos los de la familia habían salido, él se aprestaba a marchar al fútbol, mas reparando que María iba a quedar sola con la niña, decidió permanecer con ellas. Meció a Diana en sus brazos hasta que la niña se durmió. Luego, a la esposa: ¿Qué quieres que hagamos?" Ella eligió leer: "Escoge tú el libro". Bajó al escritorio y regresó con el Shakespeare en cuero de Rusia. Leonardo comenzó la lectura con voz pausada: "Que la fama, perseguida por todos después de su existencia…" Fue una tarde inolvidable de sol, de luz, de aire tranquilo. En el viejo corredor de la casona los geranios daban genealogía a las macetas. Los esposos-novios tiernamente unidos en la avidez de la lectura, entraban asombrados al bosque shakespiriano; como los "Trabajos de Amor Perdidos", son un pórtico amable de ingenio y poesía, donde nada hace presentir el genio sombrío y grandioso del dramaturgo, disfrutaron la delicia de ir absorbiendo lentamente las finuras del relato. Comentaban, reflexionaban, de tanto en tanto suspendían la lectura, mirábanse emocionados. "Eres más bella que Rosalinda y más ingeniosa. Tuve destino de príncipe al haberte encontrado". Ella, sonrojada: "Sigue leyendo, sigue imaginando..." Eran cerca de las cinco y la obra se acercaba a su fin. La fueron dilatando con pausas y ocurrencias sabrosas. "Quisiera que esta tarde, esta lectura, este dulce encuentro con el poeta del Avon no terminasen nunca". María, felicísima: "Yo también he sentido el mismo deseo. La niña durmiendo a nuestro lado, tu enseñándome a soñar despierta..." Si el tiempo pudiera detenerse... pero no se detiene. ¿Habían sido dos, tres horas, un año, un minuto? Se levantaron brillantes las pupilas, un tanto confusos, como si abandonaran un mundo prodigioso para volver a otro de tosca certidumbre.

Lisuarte tomó de la cintura a su mujer y atrayéndola a sí exclamó:

—¿Qué hay en el fondo de tus ojos? siempre nuevos y más lindos… Me miro en ellos y me parece que la felicidad sonríe entre tus pestañas. ¿Por qué te amo tan apasionadamente, cuál es el misterio de nuestro amor?

—Acaso —dijo María— que nunca cesará de ser.

En ese tiempo, los primeros años de matrimonio, todo era bueno y sencillo. Las decepciones del mundo se disolvían fácilmente en el seno del hogar: María las ahuyentaba con destreza; una palabra entonces, una sonrisa bastaban para consolar al afligido. Estimulaba al esposo en sus escritos con medida, evitando el orgullo que ciega al autor y a su compañera. El sentido de proporción le era innato. Amaba, admiraba mas no se entregaba cuando su clara inteligencia y su fino gusto le decían que algo no iba bien. Cuando Diana aprendió a caminar, ciertas mañanas, en un auto de alquiler, se trasladaban al otro extremo de la ciudad, al parquecito del Montículo, empinado en un pequeño promontorio desde el cual se tenía una visión circular del paisaje urbano. Mientras la madre jugaba con la niña, él leía un libro —el "Diario de Viaje de un Filósofo", "Parerga y Paralipómena", "Conversaciones con Goethe" estuvieron vinculados a esas mañanas de júbilo conyugal acrecido por la avidez del intelecto— y solía interrumpir la lectura para contemplar a los seres amados. Luego respiraba con fruición: una compañera, una hija, el placer del estudio, la inserción en la naturaleza. Esto no podía prolongarse más de una hora ¡pero qué hora! No es que hubiese roto con los amigos, pero insensiblemente se fue apartando de ellos, alegres solteros que transcurrían inventando diversiones. "Estás perdiendo el amor a la aventura, tu impulso para emprender grandes cosas" —aventuró una vez Carlitos Linford. Leonardo movió la cabeza, esbozó una sonrisa y prefirió callar. ¿Cómo hacer comprender al amigo que para él la palabra hogar suponía la mayor y siempre renovada aventura, que en el estudio en los libros, escribiendo era cómo creía realizarse? Advertía una diferencia de criterio en las discusiones, pero en los campos deportivos, en el periódico, cuando se trataba de orientar o ayudar a un amigo, seguía sien- do el mejor de los camaradas. María bailaba muy bien. En las pocas fiestas a las cuales concurrían, vióseles siempre juntos, no a la caza de mariposeos fugaces con otras personas, sino constantes en la propia compañía. Lisuarte no podía explicarse cómo hacía su esposa para atender la casa ella sola, sin servidumbre, teniendo todo limpio y ordenado, cuidar a la niña, y cuando él volvía del trabajo mostrarse siempre bella y bien compuesta, dispuesta a darle su tiempo y su presencia sin regateos. "¿No tienes un método para re- gular tus trabajos?; yo tengo otro para verte contento". El se impacientaba: quería hacerla viajar, darle casa propia, ofrecerle trato de reina y no de esposa de simple empleado bancario. Ella calmaba al impaciente: todo vendría a su tiempo, como en los versos que dicen; "No aceleres la

marcha de las cosas…" Rechazaba regalos y ofrendas: "No gastes dinero, primero pagaremos las 'deudas, luego" ahorraremos para adquirir un terreno". Pero cuando Lisuarte vio un brillante extraño, de color oscuro, de esos que llaman "cognac", lo fascinó de tal modo que lo adquirió a plazos y lo puso en un dedo de la amada a pesar de su resistencia. "Es el primer regalo que te hago desde que casamos y deseo que lo lleves toda la vida". No era muy grande ni muy vistoso mas para ellos poseía y enviaba destellos inefables que sólo recoge el verdadero amor.

Comenzó a estudiar economía y ciencias sociales por juzgarlas necesarias para su carrera bancaria y su formación de periodista. Don Vicente, el suegro, se empeñaba en llevarlo a la política.

—Hijo, usted no es contador, no se ha especializado en finanzas. Nunca llegará a gerente del Banco. En cambio por su inteligencia y sus vinculaciones, puede usted descollar en política. Yo puedo iniciarlo obteniéndole un cargo en el Senado.

—Señor, le agradezco su interés, pero yo no tengo la paciencia, la ductilidad, la vocación de lucha y vida pública que tienen usted y mi padre; prefiero vivir en mi hogar y entre mis libros; creo que nunca me faltará un trabajo para respaldar económicamente estas devociones. María ha sufrido mucho por la famosa política, que entró en la familia desde *sus* abuelos trayendo tantas penas y desengaños. No quiero agregar una nueva pesadumbre a *sus* temores.

También el cuñado lo tentaba. Debía viajar, debía entrar en política, fundar una empresa, no vegetar en un periódico y en un cargo bancario. La respuesta fue rotunda: Lisuarte sabía sus caminos. Tenía que consolidar su familia sobre bases sólidas, luego llevar a la creación literaria los grandes temas del Ande que inquietaban su espíritu. Había tiempo para viajar y actuar en la vida pública. Cuando contó a María las charlas con su padre y con su hermano, ella repuso: "Ellos te quieren y aspiran a lo mejor para tí, que te esmeras en servirlos, pero estoy feliz por tu respuesta. Nuestro amor, tu destino están en el hogar y en tu arte de escritor. Lo demás vendrá a su tiempo".

El hombre crecía firme y audaz, porque también la audacia es saberse reprimir en tanto se dilatan los caminos interiores. Pero Lisuarte sabía que sin Maria, su esposa, sin la estrellita brotada de su carne, su vida y su destino carecerían de sentido.

14

Un país, solo un país, semejante en todas sus regiones y comarcas. Los Alpes austríacos. en esta vasta zona geográfica, se parecen extraordinariamente a los Alpes suizos: Salzkammergut es un friso de pueblitos y balnearios que recuerdan los paisajes armoniosos de Helvecia, como los prolongan, y en determinados parajes los superan.

El "bus" conducía cuarenta pasajeros. Lisuarte ocupaba un asiento junto a un señor alto y grueso frisando en los sesenta. La mirada inteligente observaba penetrante el paisaje o se perdía en lejanías insondables. La tristeza velaba sus rasgos concentrados. De tanto en tanto deslizaba breves palabras en alemán, y como el boliviano solo podía responderle en española en francés, idiomas que el señor alto y grueso parecía ignorar, comprendieron que no podían comunicarse. "Mejor —pensó Lisuarte— no tengo deseo de conversar". Probablemente el caballero austriaco pensaba lo mismo.

El vehículo avanzaba a velocidad moderada, se detenía el tiempo suficiente en los lugares de mayor atractivo, y luego reanudaba viaje en un desfile sorprendente de bellezas naturales y creaciones debidas a la mano del hombre. Dos hombres apenados, cada cual reconcentrado en su propia nostalgia, veían pasar o pasaban por la sucesión de escenas que ofrecía el recorrido. Al descender, muchas veces anduvieron juntos; y al descubrir un paraje muy hermoso o una obra de arte, se miraban confundidos en el común asombro y con sobrio gesto compartían la admiración. Así les ocurrió frente al Altar de Michael Pacher, ese retablo maravilloso en la catedral de Sto Wolfgang; en Gmunden, junto a la pequeña fuente del parque bordeando el lago; y en la catedral de Mondsee, cuyo altar de ébano y oro volvió a encantarlos. El caballero austriaco se arrodilló y

rezó con los ojos cerrados. Sufría. Lisuarte hizo lo mismo, sintiendo que un hermano en el dolor, mudo pero sensible, llevaba también su carga de angustia. Se miraron con simpatía al abandonar la iglesia, como si cada cual comprendiera la pesadumbre del otro. Pero hubieron circunstancias en las cuales lo mismo el boliviano que el austriaco deseaban hallarse solos; entonces se alejaban discretamente, como tratando de evitar ofenderse. Así ocurrió en Grundslee, en Ebensee, en Nussdorf, lugares donde aun admirando la belleza imponente de la naturaleza, Lisuarte, solitario, alejado del eventual compañero fue presa de accesos de angustia. ¿Por qué el mundo era tan hermoso y perfecto? En Fuschl guardó la imagen de un castillo sobre una península que se introducía en el lago, y al fondo la llanura con ejércitos de árboles como un zócalo uniforme para el doble azul de las sierras y los cielos. Esa placita de Sto Gilgen con el balconaje de madera y la exquisita fuente del Mozartbrunnen. O la visión dilatada del Wolfgansee: verde la tierra, de cobalto las aguas. En Ebansee un rincón donde cielo, montes y lago se confundían en un solo azul reluciente, mientras las casas trepaban la montaña. El paisaje especular en Traunkirchen. O el curioso apiñamiento de casas y de cerros del Traumsee. La plazoleta circular y el vallecito encajonado de Bad Ischl. Y ciertas vistas del Mondsee y de Sto Wolfgang, abiertas como almas libres al jubilo del ver y el admirar, surcado de velas blancas el lago, cubierta la llanura de soberbios tapices verdilucientes, los cerros poblados de arbolares tupidos, casas y caminos concertados en diestra peripecia. Todo finamente articulado en un entendimiento dócil de naturaleza y construcción humana. Para describir la hermosura y la fuerza de sugestión de estos parajes, se requeriría muchas páginas. Pero el angustiado, el que siente la ausencia de la esposa ¿cómo podría disfrutar las excelencias del paisaje, si los goces más placenteros de la vida, de la observación de la naturaleza están enlazados a la dicha de poder expresar los sentimientos? Dios no hizo al varón para la soledad; si le dió compañera fue porque quiso que uno se apoyara en la otra y recíprocamente" ¿Por qué fui traído a estos lugares de ensueño que lejos de disipar mi amargura la ahondan? El mundo es bello, saturado de incitaciones; yo puedo recoger la explosión emotiva de los paisajes, puedo extraer mil bellezas y forjar cien mil imágenes de lo contemplado. ¿Para qué? ¿Es que el paisaje tiene algún valor si no entinta la pasión humana; y la pasión humana ¿qué es, qué vale, qué significa si se ha de sepultar en el corazón de un hombre?" Al varón que fue feliz, largamente feliz, cuando le llega la hora del abandono y la melancolía, las cosas más bellas acentúan su tristeza. Y las visiones mágicas del Salzkammergut, si bien al primer impacto deslumbraban a Lisuarte con sus luminosas vibraciones de alegría, terminaban casi siempre sumiéndolo en el pesar de no encontrar a su lado a la bien amada. "Es como si el Señor hubiera dicho: éste ha sido dichoso en extremo; que conozca también dolor y tristeza en la tierra. Acepto los designios del Señor: los bellos recuerdos y el pensar en Ella me fortalecen para resistir la prueba". Así transcurrió Lisuarte en los Alpes austriacos, su doble peregrinaje de hallazgos y penurias, fascinador y doloroso a un tiempo como una elegía de Rilke.

En la estación del teleférico, en Sto Gilgen, encontró al caballero austriaco. Se saludaron con una inclinación de cabeza y mutuas sonrisas. Ascendieron 1.500 metros en un trayecto inolvidable hasta llegar a la cima desde la cual se divisan los siete lagos. De pronto Lisuarte se sintió sacudido por una fuerte emoción; sabía por qué lo había atraído desde el primer instante el desconocido: se parecía extraordinariamente al gran Schnabel, al muy querido Arthur Schnabel, famoso intérprete de Beethoven, el pianista elegido por la Beethoven Society para grabar los cinco Conciertos para Piano y las 32 Sonatas tantas veces oídas en su casa de La Paz. Era la misma cara ancha, bondadosa del gran pianista: la nariz imperiosa, las cejas tupidas, la mirada bondadosa pero en el caso del caballero austriaco velada frecuentemente de tristeza.

En el hotel, donde pasarían la noche, cada cual cenó en mesa separada. Lisuarte observó que se acentuaba la pesadumbre del desconocido. Lo miró una sola vez, quiso ensayar una sonrisa y había tal aflicción en su mirada que el boliviano se sintió tentado a unírsele pero creyó más prudente respetar su dolor.

Sto Gilgen lo atrajo con inmediato influjo. No era la temporada turística y el pueblo se brindaba dócilmente al visitante. ¿No habría sido delicioso residir, aquí, con María? Sto Gilgen, todo de proporciones armoniosas, sin acumulaciones de masas ni vértigos de circulación, en un escenario natural de variadísimos contrastes, se le aparecía como otra morada ideal.

Pero al día siguiente la gira se reanudó y el ”bus" lo alejó de la pequeña ciudad.

Ascendieron a una pequeña colina que no ofrecía otra particularidad que las sillas volantes.

Eran dobles. Lisuarte ocupó una quedando la otra vacía. La comitiva era corta: el doble asiento delantero iba vacío; y cuando el ocupante del posterior miró hacia él —estaba sólo también— Leonardo reconoció al caballero austriaco.

El ascenso fue tranquilo, seguro, dando a veces la idea del vuelo y otras la sensación de caída y remonte sucesivos. Reinaba el silencio que se fue acrecentando conforme subían hasta pasar de los mil metros. La subida en el teleférico pudo ser más grandiosa, pero Lisuarte advertía que un lento ascenso en la silla era más impresionante porque le permitía absorber mejor los incidentes del ascenso y del paisaje.

Almorzaron en la cumbre de un cerro elevado. Lisuarte notó que el desconocido apenas probaba alimentos, sumido en obstinada concentración.

Para descender, casualidad o cosa deliberada, la disposición era la misma: Lisuarte ocupaba, solo, uno de los dos asientos: los dos delanteros iban vacíos, y en los dos posteriores estaba el hombre que se parecía a Schnabel.

Mientras descendían, el boliviano revolvió varias veces para enviar saludos de estímulo con la mano al austriaco. Este contestaba dignamente.

Lisuarte recordaba el trayecto. El momento que la silla volante cruzaba una ancha brecha sobre una profunda garganta que deprimía el terreno, por un extraño presentimiento volteó la cabeza: el caballero austriaco le sonreía afectuosamente. Prosiguió el descenso. La silla del boliviano estaba ya por salir de la brecha, la del austriaco se aproximaba al punto de mayor profundidad. En ese instante Lisuarte vio, horrorizado, que el desconocido separaba el cinturón de seguridad, le hacía un gesto de despedida con la diestra y se precipitaba al vacío.

Quedó aterrado. Las sillas iban casi vacías. ¿Habrían advertido otras personas el suicidio del infortunado? Quiso gritar ¿mas quien lo escucharía y en qué idioma expresarse? El circuito de las sillas volantes seguía cumpliéndose inexorablemente. Fuertemente conmovido por la desgracia del infortunado, Leonardo no sabía a quien dirigirse. Suavemente una mano se posó en la suya y en la silla conjunta estaba María triste y severa:

—Quédate quieto —dijo— nada podemos hacer. Su dolor fue más fuerte que él, pero nuestro amor tiene que ser más fuerte que tu dolor.

—¡Queda conmigo —repuso Lisuarte— ahora te necesito más que nunca!

—Te acompañaré hasta la estación. Serénate. No pienses más en lo ocurrido.

—¿Cómo no pensar si era un hombre tan simpático y su pena parecía tan profunda?

La esposa lo miró tiernamente:

—¿Quién puede evitar el dolor humano? Son tantísimas los desgraciados... ¿Sabes tú si ahora es dichoso, porque descansa?

El hombre se aquietó mirando los ojos oscuros y sintiendo el tibio contacto de la mano querida.

Pero el momento de descender de las sillas volantes, Lisuarte bajó solo con su vieja pena y el nuevo dolor de haber visto desaparecer al amigo desconocido.

Esa noche, de regreso en Salzburgo, Lisuarte escribía el “Diario de la Ausencia". No pudo conciliar el sueño, asediado por la visión del austriaco precipitándose al vacío. ¿Era más valeroso el suicida, cortando su vivir desesperado, o él que se esforzaba en mantener su existencia trunca? Y la presencia de María, asistiéndolo en el terrible trance ¿había sido real o imaginaria? Porque los reencuentros con su esposa, pensándolo bien, acontecían en modo tal que resultaba difícil precisar dónde terminaba la experiencia y cuándo pasaba a fantasía. Realidad, fantasía ¿qué son? Si vives, sientes y expresas lo sucedido ¿sueñas? Si recuerdas, revives lo pasado y puedes

transportarlo del feliz pasado al ávido presente ¿vuelves a vivir lo que parece imposible? Resucitarán los cuerpos para el cristiano; ¿por qué no pueden renacer las horas para el buen amador? Era verdad: María había estado con él, lindísima, joven y sana, irradiando confianza y encanto. Tocó su mano, besó su mejilla, se hundió en el misterio de los ojos oscuros; había recogido sus palabras juiciosas. Era verdad. Pero no había descendido con el esposo de las sillas volantes ni estaba en el hotel, lejana otra vez, quien sabe hasta cuándo. Era una ilusión, una exacerbación de los sentidos ¿sobre-impresionados, un vuelo en el tiempo, en los tiempos ignorados de la imaginación. Una ilusión... ¿Por qué, y hasta cuándo? Dios conoce y guía los caminos del hombre, de los hombres... Uno, allí, dejaba el cuerpo yerto en una garganta profunda del Salzkammergut; otro, aquí, debía proseguir el viaje del vagar y del penar sin término. ¿Por qué, por qué? El no concebía el horror de la separación, más inexplicable cuanto más pensada. Debieron irse juntos, o él, primero, antes que ella: y no acontecer este vacío que se abría, se abría como una grieta fantástica donde acechaban las dudas, la desesperación, acaso la locura…

15

El avión cubre en poco más de una hora el trayecto entre Salzburgo y Viena, pero la lluvia y una tenue niebla apenas dejaban pasar rasgos desdibujados del paisaje.

Los viajeros no pasaban de sesenta: siempre la mescolanza de ancianos, gentes maduras, jóvenes y niños. Dos rubias azafatas recorrían sin cesar el estrecho espacio entre los asientos.

Como no podía leer revistas y diarios en alemán que le ofrecieron y había olvidado traer consigo un libro, Lisuarte cerró los ojos. Dormiría, pensaría...

Si Ella estuviera a su lado, cuán distinto sería. Pero estaba solo, debía revertir sobre sí mismo. ¿Qué es, después de todo, la vida humana? Frágiles instantes, terrible soledad. "No debería alejarme de La Paz, de la familia y de la casa; allí estaba Ella o su influjo maravilloso". Más si no se hubiera alejado ¿habría podido soportar el cruel vacío de las habitaciones, el espantoso abandono, la tristeza de verse y sentirse uno en el reino que pertenecía a dos? "Los hijos aconsejaron bien: el viaje era necesario. ¿Pero qué era, el viaje, éste viaje teñido de nostalgias para él? Veía, caminaba, era transportado por tierra y por mar. Podía satisfacer cualquier antojo: no lo tenía; apenas, sí, un libro, un disco cuya llegada se veía aminorada porque no podría compartirlos. Observar, aprender; otras tierras, otros cielos, otras gentes; distraerse en el flujo incesante de las corrientes humanas; pasar de una emoción a otra, de un ser a otro ser ¿no es el designio del viaje que mueve al hombre y lo transporta a un tiempo dentro de sí? "Esa tercera visita al Santuario de Copacabana, las giras itálicas, los felices días en Lutecia… Me dieron tanto porque Ella los prestigiaba con su presencia y su espíritu vivaz". Ahora podía ver más, la comunicación con el contorno visitado se establecía directa, única; se comparaba con un profesor alemán en viaje de estudio y de placer, abierto al implacable análisis de todo lo entrevisto. Verdad. Pero el examen analítico, la penetración en el paisaje y en las gentes, la meditación posterior se gestaban en un clima helado, a veces indiferente, hostil a veces, desprovisto de ese toque amoroso por la vida y por las cosas que Ella despertaba en su alma... "Debo cortar este viaje. Llegando a Viena tomo el avión de regreso a La Paz. No conoceré la capital austríaca —¡tan largamente soñada!— ni el fabuloso Istambul, ni volveré a Roma donde fuimos tan felices". Los hijos ¿qué dirían? Tenía que librarlos del penoso espectáculo de su padecer en la casa vacía; y él mismo, Lisuarte, truncando el viaje cortaba la cura de mudanza y alejamiento que se había impuesto. Seguir, volver... ¿Qué sería mejor? O menos duro. Bien pensado, era igual continuar rodando por los caminos del mundo, flotar en las rutas informes del aire, o retornar al terruño: sin Ella la vida transcurriría siempre torva, desprovista de sentido. Seguiría velando por los hijos, por la familia, mas para él, dicha y alegría, nunca más, nunca más...

Sintió que la pena lo oprimía y llamó a la azafata con quien se entendió en francés:

—Por favor, señorita, deme una aspirina para el dolor de cabeza.

La rubia, atenta y diligente, volvió con el pequeño sobre.

—Sírvase, señor.

Se fue y volvió casi instantáneamente:

—¿Qué podemos hacer por usted; está enfermo, qué le sucede?

—-¡Oh no, no es nada! Un simple dolor de cabeza.

La azafata se retiró para atender a una señora que parecía desvanecerse.

Tragó la pastilla y se disponía a reanudar sus pensamientos, cuando un brusco viraje del avión hizo caer a varios pasajeros de sus asientos y un vendaval de protestas con gritos airados de terror resonaron por la cabina.

—¿Qué es eso, qué es eso?

—¿Nos caemos?

—¡Maldita sea! Pero tienen que manejar con tanto descuido.

—¡Jesús! Estamos perdidos.

—Calma, calma, no ha sido nada grave.

—¿Pero no ha visto usted que todo el pasaje anda por el suelo?

Hubo miedo y exageración. A poco una voz de la cabina de mando explicaba el incidente:

—Señores pasajeros, el capitán de la nave les pide mil disculpas. Un irresponsable guiando un avión pequeño se aproximó demasiado y nuestro piloto se vio obligado a efectuar el brusco viraje para evitar una colisión. Ahora todo va bien; no pasen cuidado.

El pasaje se tranquilizó instantáneamente; el haber escapado a un desastre contuvo aún a los más exaltados.

"¿Y si hubiéramos caído, qué? —se preguntaba Lisuarte—Habría ido a juntarme con María". Luego reaccionó como cristiano: "A nadie le importa mi desgracia. Es justo. Pero no lo sería que por salir de la oscuridad en que me debato arrastre a la muerte a sesenta personas". ¿Quién puede conocer los designios del Señor? ¿Ves El, efectivamente, quien maneja los hilos que mantienen o apagan las vidas? Un incidente mínimo, un pequeño cálculo equivocado y muchos son borrados del vibrante mundo en movimiento. ¿Por qué precisamente éstos y no otros? Largo existir para unos, breve para otros. Y la felicidad o la desgracia de unos interesa a muy pocos. El "ego", el universo ¿oposiciones trascendentales o palabras que el filósofo inventó para entender el enigma del vivir? El mundo: esa exterioridad centelleante. La conciencia: ese abismo que refracta las luces y las sombras. ¡Qué pequeños serían tu, María y vuestro amor, perdidos en la infinitud del cosmos vivo! No obstante, cuando Ella existía y el amor los ceñía de venturas, eran como los soberanos del más vasto y rico de los reinos. Verdad que la dicha de dos sólo a dos interesa; si se compusiera un libro narrando las delicias de una existencia conyugal, por movible y variada, por encantadora que fuese, sólo despertaría envidia o fastidio. Muy pocos lo leerían. Pero si escribiste el Diario de la Ausencia ¿por qué no contar, aunque sea en forma leve y fragmentada, algo de la misteriosa intimidad que te ligó a la Bien Amada? "Compondré esa historia; no importa que despierte el interés de pocos. Resucitando el pasado daré un sentido purificador a estos meses lacerantes de la primera soledad. Después, recuperado en el sondeo de lo sucedido, podré afrontar el futuro que se desplegará bajo el signo de su nombre y de su amor". (Una voz lejana, lejanísima musitó: "Padre: regresa al Ande. Ahí está tu empresa".) ¡Nayjama el hijo espiritual, tan amado como los otros, Diana, Carmen, Miguel, los hijos del sentimiento y de la carne!

El avión siguió avanzando en medio de la lluvia, se despejó la fina niebla y aterrizaba —cosa extraña— sin el menor sacudón al contacto con la tierra.

Como sucede casi en toda Europa, los aduaneros poseen ojo inquisitivo: no molestan al turista y sólo interrogan o examinan al sospechoso. Lisuarte pasó confundido en la caravana. Después de un extenso recorrido en taxi del aeropuerto a la ciudad, llegó al "Sacher", el hotel tradicional de Viena, recinto histórico, prestigiado porque en sus salones Beethoven dirigió la primera presentación del “Fidelio" y por hechos y retratos de famosas personalidades reales y políticas.

Viena: cuna de alta y refinada cultura, centro de saber y de placeres, esa aristocracia del ser, de la conducta, de la más aristada sensibilidad; ese soplo nuevo y viejo a un tiempo mismo, como hecho de mil esencias mágicas, que Napoleón fue a buscar para su Aguilucho por él plebeyo de origen. Viena, tan largamente soñada, donde lo germánico y lo galo se entrecruzan y trasfunden en una sutil combinación que es como el trasunto de Europa múltiple y diversa. Viena, la inimitable, la fascinadora ¿sería como la describieron escritores y artistas, después de dos catástrofes mundiales?

Esa misma noche se echó a rodar en las calles próximas al "Sacher". Era la hora de los teatros, de los conciertos, de los cines, de los cafés al aire libre. Había cesado la lluvia, la temperatura ligeramente fría convidaba a caminar y las calles acusaban intenso movimiento.

Tomó por la acera izquierda; avanzaría diez o doce cuadras y volvería por la acera derecha para no extraviarse. En el "Sacher" casi todo el personal hablaba francés, pero ignoraba si en la calle podría hacerse entender.

Viena, de noche, en la apariencia movible de la multitud desfilando frente a lujosas y elegantes vitrinas, se puede tomar por cualquiera metrópoli europea. La capital imperial, la sirena de escritores y soñadores, no se revela al primer contacto, Sorprendido y un tanto desilusionado, Lisuarte realizó su primer paseo vienés moviéndose tranquilo entre la muchedumbre. Tiendas, antigüedades, librerías, casas de música, modas, deportes, almacenes de vestir, y pequeños recintos alternando con las fastuosas vitrinas desfilaron ante sus ojos.

Viéndolo solo bellas jóvenes se le aproximaron deslizando discretamente palabras que no entendió.

Concluida la gira pidió el último café en la terraza exterior del hotel.

Se distrajo observando la concurrencia en las mesas de la terraza del "Sacher". En una de ellas, algo distante, había una dama de blanco. ¿Un movimiento casi imperceptible de cabeza, el esbozo de una sonrisa? ¡Bah! Imaginaba: la señora vestida de blanco probablemente andaba sumida, como él mismo, en sus propios pensamientos. Además ¿qué podía importarle esta desconocida? Sólo tenía la mente ocupada en recordar a la ausente; las bellezas eran únicamente formas fugitivas del paisaje. Dejó de mirarla, pero al retirarse, conforme se aproximaba a su mesa advirtió que la mujer vestida de blanco, hermosa, elegante, irradiaba un secreto atractivo: muchos serían los que viéndola detendrían el paso. Son tantas, tantísimas las mujeres bellas en Viena que una entre muchas era solo parte del espectáculo renovado de la gracia femenil. Cuando ya estaba casi frente a la mesa de la dama, se sintió avergonzado: estaba traicionando a María. Era la primera vez, desde que saliera de La Paz, que una mujer suscitaba su curiosidad. No quiso verla de frente, bajó la cabeza y pasó a su lado como ignorando su presencia.

Le pareció recoger el murmullo de una risa en sordina…Tal vez otra ilusión. Se alejó contento: no se había dejado vencer por la tentación de la bella; y la recompensa consistía en que fuerte y puro podía concentrarse en el amor de la esposa, vencedora en la vida y en la muerte de todas las mujeres.

La “Hofburg": una ciudadela dentro de la ciudad. El núcleo residencial de los Emperadores de Austria. Los" kaiseres" prusianos pudieron aventajarlos en fuerza y poderío de sus ejércitos, pero la corte austriaca fue primera en grandeza de estilo, en fausto y sentido del gusto, en ese innato señorío que distingue la arquitectura, el mobiliario, las formas refinadas del vivir real.

Un día no basta para conocer las excelencias del Palacio Imperial de imponente fachada y vastas dependencias. La Capilla y las tumbas reales no condicen por su sencillez con la grandeza del conjunto, pero la Biblioteca Real, de estilo barroco, de soberbia amplitud y movida decoración

—dicen que guarda 2.000.000 de volúmenes y muchos incunables— es verdaderamente digna de conocerse. Tanto saber almacenado en un recinto grandioso, paralizado, inaccesible a los lectores. No se veía un solo estudioso en el inmenso salón que la caravana de turistas recorría admirando más las magnificencias arquitectónicas que las maravillas bibliográficas. Al ingresar a los Departamentos Reales, Lisuarte recordó las visitas a los palacios italianos y franceses, diez años atrás. Entonces la voz querida y la mirada entusiasta le abrían acceso feliz a las cosas y las evocaciones de otros tiempos. ¡Y cómo sabía, Ella, descubrir el objeto excelente, el detalle sutil, los matices más finos del ver y el comprender! Ahora debía observarlo todo solo, sin poder compartir sus impresiones, despojado de ese exquisito tacto femenino que influyera en sus estudios de arte y en las horas de solaz de los viajes instructivos. Cómo le habrían gustado los tapices de la sala de Estéban, el fastuoso comedor, el mobiliario francés del departamento de Alejandro, el retrato de Francisco José II, todo realismo por Wasmuth, y el de la infortunada emperatriz Isabel, todo poesía, y dos pequeños grupos de porcelana casi perdidos en la magnificencia de las estancias reales.

Visitó el museo de esmaltes y porcelanas y otras dependencias de la "Hofburg ", admirando la vastedad y variedad del recinto imperial.

Cenó en el "Sacher". ¿Cuál sería la sala donde Beethoven dirigió la Novena Sinfonía; y aquella otra en la cual se estrenó el Fidelio? Beethoven, ídolo de su quehacer de artista, noble genio protector del amor conyugal florecido al conjuro de su música épica y ternísima a la vez…

Muy siglo XIX, altivo, señorial, el hotel famoso es un oasis de distinción en medio a la vulgaridad y sequedad de los albergues modernos. Antiguos tapices, muebles de época, retratos y autógrafos de personajes célebres, hasta el trato del personal, la buena comida y los vinos selectos dicen de un arte refinado de vivir que se va extinguiendo.

Después de la cena se fue al Teatro de Viena: daban La Viuda Alegre, esa linda opereta que todavía conmueve los corazones sencillos con su música ligera y sus deliciosos personajes de fábula. "La Belle Epoque", en un montaje espectacular que agolpaba todo lo visto en libros y revistas, lo narrado por padres y abuelos, lo imaginado por mentes juveniles. Los actores en caracterizaciones impecables, daban una sensación de realidad: así debió ser, así seguía siendo el mundo vienés de la ironía aristocrática, de la elegancia tradicional, del habla fina y mordaz, de las mujeres bellas y los hombres ingeniosos. Y el ambiente del "Chez Maxim's" parisien tan bien reproducido, que Lisuarte recordó los versos y las evocaciones de su padre acerca del famoso club nocturno. Sí: el "Sacher", la "Hofburg", los teatros, las catedrales y los museos, los grandes parques, el encuentro o la observación de señores y damas que conservan el tono elevado del antiguo señorío, mantienen la tradición, la distinción vienesas; pero en las calles, en el transcurrir cotidiano, en los agolpamientos de la multitud, en las manadas turísticas, predomina la animalidad moderna. Viena, entonces, como pierde su encanto y el peregrino cree estar en cualquiera metrópoli abigarrada y turbulenta. Porque hay la Viena del acontecer actual, toda ella urgida de prisas; y la Viena que fue, que sigue siendo para quienes captan las ondas escondidas de su interior mesura.

Un paseo en coche, a ritmo lento, por el centro de la ciudad vieja lo reconcilió con las urgencias de la urbe nueva. ¿Cambiar el taxi apresurado por la vieja "victoria" tardía, no era como retroceder cien años atrás? Así vivieron los abuelos, en parte también nuestros padres, lentos y tranquilos, ajenos al vértigo que impide conocer y disfrutar las bondades de un vivir apacible.

Avanzando por la Ringstrasse conoció el Parlamento, luego el Municipio. El fuerte calor y los no siempre agradables olores emanantes de la caravana turística, le impidieron disfrutar las sorpresas que brinda el gran edificio neoclásico de la Opera. En cambio, ya solo, se deleitó, detrás del óvalo del pasaje subterráneo, observando las dos amplias avenidas que flaquean los jardines a cuyo término se elevan las esbeltas torres góticas del Votivkirche.

Se fue muy temprano a visitar el Tesoro de los Habsburgos, mas no pudo evitar la mescolanza con los grupos de turistas. El calor, menos acentuado que el día anterior, permitió un examen más tranquilo de las fabulosas riquezas imperiales. No obstante la gira era interrumpida con frecuencia por las voces airadas de los guías del recinto que pretendían conducir como manadas borreguiles o escuadras militares a los visitantes, Lisuarte, sereno, se sometía como todos a las imposiciones despóticas del conductor-intérprete. Pero un italiano, acalorado —latino

debía ser— se alzó iracundo contra el rígido precepto: "¡Oué orden ni qué esperen! Cada uno mira lo que quiere y como puede", Algunos corearon al rebelde, pero la mayoría siguió sometida al tiránico conductor.

Por la tarde al Prater, el famosísimo bosque de la era imperial, escenario romántico de poetas y pintores, celebrado en libros y memorias de viajeros célebres. Norteamericanizado con un parque de diversiones, tipo Coney-Island en menor escala, abandonado en sus praderas y jardines, el Prater ha perdido su antiguo encanto. Extenso, con parajes que antes fueron cotos de caza, y avenidas umbrías que circulan por tupidos arbolares, sea porque tuvo que recorrerlo solo en parte, a pie, lo que es cansador, sea por su decaído estado de ánimo, el Prater desilusionó al boliviano.

Una hora después, caminando por una vía céntrica volvió a sentir el hechizo de la capital vienesa. París será más rico en variedad y grandeza, pero Viena posee una recogida intimidad que llega al soñador y al viajero ansioso de novedad.

Otra mañana, paseando por el Graben, esa extraña calle que se alonga como una galería cerrada por el airoso monumento a la Santísima Trinidad, las notas puras, tiernas, del "Septimino" detuvieron su marcha. La paloma del recuerdo batiendo sus alas blancas revoloteaba insistente. Revivió esa noche tranquila en el escritorio mientras la pequeña dormía. Escuchaban por primera vez la fina composición beethoveniana en silencio. Cuando concluyó, él había dicho: "Esta música parece haber sido hecha para expresar nuestra felicidad." María contestó: "Es nuestra felicidad que encanta esta música". Era en verdad así: sentían el mundo como manifestación de su interior y recíproca armonía. No sólo la juventud que todo lo absorbe en son de belleza y novedad, sino un sentimiento cálido de admiración que aumentaba la hermosura de las cosas, hacía interesante hasta lo feo, y ponía toques vivos en las aristas del instante: todo, entonces, era digno de ser vivido, aparecía revestido de un secreto encanto. Viajar o no viajar resultaba igual. Quietud o aventura daba lo mismo. Cada día un descubrimiento, cada noche, antes de entregarse al sueño, la esperanza-libélula en el aire. Una música, un cuadro, un paisaje, la lectura de un libro, un paseo por la ciudad, el conocimiento de nuevas gentes; todo significaba nacimiento y entrega; seres, objetos, sensaciones, fluían bajo un velo tenuísimo de intimidad, como si cada cosa o cada instante estuvieran ofreciendo el secreto de su hechizo. Ahora, en cambio, por atractivo que fuera el Graben, por fascinador que se irguiera el monumento a Mozart en la Burgarten, rodeado de árboles y flores, por impresionante que se avizorase el paisaje desde la colina de la Hohenstrasse, siempre faltaba algo imponderable, indefinible; y ese algo, ausente, empequeñecía las maravillas presentes a la sola evocación de los pasados goces tranquilos.

Viena parece haber sido construida para felicidad de los felices. Pero ya no estaba Ella para aclarar que es nuestro contento el que puede encender y dar nuevos fulgores a la comarca natal del extraño y exquisito Hugo von Hoff-mansthal.

Soledad, frialdad. Ambas sensaciones lo acosaron frente al magnífico Palacio de Eugenio de Saboya y las vastas explanadas de los jardines. En otro tiempo, el escenario lo habría fascinado. La arquitectura altanera rematada de estatuas, los estanques simétricos, las fuentes barrocas, largas hileras de árboles, los anchos terrados, los grandes espacios abiertos para regocijo del alma y los sentidos, poco decían al visitante. Era un día de sol pálido, adecuado para recorrer el parque. No muchas gentes. Podíase observar y disfrutar del paraje morosamente; pero Lisuarte se deslizaba entre tanto esplendor desasido del mundo y de sus cosas.

De pronto sintió que Viena y sus bellezas se desvanecían de su espíritu. La tristeza lo golpeaba con ala brusca.

Esa noche quiso cenar fuera del hotel. Fuése al azar, provisto de su guía para no extraviarse. Caminó hasta tropezar con una portada recubierta de yedra en los muros. Un peregrino tallado en piedra y el águila bicéfala de los Habsburgos calada en hierro, contrastaban con las ventanitas y los primorosos detalles del conjunto. ¿Sería un restorán? Desde el umbral de la puerta divisó las mesas y se tranquilizó: era el lugar adecuado para cenar esa noche. Se le antojó un sitio familiar, como si ya lo hubiese visitado otras veces. Tenía algo de acogedor, de hogareño. Eran solo dos habitaciones, de regular tamaño, rústicamente decoradas, pero arregladas con tal maestría que todo parecía concitarse para suscitar contento.

Lisuarte lanzó una mirada inspectiva: había algunas parejas, una familia, un hombre solo; y allá, en el fondo, una dama vestida de blanco. Dió unos pasos, buscando la mesa adecuada. Pasó a la segunda estancia y al reparar en una mesa del rincón la dama de blanco que la ocupaba hizo un gesto amistoso de invitación.

Lisuarte no pudo evitar un grito de sorpresa:

—¡Cómo! Eres tú…!

Enigmática, sonriente, la esposa añorada reaparecía joven y alegre como aquel día del baile mágico en la embajada. La Siempre-Novia traía al pequeño recinto el poder misterioso de su don de alegría. Sintió, Lisuarte, que cuerpo y alma querían precipitarse a una danza embriagadora de júbilos esclarecedores. Deseaba una orquesta de violines vibrantes en vez del tenue acordeón que entonaba melodías vienesas. Luego contempló con ardiente mirar a María cuyos ojos oscuros le devolvían el calor de la vida y el contentamiento de! amor que no tiene término.

—¿Eras tú, entonces, la del otro día; la señora de blanco que no me atreví a mirar largamente?

Ella esbozó una sonrisa:

—Era yo...

—¿Y por qué no lo dijiste? Los días que hemos perdido.

—Así debía ser. Si entonces no hubieras procedido como procediste, esta noche no estaría aquí.

El se enardeció:

—¡Mi esposa, mi eterno amor. Quisiera cogerte en mis brazos, besarte con pasión, y luego girar contigo en el vals que tanto amabas.

—Aquí nadie baila ni se besa —dijo ella maliciosa—. Viena no es París. Modérate.

Pero ya Leonardo cogía la mano querida y la besaba arrebatado.

Cuando María pudo desasirse, preguntó:

—¿Qué vamos a cenar?

—Lo que tú dispongas. Déjame solo pedir el vino; quiero que sea el más agradable que hayamos probado jamás.

Lisuarte contemplaba a su esposa arrobado. El traje blanco, ceñido a su esbelta figura, hacía resaltar el misterio de los ojos oscuros. ¡Qué maravilla! Era la novia de veinticinco años y al mismo tiempo la compañera madurada en una vida largamente compartida. Animosa, sagaz, pronta en esas furtivas ocurrencias no susceptibles de trascripción porque pertenecen solo al instante, al trance, al estado de ánimo, al espacio interior de quien las oye. ¿No era, por su sola presencia, Viena la ciudad más linda del planeta, y el pequeño restorán su sitio mejor, la cena insuperable, ella la mujer más hechicera, y él, su esposo, el hombre más feliz? El amor... ¿qué es el amor sino la eterna dicha? Y la mujer amada ¿por qué ella y solo ella tiene el don de transfigurar las cosas provocando el éxtasis en el amante? María estaba bellísima, como nunca; ¿pero es que lo perfecto puede excederse de sí mismo? Una profunda oración de reconocimiento al Señor surgía de su espíritu, por haber merecido el don de la mujer excepcional que con su compañía le entregaba las dos llaves sagradas del universo y de su alma. María: la nunca igualada compañera, la amante ideal, el amigo mejor. Ese espléndido ser que tenía la virtud de convertirse en centro y llama de vida, porque él, inquieto, siempre cambiante, ansioso de acción y de mudanza, sólo se aquietaba junto a la Bien Amada; y podía permanecer, como ahora, sumido en muda contemplación, mirando, adorando a la excelsa mientras tormentas solares se desataban en su cosmos interior. Era, ciertamente, un don de Dios, solo construída para el bien, para la vida

inteligente, para la entrega desinteresada a los suyos; y era, también, la Reina de las Hadas, porque todo cuanto caía bajo la varita mágica de su encanto renacía a una nueva vida que ella, únicamente, animaba con la suave materia de una ignorada poesía.

Turbada, por la adoración del esposo, María rompió el silencio:

—Despierta; la gente nos mira. Piensa que ya no somos jóvenes para suscitar con transportes de amor el interés ajeno.

—¿Qué gente, qué gentes? El mundo no existe, ellas tampoco. Solo tú y yo. ¿Acaso el tiempo transcurre? Poco importa lo que aparentemos para los que miran; lo esencial es que ambos detuvimos el tiempo. Yo sigo enamorado de nuestro amor que está naciendo todavía. ¡Mira! Es un botón en flor: ha de reventar cuando brindemos la segunda copa de este vino que habría envidiado Khayyam.

La esposa exigió que le hablara de sus libros, de sus planes futuros, de lo que haría al volver a la patria. El fue explícito: se consagraría a la familia y a las letras. El próximo libro sería una novela, "Memoria de dos viajes y una estrella". Ella preguntó curiosa: "¿Qué significa ese nombre?" Y él, entusiasta, respondía: "Será fa historia de este viaje, el que realizo solo y a un tiempo contigo; dentro de esa historia, otra, la del viaje de nuestra vida a través del matrimonio perfecto".

—¿Y la estrella?

—¿Quién podría ser sino tú?

VIII

Cómo crecen las vidas, cómo fluyen los años...

Habían vencido grandes y pequeños trances, penas y alegrías. Seis años en la casa de los padres de María, en su pequeño reducto de tres cuartos, cada día entendiéndose mejor. Después de la gran oscuridad de la desaparición de Diana, otra niña, Carmen vino a reemplazar a la ausente. Se parecía asombrosamente a la otra. Lisuarte no olvidaría jamás el extraño vaticinio de su nacimiento. Paseaba en los jardines de la clínica, esperando ansioso que se produjera el parto. De pronto una paloma blanquísima, surcó los aires, dio tres vueltas por un círculo imaginario y se perdió en el confín. Entonces supo que había nacido la niña.

Su quehacer se tornó múltiple y variable. El trabajo bancario, el periódico, se combinaron con actividades indirectas en política. Sus padres y sus hermanos, reintegrados al terruño, tenían, a su vez, problemas a los que no podía sustraerse: debía intervenir en ellos. Poseía un don particular para encontrar soluciones y la energía suficiente para llevarlas a cabo. Adecuaba su tiempo a tres necesidades para él esenciales: la familia, el trabajo cotidiano, su vocación de escritor; Combativo, polemista, se enzarzaba en controversias ruidosas que le acarreaban más disgustos que satisfacciones. ¿Pero no era misión del que escribe decir la verdad, señalar caminos, asumir responsabilidad por el medio en que habita? La voz cariñosa: "¿Por qué hacer de quijote? Las cosas no cambiarán solo por tu esfuerzo". Y él, compungido: "Lo único que me duele es intranquilizarte; pero debo hacerlo, debo hacerlo. ¿De qué valen juventud e inteligencia si no las ponemos al servicio de buenas causas?" En ese tiempo le nacieron alas a su inquietud de soñador "Creo que estoy destinado a descubrir, a interpretar, a elevar a gran obra de arte esta tierra y su habitante, la montaña, las cordilleras, este escenario fantástico que Dios nos ha dado". Y la esposa, comprensiva: "Eso me gusta mucho más que tus incursiones en política y en litigios literarios. Serás el cantor del Ande". Comenzaba a interesarse por la arqueología, los cronistas coloniales, el pasado precolombino. Escapaba a los cerros que circundan la hondonada y en largas meditaciones, observando el paisaje estupendo, recordando cosas leídas, enredando sueños e intuiciones se le antojó que debía existir una mitología andina, una gesta aimára, una titanomaquia de rocas, nevados y vacíos; ¿cómo llegar a ellas? Un camino largo y escabroso se abría ante sus ojos, los estupefactos, que todo lo miraban nuevo, lo mismo el pasado que el futuro y más, aún, el gozoso presente. Porque junto a la

esposa la vida, el pensamiento se transfiguraban en febriles anticipaciones. No vivían en la habitual habitación burguesa donde muchas veces los matrimonios mas se soportan que conviven; habitaban en dos cuartos reducidos de magnitud, para ellos inmensos, inabarcables, dos recintos poéticos en los cuales apenas ponían el pie y se oían sus voces todo cobraba resonancia mágica. Leer, estudiar, escribir, coser, oír música, jugar con la niña, conversar, moverse en los lindes del profundo entendimiento, dentro de los muros celosamente arreglados, ceñir cálidamente un espacio de consuelo e intimidad. Y el poeta ¿no tiene expresado que la intimidad requiere el corazón de un niño? Esas horas de quietud vibrante en el hogar, le bastaban para resarcirse de la pelea diaria con problemas y hombres. Pero la virtud conyugal no debe medirse únicamente por el hacer y el vencer del varón; más hondo, semiescondido, dulce y persistente, puro y sencillo porque se funda en el desinterés, está el quehacer doméstico de la buena esposa. María Montevelo era la conciencia activa de la casa. Ni el hombre ni el poeta reparan en esa tarea silenciosa, repetida, siempre igual que agotaría en su ritmo monótono a cualquier varón; la mujer, más fuerte y más abnegada, la ejerce con noble constancia. No se ha cantado, todavía, esa epopeya de los menesteres mujeriles. Por considerado que sea, el esposo encuentra natural que los pisos brillen bien encerados, los vidrios luzcan limpios, el polvo no se acumule en los muebles, que los objetos ocupen su lugar y su orden concertado; que la ropa no esté rota ni sucia, sino limpia y bien compuesta; que las comidas sean regulares y sabrosas; que la servidumbre haga lo suyo; que alguien vele por su salud, defienda su reposo, y haga felices sus horas íntimas. Exige, además, que la compañera esté dispuesta a ir donde él quiera, linda, elegante y contenta. Pide mucho, aunque pueda dar poco, porque el jefe de familia sudamericano, educado en la escuela antigua piensa que esposa y madre deben atenderlos solícitamente a él y a sus hijos. No repara cuando se cambia una sábana, si los manteles están limpios, si las flores encantan la casa, si el presupuesto doméstico está bien llevado, si los niños andan bien atendidos en higiene y en presencia. Mil detalles en apariencia baladíes, en conjunto hacen el equilibrio del hogar y exigen vigilancia permanente, tenaz energía, la fatiga cotidiana de la buena esposa ennoblecida por el deseo de ser útil y contribuir al contentamiento de los suyos, María los amaba en absoluta entrega de su tiempo y de sus fuerzas: no pedía nada para sí. El esposo, entonces, reaccionaba afligido: "No te encierres en la casa, no trabajes tanto. Salgamos a pasear, como cuando éramos novios, te llevaré al cine. ¿Por qué no hacemos un viaje a Copacabana? Quiero que descanses". Leonardo ignoraba lo otro, tal vez más pesado, cómo ella atendía y llevaba la casa de sus padres, lo minucioso de sus cuentas, el celo conque evitaba los gastos dispendiosos. Pero sí descubrió, a poco de casados, el espíritu generoso conque velaba por sus familiares y parientes, por la servidumbre y aún por extraños. Lo mismo en la renovación cotidiana de la limpieza que en la destreza conque sabía hacerse obedecer sin despotismo, ella era la conciencia, la llama ardiente, el centro de ternura y animación que movía la casa y sus habitantes. Se entregaba a las cosas que salían como más bellas de sus manos, sabía cuidarlas, y ropas, objetos, muebles todo aparecía siempre intacto, nuevo, si transcurría bajo el reino de su vigilancia. Requerida a salir, la esposa respondía dulcemente: "Ayer fuimos al bosque. Yo no estoy cansada. Pon el concierto de Vivaldi que anoche nos conmovió. Lee o escribe. Yo jugaré a tu lado con Carmen. Eres más dichoso aquí, con nosotras, tu música y tus libros; quieres salir porque piensas que eso me conviene. No, no: aquí estamos mejor". Lisuarte se rendía a la suave llama amorosa de la amada. Era verdad: después de los sinsabores en la oficina y en la calle, su hogar constituía el refugio anhelado, ese rincón íntimo y sagrado donde el hombre se sustrae a los rigores y acideces del mundo. Y en esa doble vida, de agitación y lucha en lo externo, de reposo, meditación serena, e imperturbado discurrir espiritual en el hogar, venció Lisuarte la primera etapa de su feliz existencia conyugal.

Frustrados o incomprensivos atribuyen a la mujer —esposa, amante, amiga— el fracaso del artista. Existen, también, los casos contrarios, cuando ellas se transforman en musa animadora, para el esforzado. Y éste era el caso de Leonardo mimado y corregido a la vez, porque ella poseía un sentido innato de lo bueno y de lo justo, un tacto exquisito para eludir lo inadecuado, el discernimiento del buen gusto; y así como por lo general acotaba con sagacidad los trabajos literarios del marido, lo estimulaba y aplaudía en su búsqueda de la perfección narrativa, no escatimaba críticas o reparos frente a conceptos que le parecían desmerecer del trozo analizado. María no era la intelectual, verbosa y erudita, tratando de competir con los hombres en la exhibición de conocimientos; era algo más sutil, difícil de definir, ese imponderable que brota de una inteligencia aguda, de la cultura

familiar, de esas finuras de intimidad que conceden la delicadeza femenina y el trato espiritual.

—¿Porqué no sales a divertirte con tus amigos?

Y él, bromeando:

—¡Hum! Tú eres feliz aquí y quieres echarme al infierno del mundo.

No hacía uso de la libertad que la esposa le concedía precisamente por eso: porque se sabía libre; y si alguna vez no pudo sustraerse al requerimiento de los amigos, regresaba como avergonzado de las horas perdidas lejos de la amada, a quien contaba todo lo hecho y conversado en charla que resultaba lo mejor de sus raras escapadas con amigos.

Nombres extraños resonaban en el refugio familiar. Esquilo y Sófocles, Heráclito y Séneca, Hornero, Píndaro, Virgilio, Horacio, con la carga centelleante de luces y relámpagos que cada cual suscita en los lectores jóvenes. Dostoiewski, Balzac, Dickens, Goethe calaban hondo en las horas tranquilas, a veces sacudidas por los textos de Spengler y Unamuno o las delicuescencias de Joyce y de Cocteau. Luego los biógrafos en boga: Zweig, Ludwig, Maurois, Lytton Strachey. Leonardo, con ardiente entusiasmo, descubría a los románticos alemanes, que serían ídolos sin defección Novalis, Hölderlin, Kleist. Del Lawrence de las "Siete Columnas' absorbía el ideal del joven-águila; del Lawrence de la "Serpiente Emplumada" envidiaba el arte de narrar. La esposa prefería los libros de historia, los ensayos de artes, biografías y hagiografías. Aceptaba los cuentos y los versos despojados de intención filosófica, lejos del rebuscamiento psicológico, de los jeroglíficos verbales de los modernos; y si el marido se sumergía apasionado en la poesía oceánica de Franz Tamayo, o en la lírica multicolor, primero romántica y luego polémica-sociológica de Pablo Neruda, para remontarse después a las fuentes misteriosas de Byron, de Keats, de Shelley, del Dante y de Leopardi, ella comentaba risueña: "¿Por qué perseguirla en otros? Poesía es todo lo que escribes, nuestra vida, nuestro amor, nuestros sueños…" Comenzaron a coleccionar libros de arte, con excelentes reproducciones en color de las obras inmortales de Miguel Ángel y Rafael, Ticiano, los Tintoretto, Memling y Van Eyck; pero de tantos pintores admirados, había tres que consumieron largas horas de análisis y meditación: Leonardo, El Greco, Watteau esos tres zafiros enigmáticos de la pintura occidental que entregan formas, colores, tonos y matices mas dejan siempre incógnitas finales al entendimiento y a la sensibilidad en una transubjetividad ideal que no agota el enigma de su hechizo, sino que lo acrecienta y multiplica, más inmenso cuanto más mirado. También la música poblaba el espacio de su dicha. Pasaron de las sonatas a la música de cámara, de ésta a las sinfonías y a los coros. Una estrella de cinco puntas guardaba el recinto de sus preferencias: Bach, Haendel, Vivaldi, Mozart, Beethoven. Cuando podían escapar al campo o a los parques el paisaje les devolvía las fulguraciones de la naturaleza. Carmen en el parquecito de Sopocachi, era el milagro redivivo de Diana. "Si tuviéramos siquiera un pedacito de jardín, un pequeño espacio nuestro al aire libre…" Ya llegará, ya llegará. A la más hermosa de las fiestas, la esposa prefería una caminata; felices, entonces, como niños vagaban por calles y avenidas sorprendiendo las actitudes de las gentes, los celajes del crepúsculo, o trenzados en dulce diálogo. Se acercaban con el fuerte y fino lazo de la mutua confidencia. Proyectos, proyectos… Otros hijos, la casa propia, un jardín, la curva ascendente del escritor, el viaje a Europa, acaso tomar parte en la contienda civil, renovar la tradición patricia de padres y abuelos, reservar un tiempo al aprendiz de humanista, y otro al ciudadano que debe servir a su comunidad. ¿Y tu: qué quieres? Yo solo quiero ser tu esposa, darte otros hijos, acompañarte en todo cuanto hagas", también estaban las penas, los contratiempos que tejen aún para los felices su red extensible de inquietudes; provenían no de ellos mismos, de su encantada intimidad, sino de sus respectivos familiares, de parientes, de amigos cuyos conflictos y problemas compartían. ¿Cómo podríamos ser insensibles a la desventura de quienes nos rodean? Y ellos, los más próximos a nosotros ¿por qué no pueden convivir en armonía? Si Leonardo vehemente, presuroso, pretendía arreglar las dificultades ajenas rápidamente, María, con paciencia, evitaba que se frustraran los buenos propósitos. Ella escondía lo malo, lo desagradable, se acrecentaba en las horas de prueba. "Eres una madrecita —decía el marido— para mí, para los de tu familia y hasta para los de la mía". Y la miraba asombrado, no comprendiendo

cómo esta esposa admirable consagrada al hogar y a los suyos podía ser, a un tiempo, la más bella y encantadora de las mujeres.

Descendiendo por la avenida Arce, de pronto él se apartaba, corría un trecho y se detenía a esperarla.

—¿Qué pasa?

—Quería admirarte, verte venir, ceñida por el misterio de tu hermosura.

La esposa, ruborizada:

—Deseas hacerme olvidar los años que te llevo. Tu bondad me hace feliz.

El marido vibrante de cariño:

—Te equivocas: mi amor y mi admiración son sinceros. No te cambiaría por mujer alguna. A veces, cuando me aparto como ahora y te veo acercarte se me ocurre pensar: "¿y sino fuera mía, si fuese una desconocida?" Me volvería loco, me iría tras de tí. Felizmente María es una sola, eres mía, y me sumerjo en el milagro de tu presencia como el más afortunado de los hombres.

—¿No seré yo la mujer más afortunada por tenerte de marido?

—Ya estamos cambiando cumplidos como colegiales.

Seguían caminando. Y Leonardo, insistente:

—¿Qué hice yo para merecerte? En el solo hecho de andar a tu lado veo la bondad de Dios. Estoy enamoradísimo. Quisiera revivir esos trances irreales cuando te confesé mi amor y aquella vez que te pedí fueras mi esposa; tus ojos empañados y tu voz trémula me hacían sentir el rey del mundo… Así como el árbol engrandece lo que le rodea, tú tienes la virtud de esparcir alegría a cuantos se te acercan.

—¡Oh, calla, calla! Yo solo soy una mujer que tuvo la suerte de encontrar su soñador...

Transcurrieron seis años de matrimonio en el estrecho y vasto refugio de la casa de la calle Indaburo. Bruscamente, con la velocidad del rayo que baja del cielo, cambió el horizonte familiar: un tío, minero de fortuna, llamó a Lisuarte a trabajar como gerente de sus negocios. Vaciló antes de aceptar. "Yo soy un escritor; ¿qué entiendo de minas, cambios y transacciones comerciales?" Pero la esposa lo animó. "Un hombre inteligente, activo, puede emprenderlo todo. Aprenderás".

Dejó el Banco, y otras actividades secundarias para concentrarse en la atención de los negocios de tío Alfonso, que era una ardilla para ganar dinero y muy exigente en cuanto a rendimiento de sus colaboradores. No fue fácil la transición del mundo ordenado del trabajo bancario, al plano abierto, inclinado de la actividad privada en el cual un gerente debe responder por sí del buen éxito de los negocios que se le confían. Contaba con la dirección y la experiencia de tío Alfonso, pero tuvo que aprender a calcular, a mentir, a sospechar el pensamiento de los competidores, esas pequeñas tretas del comerciante y los grandes sueños de los que desean acrecentar sus caudales. El quería inculcar al tío sus ideales de ayuda a la familia, aquello de la función social del dinero. El tío lo escuchaba complacido: "Está bien muchacho, está bien. Me agrada que tengas ideas generosas. Difúndelas, difúndelas". Mas no soltaba dinero ni parecía hacer mucho caso de ellas. Lisuarte intuía que utilizaba su prédica juvenil y su influencia de escritor para aumentar sus caudales. Aprendió con sudor y lágrimas la ciencia de los negocios. Don Alfonso le pagaba bien, le daba participación en las utilidades y en pocos meses tuvieron ahorros para pensar seriamente en la casa.

Llegó el tiempo venturoso de proyectar la casa propia, que después del noviazgo es la época más cautivante en la vida conyugal. ¡La casa propia, la casa propia! ¿Cómo podía lograrse tan tempranamente el ideal que parecía, remotísimo?

Escogieron un terreno amplio, en zona despoblada, lejos del centro citadino: "Esto es el fin del mundo" —protestó el tío Alfonso. Pero ellos buscaban vida tranquila, apartados del bullicio de la urbe y persistieron en su decisión, a manera de colonizadores que harían surgir un nuevo barrio urbano. Como la ciudad era pequeña, en pocos minutos de auto se cubría la distancia que la separaría de la residencia proyectada. Al norte, a corto trecho, se alzaba el parquecito de Sopocachi, refugio de solitarios y mariposas. No habían calles, alumbrado, pavimento ni servicios públicos. "No te preocupes: yo soy periodista y moveré a las autoridades para que urbanicen esta zona" —afirmaba Lisuarte. "Vas a duplicar tu esfuerzo —alegó la esposa— nuestra casa y el nuevo barrio a la vez". Eran jóvenes, animosos ¿qué podían significar los obstáculos? Claro que estaban rodeados de sembríos, diminutos pantanos y casitas de campesinos diseminadas irregularmente. En la época de lluvias los autos se enfangaban en la "plaza de barro", un vasto cuadrilátero con charcos de agua y pequeños montículos en el cual los chicuelos pateaban pelotas. Por el día podían verse las yuntas de bueyes sembrando la tierra, las indiecitas de polleras multicolores: en la noche caía del cielo un dulce silencio solo interrumpido por el croar de las ranas. Sopocachi terminaba, en ese tiempo, en el parquecito; y a sus pies, la residencia de los Lisuarte, con sus dos pisos y su torre española, sería un centinela vigilante y un osado explorador a la vez del nuevo mundo urbano que brotaría en la solitaria zona elegida.

No la seca arquitectura funcional ni el barroco colonial, sino algo entre neoclásico hispano y californiano. Una casa moderna, señorial, distinta de las otras y para complacerlos el arquitecto la proyectó rodeada de jardines, de gran movilidad en sus lienzos frontales, pues cada uno de sus cuatro lados se diferenciaba de los tres restantes. Piedra negra de Viacha en el portal y en el ángulo del estudio, una terraza para dominar el paisaje, un patio de azulejos con la fuente borboteante al centro, un gran muro circundando el recinto, todo él ceñido de pinos, florido el jardín, la torre cimera de muchas ventanas para abarcar distancia, y grama, mucha grama verde y tupida, que contrastaría con las tejas rojas y el blanco marfileño de los muros. "¿No te parece muy grande el programa? Necesitaremos muchos años y dinero para completarlo". Y él, sonriente, "Mejor: así estaremos siempre ocupados en realizar nuestros sueños". Estudiando los planos del arquitecto, al distribuir las habitaciones, Leonardo propuso:

—Elige todo tú; ésta será la casa de María. Aquí, en el segundo piso, escoge los mejores cuartos para nuestro dormitorio y tu "boudoir".

—¿Me dejas decidir? —interrogó ella maliciosa.

—Enteramente.

—Entonces me gustaría que en el primer piso se distribuyan todas las habitaciones; el segundo debe ser un gran estudio-escritorio para tus libros, tus discos, un refugio para que puedas concentrarte y escribir sin que nadie perturbe tu trabajo.

Lisuarte meditó unos instantes:

—Sería egoísta de mi parte aceptarlo. ¿Quieres coronarme rey en una casa que solo tendrá una soberana?

—En mi corazón y en nuestro hogar tú eres el primero, Leonardo…

Se rindió al deseo de la esposa. Y así fue cómo, uno entre miles, por generosidad y previsión de su compañera, Lisuarte se vio ubicado en el privilegiado emplazamiento del artista que posee su propio reino dentro de su hogar, aunque su hogar sea su reino, porque el ser de meditaciones requiere un retiro para sí. Y María imaginó con gusto exquisito cómo serían las estancias y reparticiones de la casa, extremando su celo en el arreglo del Estudio que a su juicio debía ser lo mejor.

Ella lo quería amo y señor; sagaz, discreta, no se hacía sentir en la organización de la nueva casa, pero en verdad lo manejaba todo con ese tacto sutilísimo de la mujer inteligente: mando sin mandos, un insinuar, un acceder, un sugerir, un conciliar dejando al señor de la casa la decisión final. Pero éste, buscando solo complacer a la elegida, adivinaba sus deseos, aceptaba el dictado de sus gustos, se dejaba guiar por el acierto de sus búsquedas. Y así resultaba que persiguiendo cada cual contentar al otro, arribaron al perfecto entendimiento de la andadura conyugal, fácil, dichosa cuando el amor la mueve; áspera y tormentosa si el afán egoísta divide a los dos que deberían constituir uno solo.

Pero si en lo íntimo todo marchaba maravillosamente, afuera se levantaban los vientos del mundo con furia hostil. Envidias y maldades en la redacción del periódico, percances en los negocios, por ayudar a parientes y amigos, incursiones obligadas en política. Un amigo desleal, otro que llega. Los viajeros gentilísimos que no dejan traza ni escriben. ¿No es el vivir un combatir? Lisuarte advertía que conforme se acrecentaba su nombre en las letras y se asentaba su reputación de hombre activo en el trabajo, le brotaban competidores malignos. "Yo no hice daño a nadie; ¿por qué me atacan o me niegan?" Y ella, persuasiva: "Es un medio pequeño, todo lo que resalta ofende. No les hagas caso". Era peleador por naturaleza. Tomaba parte en las causas justas, denunciaba errores, amaba quebrar lanzas por un amigo, polemizaba con vigor. Ponía el alma en cuanto hacía, y a la hora de los desenlaces quebradizos su decepción se agudizaba en razón directa al ímpetu del esfuerzo realizado. "¿No te basta ser buen padre de familia, esposo feliz, escritor dichosamente sumergido en lo suyo, cumplido en tu trabajo; por qué tienes que buscarte pleitos y cargas ajenos?" Y él, nervioso: "Todo eso, con ser mucho, no es suficiente. No respondería a la condición humana si no fuese capaz de arriesgar lo mío por acudir en auxilio de los demás". María admiraba el valor y el altruismo del marido, pero la atemorizaban su vehemencia y el ardor conque afrontaba los peligros.

Paralelamente a la lucha con el mundo, acontecía la aventura del espíritu. Por que si era difícil, laborioso, entenderse con las gentes, convivir entre amigos, ayudar a sortear los conflictos cotidianos entre familiares y parientes; tampoco transcurría sencillo —más ahora, sí, placentero— sumergirse en las aguas infinitamente varias de los grandes creadores que con sus magníficas composiciones ensanchan la vastedad del mundo, dilatan el misterio de su belleza viva, acrecientan la riqueza sensible de quien los frecuenta. Reanima un acercamiento a los libros de arte donde Bottichelli, Rubens o el Pinturicchio, en bellas láminas ostentan su dominio de la forma y su sentido del color; ascender las escalas melódicas de Scarlatti o de Tartini; desleír el enigma de los versos de Saadi o de Hafiz; extasiarse en la contemplación de las esculturas de Miguel Angel y en las figuras titánicas de la Sixtina; o las pinturas de Rafael; seguir las vidas rutilantes de Alejandro, César, Napoleón, Bolívar; meditar con el Cristo en los Evangelios; sondear en los indos, en los chinos y en los persas la otra dimensión del alma universal; escrutar las tragedias de Eurípides que aterran y elevan a un tiempo; se puede pasar del realismo pasmoso de Tolstoy al fino subjetivismo de Charles Morgan; sentir, pensar, revivir en la historia y en la biografía, en la crítica y en la geografía; realizar aproximaciones esporádicas a la ciencia y a la técnica; conocer lo mismo las plantas que los muebles; descubrir la belleza oculta de una alfombra, de un bronce, de una porcelana; hundirse en las sentencias heracliteanas y en los pensamientos ,de Lao-Tsé; oponer las razones de Schopenhauer a las adivinaciones de Plotino; interrogar a. los oráculos de Leonardo y de Goethe, que slempre entregan respuestas sabias a la inquietud humana; y pasar del océano ilímite de las universales existencias al mar interior de las propias figuras, siguiendo las huellas de Villamil de Rada, de Narciso Campero, de Franz Tamayo; y rastrear el tiempo mítico en el oscuro andar de Pacha, Wirakocha, Thunupa y Siripaka; mirar, mirar hondísimo en las cúspides nevadas hasta espiritualizar la cordillera—Illimani, Illampu, Mururata, Wayna Potosí, Sajama esconden verdades inmortales—; y en los grandes "Apus", señores del paisaje, o en los espíritus rectores de la mente, y en la vibración secreta de los magno s artistas, en la maternal naturaleza que todo lo contiene y en los seres que nos circundan, amigos o enemigos, indagar, siempre, las razones del ser, los móviles de la acción; dar a cada cosa, a cada incidente sucedido, el valor de su transitoriedad; sustentarse en la eternidad del amor y en el bien que florece por sí mismo.

Así los esposos, de esa doble vida compartida —ella más en la familia y en la casa, él más requerido por el mundo y por la calle— entre la intimidad del hogar y del trabajo y

los deliquios del arte y del saber, avanzaban sin saberlo a esa tercera esfera de las almas ígneas que se queman y renacen de su propia llama, incansables en el ejercicio del bien hacer y del mejor pensar. Eran imperfectos como todos los seres humanos; cometían errores, faltas, pasaban de la luz a la penumbra, dudaban, sufrían, se equivocaban; ¿mas porqué la historia de una dicha habría de incluir los vacíos y caídas de todo acaecer humano?

María andaba por los treinta y nueve, aparentando diez años menos. Jovencita alguna podía emular con ella en belleza, esbeltez y encanto. La tez fresca, la mirada vivacísima, el rostro siempre alegre era la imagen de la juventud; y juventud respiraba su cuerpo ágil, sano, hecho a la constante actividad y su espíritu despierto pero reposado que esparcía confianza en los demás.

En la casa era el hada bienhechora que todo lo sabe y lo puede. Cuando salían de paseo por las calles empinadas de La Paz, Lisuarte se enorgullecía de la esposa. Decir que la mujer amada es la más bella, la más distinguida, la más seductora de cuerpo, la más elegante, la más espiritual, la más buena, la más encantadora, la más abnegada… ¡basta! Esto cansa y hace reír cuando no enfurece a los que escuchan. ¿Por qué la mujer de uno iba a ser mejor que la mujer de otros? Mentira: son inventos de enamorado, imaginaciones, fantasías…Lisuarte nunca exaltaba a su esposa, sabedor del malestar que provocan las propias alabanzas; pero para su interior apreciación no podía desligar la palabra "más" que necesariamente debía preceder a la enumeración de las excelencias de María.

—Eres poeta —decía ella conmovida—. Imaginas lo que no existe.

—Casé con la Reina de las Hadas —replicaba Lisuarte— y la reina de las hadas excede a todas.

Sensata y desconfiada por naturaleza, María pensaba: "¿le durarán entusiasmo y admiración exagerada, o solo son manifestaciones de juventud?".

Pero el esposo la desconcertaba cuando abandonando el terreno de los mimos y las alabanzas, expresaba con profunda convicción:

—Creo que Dios ha señalado nuestro hogar. Es un sentimiento religioso el que nos liga y nos pone al servicio del Señor, de su doctrina de amor y de piedad. No nos basta amarnos entre ambos, sino que debemos irradiar nuestra felicidad y ayudar a que también la tengan los demás. Tú eres amiga y musa a la vez. Esta vocación familiar, esta dulce paz matrimonial, este destino de artista que cuidas con amoroso celo ¿no son designios que bajan de lo alto? Yo te fuí destinado, como tú a mí. Servimos una causa superior a nosotros mismos que a su vez nos ennoblece y religa bajo el signo del Cristo.

—No sé expresarlo como tú, mas lo siento igual. ¿Comprendes por qué insisto en que vayamos a misa los domingos y agradezcamos todas las noches al Señor por su bondad?

Se aproximaban a los diez años de matrimonio y su entendimiento era perfecto.

Vencidos dieciocho meses de constante trabajo y vigilancia, habitaron la flamante residencia.

No estaba terminada del todo, el olor a pintura invadía la casa, de jardín no se podía hablar, faltaban detalles decorativos y los cuartos de la servidumbre. Carecían de los muebles necesarios, faltaban alfombras, lámparas y cortinas; pero así, semivacía, inconclusa, la casa propia era, lógicamente, la más bella del mundo.

María, Leonardo y la pequeña Carmen jamás olvidarían el almuerzo inaugural sobre una mesa improvisada en el hall.

Vagaron como en sueños durante el día por la nueva morada planeando cómo la arreglarían. Y en la tarde al entrar al hermoso estudio-escritorio que sólo contenía libros y

pocos muebles, Lisuarte bautizó la nueva residencia con los acordes de una Fantasía de Mozart. El, en impetuosos desvaríos, quería adquirirlo todo aunque significara aumentar las deudas. Deseaba su casa terminada y bien dispuesta. La esposa, con tranquila firmeza frenaba su impaciencia: "¿Para qué todo de golpe? Mejor la terminamos y la vamos arreglando con calma. Cada cosa terminada, cada nueva adquisición serán motivo de nuevo regocijo, Vamos despacio".

La organización de la casa los mantuvo intensamente ocupados largos meses, En el arco de piedra de la entrada se leía "Diana".

16

Si los jardines y el palacio de Belvedere imponen por su magnificencia ¿qué se puede decir de Schoenbrunn?

Es toda la grandeza imperial aunada al refinamiento vienés. La morada de los Césares austriacos: envidia de arquitectos y urbanistas.

Franqueado el Palacio Real, el parque de Schoenbrunn se extiende en dilatada perspectiva de jardines y fuentes, rodeado por vastos cuadrángulos arbolados, hasta remontar en un calvero que cierra el horizonte. En la cima, el Templete de la Gloria con su gracioso porticado que corona el águila imperial, contrapuntea con la horizontal arquitectura del palacio.

La mañana calurosa —seguramente arriba de los 30°— imponía blusas ligeras en las mujeres y camisas de manga corta en los hombres. Lisuarte avanzaba saco en brazo, pañuelo en mano, soportando el bochorno del día con paciencia.

Esto era Schoenbrunn, largamente soñado, que ansiara conocer con María. Llegaba solo y no estaba triste—cosa curiosa— no obstante su soledad. Desde que se vió frente al vastísimo recinto, una extraña, una suave serenidad había disipado las nieblas de la melancolía. Era como si Ella estuviese a su lado, aunque no la veía ni escuchaba sus palabras. No sentía el dulce peso de su brazo en el suyo. Los ojos misteriosamente bellos no devolvían la hermosura del mundo. Pero una presencia impalpable lo acompañaba mientras recorría el parque. Schoenbrunn es el sueño que invita a soñar. Los muros de pinos como ejércitos alineados, custodian celosamente la magna vastedad de los jardines. Los dibujos cromáticos de las flores con predominio de escarlata, gris, bermellón y solferino, encienden de pasión los amplios tapices verdes de la grama. Las fuentes despiden sus chorros verticales en los estanques tranquilos.

Era difícil avanzar por las anchas avenidas. El calor arrojaba a las gentes por los senderos laterales abiertos en la arboleda. Los más atrevidos avanzaban protegidos por la sombra incipiente no siempre continua de los árboles.

Afrontando el rigor canicular Lisuarte caminaba lentamente absorbiendo la grandeza y majestad del parque.

La muchedumbre, dispersa en pequeños grupos y en figurillas aisladas se perdía en la inmensidad del parque. ¡Oué ínfima aparecía la hormiga humana en el vastísimo recinto, y sin embargo era ella, multiplicada en los años y en las generaciones, la constructora del grandioso conjunto…

El boliviano miraba con afecto las parejas de jóvenes y maduros paseantes. Un hijo, solícito, ayudaba a caminar a su madre semi-inválida. Un grupo de francesitas pasó entonando aires galos. Un señor de boina roja —¿alemán, español?— y mirada dura se detuvo y de pronto observando los mazos de flores rojas se le suavizó el mirar: había cambiado el malhumor en bienestar. Otra pareja de cincuentones, nevando ya las cabezas, pero frescos, ágiles, denotando salud y contento, paró junto a él; hablaban en lengua extraña, reían, cambiaban impresiones, Schoenbrunn danzaba en sus ojos que cambiaban furtivas y enternecidas miradas. "Así debíamos estar María y yo…"

Había algo de enigmático, de indecible, de prodigiosamente benéfico en los espacios mágicos del parque vienés, que en marcaban como frisos movibles árboles, fuentes, jardines y las alfombras nítidas del césped deslumbrante. Conforme se avanzaba por el amplísimo paraje, el alma se abría en dilatadas sensaciones: todo se perfilaba nuevo y mejor, dentro de una inmensa calma que caía de la naturaleza al espíritu y al expandirlo en ondas de sosiego lo devolvía, luego, en traviesos giros visuales hacia los accidentes del paisaje como queriendo penetrar el secreto de su belleza y su armonía.

Obligado por el calor y el deseo de absorber calmadamente las cosas, Lisuarte se detenía con frecuencia. Las arboledas eran gigantes amigos; las fuentes, ninfas sutiles; el espacio entre los muros vegetales, un país ancho y fraternal; alfombras orientales los jardines de rigurosa geometría. Y al fondo y en lo alto, remontando la línea irregular de los pinos y ascendiendo una rampa vastísima de uniforme e ininterrumpido hierbaje verdilustroso, mientras los macizos arbóreos le abrían campo para que resaltara mejor en el ancho horizonte, el templete de la Victoria dominaba soberbia la escena dejando que el cielo azul se filtrara por las esbeltas columnas de su frontis porticado.

La violencia del sol lo indujo a buscar refugio en una de las vías laterales bajo la fronda de los pinos. Una sensación de frescura bañó su cuerpo. Tropezaba con parejas enamoradas. Seguía subiendo aliviado del ardor que lo asediaba al aire libre. Al voltear un recodo dos jóvenes se besaban castamente. No sintió pena ni envidia como otras veces: la que lo acompañaba sin acompañarlo velaba por él. Casi, casi era dichoso porque en la hermosura de la mañana y la maravilla del paisaje la rosa del recuerdo se abría, purísima, dando nuevo sentido al paseo prodigioso. “Entonces no estoy sólo; nunca lo estaré. Ella me habita, la llevo en mí. Comunicamos sin vernos, sin tocarnos, sin diálogo terrestre. Ella vive conmigo".

Siguió subiendo por el sendero umbroso, ahora solo, y le pareció —porque en verdad no sonaron las palabras— que la voz amada le sugería dulcemente:

—Has tardado en comprenderlo. No sabes cómo me alegra.

Salió de la fronda y bajo un sol ardiente alcanzó el Templete de la Victoria. Subió a la terraza superior avizorando la suprema belleza del grandioso escenario.

Schoenbrunn es un sueño de amor materializado por el enlace armonioso —rara vez convertido en feliz hallazgo— de la arquitectura y el urbanismo. Y para quienes aman la vida y el paisaje amándose entre sí mismos, el famoso parque vienés deviene morada de encantamiento y sugestiones. No se parece a ninguno. Puede exceder o no a otros parajes bellísimos; no importa: es solamente Schoenbrunn, algo que solo evoca la gracia perfectísima de la música de Mozart y la grandeza catedralicia de los vastos espacios acústicos de sus composiciones corales y religiosas.

Recordó el verso del poeta inglés: "Mi alma cantaba como un pájaro a la aurora". ¿No era Schoenbrunn un despertar que daba alas y canto a los hombres? En un instante que fue un mundo sintió que unas alas misteriosas lo cernían sobre la residencia regia, avizoró el conjunto circundado por el espeso arbolar, la gran masa horizontal del Palacio Real, los ocho tapices floridos de la vasta explanada, la rampa verde con caminos zigzagueantes, las fuentes, los pinos erguidos, el amplio estanque de aguas azules, luego el promontorio del pórtico de la Victoria, y detrás suya otra vez la sucesión de pinos, grama, yagua. Mansión ideal que vista de lo alto aparecía como un paisaje irreal trabajado por la naturaleza y por el hombre en simbiosis prodigiosa. El estaba ahí, arriba, no sabía cómo, planeando como un pájaro sobre el parque y un canto interno le bullía en la garganta sin salir al aire puro. "Mi alma es azul —pensó Lisuarte— y un ruiseñor la expresa pero no se evidencia".

Había quedado solo: eran las dos de la tarde.

Se detuvo, todavía, en el estanque de los lotos. Se despidió de la Glorieta contemplando el gracioso nadar de los patitos. Solitario en el paseo silencioso, sintióse dueño y señor del soberbio recinto. Y antes de abandonarlo las últimas miradas le dieron la clave del poder humano cuando

los hombres trabajan en paz, en armonía, movidos por impulsos creativos hacia la grandeza y la belleza.

Por la tarde escribió el "Diario de la Ausencia". No quiso acudir a los teatros, porque deseaba conservar intacta la venturosa impresión de Schoenbrunn, para él más que residencia regia, morada de grandes soñadores, de los que sueñan con el ideal y lo ven realizado.

En rudo contraste el día siguiente transcurrió frío y ventoso, sin sol. Viena, grisácea, aparecía deprimida.

Subió al Mirador de Leopoldo desde el cual se suele admirar la capital en toda su extensión, pero el frío agresivo y un viento tenaz malograron la visita.

Un día más y el tiempo mejoró. Halló atractivo el parque del Castillo, dio largos rodeos por los bosques de Viena. Por la noche, en el Raymond Teatro, vio "Una Noche en Venecia", linda opereta de Strauss lujosamente montada. Buenos cantantes, coros ajustados, e intervenciones aladas del ballet vienés.

En el Museo Albertina conoció una espléndida colección de grabados: Durero, Schongahuer, Rembrandt, Cranach, Rubens, Cuyp y tantos más. Por analogía, evocó a Víctor Delhez, el grabador del misterio, estupendo creador de tallas en madera sobre los Evangelios, Baudelaire, Dostoiewski, la Danza Macabra, el Apocalipsis de San Juan. Ciertamente, el gran flamenco, genial y prolífico, puede medirse en ciencia de la composición y en fantasía creadora con los mayores maestros del género.

En la disposición interna, fuertemente influida por la arquitectura del Renacimiento y del Barroco italianos, el Palacio que alberga el Museo Histórico solo tiene par en el Teatro de la Opera: es un magnífico edificio de gran movilidad de líneas. Su riquísima pinacoteca guarda tesoros de Rembrandt, Tintoretto, Velásquez, los dos Brueghel, Rubens, Tiziano, Patinir, Memling, Cuyp; y dos pequeños pero efusivos paisajes de Paul Brill.

En el Gabinete de Medallas, una guía locuaz informaba a los turistas:

—Aquí tienen ustedes: de Sudamérica solo hay monedas argentinas y brasileras, los dos grandes países de ese continente. Los demás —añadió burlona— no pueden exportar ni viejas monedas.

Lisuarte se inclinó sobre la vitrina buscando afanosamente cómo contradecir a la desdeñosa.

Tuvo suerte. Dirigiéndose a la guía que instruía a un grupo de visitantes argentinos, interrumpió:

—¿Me permite, señorita?

—Si señor —dijo la mujer creyendo que Lisuarte pertenecía a su comitiva.

—No es evidente que sólo existen monedas de Brasil y de Argentina. Aquí (señalando con el índice) encuentro dos venezolanas y cuatro de Bolivia. Véalas.

La guía, molesta, respondió airada:

—¿Y qué más da? Brasil o Bolivia es lo mismo...

—De ninguna manera —dijo Lisuarte— Bolivia es una nación y Brasil otra; difieren en muchas cosas. Y ambas exportan no solamente monedas viejas sino productos y objetos que ignoran en Europa.

—Señor —replicó la guía arrojándole una mirada furiosa—: mis visitantes no han venido a recibir lecciones, sino a conocer los tesoros de Viena.

—Es indudable. Pero será mejor informarse antes de instruir a los que pasan.

Se oyeron risas aisladas y la instructora se llevó su tropel de víctimas dóciles.

Nuevamente al Teatro de Viena: escuchó una selección de solos, dúos y coros, operetas, un japonesito, primer violín de la orquesta, tocaba con tal brío y entusiasmo el instrumento que parecía entregar el alma en cada movimiento de su nervioso y vibrante cuerpo.

Esa noche vio lo que ya creía desaparecido: la soprano Marion Brinner, alta, esbelta, de figura y porte aristocráticos, muy elegante, muy refinada, muy femenina, encaro nación de la mujer de raza, una vienesa deslumbradora. Pero conforme la observaba, advirtió las diabluras del artificio en la bella mujer, la fingida picardía del mirar, esa femineidad excesiva que no se cansa de gustar. En las tablas, francamente admirable (y además cantaba bien). Más fuera de ellas ¿sería fina y soportable?

Todo andaba bien; o parecía andar bien. Días felices, semifelices en Viena, presintiendo el regreso de María.

La Catedral de San Esteban, del gótico radiante, es otro portento de Viena. Ahí está para demostrar que los hombres cuando quieren, pueden o Dios lo permite alcanzan a construir arquitecturas impecables. Desde afuera y desde abajo: la presencia imponente, nunca del todo descifrable, del macizo catedralicio señor del mundo. Arriba, vertiginosa y audaz la torre pinacular que tienta al curioso. Ascendiendo entre turistas vocingleros que comentaban a grandes voces cuanto veían, Lisuarte pensaba con nostalgia en la antigua fe de los romeros que acudían no por curiosidad ni para descubrir bellezas, sino por el piadoso fervor del creyente verdadero. El interior vasto y suntuoso, de finas nervaturas y altísimas ojivas. Vitrales, altares, bóvedas, esculturas, púlpitos todo trabajado con esa ciencia ya casi perdida del antiguo artesano. San Esteban asombra y tranquiliza. La Casa de Dios se ofrenda serena, grandiosa para regocijo del hombre.

Esa mañana salió contento del Sacher buscando el retiro de un parque. Caminó largo rato y luego decidió reposar frente al monumento a Mozart. La figura del genio esbelta en delicado escorzo, parecía desprenderse del plinto de mármol que la sostiene. La gracia fugitiva del rococó en límpida albura contrastaba con el verde diamantino de la fronda. Era una escultura distinguida en medio de un paraje idílico.

¿Cómo sobrevino el brusco cambio? Nunca pudo explicárselo. Estaba de buen ánimo, disfrutaba del excelente día en el hermoso parque, y sorpresivamente sucedió que, el sol huido se despintaban las cosas, un escalofrío le recorrió el cuerpo, el Mozart marmóreo, bello y armonioso, escarnecía la vida desdichada del hombre de Salzburgo.

¿Fuente imperecedera de gracia, de belleza, de dignidad en el dolor y en el recuerdo, ese que pasó fugaz mecido por las olas del infortunio? ¿Y para quienes compuso música Mozart, si la grande mayoría de la humanidad no alcanza las creaciones del genio? Porque las minorías sutiles que captan los beneficios de la cultura no llegan al uno por mil de la población terrestre; y las artes, las letras, los tesoros espirituales como vedados quedan para las masas desamparadas que sólo conocen hambre, ignorancia, sufrimiento, confinados en la necesidad cotidiana y en la imposibilidad de abrirse camino al saber y al regocijo de los sentidos.

Mozart, entonces, no es la verdad del mundo sino únicamente el deliquio de algunos afortunados.

Y aunque el sol volvió a lucir y el paisaje entero respiraba bondad y quietud, Lisuarte se veía inmerso en una niebla gris que ensombrecía sus pensamientos.

Antojósele pensar, en esa ocasión, que de todos los filósofos el más próximo a la verdad es Descartes, el de la duda absoluta, el que no deja resquicio al misterio ni a la poesía. Por el método analítico-geométrico se llega a la plenitud del racionalismo y racionalismo es, ante todo, la

certidumbre de lo frágil y cambiante del saber humano. Los seres y las cosas son inseguros; sólo existe el "yo". Pero si el "yo" desaparece, en su doble realidad de cuerpo y alma, la nada sucede al existir. Y aunque Descartes quiso creer en Dios y en el alma, sostuvo también que la nada no puede producir ninguna cosa. La nada... ¿quién puede insumirse en el abismo del concepto sin un estremecimiento inicial? Este monumento a Mozart que miro y admiro, si yo me ausento y no hay nadie que lo contemple, es como si no existiera; en realidad: no existe ya, hasta que otro yo, otros "yoes" vuelvan a darle vida y movimiento con su contemplación pensante. Tocante a los seres vivos, o a los que vivieron. ¿Por qué esas ficciones piadosas, esas terribles ilusiones, esa desesperada esperanza de volverlos a encontrar después de su partida? Sólo una vida existe: la terrena. La persona no se da dos veces. Transcurre el lapso que le fue asignado y perece. "Nunca más, nunca más... ¿Y esos reencuentros, esas visitas fugitivas de María? No pueden ser imaginaciones, delirios de la mente, ni retrocesos del sentimiento al tiempo que se fué, porque la ví, la toqué, la sentí, hablé con ella, no en los parajes nostalgiosos del pasado, sino en lugares y ciudades de esta Europa que recorro. ¿Y por qué no la ven y sienten otras personas, por qué solamente yo? Claro: el alucinado vive, piensa, siente solitario. En realidad habito en dos mundos que confunden sus líneas esenciales: pensar dentro de la duda cartesiana, recordar en el delirio del poeta y del angustiado. ¿Pero estoy loco o a punto de estarlo? La idea de la eternidad me abruma, sea benéfica o negativa. Cuanto más pienso en Dios y en Satán llego a creer que Satán ni Dios existen: son sólo representaciones, símbolos del alma, que el hombre configura para escapar al miedo del más allá, a la extinción final. Y el espíritu es solo una proyección del corporal existir; caduco éste, se aniquila aquel. "La muerte no existe"... ¡qué idea tan hermosa para mentes infantiles! Muerte es disolución, último acabar, lo que no puede volver a ser, lo absolutamente prohibido de comunicarse con lo vivo, en suma: la nada. Religión, poesía moral, encantamientos del ser y del pensar son únicamente subterfugios de la cobardía humana para sustraerse al aniquilamiento irremediable. ¿Por qué te quejas? Todo, todos se desvanecen en el gran vacío. Si tuviste años, horas de felicidad date por bien servido: muchos carecieron de ella y abandonaron el mundo sin conocerla. Detrás del gran telón invisible que te aguarda, nada encontrarás. El ser Leonardo se evaporará en el aire como el ser María: nada, nadie... ¿Por qué aferrarse a regresos imposibles, por qué rebelarse contra lo ineluctable, por qué añorar el bien perdido? Aprovecha mejor el tiempo que te quede, no pienses, no te lamentes, que la nostalgia abandone tu mente".

Había abandonado el parque, caminaba por calles y plazas, tan abstraído en sus pensamientos que casi no reparaba en el exterior movimiento.

Creyóse tocado por una de esas iluminaciones que suelen descender a los atormentados del espíritu: si, la verdad es que no existe la verdad, ni el hombre perdura, solamente pasa para no repetirse jamás en la unidad individual. Un gran amor es un cometa en fuga al vacío. La fe y el entusiasmo, breves como la vida, tienen trayectoria señalada. Es locura soñar con apoyos espirituales o realidades ultraterrenas: no los hay. Poetas y creyentes sueñan: su despertar será más duro. El más sagaz de los poetas, el solitario de Nishappur, creía solo en el vino, en las muchachas, en el vivir fugaz y declinante. Deja de pensar en apariencias. Ni duendes ni fantasmas habitan aquí; ni allá. Ordena tus ideas, analiza con rigor tus transiciones del dolor a la alegría, de la esperanza a la angustia, examina serenamente tus arrebatos y tus delirios: viajas solo, sin poder comunicar con nadie, es natural que hayas hecho de tu pensamiento vida, y de tu vida un solo y torturado pensamiento. Baja de las nubes, pisa el firme suelo de la realidad. Eres solo un esposo golpeada por el destino adverso: te fue arrebatada tu compañera y no puedes soportar el impacto persistente de la desgracia. Sufre, sufre; estaba escrito, así debía ser. Pero por más que hagas, sueñes, pienses o te muevas, nada cambiará. Suspende este viaje absurdo que nada remediará; vuelve a tu medio y a tus gentes, no te encierres en tí mismo. Ya sabes que no hay Dios, vida eterna, alma ni ultramundos. Nada existe, todo pasa, ser alguno se repite ni regresa porque la extinción es ley fatal de la naturaleza. Ahora eres fuerte, no desvalido, porque sabes que solamente cuentas con tu pequeña individualidad y con los años que te quedan. Sé digno de ellos, camina, muévete, entrégate a la acción, huye de las meditaciones fantasmales. ¡Vive, piensa menos, deja en paz los recuerdos! Que el obrar y el emprender nuevas empresas sean tu norte; también para ellas llegará la caducidad, pero entretanto vive por ellas, infúndeles tu espíritu. Te devolverán contentamiento. Y a la nada dile: "no importa, tu ganarás la batalla postrera, pero mientras yo aliente prescindo de tí".

Solo, en el centro del mundo. ¿No es la situación real, estrictamente definida de cada individuo? Para el placer, en el dolor nada es compartible ni comunicable: toda experiencia perece

en sí. "Mi amor, mi pena, mi sentir, mi imaginar nacen y mueren en mi pensamiento. Nada dura, nada persiste. Basta de imaginaciones, de esperanzas fútiles". Suspenderla el viaje a Turquía, regresaría a La Paz y olvidado de sí y de su soledad tomaría parte en carreras de automóviles, volvería a la política, esta vez con violencia y sin piedad, exploraría el Beni embrujado, formaría empresas industriales, haría mil cosas o mil locuras. ¡Actuar, actuar, cualquier que fuese el resultado! y no pensar, y no sentir y no sufrir, porque el hombre de acción no tiene tiempo para afligirse ni para recordar. Ella no existe. Yo, semidestruido, debo recomponerme para reemprender mi vida de luchador. Al soñador lo relegaremos al olvido. No más libros ni sueños subjetivos. ¡Obrar, obrar! La vida es corta y una sola. Nos aguarda el vacío…

Anochecía. Llegó a una esquina y al fondo de la calle, cerca, divisó una iglesia iluminada con proyectores. Tenía de templo y monumento a la vez con su frontis de templo griego entre dos columnas romanas. Más allá la cúpula renacentista. Y el conjunto surgiendo entre árboles y hierba, como un milagro de simbiosis natural y artificial en el hervor de Viena.

“No me dejaré ganar por la belleza ni por el sentimiento religioso, ficciones para cobardes y desesperados, que no se atreven a afrontar la realidad" —se dijo Lisuarte.

Pero siguió avanzando, decidido a no entrar a la iglesia. Desde la acera opuesta observó largamente el templo de San Carlos Borromeo, resistiéndose al influjo de su extraña hermosura. No: era una iglesia como hay miles. Toda arquitectura atrae si está bien concebida. El templo sugiere ideas de paz, de recogimiento. ¿Qué más? La iglesia es el refugio de los débiles, de los ilusionados, un edificio como otro cualquier.

La calle vacía y silenciosa dejaba al solitario frente al templo con su cruz luminosa en la cúpula y sus estatuas de mármol.

Leonardo, terco en la idea brotada junto al monumento a Mozart, persistía en querer ver la iglesia como una simple edificación humana. Miraba y pensaba en ateos y blasfemos. Si Ella no existe, si no volveremos a encontrarnos, si mi dolor y mi soledad nada pueden contra lo irremediable ¿para qué iglesias y oraciones? Este es un templo feo o ridículamente bello: ¿para qué sirve al afligido? Pero cuanto más miraba el templo feo se iba revistiendo de un suave encanto. Las columnas del peristilo bajo el tímpano central resonaban con música secreta. La cúpula en su misteriosa amplitud poblaba la noche de una inmensa esperanza. Como se movían, imperceptiblemente, las estatuas. Las altas columnas esculpidas fingían dos ángeles en reposo. Y de pronto el templo todo se transformaba en una augusta morada de majestad y de alegría. No era Viena, ni La Paz, ni el centro de amargura que envolvía a Lisuarte, sino algo indefinible, intemporal, que paralizaba las acideces del pensar y acicateaba los deliquios del sentir. ¿Era un templo, o una estrella caída del fondo de la Noche?

Instintivamente se persignó. Había dudado, había pecado… Se arrodilló en el duro pavimento. Oró. Pidió ser perdonado. Se disolvían la duda y las negaciones.

Cuando se levantó salían algunas personas de la iglesia, que por el solo poder de su presencia había disipado toda duda y quebranto en su alma enferma.

La última figura en salir, cuando las puertas del templo se cerraban ya, avanzó hacia el lugar donde se encontraba el boliviano. Erguida y fina, vestida de negro, pasó silenciosa a su lado. Lisuarte la reconoció instantáneamente:

—¡María! —gritó asustado—. Dónde vas?

Ella se detuvo. Tenía los ojos llorosos y una honda tristeza le velaba el rostro.

La tomó del brazo, la atrajo a sí, y angustiado inquirió:

—¿Qué sucede, por qué te afliges?

Ella lo miraba acongojada, los bellos ojos cargados de reproches.

Lisuarte, confundido, se avergonzaba, porque sabía la respuesta. Sentía el contacto tibio de su piel en las manos, la fragancia de su cuerpo. ¿No la amaba más cuando la veía apenada? y era ella, real, tan evidente como en los días mejores. Su silencio le dolía más que una censura. Quiso tomarla de la barbilla y ella se retiró. Aún rodaban lágrimas por sus mejillas cuando él comprendió:

—Ven —dijo el esposo conduciéndola a sí—. Iremos juntos y pediré perdón al Señor.

Entraron a la iglesia. Oraron juntos. María serenada por la actitud del esposo; él, arrepentido, imploró la comprensión divina por segunda vez.

Abandonaron San Carlos Borromeo, y reconciliados avanzaron en la noche vienesa olvidados de todo lo que no fuera su amor.

—Estuviste a punto de malograrlo todo —expresó la esposa— ¿Por qué dudar si te había prometido volver?

—No sé, no sé qué me pasó… —respondió Lisuarte—. De pronto el hombre incrédulo, el ateo, el ciego materialista me brotaron de adentro y aplastaron al soñador, a tu soñador... No sé en qué mundo habitas ni cómo transcurres. Buena y dignísima como fuiste en la tierra, Dios te debe haber concedido algo mejor. Pero tú sabes cómo sufro y me angustio lejos de tí. ¿No es lógico que vacile mi razón, que se debilite mi esperanza?

—El Señor concedió que pudiéramos comunicar, aunque sea en modo espaciado. ¿No te basta? Tampoco yo soy dichosa separada de tí. Debemos conformarnos.

Lisuarte la miraba compungido.

—Cierto, no tenía derecho a caer en negaciones.

Viéndolo deprimido María agregó suavemente:

—Ya pasó… Será la última crisis. Aunque no me veas, ni me toques, ni me escuches, yo estaré siempre junto a tí. Piénsame y te acompañaré. Me sentirás viva y afectuosa, por invisible que me oculten las apariencias.

—Has confiado en mí y yo he dudado de la bondad divina. ¿Cuán grande mi error! Perdóname también tú.

—Sufriste, te extraviaste. Estás perdonado.

—¡Oh María, mi bienamado! Parece un sueño volver a tenerte como en los días del noviazgo maravilloso.

—Nada pasa si se evoca con pasión.

—¿Qué quieres ahora, dónde iremos?

—Vamos al monumento a Mozart, donde comenzó tu extravío. Ahí mismo me prometerás no reincidir, creer en Dios y en nuestro amor para siempre.

—¿Al monumento de Mozart...? pero si está lejos y es de noche...

—No hay noche, día no hay. ¿No ves cómo el sol brilla en el cielo azul? Vamos.

Y la Siempre Novia y el Soñador, como dos adolescentes ebrios de libertad y de júbilo, se perdieron por las calles de Viena rumbo al monumento a Mozart, en un tiempo sin tiempo, caminando por un espacio irreal mientras las calles de Viena seguían sumidas en la oscuridad y en el silencio.

17

Viena —Ginebra— Estambul: un vuelo normal. En él perdería su libertad Lisuarte. Aguardando la llegada del avión en el aeropuerto vienés conoció a la familia Rosálvez: uruguayo el padre, la mujer costarricense, la hija nacida en Santos y el muchacho en Santiago. "Ya ve usted: somos toda la América Latina". Parecía gente acomodada, y en un momento de expansión la muchacha confesó al boliviano: "El viaje es muy lindo; pero siempre los cuatro, mirándonos las caras o hablando solo entre nosotros. Es desesperante". Lisuarte entendió que intentarían hacerle jugar a la quinta punta en esa estrella familiar.

No es que fuesen importunos ni le acosaran a toda hora, pero el solitario amaba su soledad; y acontecía que precisamente cuando se hallaba predispuesto al recuerdo y la meditación, brotaban uno, dos, o todos los Rosálvez, lo envolvían en su ronda entusiasta y resultaba difícil desprenderse de su compañía.

Don Tomás solo hablaba de sus estancias y negocios ganaderos. La señora Lucía, discreta y afectuosa, procuraba mantener armonía entre los suyos. Verónica era una beldad de acentuado tipo criollo, de formas atractivas y ojos ardientes, de genio cambiante e impetuoso. Lisuarte simpatizó con el joven Lorenzo, estudiante en vacaciones que componía versos y escribía cuentos a hurtadillas del padre.

—El es muy riguroso —confió al boliviano—. Quiere que yo aprenda administración de negocios para que le maneje después las estancias. ¿Pero qué me importan a mí bovinos, pastos, cercas y mercados? Quiero ser poeta o escritor, influir en las almas, no en la economía.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—Eres muy joven, aún, para decidir tu vocación. Obedece a tu padre: gradúate como él quiere y cuando seas mayor de edad decidirás tu destino.

—¡Qué! —adujo el joven. El nos ha educado en la obediencia total. Un día que le hablé de Lautréamont y Supervielle me prohibió leerlos; que en su juventud conoció a muchos uruguayos destruidos por su literatura deletérea.

Días después, examinando poemas y relatos cortos del muchacho, Lisuarte le dijo con firmeza:

—Lorenzo: tú tienes pasta de hombre de letras. No sé si serás poeta o escritor. Escribe, escribe, aunque no publiques nada. Persiste. Tienes sentimiento, piensas bien; la técnica de expresar te vendrá con los años. Algunos de tus versos evocan el ardor de la Agustini, otros delatan la influencia de Neruda. ¿Qué importa? Todos comenzamos influenciados, y está bien.

El rostro del joven se encendió de entusiasmo:

—¿Entonces usted cree que puedo surgir?

—Has surgido ya; sólo que el camino es largo y difícil. Si tienes constancia harás una obra.

Desde ese instante Lorenzo Rosálvez se convirtió en admirador de Lisuarte.

El avión, volando a gran altura, no dejó vislumbrar las bellezas de Estambul desde el aire. Era una tarde sofocante y al aterrizar el pasaje descendía molesto.

Sabían que iban, todos cinco, al "Hilton" lo cual más disgustó que satisfizo al boliviano.

Constantinopla, el soñado Oriente...

¿Dónde estaban las "supremas visiones de Oriente"? La urbe europeizada escamoteaba los encantos del recinto oriental. Un sol ardoroso, los pequeños parques de rala vegetación, calles sucias, la multitud que se agolpa en puentes y plazas, un aire de indolencia en las caras no predisponen bien. El Bósforo y las Mezquitas trabajan la imaginación, pero el primer impacto no es favorable. ¿Pobreza, negligencia, algo de cosa muerta o apreciación subjetiva del malhumorado? No parece que Ataturk hubiese cambiado mucho la vieja Estambul. El Hilton sobre una colina dominante, Hagia-Sofía al borde casi del Bósforo, emergen como hitos contrastantes de la ciudad antiquísima que no alcanza el ritmo febril de las megalópolis modernas. Constantinopla es inmensa, variadísima, entrega poco a poco sus secretos y si el calor y la impaciencia ofuscan al visitante, quien tenga paciencia para ascender sus calles tortuosas y recorrer sus caminos polvorientos hallará, si no el mundo mágico de Loti, esfumado ya con una literatura poética y romántica, muchas cosas bellas, raras, que Estambul reserva para los buenos buscadores.

Allí, al frente, la costa de la Turquía asiática. Usküdar cerrándose en el círculo inviolable del pasado, Kadikoy abierta a las curvas violentas de lo nuevo.

Santa Sofía, en la perspectiva de la distancia, abre el espíritu. La famosa basílica justiniana con su mole imponente custodiada por cuatro esbeltos minaretes, rodeada de jardines, brota inmensa y sólida en un área despejada.

Lisuarte se encontraba ya en su interior cuando el tropel de turistas se dispersó de dos autobuses, y no pudo evitar la compañía de los Rosálvez.

El ganadero contemplaba aburrido las magnificencias del recinto. La señora, más culta, consultaba con frecuencia su guía. Lorenzo miraba absorto, pintado en el rostro el asombro y el gozo que le infundían mármoles, mosaicos, vitrales, decoraciones fastuosas. Verónica, petulante, elogiaba y rechazaba el arte bizantino de acuerdo a su no muy educado juicio artístico.

El boliviano hubiese querido disfrutar en libertad la visita a Santa Sofía, pero la muchacha se le adhería sin dejar posibilidad a la evasión.

No era importuna, por que dejaba transcurrir largos silencios antes de emitir un comentario. Lisuarte, entonces, perdonaba su compañía. Más de pronto la hembra joven reclamaba sus derechos, quería ser admirada exigiendo del hombre la atención que no se producía.

Hagia-Sofía ya no basílica cristiana, ya no mezquita, es museo histórico y ciertamente sus bellezas internas superan la magnificencia exterior.

Lisuarte después de admirar el mosaico de los Emperadores con la Virgen María, elevó la mirada a la altísima cúpula meciéndose en el vacío espacial del hermoso recinto. Después recorrió los elevados corredores cuyos pisos de mármol se van hundiendo. No se cansaba de observar los mármoles labrados como encajes, las airosas columnas, la decoración cruel de árabes y bizantinos que encanta y ofusca el mirar.

Al descender los viejos escalones Verónica irrumpió impaciente:

—Señor Lisuarte: ¿qué es más bella para usted una linda muchacha o la basílica?

El boliviano sonrió por la ingenuidad de la pregunta:

—Según el tiempo en que se escucha la pregunta. Si tuviera veinte años elegiría la muchacha; a mi edad me voy por la basílica.

Verónica se alejó irritada y nerviosa.

Lorenzo, que venía detrás, los había escuchado y se apresuró a disculparla:

—No le haga caso —suplicó— es muy joven. Cree que debe fascinar a los hombres mayores. Usted le cayó en gracia y le incomoda su indiferencia.

Se detuvieron nuevamente debajo de las columnas de mármol de cornisas finamente labradas. Un deslumbramiento de luces y colores ofuscó a Lorenzo:

—Vea, señor —dijo— esto sí que es hermoso. Qué bien combinados los colores, qué riqueza, qué formas y qué curvas... Me basta mirar esto y me parece que aquí está resumido el esplendor de los califas y los sultanes.

—¿Las mil y una noches en los mil y un mosaicos? — interrogó Lisuarte.

—No sé... Tal vez... No me cansaría de contemplarlos.

Lisuarte llevó al joven junto al tríptico semidestruido del Cristo Pantocrator, la Virgen y San José.

—Aquí no hay deslumbramientos cromáticos ni retorcimiento bizantino; apenas sí el sepia; azul, verde y negro que acercan sus gamas; la fuerza, la grandeza de este mural mosaicista descansa en los tres rostros de los personajes. Este Cristo universal podríamos observarlo muchísimas veces, largos ratos, y jamás dejaría de sugerir nuevas reflexiones. La historia del arte ¿no es la historia del hombre más su capacidad expresiva? Mira, busca en las caras y en los cuerpos; siempre te dirán más que los laberintos de la forma y del color. Y estos Cristos bizantinos, a veces, poseen más expresividad que los brotados de la piedad romana, porque estuvieron quienes los pintaron más próximos al hecho prodigioso o acaso porque el mosaicista bizantino buscaba transmitir la sensación de misterio que evoca la imagen del Cristo. Si te acercas a El con fe, con unción, todo te será explicado, tu vida cobrará otro sentido. Más no te equivoques: el Cristo no viene a solucionar nuestros pequeños problemas, sino a guiarnos por senda de amor y comprensión. El da razón, mejor que los filósofos, del vivir y del morir; es el único asidero que nos queda en este mundo enloquecido de la era atómica.

El muchacho no pudo reprimir un estremecimiento:

—-¿Qué ocurre?— preguntó Lisuarte.

—Es el Pantocrator —repuso Lorenzo. Mientras usted hablaba me pareció que movía la cabeza, un brillo extraño había en sus ojos, y hasta creo que en un momento los tres compartíamos algo que no alcanzo a descifrar…

—Eres poeta —contestó Leonardo—. Captarás cosas maravillosas, verás lo que otros no ven pero también padecerás mucho, porque la inteligencia rinde tributo al dolor; y añadir saber es añadir dolor como recuerda el libro sacro. Sueña, Lorenzo, sueña… Es lo más bello en el drama de la vida.

Al próximo día Lisuarte quiso recuperar su independencia para explorar Estambul. Indagó por dónde iría la caravana de turistas —los Rosálvez entre ellos— y aunque gustaba de la compañía de Lorenzo se sintió mejor reanudando viaje solitario.

Cruzó a pie el puente de Gálata sin sentir el suave encanto de los puentes de Ginebra. El tráfico de vehículos era intenso. Las gentes caminaban sin prisa pero eran muchas. Los vaporcitos y las barcazas infestaban las aguas y el Bósforo, a pleno día, no es nada extraordinario. Sólo las cúpulas remontadas y los minaretes de las mezquitas devolvían, a la occidental izada Estambul, su fascinación oriental.

En el Museo Arqueológico, notable por la riqueza y variedad de sus secciones —esculturas, mosaicos y cerámicas— se absorbió en la contemplación del estupendo Sarcófago de Alejandro. ¿Cuándo fue más hondo y más lejos el artista en el impetuoso movimiento de las figuras y en la expresividad de las caras? Frente a tan poderosa concentración de lo múltiple en lo singular, a ese mundo arrebatado de fuerza y de pasión donde corceles y guerreros se traban en furiosa lucha, se llega a pensar si fue uno o fueron muchos los artistas que esculpieron la tumba

insigne... La grandeza y riqueza de los poemas homéricos hicieron dudar a los críticos si eran obra del gran aedo o más bien el fruto del saber y el ingenio de muchos vates resumidos en una sola voz. ¿No habrían sido muchos tallistas en mármol, varias escuelas los que intervinieron en el Sarcófago de Alejandro? Pero la admirable unidad del conjunto que brota del pentélico ahuyenta la idea de un trabajo plural. Uno aunque aferrado a varios años de labor titánica debió ser el escultor jónico padre de esta obra maestra. Guerra y caza tratados al estilo clásico, con precisión y elegancia áticas, revelan la destreza de un discípulo de Scopas. Los relieves maravillosamente coloreados: marrón pálido, púrpura desvanecido, violeta, azul y amarillo, colores que asoman claros y suaves, en medias tintas, posiblemente fueron más vivos en su época; ahora dan una delicada policromía evanescente a la escena. La vida y la muerte en pugna febril. Una apoteosis del movimiento idealizado en la representación de un tipo superior de belleza.

Verdad que los relieves del Sarcófago de las Plorantes, el meditativo Joven Atleta, y la estatua de Alejandro que anticipa en fuerza y majestad al Moisés miguelangelesco, son también susceptibles de larga meditación. Pero Lisuarte volvió, fascinado, antes de salir del museo, al Sarcófago del Conquistador.

Al abandonar el museo ya estaba reconciliado con Estambul.

Almorzó en un típico restorán turco con vista a la Puerta Gálata. Ya no encontró desagradable la multitud promiscua, la pobreza, la indolencia musulmana.

Atardecía. El sol ponía tintes broncíneos en el añil del cielo. El Bósforo se encendía de luces móviles que lo cruzaban sin descanso. Los minaretes, como espadas de fuego, rasgaban los aires. Las casas de la costa asiática se envolvían en púrpura y violeta. Debajo de la costra de miseria y abandono cada ser, cada cosa, cada construcción fue tomando los rasgos nuevos de un despertar teofánico.

Entonces comprendió Lisuarte que Estambul es una ciudad nocturna, hija del misterio y la penumbra, que nace en el crepúsculo, brilla en las sombras, batalla victoriosa todavía en los amaneceres pero agoniza o se laxa en el ardor del día.

Vagando por las calles de la ciudad vio lindas mujeres, interesantes tipos masculinos de ojos ardientes y sombríos, muchos barbudos.

Desde el último piso del Hilton contempló por primera vez una panorámica deslumbrante del Cuerno de Oro y el Bósforo, como inmensa vía láctea surcada de embarcaciones y de luces. Había refrescado y pudo solazarse en el espectáculo de las dos iluminaciones: la sideral, la artificial que rivalizaban abiertamente sobrecogiendo la imaginación.

Esa noche Estambul surgió ante el boliviano bella, poderosa, rica de atractivos, como una hermosa de la antigua Turquía que se arrancara lentamente el velo para mostrar un rostro fascinador al incrédulo.

En el Banco Otomano lo atendió un joven empleado que hablaba español. Su abuelo procedía de Ankara, inició fortuna en La Paz que el padre acrecentó; pero él Iskander Moustakis había sentido el llamado de la tierra de origen. Quería ser banquero, casar con mujer turca y volver un día, triunfador, a esa ciudad de las montañas que amaba después de Estambul.

Lisuarte comprobó que en el Banco no había pizca de influencia oriental; al contrario: limpieza, rapidez, eficiencia de oficina norteamericana. Moustakis hablaba con rapidez mientras corría el trámite de la carta de crédito. "Usted se reirá de mí. Yo era un "hincha" del "Strongest" (¿se acuerdo Ud. del "Strongest"? —Claro, cómo no me iba a recordar). Entonces me comprenderá. Perdí mucho dinero apostando a los aurinegros que no siempre ganaban. Quisiera volver a La Paz rico, muy rico, más rico que mi padre. ¿Sabe usted que entre turcos, sirios, libaneses hay más de 2.500 en su tierra? Pues yo organizaría, de entre ellos un equipo de fútbol con muchachos de 15 años, los entrenaría científicamente y batiría a todos los cuadros paceños. Ese es uno de mis sueños. Pero no se ría usted... ". “Lisuarte, ocultando la risa: "Hombre, pero no, si no me río. Yo soy "hincha" del club Bolívar. Una vez casi nos agarramos precisamente con su padre, viejo" stronguista"; y mire, quiero serle sincero: si yo fuera joven también pensaría como

usted: hacer fortuna para poder organizar un poderoso cuadro con las nuevas promociones del" Bolívar" que batiría a todos los demás, incluso a su "once" turco-sirio-libanés.

Ambos echaron a reír.

Simpático Iskander Moustakis. Quiso llevarlo, esa noche. a una reunión para que conociera cómo se divierten los orientales. "Son muy alegres; comen, beben, bailan, cantan y conversan mucho". Lisuarte eludió discretamente la invitación. "Me voy mañana —alegó— y tengo trabajo esta noche en el hotel".

El Gran Bazar, foco de turistas y desocupados, no le agradó. A trechos el gentío le impedía avanzar. Las gentes vocingleras aumentaban la confusión. Mucha pacotilla, mucha algarabía. Joyas buenas y joyas falsas, espléndidos tapices, pocos objetos de arte valiosos. Una pugna divertida entre vendedor y comprador. El comerciante turco intuye la psicología y la capacidad de adquisición de quien lo frecuenta; miente pasmosamente, enreda, inventa, saca el mayor provecho de su mercancía, pero al final cede a la porfía del buen comprador y la entrega por la mitad del precio original.

Lisuarte adquirió dos miniaturas, una turca y otra persa por algunos dólares.

Había caminado mucho dentro del Bazar. Esa noche decidió quedarse en el Hilton.

Durante la cena —la cocina turca es excelente— un conjunto de cítaras y arpa desgranaba melodías orientales. Estaba con el espíritu en otra parte, recordando los magníficos ceramios del museo arqueológico cuando súbitamente las notas profundas de una melodía melancólica, desconocida, hizo asomar lágrimas a sus ojos. Era la nostalgia de una dicha pasada, un suave lamento de amor, algo que sugería la tristeza del bien perdido que retorna sin entregarse… Aún dentro de otro estilo rítmico se asemejaba en cierto modo al "Adiós al Piano" de Beethoven, simple, ingenuo, de límpida gramática sonora, y sin embargo profundo y conmovedor a un tiempo.

Vacilando entre la pena y la alegría —¿todo recuerdo intensamente aprehendido no es alegre y triste a la vez?— abandonó el comedor y se dirigió a los jardines del "Hilton".

En la noche tibia muchos se dispersaban por las terrazas, rodeaban la piscina, descendían a otros planos floridos. Los reflectores daban toques extraños a las arboledas, reflejos sutiles en la grama. Se bailaba en uno de los salones inferiores y a través de los amplios ventanales abiertos se divisaba el Bósforo prieto de luces y de sombras. La masa blanca del Hilton, iluminada a trechos, emergía en la noche como un palacio encantado lleno de animación.

Lisuarte buscó el refugio del jardín que rodeaba un pequeño estanque, poco concurrido. En el extremo sur, un quiosco rústico de paja y troncos de madera invitaba al reposo. Sentóse en un banco, respiró el aire puro de la noche. Gradualmente su tristeza se disolvía: el Hilton, gigante bondadoso, invitaba al contentamiento; el otro coloso tranquilo, el Bósforo, inducía al sereno meditar. Después de unos instantes de grata observación del paisaje nocturno, cerró los ojos y la imagen de la Bien Amada pobló su mente. "Si estuviera a mi lado..." Recordaba los pasajes felices, tantos y tan puros. Creía escuchar la voz querida, transida de ternura. ..Y sucedió algo que después no podía explicarse ni definirlo claramente, porque hasta entonces solo había conocido dos estados distintos tratándose de la Ausente: la evocaba sólo en la imaginación, en el sentimiento, sin que ninguna circunstancia física denunciara su presencia; o bien, como había sucedido varias veces durante el viaje, Ella regresaba íntegra de cuerpo y alma, y reanudaban la dulce vida conyugal, tan real, tan evidente como siempre. Pero esa noche, en el mirador del "Hilton", con los ojos cerrados, bajo la doble caricia de la brisa y de la paz que subía del jardín, sintió de pronto sin sentir que una presencia sin forma, algo invisible, inasible, se aproximaba y tomaba asiento junto a él. No era, en verdad, algo real porque no lo capturaba por los sentidos. Un presentir, más que un sentir. Algo más fuerte que la imaginación y menos evidente que lo concreto. Sin embargo, era sin ser… Existía de una cierta manera intermedia entre sueño y realidad. Ni mundo ni ultramundo, habitando una zona evasiva que no admitía dimensiones fijas ni se podía definir. Existía no obstante. Porque Lisuarte absorbía las finas emanaciones eléctricas que se desprendían de esa presencia próxima. Una mano familiar tocó sin tocar, rozaba, o ejercía presión delicadísima en la suya. Voces muy tenues, confusamente recogidas le traían la antigua

música del habla querida. Se hundió, arrobado, en esa tercera zona que no era la de la fantasía ni tampoco la realidad, sino una transparencia fugitiva que las trascendía sin tocarlas. También la presencia más que imaginaria, menos que manifiesta, el ser irreal en acercamiento indefinible se introducía y se fundía en él. Lo sentía sin poder tocarlo, lo absorbía y era absorbido por esa misteriosa compañera que llegaba sin entrega. De pronto su boca anhelante, entre- abierta, recibió el contacto suavísimo de unos labios fantasmales… Estremecióse de dicha y de fervor. Abrió los ojos: los jardines del "Hilton" brillaban inalterables, el Bósforo rutilaba de luces. Pero el quiosco estaba saturado de un perfume conocido, sentía, aún, la dulce sensación de paz y de confianza que emanaba de todo cuanto Ella visitaba. Y entonces supo que María en forma nueva y con presencia no decible había prestigiado la visita nocturna.

Humeli Hisar: fortaleza, prisión, museo domina el Bósforo. Fue construída por Mahomet el Conquistador. Es un exponente de la arquitectura militar del Milquinientos. Estratégicamente ubicada, impedía el suministro de ayuda por mar a la antigua Bizancio. Sus torres, escalinatas, bastiones y jardines se enarcan airosos sobre el estrecho que une el mar de Mármara con el Mar Negro. Lisuarte recorría sus antros fríos, lúgubres que contrastaban con la risueña apariencia exterior de la fortaleza. Hoy un paseo lo que ayer fue teatro de muerte y de sangre.

Descendía por una de las pintorescas escalinatas que conduce a la puerta de entrada, todavía bajo el embrujo de fuerza y fantasía que arrojaban los muros de Rumeli-Hisar hacia la sombra de los jardines, cuando sufrió un sobresalto; el tropel de turistas invadía la fortaleza y los Rosálvez encabezaban la comitiva. Enseguida se tranquilizó: él terminaba la visita y ellos la comenzaban. Era imposible que se reunieran.

Hizo un gesto amistoso con la mano al pasar junto a ellos, escuchó el grito afectuoso de Lorenzo "Señor Lisuarte, hasta pronto" y reanudó su marcha hacia la mezquita y palacio de Dolmabaché.

No pudo visitar las 322 estancias del Palacio-Museo que atesora maravillas. Se contentó con examinar algunas de ellas, los transparentes mármoles de sus baños, el cuarto en que murió Kemal-Ataturk, los suntuosos salones de recepción, colecciones de retratos, miniaturas, firmanes de los sultanes y oraciones de los sufíes. Alfombras y tapices rivalizaban en dibujo y colorido. Dolmabaché es un portento de riquezas artísticas.

Cenó en la Torre Gálata una comida excelente rociada con exquisito vino de Mármara. "Si ella estuviera aquí, si pudiéramos comentar las bellezas de Dolmabaché"... Pero una voz sin voces replicaba "anoche estuve contigo; no pidas mucho". Desde la Torre Gálata el Cuerno de Oro bullía en todo su esplendor. Estambul surgía en cascadas de luz. Por tierra y por mar multitudes diligentes se movían en todas direcciones. De las mezquitas, de los puentes, de los minaretes pinaculares, de las torres cercanas y de los distantes agrupamientos arquitectónicos, nacían mirajes fascinadores, siempre renovados. Un azul oscuro, oscuro con su gama de cobaltos y celestías, inundaba la escena que las cintas de luz y los puntos de oro esmaltaban con incesante centelleo.

Estambul es la reina de la noche.

El café de Pierre Loti, al cual se arriba por un dédalo de callejas y serpenteantes pendientes, es un lugarejo sin mayor atractivo que la romántica evocación del cantor de Oriente. Dos cuartos pobres, descuidados, guardan pobres reliquias del autor de "Aziyadé". Desde su ladera escarpada se mira el Cuerno de Oro ondulante. Sólo al tramonto el paraje se transforma en un mirador fantástico que roba al Bósforo sus riquezas visuales.

Grandiosa la mezquita de Solimán el Magnífico, pero desprovista del secreto encanto de la basílica de Santa Sofía. Lisuarte no encontró en su interior las graciosas columnas porticadas, la exótica riqueza decorativa, los mosaicos deslumbrantes ni el aire de misterio que Hagia -Sofía ofrece al espectador.

No permaneció mucho tiempo en la mezquita del gran Conquistador, cuya apariencia externa supera al ámbito interior. Y al abandonarla recordó, por contraste, los versos del poeta:

"¡Oh Sufí: si buscas el Paraíso, recuerda:

el cielo de los cielos está en Hagia-Sofía!".

En la tarde tropezó con Lorenzo; el muchacho estaba triste, sin poder disimular su nerviosidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lisuarte.

—¡Mire, mire, viene hacia aquí...! -contestó el joven apretándole el brazo.

Y le indicó a una muchacha vestida a usanza turca, con pantalones abombados, una blusa vaporosa, la chaqueta profusa mente recamada y un turbante en la cabeza que remataba en un velo volador. La jovencita era realmente linda y cruzaba con gracia ligera ofreciendo el café turco.

—Es muy arisca. Le dije que quería ser su amigo, en inglés, y me contestó, creo que en turco, sin mirarme. He intentado acercarme y siempre se va apenas me aproximo a ella.

Lisuarte pensó en el romántico atractivo de la desconocida sobre la mente encendida del muchacho. Su belleza, el exótico atavío, su desvío acicateaban el deseo del adolescente.

—Por favor: no diga a mis padres que ella me gusta —imploró Lorenzo.

—No habría razón para decirlo.

—Es que sabe... mi padre no quiere que hable de muchachas antes de graduarme en una profesión... y, y... ella me gusta mucho... en verdad, nunca me gustó tanto una mujer.

—¿Es la primera vez que te enamoras?

—En Montevideo miraba a las chicas pero ninguna me convencía. Vagaba por los parques, hacía versos, y siempre me parecía que de pronto aparecería la joven ideal, la que nunca ví hasta descubrir a Sultanetta.

—¿Ya sabes su nombre?

—Me lo dijo el portero. Parece que es muy seria, porque añadió: “no pierda su tiempo".

—¿Y si fuese casada o anduviera de novia?

—No lo había pensado —contestó el joven pesaroso— pero nadie se le acerca; va siempre sola. ¿Por qué habría de estar comprometida?

Lisuarte veía con ligera envidia brillar el ardor de una pasión en los ojos del muchacho.

—Está bien que mires a una hermosa jovencita —dijo reflexivo— mas tu padre tiene razón: primero tus estudios, después tendrás tiempo para elegir una compañera.

—Es que yo quiero a Sultanetta...

—¿La conoces, realmente, la has tratado, sabes cómo es? Amas su imagen, su figura, y esto no basta. Reflexiona.

Pero Lorenzo no reflexionaba: le bastaba amar aunque no fuera correspondido.

Dos días después, todo compungido, confesaba su decepción al boliviano. La muchacha estaba casada con uno de los camareros que servía en el comedor, parecía enamorada de su marido; y además —le había confiado el portero gracias a la buena propina— era ignorante y

vulgar. Callaba, se hacía la misteriosa para disimular su falta de ingenio. Federico, el marido, solía decir: “es sólo una cara, no puedo conseguir que piense y se instruya".

Lorenzo, entristecido, confiaba a Lisuarte:

—Usted decía bien: no basta un rostro, un cuerpo. Queremos más de la mujer elegida. ¿Pero por qué Sultanetta es tan bella, tan adorable vista de lejos y de cerca —dicen— es frívola y vacía?

—Lo perfecto no existe, o casi no existe. Esa joven con personalidad y espiritualidad sería un prodigio. Aprende la lección: no te fíes de apariencias exteriores.

Para apaciguar su pena el joven uruguayo preguntaba tímidamente:

—Y así, vista de lejos ¿no le gusta a usted?

Lisuarte sonrió enternecido contemplando la silueta de la muchacha turca que pasaba una vez más frente a ellos, alegre, ágil, como escondiéndose detrás de su sonrisa misteriosa mientras el velo bailaba juguetón en el aire.

—Es linda —dijo— pero yo soy casado y amo a mi mujer.

—¿Y dónde está ella?

—Lejos, muy lejos…

— ¡Ah! —replicó el muchacho— qué hermosa y qué espiritual debe ser su señora cuando no puede reparar en otras mujeres.

Bebek es un paraje idílico desde el cual se observa la prolongación de la costa anatólica. Hoteles y posadas en medio de arboledas y jardines. Los barquitos cabeceando en el Bósforo azul. Allá la mansión del poeta Fikret. En la diminuta bahía interna y con el poco tráfico reinante se podía pensar en un retiro plácido pero los Rosálvez a cuya invitación no pudo sustraerse interrumpían el tranquilo flujo de sus pensamientos. Don Tomás hablaba, siempre, de sus estancias, los métodos para mejorar el ganado, cómo se preparaba para el futuro gran mercado sudamericano: "Verá usted: el porvenir es nuestro. Un cuñado mío estuvo en Bolivia. Piensa que ustedes deben abandonar la actividad minera y poner todos sus esfuerzos en el campo agropecuario: serían mucho más ricos". La señora Lucía andaba preocupada por los devaneos de Verónica y la actitud silenciosa de Lorenzo. La joven coqueteaba agresiva con el boliviano, no podía comprender su indiferencia, pasando alternativamente de la aproximación astuta al desvío fingido. Leonardo la miraba con simpatía compadeciéndola; una muchacha que podía rendir a cualquiera ¿por qué se empeñaba en acosar a quien no le correspondía? Lorenzo no alcanzaba a esconder lágrimas furtivas. Lisuarte lo sorprendió y en voz baja deslizó: "Los hombres no lloran. Disimula tu pena. Sultanetta no era digna de tí. Encontrarás otra mejor".

Así entre las ocurrencias de la familia Rosálvez, largos mirajes al paisaje y brevísimas meditaciones transcurrió la visita a Beker, lugar que por no sé qué afinidades ideales le trajo el recuerdo de los poemas de Kabir.

Un paseo en auto bordeando el mar de Mármara descubre muchas cosas. Lisuarte, cansado de la charla de los Rosálvez, apenas si reparaba en la extraña mezcla de ciudad europea y recinto oriental que distingue a Istambul. ¿Mas porqué tanta belleza, tanto esplendor visible unas veces, como escondido otras, en medio del descuido, la pobreza y esa apariencia de morada vencida que brota en las calles, en las gentes?

Antes de acostarse intentó escribir el "Diario de la Ausencia", pero el sueño lo venció. Apagó la luz y se reclinó en la almohada. ¿Cuántas horas dormiría? Se despertó bruscamente: la lamparilla del escritorio estaba encendida. ¡No podía ser! Miró el reloj: eran las tres de la mañana. Recordaba, perfectamente, haber apagado las dos luces del escritorio y de la mesa de noche; había cerrado los ojos en absoluta oscuridad. Pero ahí estaba, la lamparilla encendida iluminando

los bordes dorados del" Diario de la Ausencia". Comprendió el mensaje, tomó la pluma y trazó guiado por súbita inspiración varias páginas sin detenerse.

Una hora después volvía a dormirse. Despertó a las ocho, se bañó, tomó el desayuno y fresco y ágil se marchó al Palacio Topkapi, levantado por Murat IV en una de las más atrayentes colinas de Istambul. El calor había disminuido, soplaba una ligera brisa y Lisuarte se sentía dispuesto a absorber las maravillas que encierra el Palacio-Museo del Conquistador.

Antes de ingresar al interior quiso pasear los jardines de la bellísima residencia. No eran muchos los visitantes que pasaban en silencio. Un aire de paz y poesía se difundía en el ambiente. Salió de una avenida y entró al llamado Tercer Patio. Una pequeña fuente rodeada de flores. Una mujer en un banco. Pinos, sauces, ligustros. Al fondo un tropel de cúpulas y corredores porticados de altas ojivas. Sol y sombra jugando en la grama. El boliviano se sintió transportado a un mundo mágico de ensueño.

Siguió avanzando, se detuvo a disfrutar el hechizo del instante; hasta las losas que pisaba le traían el recuerdo lejano de un tiempo mejor… Estambul, entonces, huerto cerrado, le brindaba su secreto encanto.

Pasaba por el redontel enlosado y reparó en la mujer sentada en el banco. Le sonreía misteriosa con un aire de regocijo y fina burla.

—¡Tú!— dijo Leonardo pasmado. Tú estabas aquí...

—Te esperaba.

Lisuarte se miró en los ojos amados y se sintió traspasado de alegría:

—¡Tú en Topkapi! —insistió jubiloso—. Este será el día insigne entre los que pase en Turquía.

Ella viendo el arrobo del esposo propuso iniciar la visita a los interiores del Palacio. Cogiéndolo del brazo quiso llevarlo a ellos.

—Vamos, hay mucho por ver —insinuó.

Pero Lisuarte no podía hablar. Brillaban lágrimas en sus ojos: el temor, el amor, la dicha y el asombro lucían en su mirada. La detuvo. "¡Espera, espera: no me canso de mirarte!" Quedó largos minutos en trance extático, contemplándola. Apretaba fuertemente su mano como temiendo que se fuese a desvanecer. La estrechaba a sí. Ella paciente lo dejaba hacer. "¿Por qué estos ojos, y solo ellos me devuelven al júbilo del mundo? Por qué esta cara y sólo ella? ¿Por qué el cuerpo maravilloso que mujer alguna podría eclipsar? ¿Por qué —¡oh María!— la vida no la siento ni la gozo sin María?" Se sumergía en los ojos oscuros de la Amada más hondo, cada vez más hondo...

María insistió con dulzura:

—Ven, vamos ya. Tenemos tres horas para ver tantísimas cosas...

Lisuarte, cuerpo y alma de veinticinco años enfundados en una máscara biológica que sobrepasaba los cincuenta, se fue con la queridísima, tan joven y radiante como él por las estancias y los vericuetos del Palacio-Tesoro de Topkapi.

No habían comitivas de turistas, apenas parejas o pequeños grupos. Podrían ver todo en soledad, tranquilos.

El tesoro de los Sultanes rivaliza con las riquezas de los Papas y los Reyes. Es sencillamente fabuloso. Describirlo supondría un libro, tales son su grandeza y variedad; y además ¿cómo podría rememorar la visita Leonardo Lisuarte si más tenía ojos para contemplar a la Amada

que para reparar en los tesoros de Topkapi? Pero la esposa, castamente ruborizada, cuando el mirar del marido la envolvía en mares de pasión, insistía en llevarlo al examen de las cosas. "¡Mira, mira! —Sólo una vez pasarás por Estambul. Absorbe cuanto puedas... Después, en nuestras montañas, volverás sobre todo lo entrevisto". El reía, contento: "¿Pero qué debo ver? El cielo es más bello que la tierra; tú vienes de allá y has traído en tus ojos hermosísimos todo el misterio, la secreta alegría de la noche estrellada..." En el territorio de las piedras preciosas Topkapi no tiene rival, desde el segundo brillante del mundo de 83 kilates hasta las más extrañas y fascinantes gemas, algunas tan grandes que por su misma magnitud perdían encanto. Pasaron a otras salas. "El trono de Ahmet, con 3 grandes esmeraldas, recamado de piedras preciosas, con esa ronda de suaves turquesas: aquí pondría yo a mi poeta para que sueñe en el Oriente mágico..." Y él, elusivo: “¡No, no; es trono para uno. Yo no me separaría de tí por todos los tronos del mundo. Prefiero estar contigo como el mendigo a la puerta de la Mezquita; ella eres tú, yo sólo el conturbado que se sabe indigno de pisar sus losas". Admiraron las túnicas fastuosas de los Sultanes. los bellísimos tapices, los soberanos expuestos en la Galería de Retratos que si por la fuerza y expresividad del rostro pueden rivalizar con los maestros de Occidente, los superan en el juego cromático de la decoración que sustituye al paisaje como fondo enaltecedor de la figura.

Salieron a la terraza del Kiosco de Bagdad. En la plenitud del mediodía el Bósforo yacía, lento y tranquilo, moviéndose perezoso en sus naves y barquitas. Sentáronse en un pequeño mirador desde el cual se apreciaba la ciudad en todo su esplendor.

—¿Sabes que ahora me va cautivando Istambul?

—A mí siempre me pareció muy linda...

—No sé... Al principio se me antojaba un lugar emboscado detrás de las apariencias europeas. Sucesivamente fui descubriendo sus hechizos, que los guarda, como celosa de sus visitantes.

—Eran el calor, la soledad, el contraste porque venías de Suiza y de Austria, donde todo es limpio. Ordenado, armonioso.

—Tal vez...

—¿Recuerdas que al proyectar el viaje yo sólo te hablaba de Istambul?

—Pero no la recorreré siempre contigo.

—Exigente, el desconfiado. Si siempre estoy a tu lado, si nunca te abandono. ¿Qué sabes del todo y de las partes? Una hora es más que un mes, un día puede encerrar una vida, el minuto intenso ofusca las semanas oscuras...

Lisuarte indujo a María a voltearse del Bósforo hacia los jardines de Topkapi.

—¡Mira, hasta las pilastras proyectan una sombra sagrada! Los árboles se mueven y hablan en una lengua desconocida que recojo a medias. Cúpulas y minaretes dialogan como nosotros. Allí el horizonte se obstruye de ramas y de pájaros. Si Khayyam estuviera aquí y te viese, cambiaría su pesimismo trascendental en serena dicha...

—Lo transfiguras todo, me elevas sobre mi misma. ¿Cómo podría agradecerte este amor devoto, constante, que ve maravillas donde sólo existen pequeñas realidades humanas?

—¡Oh tú, la Siempre —Novia, ¿qué palabras podrían expresar tu bondad, tu belleza y donosura?

María, conmovida, insistió en seguir la visita:

—Aún nos faltan muchas cosas por ver. No volverás a Topkapi.

Apresurémonos.

Pero Leonardo la retuvo junto a sí.

—¡Espera, espera! Mira: de esa penumbra que brota de ojivas y pilares, de aquel mármol que finge una tumba abandonada, me ha venido el recuerdo de "Adelaida", tu música favorita. ¿Por qué Beethoven, por qué Matthison, por qué nosotros fundidos en uno recogíamos el doble viento misterioso del músico y del poeta, que en otros tiempos no nos infundía tristeza, sino sólo un suave bienestar? y después, cuando te ausentaste, nunca pude escuchar" Adelaida" sin que las lágrimas asomen a mis ojos...

—Es el Buen Amor...

—Espera; no he terminado. Antes o era feliz o desdichado. En este instante me parece que dicha y dolor se tocan... ¿Cómo eran los versos del poeta germano? No los recuerdo bien, los leí en una ligera traducción. Me parece que decían: "El amante mira, en todo, aparecer la imagen de la Amada: en la temprana primavera, en el reclinarse de los Alpes, cuando se duermen en el cielo estrellado. Hasta en su tumba, la fuerza de su amor hará florecer una flor: Adelaida. Pleno de nostalgia, él piensa sin cesar en ella, de la que está separado. Rosa purpúrea: Adelaida!".

“Ella ha vuelto: está conmigo... Pero su tumba existe, mi penar también. ¿Por qué en Topkapi la revelación de que vida y muerte marchan lado a lado? ¿Es que recuerdo y realidad se unimisman? Y un solo hombre ¿puede habitar dos vidas? Está aquí, junto a mí; y está allá, en el cofre en que yace adormecida... ¿Cuál es la verdad, y existe la verdad?" —pensaba Lisuarte confuso y entristecido.

María, adivinando su pesar lo interrumpió:

—Deja la melancolía. ¿Por qué no disfrutas la felicidad que nos ha sido concedida? Esta mañana alumbrará muchos de los días futuros. Ahuyenta la pena, alégrate: estamos reunidos!

—Sí —replicó el esposo— tienes razón: siempre fuera de mi cuando el bien está en nosotros.

—Vamos a la Sala de las Miniaturas. Te gustará. Leonardo al levantarse, cogiendo del brazo enternecido a la Bien Amada, murmuró en voz baja:

—Todo cuanto dijiste es verdad. Es el buen amor, no hayan penas. Cada día se abre una rosa encendida en mi corazón: María!

Entraron a la Sala de las Miniaturas donde el arte musulmán, absorbiendo las técnicas sasánidas culmina en preciosismo realista. Toda la historia turca en los puntos culminantes de seleucidas y otomanos, se refleja en estos pequeños cuadros vivacísimos que si no tienen el lirismo delicado de la miniatura persa, en cambio ostentan un realismo vigoroso, a veces cruel, a veces poético, con gran maestría en el color y en el dibujo. En un flujo linear musical, paisajes y figurillas alternan en un encantamiento mágico, no exento de ingenuidad, que concede pureza primitiva a las escenas reproducidas. "No sé si las porcelanas o las miniaturas, llamadas artes menores, son, en verdad, cosa de profundidad y extrema sabiduría". Y ella, siempre sagaz: "Todo es bello, todo arte mayor, para el que sabe amar y comprender". Un "firman" de Sol imán el Magnífico ¿no era, más que un alarde de caligrafía, un poema de arte decorativa? Recorrieron otras salas que contenían los tesoros de los Sultanes: joyas, diademas, yelmos, regalos de toda laya trabajados en las materias más extrañas, alfombras, vestiduras, boles de oro y diamantes, estatuillas y gemas de procedencia exótica. Volvieron al interior del extraordinario kiosko de Bagdad, cuyos muros de mármol y de mayólica, de dibujos apretados, soportan incrustaciones de nácar y marfil, vitrales en las ventanas y escrituras religiosas predominando el azul en diversos tonos. Divanes a la usanza turca circundando el conjunto octogonal. Al centro solo una alfombra y un pebetero. Ventanas, unas de vidrios coloreados y otras minuciosamente caladas en mármol. "Otro recinto del que no quisiera salir: me parece que en estos muros nos hemos amado en un tiempo que no alcanzo a precisar..."

María dijo, risueña:

—Has soñado en exceso en Topkapi.

Salieron nuevamente a los jardines. Lisuarte se preguntaba, asombrado cómo después de más de treinta y cinco años de haber convivido venciendo venturas y desventuras, fricciones con el mundo y con los otros, afrontando el natural desgaste de los años, ella seguía siendo la muchacha maravillosa que incendió su adolescencia.

—Aguarda —no quiero salir de Topkapi —dijo insinuante—. Me parece que la eterna felicidad ha detenido el tiempo. Nada busco, nada pido; sólo tenerte junto a mí, poder mirarme en el misterio de tus ojos. ¿No dicen los místicos que amor es sumirse en el ser amado? Tuyo soy…

—¿Y yo qué puedo decir? No soy poeta para expresar mis sentimientos. Tú los conoces, sabes cómo siento.

Lisuarte, risueño, insistía:

—¿Sabes cuál es uno de los juegos más antiguo del mundo? Es cuando el amante le dice a la amada: "si cien veces naciera, cien veces volvería a escogerte a tí por esposa y compañera". Entonces, ella, dudando frente a la increíble dicha, enmudece por la emoción y una cereza le asoma al rostro.

María calló unos instantes. Contempló a Leonardo con honda ternura y en voz baja musitó:

—Me siento novia...

Desde el techo de la soberbia mezquita de Solimán el Magnífico divisaron el Bósforo cortado por el Puente Gálata: un crepúsculo de cobre encendía la costa anatólica en sepias y azafranes. "¿No tienes hambre?" Ella: "No". El, extrañado: "Es raro, hemos caminado mucho, pasaron muchas horas y tengo la sensación de haberte encontrado hace cinco minutos". María, sonriente: "No dirás que ha sido un sueño..." Leonardo con energía: "¿Cómo podía ser un sueño, si te veo, te toco, aspiro el perfume de tu cuerpo, escucho tu voz cantarina y todo se desenvuelve dentro de la lógica a la que es ajena el sueño?" Pasaron al Museo de Cerámica, realmente notable por su riqueza y variedad: había unos mosaicos azules de trazos y tonos bellísimos. Pero más bella, aún, les pareció la vista de la Mezquita Dolmabaché, bajo la luna llena, frente al Bósforo espejeante de luces y embarcaciones, mientras los resplandores de la costa asiática colmaban las colinas. De pronto se vieron en Emirgan en el boscaje de los tulipanes, animado de arboledas, estanques y senderos. Entonces fluyeron los recuerdos. Lisuarte volvió a decir los viejos versos amados, y ella, la esposa, con ese mirar de castísima hermosura que hablaba sin palabras ponía en el hombre y en el paisaje el encanto indecible de su extasiada seducción. "¿No era de noche —preguntó él— y ahora estamos en la mañana tempranera...? ¿Hemos dormido acaso?" María, con sonrisa furtiva, contestaba: "El día, la noche... ¿existen tal vez? Cuando estoy contigo no cuenta el tiempo". Admiraron la portada en ruinas del Palacio Tekfur. Después, en un esbelto velerito navegaron por la playa Yurükali en un mar de inalterable placidez. La deliciosa gira terminó con la visita a la Mezquita Azul, desde la cual, salvando el espacio intermedio de los espléndidos jardines, se avizora la otra mole augusta de la Hagia —Sofía. Dejaron los calzados en la puerta y avanzando sobre mullidas alfombras recorrieron el recinto portentoso. Para el no musulmán, la Mezquita Azul provoca más el sentimiento poético que la fe religiosa, Carece de sombras y penumbras; todo luce claro y directo, ansioso de aprehender la atención del espectador. El azul, como solo señor, rige la escena, multiplica sus tonos, distribuye sus efectos. Quiso Sinan, el arquitecto, que todo fuese grande, majestuoso, maravillosamente concertado en el juego de formas y espacios abiertos para su amo el Sultán Ahmed; y levantó la cúpula altísima, distribuyó pesadas columnas, trazó grandiosas arcadas, opuso gráciles pilastras a las anchas ventanas. Luego acumuló en su interior las excelencias del arte musulmán: mayólicas, ornamentaciones, caligrafías, motivos murales, dibujos. Cinco pisos de vitrales conceden extraordinaria claridad al recinto. Dieron varias vueltas al interior de la mezquita, que no invitaba al recogimiento y la meditación como la catedral cristiana, sino a la libre y extasiada expansión de los sentidos. María no se cansaba de admirar los múltiples y finísimos detalles que ornaban muros y columnas, los dibujos de los tapices, el deslumbramiento de los vitrales. Leonardo se sumergía en el vértigo de la

alta arquitectura y los grandes vacíos cerrados por el genio de Sinan. "Esto sí es una maravilla" —dijo la esposa. Y él, vehemente, apasionado: "¿Sabes que cambiaría toda esta grandeza, esta riqueza, por una mirada tuya"? Subieron por innumerables escalones y caminaron por los aéreos corredores que contornean el recinto como un anillo superior. Después, desde la techumbre avistaron la gran construcción de la Hagia Sofía. Regresaron al interior del templo musulmán. Se apartaron de un numeroso grupo de turistas que guías en manos exploraban la mezquita, y sentados en un poyo alfombrado descansaron de la extensa caminata. "Aquí no podemos persignarnos ni orar arrodillados —manifestó la Amada— pero nos debemos recoger y agradecer al Señor porque nos permitió conocer la Mezquita Azul juntos y en buen amor", Lisuarte tomó la mano de su mujer y oraron en silencio, Al abandonar la mezquita del Sultán Ahmed, salían maravillados: árabes, musulmanes, otomanos con su arte grandioso, de sutil prolijidad y exaltada fantasía los habían aproximado al enigma oriental más oscuro cuanto menos frecuentado.

¿Era de día, era de noche? Lisuarte creyó encontrarse nuevamente en el boscaje de los tulipanes. Pero estaban en los jardines del "Hilton", María dijo "adiós" y se desvaneció entre los árboles.

IX

Llegó el tercer hijo, un varoncito fuerte, que fue creciendo de mal genio, acometivo. Cuidados y preocupaciones se acrecentaron para la esposa, pero ella, hacendosa, diligente, siempre se daba tiempo para dedicar las horas al marido cuando permanecía en la casa. Esta, a su vez, en cortos años, gozaba de la plenitud de forma y organización soñada por Lisuarte. Los pinos, enlazando sus ramas, cubrían ya los muros del jardín y asomaban por encima de las tejas rojas. La hierba verde hacía resaltar el blanco-marfil de la casa. Como un friso policromo geranios, tacones y pensamientos contorneaban el edificio. En otro sector los rosales abrían sus botones incipientes. El patio español y los senderos enmosaicados facilitaban los paseos por el jardín. Si era atrayente la residencia vista del exterior, por dentro todo lucia limpio, ordenado, armonioso. Y eso era obra de María; ella supo combinar necesidad con estética. "Y lo cierto es —pensaba el esposo observando la sabia disposición de muebles y objetos— que sin su ayuda el hogar no luciría como remanso de paz y de belleza". En el segundo piso el estudio-escritorio, de amplios ventanales, miraba a dos parques superpuestos. Contenía la biblioteca, una discoteca, ambas bien seleccionadas, formadas en muchos años de matrimonio. Un gran retrato de la pequeña desaparecida. Bustos de Beethoven y de Napoleón, una escultura ecuestre de Bolívar. Un cuadro de la Fe de pintor desconocido, un caballero holandés de Pieter Codde, una miniatura de Vernet. Las primeras porcelanas. El arcón coreano, un reloj francés del rococó, un plato con pintura de Boucher con ornamentaciones de oro sobre cobalto. Cada una de estas obras tenía su historia, se fue incorporando lentamente en adquisiciones sucesivas, y dejó en los corazones de ambos el toque memorable de los instantes felices. Y resaltando sobre todos, los tres Clodión de bronce cincelado que enseñoreaban el recinto.

Las horas que la oficina y otras preocupaciones le dejaban libres Lisuarte las transcurría, sino jugando con los niños en el jardín, componiendo sus libros en el "estudio". ¿Concentración, existe la necesidad de concentrarse? El podía escuchar música, interrumpir su trabajo para dialogar con la esposa, atender a los hijos, cambiar los discos y luego reanudar el trabajo literario sin perder el hilo de su relato. Otras veces componía en soledad, pero la puerta del escritorio siempre quedaba abierta para los suyos.

En las noches los paseos en la terraza los aproximaban más. El descansaba de las fatigas del mundo, ella de las tensiones del hogar. Comunicaban sus impresiones, proyectaban los días futuros, repetían el ritornello de su dicha:

—Yo solo quiero ser un escritor.

—Yo solo quiero ser tu mujer.

Esa era la vida interior. Pero afuera el mundo bullía severo y exigente.

Después de algunos años se retiró de la firma del tío minero para trabajar en forma independiente. Construyó casas, vendió terrenos, tuvo una pequeña firma comercial,

ensayó una industria que no prosperó y cuanto ganaba lo empleaba en sostener el hogar, en adquirir libros y discos, en ayudar a parientes y amigos. "¿Por qué no hacemos reservas para el futuro?" y él, sonriente: "¿Para qué? Todavía somos jóvenes".

Escrutar los misterios del mito andino, explorar la historia y la sociología, colaborar con trabajos literarios en diarios y revistas del exterior era su ocupación habitual. Insistía en la crítica y en la polémica lo que le acarreó no pocos disgustos, mas todo lo hacía solo, eludiendo capillas y grupos.

Cierto día, reflexionando sobre el estado de marasmo y retroceso de la sociedad patria, decidió intervenir en política a su manera: sin militancia política, sin activismo de grupo, simplemente como intelectual. ¿Decir la verdad, denunciar la iniquidad, sacudir corazones y voluntades?

Ella no acogió con simpatía la noticia:

—Eres alguien en este país, se leen tus libros, tu voz es escuchada. Vivimos tranquilos... ¿Qué más quieres?

—No es ambición, es necesidad de servir. Justamente porque somos felices en lo nuestro me siento llamado a la entrega a un ideal de patria.

María no quiso impedir la entrega del esposo a una causa que ella presentía llena de peligros y decepciones. Aceptó con nobleza su decisión adivinando que la angustia y el sobresalto, hasta entonces ignorados, la visitarían con frecuencia.

Vinieron tres años duros, intensos, salpicados de incidentes dramáticos y trances difíciles. Todo se inició con una conferencia pública que arrastró mucha gente y levantó clamores en la prensa: efectivamente, lo que denunciaba el escritor Lisuarte era verdad, la inercia, la corrupción, el retraso, la injusticia campeaban en el país. Había que transformarlo todo, hacer una revolución de la responsabilidad, partiendo de la transformación del hombre para cambiar la sociedad. El cuñado, sarcástico, anotaba: "No te sientas mesiánico; te romperás la cabeza". Otro amigo, mejor intencionado, deploraba: "Era mejor que prosiguieras en tus libros. Donde fracasan los políticos ¿por qué habría de triunfar un idealista?" Después sobrevino la campaña periodística denunciando las defraudaciones de impuestos de los potentados mineros, en ese tiempo dueños de la Nación, de todas las fuentes de poder y de la expresión que se volcaron iracundas contra el imprudente. Lisuarte tuvo que afrontar cinco juicios ante los tribunales de justicia, más tuvo la suerte de tropezar con magistrados probos que no se rindieron al soborno de los ricos. Su casa fue anotada preventivamente para responder a los posibles daños que amenazaban reclamar los denunciados. Llovieron anónimos, amenazas, intrigas, pero también voces aisladas de aliento de todos los confines del territorio. Los partidos renovadores se hallaban perseguidos y el vacío que dejaban lo llenaba la prédica del escritor, inflamada y audaz, que no reparaba en riesgos ni sacrificios. Dormía mal, enflaqueció, tuvo que vender el auto, advirtiendo que los negocios se tornaban difíciles para él porque muy pocos querían tratar con el adversario de los amos del país. Un grupo de amigos lo empujó a la decisión posterior: fundar un Grupo Cívico, idealista, para la lucha desinteresada, en pos de verdad, de justicia, de cambios sociales, pero sin odio, sin resentimiento, sin ambiciones de poder, por el simple afán de servir a un ideal de Patria Mejor. Acogidos inicialmente en un matutino, comenzaron vigorosas campañas por el bien común denunciando iniquidades y atropellos. Tres años que se fueron vertiginosos entre conferencias públicas, giras a las minas, campañas periodísticas, mitines con obreros y excombatientes, juicios ante los tribunales, correspondencia con numerosos adherentes del interior, contactos con estudiantes, soslayes al requerimiento de los partidos; y, lo más arduo, guiar y moderar las mentes jóvenes deseosas de lanzarse a las vías de hecho. "Has despertado fuerzas que no podrás controlar..." Pero la Patria existía, exigía servirla y ya no era posible retroceder. A veces, en momentos de lucidez crítica, confiaba a la esposa: "No soy tan ingenuo como se cree. Comprendo la magnitud de la empresa, he sentido ya la garra de los desengaños. Si fuéramos al partido político sobrevendrían los cismas y la inmoralidad. Conozco a los hombres. Pero estos muchachos no son políticos aunque aspiren a serlo. Capacitaremos quinientos líderes jóvenes, profesionales todos, y cuando estos equipos de comando estén

bien organizados los entregaré a quien quiera dirigirlos…" María, desconfiada: "No te dejarán: ya estás atado a ellos". La lucha desigual prosiguió enconada, no solo ya contra las fuerzas temibles de la oligarquía, sino con sectores renovadores que envidiosos del Grupo Cívico lo combatían aviesamente con rumores y maniobras subterráneas.

Es posible que haya hecho o realice más tarde cosas mayores o mejores —explicaba a la esposa— pero ésta del Grupo Cívico será la más noble por generosa y desinteresada. Nada sacaré de mis fatigas. No iré al gobierno. No formaré partido político. Y un día, cansado, desgarrado, volveré a vosotros para seguir siendo sólo el padre de familia, un escritor...

Tres años en guerra, en guerra civil con la conciencia, con los propios conciudadanos. "Su amigo, el escritor Lisuarte, está incendiando el país" —lanzó un oligarca irritado. Y el amigo que transmitía el juicio agregaba: "Leonardo, tu mismo no mides el tamaño de lo que haces. Tu literatura vibrante, encendida, está abriendo campo al socialismo". ¿Era así? El Grupo Cívico prosiguió imperturbable su tarea, Lisuarte lanzaba folletos en los cuales nunca incitó a la violencia ni a la subversión armada, pero que ideológicamente planteaban nuevas posiciones en política, en economía y en cuestiones sociales.

El segundo año de lucha el Grupo Cívico emitió un programa o ideario que condensaba su filosofía renovadora: democracia responsable, seguridad económica, justicia social. Fue atacado de ambos flancos: del plutocrático y de la izquierda porque hacía sombra a ambos, pero tuvo también resonancia favorable en las masas y en la juventud.

Éxitos y contrastes marchaban lado a lado. Tan pronto era una conferencia pública que terminaba en apoteosis, como sobrevenía una deserción en las filas del grupo. Las cenas de camaradería, las giras al interior, las discusiones doctrinales, alternaban con los conflictos personales, las penurias para financiar al grupo, los contratiempos inevitables de toda acción colectiva. Lisuarte supo mantener su autoridad y su prestigio de conductor: en esa primera mitad de existencia del Grupo Cívico fue lealmente acatado por todos.

Al entrar al tercer año de lucha cívica, se planteó el primer conflicto serio. Los impacientes, en número mayor, exigían ir al partido político o al menos intervenir directamente en política aún manteniendo la forma de agrupación cívica.

Sometido el caso a votación, vencieron los partidarios de ingresar en política por 27 votos de los 30 que componían el sector directivo; sólo dos quedaron junto a Lisuarte. Este renunció, pero sus compañeros quemaron la renuncia y lo aclamaron como a jefe insustituible.

Lo que sucedió fue peor. Esa mayoría que desengañada por una larga espera sólo buscaba situaciones y acomodos, maniobró hábilmente para entrar en alianza con fuerzas de derecha, cuando lo lógico habría sido que el Grupo Cívico se aliara a partidos de izquierda. Lisuarte fue derrotado por segunda vez. Vinieron las desinteligencias, primero disimuladas, después abiertas; quedaron algunos leales junto a él, y otros muchos ya se entendían con partidos políticos. El gran sueño de formar una legión numerosa de profesionales jóvenes se iba disipando en el aire.

Esos meses finales fueron los más duros para el escritor.

Y sucedió que en la tensa y amarga lucha cívica Lisuarte apreció mejor el refugio de su hogar. Triunfo, derrota, decepción, fatiga, todo hallaba cauterio y sosiego en la esposa fiel. No salieron palabras de reproche de sus labios. María, contraída a su vida hogareña, atenuaba los desencantos y estimulaba la lucha viril del idealista. "Si no te tuviera a mi lado, no podría seguir este combate desigual". Ella no lo inducía a romper amarras con el grupo porque preveía lo que se avecinaba: el soñador, desilusionado, pondría fin por sí solo a la aventura; y lealmente lo respaldó con amor y comprensión hasta el último sin dejar entrever sus desvelos, sus lágrimas, el temor que la acosaba frente a peligros y amenazas.

Una tarde Lisuarte se recogió temprano a la casa. Hosco, silencioso, se negó a confidencias. Dos días después daba la clave de su desazón. Toda la combinación política había fallado debido a la malicia de los viejos líderes; no entrarían 6, como estaba convenido, sino sólo dos diputados por el Grupo Cívico. Tres de los hombres en quienes más confiaba lo defraudaron. Un alto dirigente se había pasado a otro partido. Los celos y las ambiciones estallaron abiertamente: ya nadie hablaba del ideal de transformación, porque todo se había convertido en ansia y necesidad de poder y de cargos. "Quedamos seis, siete fieles al primitivo ideal renovador; ¿pero qué podemos esos pocos contra la angurria de centenares?" Ella se esforzó por consolar al desencantado: la política siempre era así, lo sabía por las experiencias de su abuelo, de su padre, de su hermano. Siempre los idealistas se rompen la cabeza contra el muro de los oportunistas y los intrigantes. "¿Pero cómo pueden destruirse, en tres días, los esfuerzos y sacrificios de tres años?" María, con suavidad, respondía: "Llevaste un sueño muy grande en tu corazón que los demás no entendían".

Con la misma decisión tajante que irrumpiera, tres años atrás en política, al conmemorarse el tercer aniversario de la famosa conferencia que diera origen al Grupo Cívico, Lisuarte renunciaba a su jefatura, se retiraba de toda actividad política y volvía a sus libros.

Fue aplaudido y censurado en diversos círculos.

El grupo estaba, de hecho, destrozado por las ambiciones internas.

Episodio romántico para unos, motivo de mofa para otros. Pero las ideas y la prédica del Grupo Cívico rebrotaron más de una vez en la política nacional sin que nadie o muy pocos recordaran al idealista que las difundió.

Esa noche, en el paseo nocturno, Leonardo confiaba a la muy amada:

—Estoy contento. Cumplí mi deber con creces. Sólo Dios y tú conocen la magnitud de mis esfuerzos. He servido a mi Patria, me hice de muchos enemigos, perdimos buena parte de nuestras economías, llevo cicatrices en el corazón...

—Has conocido la vida y los hombres. Eres demasiado idealista. La experiencia vale por todo lo sufrido. Ahora serás, solamente, de nosotros, de tus libros; ¿no es mejor?

El no dijo los peligros reales ni las decepciones profundas. Tampoco la esposa confió padeceres y desvelos.

En esos tres años de lucha cívica habían sucedido tantas, tantísimas cosas…Cambiaba de actividad y de trabajo sin pausa. Hizo de impresor, de comerciante, de empresario sin mucho éxito. Los hijos crecían y las fatigas de María también. En el nuevo diario al cual Leonardo entró de subdirector, editorializaba y componía crónicas; su tarea mayor consistía en armonizar los temperamentos contrapuestos de directores y redactores. Leía, leía presuroso: Huxley, Montherlant, Brandés, O'Neil, Pirandello, Poe, Vibraba con Unamuno, el inquietador, y con Azorín, Miró, Machado y Valle Inclán. O se sumergía en las aguas profundas de Séneca, de Marco Aurelio, de Tucídides. Publicó libros de ensayos, de narraciones, de crítica. Escuchaban conciertos de Haendel, sonatas de Scarlatti, madrigales de Monteverdi. Se adentraron en las "Pasiones" de Bach pero María se negó a escuchar los últimos cuartetos de Beethoven, porque su mensaje de dolor, oscuridad y desgarramiento la hacía sufrir.

Una dama. La madre de familia. Esposa fiel. La compañera de un hombre rico de actividad y de inquietudes espirituales. ¿Qué era ella? María Montevelo no se detenía en el análisis introspectivo. La mujer buena, flor de humanidad, "es", sencillamente: no requiere explicarse ni ser explicada. A ella le bastaban el amor a los suyos y el deber de cada día. Salud y dicha familiar se le antojaban los dones mayores; y cuando pensaba en los quebrantos de parientes o amigas infortunadas en su vida conyugal, veía, por contraste, que la suya se mantenía en la paz inviolada de una dicha inalterable. ¿Por qué había merecido esa suerte? Porque no eran solo amor, afecto, respeto y comprensión los que

hallaba en el marido; era más, mucho más, algo que jamás había esperado de la vida: la devota consagración del marido que se miraba en ella, el encantamiento de los hijos, la quieta maravilla de su hogar. Leonardo siempre apasionado, admirador de virtudes que ella no creía tener, se le representaba como el marido ideal, más para soñado que para encontrado. Se resistía a creer en dicha tanta… ¿Sería siempre así? Porque el buen marido puede persistir toda una vida, pero el otro, el adorador iluminado, el que se acerca siempre trémulos de alegría los ojos, ricos de palabras venturosas los labios, el que hace de su mujer su reina y de su amada su diosa... ¿Cuántos son? "Yo conozco uno solo: Leonardo". Entonces, temerosa de su felicidad, se arrodillaba y oraba agradeciendo al Señor la gracia recibida.

María Montevelo, elevada por el amor y la admiración del esposo a la más alta dignidad conyugal, no se perdió en las ondas pérfidas del orgullo: siguió siendo una mujer noble y sencilla, en la cual la clara inteligencia y las muchas virtudes significaban total entrega a la paz laboriosa del hogar.

—Nunca pides nada. ¿Qué quieres, qué puedo hacer por tí?

—Que tu amor nunca cese, que los hijos crezcan sanos y felices.

Lisuarte pensaba, a su vez, que esa conjunción de bondad, inteligencia, belleza y gracia juvenil, sólo se daba en la mujer excepcional que encantaba y enaltecía su vida.

Pasaban los años, pero el espejo del matrimonio les devolvía la imagen pura y risueña de los días del noviazgo.

La construcción de casas fué una actividad promisoria, salvo el incidente del administrador Juliánez, hombre joven, dinámico, a quien después de seis meses de labor se halló cometiendo grueso fraude. Lisuarte calculó el monto defraudado: eran fuertes sumas y eso gravitaría en el costo de las casas recargándolas en un 15% más. Decidió enjuiciar y llevar a la cárcel al robador; pero María intercedió: era joven, tenía cuatro hijos, no había que pensar en él sino en la mujer y en sus niños. Fue perdonado. En el periódico, diariamente intrigas, envidias, dosificar la información evitando el escándalo y el herir a las personas. Cuando las ventas descendían por el tono prudente del vespertino, Leonardo tenía que obtener avisos que compensaran las bajas de la circulación. Sus editoriales y sus crónicas, nunca firmados, abrían paso a las ideas de renovación: predicaba una suerte de nacionalismo sudamericano, ajeno a todo totalitarismo, respetuoso de la dignidad humana, poniendo la economía al servicio de los hombres, exigiendo una mejor distribución de la riqueza, y teniendo como norte la justicia social efectiva. Fue atacado de ambos flancos: para los comunistas era un "amarillo", un tibio, que hacía las cosas a medias y negaba el dogma marxista; para los plutócratas era un destructor, enemigo de los ricos y de la empresa privada, un vulgar demagogo. Las críticas eran buenas y adversas pero no muchas en el país. La esposa reía contenta: "¿Pero no te das cuenta que subes tan veloz que pocos pueden superar la envidia? Pronto te negarán o te harán el vacío". Del antiguo club de amigos que se reunían los sábados, sólo quedaban unos pocos y las comidas se espaciaron. Después de recoger los chismes de la sociedad de boca de los amigos, Lisuarte volvía espantado a su hogar y decía a la esposa: "Creo que nosotros habitamos en otro mundo". No que se creyeran mejores que los demás, sino simplemente que reconocían al Señor poder vivir en la paz familiar, donde no llegan las miasmas del pantano social. "Vamos a escuchar música Mozart o Beethoven nos harán bien". O leía trozos de sus libros en trabajo mientras como un trasfondo suave la. "Fantasía Cromática" de Bach desgranaba sus notas vertiginosas. Los hijos crecían. De caracteres diferentes, Carmen traía el júbilo y la gracia; Miguel la impulsisivad y la audacia. Había que pensar en la futura educación. Los Lisuarte convinieron en conservarlos junto a sí, eludiendo el espejismo de la educación en Europa. ¿Por qué separarse los mejores años de los hijos que, de educarse en medio extraño, casi siempre vuelven ajenos a la familia y a la patria? El cuarteto familiar siguió afinado, excelentísimo, pasando de los juegos iniciales a la difícil maestría del arte de vivir, que escuela ni texto alguno pueden transmitir mejor que los padres. Lisuarte recibió varias invitaciones para conocer Europa: pasajes y gastos pagados, como escritor y periodista. Las rechazó. "Solo conoceré Europa —¡cuán caro anhelo!— cuando pueda ir contigo y con los hijos". María insistía que aprovechara las oportunidades que se le presentaban, pero él

se mantuvo firme: "¿abandonar el paraíso terrestre, un día sin verte, sin los niños, sin la casa?" Y Europa siguió siendo absorbida en el zumo sabio de los libros y las artes, en el estudio, en la meditación, en los recuerdos de abuelos y padres, en las manifestaciones visuales, auditivas e intelectuales no por evocativas menos penetrantes. Conocieron altibajos en lo económico: tan pronto se ganaba como se perdía el dinero. No podían formar una reserva para enfrentar el futuro. "¿Por qué te afanas? —decía la esposa—. Dios nunca nos hizo faltar lo necesario. ¿No es ello bastante?" Pero Lisuarte, ambicioso, habría querido acumular riqueza para viajar, para ayudar mejor a los familiares, para editar libros lujosos, para embarcarse en empresas de beneficio colectivo: una biblioteca pública, un museo de artes populares, un teatro nacional, un instituto nacional de cultura. ..En fin, para hacer el bien y dormir tranquilo, no teniendo que pensar en el pan que se ganará mañana. María acotaba pensativa: "Tu necesitas de la actividad para subir". Y él, avergonzado: "Tienes razón. El Señor ha puesto la necesidad delante de la prosperidad. El dinero debilita y corrompe. Dejaremos de pensar en sus horizontes alucinantes. Viviremos, como siempre, al día y si alguna vez El quiere otorgárnoslo en abundancia, lo distribuiremos rápidamente entre muchos para que no nos contamine su poder tenebroso y disolvente". Viajes cortos a. Cochabamba, a Copacabana, a Sorata, a Coroico en treguas de reposo. Entonces, olvidados de la dura fricción de los días se entregaban a dulces confidencias mientras los hijos jugaban con las maravillosas piedras del Lago Sagrado o se internaban en las vegas sorateñas. ¿"Cuántas lunas de miel tuvimos en veinte años de casados? ¿Es ésta la quinta, la sexta... ?" Y María, felicísima: "Para mí una sola... Y parece que no termina nunca. .." ¿No es el amor verdadero aquel que no por soberbia sino por interna celestía no se cambiaría por otro alguno? Con hijos adolescentes seguían enamorados como el día primero. Y fue en uno de esos instantes fulguradores del descanso viajero cuando Lisuarte dijo a la esposa sumergiéndose en el misterio de los ojos oscuros: "Te llamo la Siempre-Novia porque cada día, cada hora, cada minuto te amo más y más. .." Otra vez la política, aunque en modo indirecto, tropiezos en los negocios, orientar a los hijos, gozos y reveses de la amistad, la correspondencia con Víctor Delhez, grabador nocturno y profundo pensador, polémicas y conferencias, alguna pelea callejera a puños, honda inmersión en el estudio —Eckhart, Jaeger, Horacio, Plotino, Rilke, San Agustín—, ayudar a financiar las casas de parientes y amigos, contribuir a la urbanización de Sopocachi, ampliar la Capilla de la Virgen del Montículo, una pequeña sociedad comercial, las novelas inolvidables, descontadas las de los padres-ríos Tolstoy, Dickens, Dostoiewski, Balzac ("Ingeborg" de Kellermann, "Gradiva," de Jensen, "Retrato en un Espejo" de Morgan, "Primavera Mortal" de Zilahy, "Pan" de Hamsun, relatos de Chejov, de Nerval, de Pushkin), y el adentrarse en las veredas remotísimas del Ande y sus misterios (cada monte una leyenda, cada nombre una revelación, más se mira y más se encuentra en las piedras herméticas, en las palabras que el mito eslabona en polígonos fosforescentes, en la ciencia oculta que Platón llamaba "anamnesis" y los soñadores de hoy inventar, o re-crear o re-vivir lo perecido). Y los hombres que conforme la vida avanza van revelando sus aristas ásperas. Las tentaciones rondadoras. Esas fiestas familiares, tan primorosamente dispuestas por la perfecta ama de casa, María, la incomparable… Y los días se suceden, los meses transcurren, los años se engarzan en la diadema que aparenta no tener fin de la dicha familiar. Y entre penas, alegrías, caídas y regocijos, los dos abismos que tientan y atemorizan al poeta: el enigma del ser con las galaxias aprisionadas en el ánfora sacra de solo un cuerpo humano; y el otro, más vasto y resonante, el que se abre y está expandiéndose siempre en las vertiginosas constelaciones de las estrellas y más allá de las estrellas… Y es un pensar, un soñar, un hacer, un escribir, un laborar, un absorber, un dar y un crear que no conocen término, porque la vida del hombre es la traslación que no se detiene nunca y si el amor la mueve y la conmueve, ella sabrá extraer sabiduría del dolor, convertirá lágrimas en júbilos serenos, dará sentido nuevo y profundo a todo menester de varón real o imaginario. Y por múltiple y apurado que sea el afán del diligente, siempre hay un minuto en la frescura de la mañana, en el radiante mediodía, al pausado atardecer o en la noche enigmática para sorprender los secretos de la rosa y del jazmín, de la hoja tremulante, del pájaro fugaz, de la fuente que murmure en sordina.

Lisuarte quería componer el mundo, enderezar su país, cambiar a los hombres, afán absurdo pero no estúpido porque si no existieran idealistas condenados de antemano al fracaso el mundo sería una sórdida caravana de apetitos y logros materiales; quijotesco; sin medir sus fuerzas, se lanzó muchas veces contra molinos de viento que lo descalabraban mas no le quitaban el ánimo ni la fé. "Otra vez será. Nunca es malo embestir

a los poderosos y luchar por los desvalidos ¿Qué importa vencer o perder? Amo las buenas causas como las amaron Rolland, Péguy, Bolívar y Martí. Otra vez será".

María, en cambio, solo se ocupaba de sus deberes de esposa, de madre, de hija, de ama de casa; y aunque todo ello le significaba renunciamientos, fatigas, celo y perpetua vigilancia para mantener inalterable el orden de la casa y del hogar, aún se daba tiempo para compartir las horas de descanso del marido, encantando sus ojos y solazando su corazón: una esposa a la que siempre se encuentra joven, linda, elegante con sencillez, receptiva, animosa y alegre ¿no es el mayor regocijo del matrimonio?

Años del mediodía, más dulces cuanto más esforzados o difíciles, noblemente labrados en el granito azul del tiempo.

18

Estaba en la piscina del "Hilton", saboreando un café turco, perdido en evocaciones lejanas. Bruscamente una voz conocida lo sacó de su abstracción:

—Perdone, señor Lisuarte. Quería despedirme; nos vamos esta tarde a Grecia.

Conversaron un rato. El boliviano sentía sincero afecto por el joven Lorenzo Rosálvez. El había sido, también, un muchacho que componía versos e imaginaba románticos encuentros. ¿Qué le guardaba el destino? "No desconfíes nunca de Dios ni de tí mismo —Díjole—." A los que mucho aman y mucho sueñan, siempre se les abre el horizonte. Y cuando el muchacho se despedía, agregó suavemente:

—Ve con Dios, muchacho. Que él te conceda una compañera digna de tus sueños.

Hermosas mujeres, jóvenes arrogantes, gentes maduras y viejecillos impávidos en traje de baño se desparramaban en el agua y en mesitas al borde de la piscina. Excepción hecha de una señora de edad avanzada que contemplaba tristemente la escena, todos los rostros irradiaban gozo de vivir. Niños gritando, niños corriendo, niños moviendo la mañana. ¿Será —como dijo Eluard— "que existen otros mundos pero que están en éste?" Lisuarte pensaba en los conventillos que lo mismo en Estambul que en La Paz son el infierno para sus apretados moradores. En el purgatorio de los neutros o indiferentes que pasan ajenos a las grandes excitaciones de la acción. Pero éstos satisfechos moradores de la piscina del "Hilton" ¿no residían, acaso, en paraje edénico? El antro subterráneo, la zona gris de los hastiados, el cielo terrestre se tocan y articulan sigilosos; y nadie sabe por qué designio oculto cada cual transcurre en uno de los tres sectores.

Fuése a recorrer tiendas para adquirir recuerdos destinados a la familia.

Luego tomó un vaporcito y atravesó el Bósforo flanqueando el puente Gálata.

Podía distinguir las cúpulas y los minaretes de las grandes mezquitas: Santa Sofía, la de Solimán el Magnífico, la Mezquita Azul. Cerca del mediodía, el tráfico de embarcaciones y vehículos se congestiona, las gentes pululan en calles, puentes y sobre el estrecho. El calor aprieta. Y detrás de las máscaras humanas asoma el viejo cansancio de las civilizaciones milenarias. Cruzado en la noche, el Bósforo deviene una inmersión poética en el misterio del oriente; mas ahora, en la fatiga de la hora media, resultaba denso, esponjoso, monstruo gigantesco que chupaba con avidez los accidentes del paisaje, los maceraba y confundía en el pesado ardor de la mañana turca.

Por la tarde preparó las maletas, escribió dos cartas y prosiguió el Diario de la Ausencia.

El avión partiría en la noche rumbo a Roma. Tuvo tiempo para trepar al techo del hotel y desde la colina en que éste se empina recoger la postrera visión de lstanbul.

¿Es una urbe occidental, es un refugio del oriente exótico? Evocó las palabras del Sakyamuni: "Mira todas las cosas como si fuera la primera vez, mira todas las cosas como si fuera la última vez". La ciudad de los Sultanes, en el embrujo de los cobres y los oros crepusculares, brillaba como una moneda nuevecita, recién acuñada, limpia de mácula y de usos; pero también, bajo el firmamento que transformaba sus azules mágicos en negruras fosfóricas, parecía una antigua amiga a la cual sentimos abandonar. Las penas más hondas, los recuerdos cálidos y el reencuentro extasiado habían transcurrido junto al Bósforo tranquilo. Mucho ver, mucho meditar...

Pero aún si no hubieran sucedido las experiencias subjetivas de Lisuarte, Estambul estaría siempre ahí para encantar a millones de seres que la recorren y le piden fórmulas ocultas para saciar su avidez viajera.

El Ataturk había despertado a la Bella Durmiente. ¿Hizo bien, hizo mal?

Al despedirse del paisaje inmemorial, el boliviano sintió un extraño afecto por la ciudad de los Sultanes. Era difícil separarse de ella, con la sensación de haber levantado apenas la punta del velo enigmático que la recubre.

Y el Bósforo, allí abajo, perezoso y sabio, parecía decir en líquidas palabras:

—Andabas presuroso, andabas melancólico. Regresa serenado el ánimo. La gran madre oriental te abrirá sus arcanos cuando trueques la impaciencia en el suave misticismo de los versos de Farid-Uddin-Attar, el buscador de Dios, el perfumista que persiguió las esencias invisibles en la visible apariencia de las cosas.

19

No es verdad que el tiempo, la voluntad, la resignada aceptación concluyan disolviendo las cuitas del desolada. Ni se restituye uno al perdido equilibrio interior. La dicha matinal, virginal, jamás regresa. Porque la pena, por profunda y verdadera, macula definitivamente al sentidor; y si existen instantes de rara alegría en que todo finge volver al pasado esplendor, es sólo que Maya, la ilusión, quiere aliviar al afligido, despide chispas fugaces antes que la sombra vuelva a imperar silenciosa. Por fuerte que sea el espíritu, no se levanta vertical después de la caída. Y aunque hayan transcurrido largos días de abatimiento, recuperación y altibajos depresivos o tonificantes, por mucho que la razón esclarecedora aconseje alejar el dolor y rehacer la vida con serena aceptación de lo irremediable, y ese mismo calvario de hondos quebrantos y furtivas venturas fortalezca el ánimo enseñando que el bien perdido sólo puede ser evocado pero nunca restituido, por lo cual únicamente caben la moderada tristeza y el recuerdo fiel, el solitario no entiende de sabidurías ni consolaciones. Un ala negra lo ensombrece desde adentro; ¿quién podría afirmar que lo comprende y comparte su aflicción? Todo penar, intransferible y único se refiere a una particular experiencia. No puedes explicar el dardo que te desgarra ni el trance que padeces es comunicable. Después de un extenso convivir, sólo la esposa entiende al esposo, y a la inversa. Por eso el Señor santificó el matrimonio para que la carga de la vida, repartida y compartida se alivie y dulcifique. Pero si uno de los cónyuges desaparece ¿qué resta al sobreviviente? El habituado a confidencia y búsqueda de apoyo se ve convertido en solo rector de su pensar y de su acción. Ya no la brisa acariciante de la ternura femenina que mitiga el dolor. Ni la confianza que emana del que se sabe acompañado. La ley oculta de los hadas es ésa: si más honda y extensa fue tu dicha, más cruel e insondable la amargura de haberla perdido. Porque todo se expía en el tránsito terreno, la felicidad tiene un precio y el más alto lo pagan los más favorecidos. Había decidido no dejarse vencer por el abatimiento, recorrer valerosamente los lugares con Ella visitados diez años atrás, ahuyentar lloro y tristeza para dar paso a la serena comprensión de su destino. Soledad, melancolía debían ser superadas. El hombre no puede detenerse en el pasado. Aún sabiendo que avanza hacia el vacío, debe proseguir avanzando... Esa es su nobleza. El amante desdichado puede rescatarse en el duro oficio de la hombría. Ser, hacer, servir al prójimo, purificarse en el sufrir. Programa excelente. Pero súbitamente la sombra lo cubre todo y dice: "Si Ella no existe tu tampoco existes". Entonces Roma admirable de los días felices se transforma en Roma gris, cóncava de las horas pesarosas. Y la colina del Janículo, donde ayer transcurriera una tarde inolvidable de revelación y poesía junto a la ausente, hoy deviene, sin Ella, paraje sin fisonomía, desprovisto de magia visual.

Y no obstante Roma es bella, grandiosa, mutable y versátil, aunque la rechace y descolore la desazón del abandonado.

Y si el abanico gigantesco se despliega, puede fundir en un friso inabarcable las revoluciones sucesivas de un estar y un recordar que acaso sean, solamente, ligamentos irrompibles de una misma y sola materia sucedida.

Misa de Cherubini en la Basílica del Mundo. Los coros de la Capilla Julia estremecen el recinto. Ahora, confundido en la vasta muchedumbre, mira de lejos el sitio que ocupaba —una década atrás— el embajador, cerca del Papa, de Cardenales y Arzobispos. Todo fausto y poderío, contrastando con la suavidad y mansedumbre de Juan XXIII. La teoría blanca de los Obispos. El

dorado resplandor de las casacas diplomáticas. Nobles y embajadores rivalizando en orgullo y condecoraciones. Las señoras de negro, más piadosas, rezando en voz baja. Y entre todas Ella, la más digna y hermosa, cristianamente recogida en la oración. La cúpula vertiginosa se abría sobre el inmenso escenario coronando la tremenda arquitectura. Abajo las naves colmadas de gentes y eclesiásticos; arriba luces, reflectores y altavoces. Y el movimiento concertado de las púrpuras cardenalicias y los guardias bizarros. Cómodamente ubicado en tribunas elevadas, seguro de su rango, podía, en aquel tiempo, observar tranquilamente la pompa y esplendor de las ceremonias vaticanas; San Pedro aparecía como un reino de fantasía deslumbrante de riqueza y majestad. Era difícil acercarse a Dios. Pero si te hallas de pie, apretado entre miles, sobre el duro pavimento y en vez de dominar el fastuoso escenario te pierdes en sus fauces, puedes recogerte y aproximarte al Señor. Lisuarte trocado de embajador a peregrino pensaba en los cambios del vivir, añorando no las ventajas del rango social, sino la presencia de la compañera. Cuando la ceremonia terminó y la basílica se fue despejando, aún recorrió sus naves, sintiendo que el vacío dejado por el torbellino humano desalojado se iba poblando de una invisible y misteriosa presencia. Se arrodilló y rezó por la amada ausente. Por una de las puertas laterales, confundido en la comitiva de los diplomáticos, salía el embajador llevando del brazo a su esposa, imagen de la vida riente y lograda. Por el atrio de San Pedro, atribulado en su quebranto, se alejaba el peregrino, con su carga inmensa de pesar y confusión. y al descender la tendida escalinata le pareció recoger una voz lejanísima: "Sufres, luego estás más próximo al Señor".

El jardín de las rosas, escondido entre avenidas, se mueve en el tiempo. Una vez, solo, meditaba en la terrible confusión del aura vaticana, donde lo humano y lo divino se tocan peligrosamente. Monseñor Samoré, firme y elástico buscando imponer su voluntad. Monseñor Dell'Acqua fino, insinuante, obteniendo más con menor presión. Ese otro monseñor altanero —¿Del Grano?— que exigía títulos y rangos… Nobles y dignatarios de la Santa Sede, colegas en las embajadas, capitanes de industria de la garra de Mattei, políticos, periodistas, escritores infatuados como Moravia, Silone, romanos de ley como Guinetti y Pertossi que hacen olvidar la vulgaridad de los advenedizos. La sociedad eclesiástica mezclada a la sociedad civil. La corte papal más encumbrada que la República Italiana y su nobleza declinante. Si el Cardenal Tardini trasunta la sagacidad y el vuelo de la diplomacia vaticana, hay tantos otros prelados y eclesiásticos en quienes se advierte el predominio de lo mundano sobre lo religioso. Ese exceso de pompa, de riqueza, de tradición y protocolo… ¿Dónde está Dios en la grandeza y esplendor de la Corte Papal? Pero una entrevista con Su Santidad Juan XXIII, santo varón, insigne conductor de la Iglesia Católica y al mismo tiempo el más sencillo de los hombres, devuelve a la fe cristiana; ésta es la criatura elegida, el pastor verdadero. Por su palabra y su bondad Dios llega a todos. La condesa florentina —¿cómo se llamaba?— que no pudo llegar a su corazón porque ya lo había entregado a la Única. De La Paz nadie respondía sus notas: un embajador boliviano es, frecuentemente, un exilado. Trabaja para el viento. ¿Por qué leyendo a Sartre o a Hemingway se vuelve siempre a Goethe y a Hesse? El "terribilísimo" abruma con sus mármoles: la fuerza en movimiento. Rafael serena con sus frescos y sus lienzos donde la magnitud y la belleza se reconcilian dócilmente. Ni el Trastevere ni la Via Veneto lo impresionaron. Pensaba en la misteriosa soledad de los arcos del Palacio de la Cultura, en rincones y boscaje s tupidos de Villa Borghese, en los paseos nocturnos por el Foro Romano, en el claustro porticada de San Pablo cuando Ella aparecía tres veces deslumbrante con la hermosura de una diosa griega, con el recato de la virgen cristiana, con el encanto siempre joven de la Amada que prestigia todo lo que ilumina su presencia… ¿Qué hacía, él, bebiendo filtros de cultura en Europa, mientras su Bolivia lejana se estremecía a los impactos de la revolución social? Le interesaba todo: las finanzas europeas, la política italiana, las filosofías de Sciacca y de Guardini, los avances técnicos en física y en química, la naciente astronáutica, el teatro de Brecht y Dürrenmatt (interesarse no es gustar), llegaba a Italo Svevo después de largos años de oír su nombre e ignorar su obra; se solazaba con los relatos mágicos de Buzzatti; los museos y las exposiciones, templos parques y jardines, las ruinas famosas y las tentativas de arquitectura funcional; ¿no lo encierra Roma todo?

Otra vez vino con Ella, rosa entre rosas. Entonces el diálogo se espaciaba. Caminaban lentamente por los senderos enarenados, se sumergían en la contemplación de raros ejemplares o en el cromatismo estallante de los rosales en flor. Tarde bienaventurada, hecha de paz, de hondos silencios, de musicalidad secreta. Al abandonar el recinto, María había dicho conmovida: "Yo era incrédula, desconfiada. ¿Recuerdas mis vacilaciones? Nunca creí que el amor conyugal podía afirmarse y aumentar con los años". Y él, burlón, había preguntado: "¿Y ahora qué piensas?" La esposa turbada como una colegiala: "Creo que al casar contigo encontré la felicidad que no termina..."

Todo pasa, todo deja de ser. Ahora el Parque de las Rosas es un jardín cualquier, desprovisto de belleza y significación. Desvanecidos los recuerdos, nada invita a la reflexión de los días pasados ni de las futuras acciones.

Otra mañana, frente al Templete de Esculapio, bajo la fronda del arbolar tupido, una sucesión de imágenes desplegó su memoria hacia horizontes que creía perdidos. ¿El arco de Septimio Severo o la Columna de Foca? Los muros ciclópeos del Coliseo, sus órbitas huecas, impresionaron a la esposa, y ella pensaba en las víctimas cristianas, en el poder cruel y brutal de los emperadores. El se enamoró de la mole circular desde la primera visita nocturna. Habían descendido juntos la escalinata florida de Trinidad de los Montes para recorrer luego las librerías y las casas de antigüedades de las calles próximas. "Que la belleza no te haga olvidar el reconocimiento al Señor"; y casi siempre terminaban los paseos romanos conociendo una nueva iglesia, como esa tarde en el atrio de San Jorge de Velabro cuando tuvieron la revelación del valor de ser creyentes en un mundo que se disuelve en la náusea y el vacío. En el Palatino, asomados al piso superior del estadio de Domiciano, él la había retenido para decirle, una vez más, su amor: "¿Sabes que hoy tengo veinte años, que acabo de descubrir a la muchacha más hermosa del mundo, que quiero casarme con ella y se llama María?" Los hijos andaban en gira por Europa; habían cenado en un delicioso restorán al aire libre de la Vía del Corso y luego se confesaron que si Dios concede a los esposos-amantes conocer juntos Italia, es el premio mayor a la fidelidad y a la espiritualidad del matrimonio. Cerca de la pirámide Cestio, en un parquecito acogedor había surgido la “Kassida" a la amada. En Plaza Navona, junto a los tritones del Bernini, una noche él le había confiado dos graves problemas que debía afrontar: uno con la Secretaría de Estado del Vaticano, otro con el gobierno de La Paz. No vislumbraba todavía las soluciones, pero ella tranquila y confiada expresaba: “No te preocupes. Ahora disfruta del paseo. Mañana hallarás el buen camino". Las risas y los juegos con familiares y amigos en la Fuente de Trevi. Subieron de rodillas los 28 peldaños de la Escala Santa. Como una cadena de muchos eslabones desfilaron las reminiscencias de las visitas a San Juan de Letrán, a los Museos Capitolinos, a Santa María la Mayor, al Castillo del Ángel, a San Pablo extramuros, a la Fuente Paula y tantísimos sitios que traían, nuevamente su excelencia, su perfume y su color… Entre todos, ese atardecer en el Janículo, de tintes róseos y violentos azafranes. El había evocado las luchas periodísticas, las rivalidades literarias, los años agitados frente al Ministerio de Educación, las polémicas de la campaña cívica, los afanes en la Embajada, las fatigas por la familia y los amigos, los libros publicados, cada uno con su historia y su quebranto interior, las horas felices y los días oscuros, triunfos, caídas ¿quién no los tuvo? "Pero todo esto es poco, nada, ante la dicha de haberte merecido. Ahora sólo pido al Señor la merced de irnos juntos en el último viaje".

Lisuarte no quiso ver a ninguno de los antiguos amigos. Pasó fantasmal diez días en Roma, alejado de todo conocido, en completa soledad. En los museos, en los parques, o caminando por las pobladas vías, su memoria se superponía a las visiones callejeras, o entrecruzaba las viejas imágenes con las nuevas escenas; entonces, despojo de sí mismo, se perdía en los laberintos de la pena y Roma, desprovista del antiguo encanto inicial era sólo la urbe fría, insensible, ajena a las cuitas del pesaroso.

El tráfico aumentó en la Piazza del Popolo, vehículos y gentes se espesan en grandes ovillos que nadie sabe cómo se desenredan, pero se desenredan. No: no fue la noche trágica del día de su partida la más angustiosa, sino el amanecer siguiente. Porque en aquella estaban todos tan aturdidos por la magnitud de la desgracia, que ni él ni los hijos atinaban a tomar conciencia de su desdicha. Anduvieron como sonámbulos por la casa: una pesada losa amenazaba aplastarlos. Fue solo al despertar ¿pero había dormido verdaderamente? cuando se derrumbó en la primera crisis nerviosa y de llanto. Había corrido a la sala, donde entre cuatro cirios la Bien Amada dormía para siempre. Los hijos descansaban todavía. Y él, solo en el terrible madrugar, estaba ahí arrodillado a los pies de la esposa inerte que no podía recoger su congoja. ¿De qué sirven religión, filosofía, moral, los acicates de la inteligencia y la cultura al desvalido, en ese primer impacto con el vacío? Lisuarte, aprendiz de humanista, servidor de su patria y de los suyos, era solo un gusanito desamparado retorciéndose de dolor. Nadie, como no fuera otro esposo que hubiera amado infinitamente a su compañera de toda una vida perdiéndola cuando iban a entrar a la edad crepuscular, podía medir la intensidad de su amargura. Volvía a sus labios la sensación de frialdad y de estupor que recogiera al besar por última vez la boca yerta de la queridísima… Rodaba, más que andar por Vía del Corso, sin detenerse, como otras veces, en las vitrinas. Empujó, fue empujado. Oía voces desatentas, sentía moverse personas apresuradas a las que parecía molestar la lentitud de su marcha. Las rejas del Banco di Roma desfilaban a su flanco. Al fondo se vislumbraba la mayor claridad de Piazza Venezia, y antes tropezaría con el Café Greco, ochocentesco, donde transcurriera momentos de plácida ternura con la Incomparable. Frente a la multitud de parientes y amigos, antes de levantar el féretro, él había hecho el voto solemne;

"consagro esta casa a María, y declaro que mujer alguna, excepción hecha de las mujeres de mi familia, entrará a esta casa donde ella seguirá reinando como esposa y amada mientras yo viva". Aquella vez —único litigio— en que Ella le pedía renunciar el ministerio producido un incidente de amor propio; él negándose alegando que debía terminar una obra. ¿Era orgullo, era porfía? Insultos, amenazas, los revoltosos queriendo raptar al hijo. No quería ceder, no tenía miedo; "pero cuando Ella confesaba" estoy asustada, tres noches que no duermo", el amor vencía del orgullo. "Tú primero; la política después" Y había renunciado afrontando las críticas, sin explicar razones. El sabía que se encaminaba al Palazetto, en cuyo patio se alza la prodigiosa arquería en doble juego arquitectónico de Leone Battista Alberti: nada más que formas gráciles, esbeltas, líneas blancas contorneando los arcos de espacio abierto. Nada más, pero todo el enigma de la geometría constructiva, de la forma en movimiento, estaba ahí, en esa reducida y silenciosa erección que soñaba volver a contemplar. La mañana era clara, luminosa, bajo el sol primaveral. Avanzaba despacio por las losas de la plaza y de pronto los paños negros del calvario fúnebre lo cercaron con su horror y pesadumbre. Regresaban los cirios y el féretro sombrío. La velada inenarrable junto a la Amada tendida. Todos de negro, palabras en voz baja, la salida del ataúd que era como conducir el corazón que le habían arrancado…Las escenas penosísimas en el panteón, que se reviven mas no se pueden describir. El retorno a la casa y en la segunda noche, en plena lucidez del infortunio, esa larga vigilia ante la muerte, presencia negra, invisible presencia que pesa y no se muestra. Llegaba la verdadera soledad. Un órgano de iglesia se desvanecía en la distancia. Después silencio: la absoluta soledad. ¿Podría sobrevivirla? Sintió la inmediata, la intensa voluntad de perecer. Pero una fuerza ignorada lo llevó al sitio donde Ella se arrodillaba todas las noches para agradecer al Señor los dones del hogar feliz. Lloró, se había dado a la oración. Orar, llorar, sumirse en aflicción ¿no es condición humana? y entre los paños negros de la segunda noche dolorosa, el rostro de la Siempre-Novia brotaba como una rosa de luz. En ese tiempo aún no sabía que la muerte no existe, porque la Gran Separadora obraba con la fuerza aterradora de sus iniciales desgarramientos inexorables. No más, ya nunca más… ¿Quién podría entender el vacío cruel del mutilado al que se despojó de su mitad esencial? Esa noche había comprendido, en su abismal espanto, la miseria y pequeñez de la criatura humana desprovista de comunicación con el ser que la integraba. Porque el hogar sin María, no era el hogar. La noche, sin Ella, no invitaba al reposo. Paz, alegría, íntimas ternuras, los pequeños júbilos domésticos y las grandes victorias de la vida fugaban definitivamente. Cuanto más largo y más bello el transcurrir matrimonial, más terrible la desgracia del abandonado. Mas la desaparecida asomaba en un sendero del jardín botánico de Lisboa; la veía, erguida y desafiante, sobre la barca que surcaba las aguas de Venecia; tranquila en las riberas del Lago Sagrado jugando con las piedrecillas de Copacabana; deslumbradora en los bailes de Palacio; discreta y sutil en los paseos vespertinos; o regresaba en vivaz aproximación por el encantamiento del noviazgo que confundía sus puras melodías con el fondo armonioso del contrapunto conyugal… ¡Pero si eran evocaciones felices para borrar el mal recuerdo! Ella avanzaba hacia él, airosa y joven, desde la acera opuesta. Se abalanzó a su encuentro y en el mismo instante un fuerte impacto con algo duro y pesado lo arrojó al suelo.

La gente se arremolinó en torno al accidentado. Dos vigilantes pedían detalles al chofer asustado que manipuleaba implorando el testimonio de los viandantes.

Lisuarte, aturdido, se incorporó con ayuda ajena. Había sido tomado de costado por el guardafango del vehículo; un ligero dolor en la pierna izquierda y pequeñas magulladuras al caer. En conclusión: casi nada, un accidente con suerte. Los vigilantes insistían en arrestar al conductor que protestaba desaforadamente.

—Déjenlo —dijo el boliviano—. Yo estaba distraído y atravesé la calle bruscamente sin mirar lo que venía.

—Finalmente! —contestó el chofer—. Un "señor" que dice la verdad. Que Dios lo bendiga.

En Roma no es posible caminar entre multitudes y abandonarse al fluir de los recuerdos. El exceso de concentración pierde al incauto, lo deja indefenso en el torbellino de seres y vehículos que buscan ingeniosas maneras de evitarse.

Se propuso ser más prudente, reservar los tormentos y placeres de la memoria para los momentos tranquilos.

La estancia en Roma transcurrió en un extraño delirio. Rehuía a la gente, se acorazaba en su propia desazón. Visitar los sitios conocidos era revivir la dicha pasada para recaer en la tristeza actual. Las comidas sabrosas y los vinos famosos no eran gustados como antaño. Asistió a varios

conciertos, pero ninguno le devolvió el temblor extático junto a Ella, en el Aula de la Bendición cuando coros y órganos exaltaban al Señor; o aquella otra vez que Benedetto Michelangelo interpretara el Concierto Emperador. En los museos, la memoria, fidelísima, recordaba los gustos y juicios de la esposa. Descendía a pie la vereda zigzagueante que conduce de la terraza del Pincio a Plaza del Pueblo y le parecía escuchar la voz amada en los tiempos que la recorrían en auto: "Conduce despacio, Leonardo, ten cuidado". Tibias noches de Monte Mario, horas sosegadas en Villa Borghese, los días de Villa Ada, el traslado a Vía Bruselas, Parioli, las excursiones a Tívoli, Frascati y los "Castelli", hasta el cruce por la desolada plaza Verdi o las mañanas en la vía de la Reina Margarita, todo traía el recuerdo y el perfume del nombre amadísimo: Roma, nuevamente bautizada en el amor a María, había sido, después de la Paz, la ciudad más digna de afecto y admiración. Ahora se presentaba inmensa, siempre majestuosa, desprovista de esos tintes del sentimiento que sólo una dicha largamente compartida regala al corazón. ¿Qué significaban, por último, este viaje absurdo, este hurgar en la llaga sangrante, esta muda soledad del soñador que ya no atinaba ni a decir su infortunio? Recibió cartas de los hijos y se conmovió profundamente: los hijos de María, "su mayor tesoro", eran dignos de la ausente. Tenía que velar por ellos, seguir viviendo para ellos, proseguir la obra de la madre admirable. Recordó cómo ambos los habían ayudado en el difícil trasplante del Ande al Tíber. La maravillosa concertación del cuarteto familiar que Dios quiso ajustar con rara perfección. Roma, entonces, nuevamente recuperada en la memoria de la esposa y en las virtudes de los hijos, se le aparecía como la tierra prometida de la esperanza final. Pensó que la amargura de la segunda estadía romana, tenía un sentido oculto, era necesaria. Porque la mucha felicidad no puede ser; debe expiarse en melancolías. Y si el hombre de realidades sólo tiene un vacío que llenará con renovada actividad, en cambio al soñador fue concedido transmutar la congoja en teofanías.

Una noche en la Plaza de la Exedra, frente a la fuente de las Náyades, las notas del concierto de violín de Mozart K. 268 (el primero del genio austríaco que ayeran juntos en la casa de la calle Indaburo) alzó tumultos en su corazón. Roma no era triste ni estaba desprovista de calor. La ausente continuaba próxima como si la misma ausencia la hubiera acercado más al solitario. Nada muere, nada desaparece. La novia, la joven esposa, la madre ejemplar unimismadas en la amada sin par, se mantenían vivas en la frescura del buen recuerdo. Persistía el aura de los días felices. Cerró los ojos y recogió las palabras de la voz querida:

—Te amo tanto que no podría vivir sin tí. Estaré a tu lado sin cesar. Y un día nos iremos juntos hacia donde mande el Señor.

Así supo Leonardo Lisuarte que la pena hermosa es el don que El otorga al creyente, al buen amador, para aliviar su dolor y su tristeza.

X

Vencida la frustración de la lucha cívica, Lisuarte volvió con renovado ardor a la actividad privada. Ensayó el comercio, trabajó en una industria pequeña, perdió y recuperó dinero en minas. Pasó de la conferencia política a la disertación literaria. Sus ensayos cobraban madurez, sus artículos se publicaban en diarios y revistas del exterior. Los partidos lo rondaban, deseosos de incorporarlo a sus filas; pero él había sentenciado: "la política es una mugre" y se mantuvo lejos de ella varios años.

El tiempo de la acción transcurre rápidamente, y aún queriendo evitarlo el retraído se ve arrastrado por el torbellino de la política, que en Sudamérica es el aire que respiramos.

Influido por la prédica nacionalista, revolucionaria, que aspiraba a mudar las estructuras, buscando la redención de las mayorías analfabetas y la liberación del campesinado, Lisuarte comprobó que su propia lucha contra el Superestado Minero y la defraudación de impuestos de los grandes millonarios, estaba inscrita en los anhelos renovadores del pueblo y de la juventud. Había defendido esos ideales sin militancia partidista. Poco después era invitado a presidir la Comisión de Reforma Educacional por el Gobierno Revolucionario que había nacionalizado las grandes minas de estaño, efectuado la reforma agraria y otorgado el voto universal.

—Esta será la cuarta conquista fundamental del pueblo —dijo el Presidente de la República.

—Pero yo no soy un educador —replicó Lisuarte— ni un político; hay hombres más preparados para dirigirla.

Se equivoca usted —expresó el Mandatario—. Un educador se haría parte con los maestros, infiltrados por las consignas marxistas. Un político sería resistido por los otros partidos y aún dentro de nuestras propias filas. A usted se le respeta por su condición de intelectual.

—Le estoy reconocido por su invitación, señor Presidente. Aceptarla significaría, en cierta manera, volver a la política; y bien… la verdad es que no deseo volver a ella...

El Presidente recorría a grandes pasos la sala. Frunció el ceño. Parecía molesto. Le agra daban la franqueza y firmeza del candidato por él elegido, pero veía que se le escurría de las manos. Intentó, entonces, el último recurso:

—Señor Lisuarte. Usted cristiano, usted católico como la mayoría de nuestro pueblo, tiene un deber que no puede rehuir. El sector más fuerte del magisterio, encabezado por Rugeles, el sociólogo marxista, líder de izquierda, comunista de convicciones, será el que lleve el timón en la reforma educativa. Si no lo afronta un hombre de la preparación y el carácter de usted, la reforma será comunizante y entiendo que ni usted ni yo queremos eso para nuestro país. Apelo a su patriotismo y le confieso que varios personajes se negaron a enfrentar a Rugeles. ¿Vacilaría usted, el idealista que predicó aventura y sacrificio?

La respuesta fue instantánea.

—Acepto presidir la Comisión de Reforma Educacional.

En solo cuatro meses hubo que montar oficinas, organizar un sistema de trabajo, acopiar información técnica de otras naciones, realizar mesas redondas con instituciones y sindicatos, dirigir arduos debates, orientar el trabajo de las comisiones internas, conciliar doctrinas opuestas y —sobre todo— mantener la consigna del gobierno para que la reforma de la enseñanza, aún siendo de orientación científica, popular y revolucionaria (una educación de masas en vez de una educación de clases) no cayera en el totalitarismo comunista negador de la persona humana y sus derechos.

Ciento veinte días vertiginosos que prolongaron su presión en muchas noches de vigilia. A veces no podía ir a cenar a la casa. Regresaba tarde, madrugaba, quedaban pocos minutos para confiarse a la esposa, y los problemas eran tantos, las contrariedades tales, que el impaciente deploraba: "No debí aceptar este trabajo. ¿Podré terminarlo? La mayor parte del tiempo se va en discusiones, intrigas y pequeñeces". Ella, serena, reflexionaba: "No seas impaciente. Llegarás a puerto".

Cuando la reforma educativa llegó a término, cristalizando en el primer Código de Educación de la república, con principios pedagógicos avanzados y conquistas sociales positivas para maestros, estudiantes y clases populares, hubo reconocimiento unánime de la opinión pública para profesores, técnicos y el hombre que los había conducido en la difícil empresa.

¿Cual había sido la mejor recompensa? El beso de la esposa. Esa noche, antes de conciliar el sueño, Lisuarte pensaba que sin la colaboración silenciosa de María, guardadora de la paz y el orden de su hogar, no habría podido realizar bien su tarea. Porque ella veló por su salud, preparó sus comidas, le evitó molestias y mayores preocupaciones, le ayudaba a corregir los informes, se plegaba dócilmente a las exigencias del nuevo trabajo del marido. Se atribuye todo el éxito de una empresa al hombre, sin reparar en la tarea invisible, abnegada de su compañera. Ella es la soportadora del hogar, la dadora de alegría al esposo ya los hijos, la que acepta voluntariamente la carga de monotonía y de fatigas que supone organizar y dirigir el sistema familiar, para que los suyos disfruten de vida serena y regalada. Y en los duros trances, cuando más se exige de la compañera, ella multiplica esfuerzos y desvelos, suaviza asperezas, apacigua las tempestades del genio masculino, lo conduce a puerto seguro cuando parecía naufragar.

—Estarás contenta. He terminado la misión, no ingresé al partido de gobierno y he vuelto a tí y a mis libros.

María, cauta, no se sentía tan segura.

—Hiciste tu labor tan bien, que temo que más tarde te arrastren a la política.

Pasaron dos años más. Los hijos crecían. Se acrecentaba la familia ideal: había publicado 18 libros. La vida fluía rápida y varia". "Pasiones" de Bach, Misas de Palestrina, óperas de Gluck, la revelación de Purcell. Lucrecio y Plutarco, Milton, Ibsen, Dickens y Calderón, alternados con los nuevos: Bernanos, Malraux, Buzzatti, Baring. Un corto viaje a los Estados Unidos con Carmen, la hija mayor, ya jovencita: quince días separado de la encantadora, quince cartas que vuelan de Nueva York a La Paz. En el Congreso por la Libertad de la Cultura, Lisuarte provocó un debate acalorado denunciando a los banqueros imperialistas en su propia casa. Ella lo recibiría feliz y advertidora: "No puedes dejar de buscarte líos..."

Subir, afirmar un nombre, abrirse paso no es sencillo. El notaba que los ataques al escritor eran cada vez más directos, más venenosos. No todos los parientes y amigos igualmente agradecidos. Si la vida se complicaba en el escenario externo —huelgas, sindicatos, motines, cambios sociales— también la psique de las gentes parecía cambiar; se tornaba más difícil y compleja la convivencia. Ganar dinero costaba dos veces el esfuerzo de otros años. Resistir la presión constante de los políticos constituía otro problema. La Paz de los años 50 y 60 no era la misma de los años 30 y 40.

"Estás muy recluida en la casa. Quiero demostrarte que sigues siendo la mujer más seductora" había dicho Leonardo. Y la llevó a una fiesta en el Club Social.

Elegante en su traje blanco, cuidadosamente peinada, con ese porte soberbio de dama patricia en presencia juvenil, María reapareció causando sensación entre jóvenes y adultos. Todos querían sacarla a bailar. Lisuarte, disfrutando el éxito de la esposa, se preguntaba viéndola girar ágilmente: "¿Han pasado más de dos décadas, es ella, es otra? y o la veo como mi novia, ligeramente acentuadas las líneas del cuerpo estupendo, la mirada pura y brillante, siempre hermosa, joven siempre… ¿Pero cómo la ven los otros?" María danzaba con gracia y señorío, sabía dar a cada cual el trato debido; nadie se retiraba descontento después de haber bailado con ella, pero tampoco nadie le faltaba el respeto porque su fama de mujer intachable la precedía.

En un descanso de la orquesta Lisuarte miró a la esposa emocionado y cogiéndole afectuoso las manos dijo:

—¿Cómo podría expresarte lo que siento? Pasaron veinte años y es como el día primero: sigo absorto ante tu hermosura y gentileza.

Ella quiso desviar el elogio:

—¡Mira, mira cuantas muchachas lindas!

—N o quiero ver a nadie: sólo a tí. Al niño lo bautiza la Iglesia, al hombre lo funda la mujer. Cuando pienso en todo lo soñado y realizado, desde que te encontré, creo que la materia de mi ser brotó de tu presencia, de tus palabras, de tu amor. A mi madre le debo el ser físico, a tí el ascenso espiritual. Hombre me hice en tus brazos, soñador en el misterio de tus ojos. Si el mundo, todo, fuese a desaparecer desvaneciéndose en instantes, yo pediría como gracia final sumergirme en el arcano de tu mirar enamorado...

—¿Me trajiste a la fiesta para seguir soñando? -preguntó la esposa.

—Soñar, vivir… ¿No son una sola y misma cosa? La fundación de Leonardo se produjo entre un sueño y un encuentro. Soy el varón más afortunado porque te amo y te miro única entró todas las mujeres.

Una sombra melancólica asomó a los ojos de María.

—Me mimas tanto —-dijo— me vas acostumbrando en tal manera a tus delicadezas que el día que ellas me falten no podría vivir.

—¿Cómo puedes pensar lo imposible? Mientras yo aliente, tu lo primero y lo más alto en mi vida.

Ella vacilante:

—¿Y cuando envejezcamos y me marchite como toda mujer de edad avanzada?

Lisuarte se rió con desenfado:

—¡Tú, tú envejecer! ¡Qué locura! Llegarán canas y arruguitas. Tal vez no podrás moverte con agilidad juvenil. Tu risa bajará de tono. Será más suave tu alegría. Es natural que al tiempo crepuscular ya no tengamos la fuerza matinal de la juventud. Pero por cada hebra de plata en tus cabellos, por cada línea finísima en tu piel, por cada fatiga en tus manos laboriosas, por cada pena en tu corazón generosísimo, yo agregaré más fuego y más ternura a mi amor. Si llegamos juntos a la vejez, serás la viejecita más feliz y más amada del mundo.

María, con los ojos húmedos de llanto:

—Yo no sé expresarme… pero si puedo decirte… que por inmenso y leal que sea tu amor, yo siempre te quiero más.

El no recordaba bien cómo se eslabonaron los acontecimientos. Halagos del gobernante y del partido, sus propias actuaciones públicas, el mensaje de sus libros, y aún sin desearlo él ni su familia, Lisuarte fue designado Ministro de Educación.

Dos años cautivo en la política y en la burocracia fiscal. Mirando desde afuera, el juzgador piensa que el señor ministro es un privilegiado de la suerte, un pícaro al que todos los excesos le son permitidos. Le atribuye robos, amantes, desafueros, actos de nepotismo, arbitrariedades, intrigas. Puede ser inteligente y laborioso; no importa: es el señor ministro y debe ser criticado. No se llega tan alto —estiman muchos— si no es para medrar y gozar en abundancia de las ventajas del poder. ¡Cuán otra la realidad! No que el ministro sea santo, héroe o varón sin tacha; hombre al fin corre los riesgos y tiene las flaquezas de la especie. Mas para el ciudadano responsable —Lisuarlo era —gobernar consistía en la penosa servidumbre al bien común. Un presupuesto escaso, siempre inferior a las necesidades de la enseñanza, siempre en déficit, incapaz de satisfacer las urgencias crecientes del aumento vegetativo de la población escolar. Los maestros descontentos por los bajos salarios. Los estudiantes revoltosos exigiendo mejores locales, útiles, campos deportivos. El magisterio y el partido de gobierno en constante pugna tratando de ubicar mejor a sus partidarios. Litigios personales, intrigas, ambiciones, entre profesores, padres de familia, aún entre los precoces lideres de los colegios secundarios. Si no existen fondos suficientes para promover la educación menos los habrá para actividades de cultura. Pocos funcionarios competentes en el ministerio. Reunir un equipo de técnicos fue labor dura y difícil. Huelgas y disturbios eran frecuentes; muchas horas para invertirlas en debates agotadores. Anarquía, profundo descontento, rayano en la beligerancia, entre gobierno y magisterio, y éste mismo, dividido en sectores que se combatían enconadamente. Esto fue lo que encontró Lisuarte al asumir la cartera de Educación. En los dos años transcurridos desde que entregara el proyecto de Código de la Educación al gobierno, hasta que se posesionó de ministro del ramo, ya el documento había sido desnaturalizado por el decreto que lo institucionalizó y luego por malas prácticas de la burocracia administrativa, abandonándose la campaña nacional de alfabetización que era uno de los pilares de la "educación de masas" preconizada por el código. Lisuarte pensaba que llevando adelante la grandiosa tarea habría servido uno de los mayores anhelos de su pueblo. En las primeras reuniones de Gabinete aprendía, desolado, que los problemas educativos eran sólo una pequeña parte de los muchos y mayores problemas del Gobierno. Se escuchaba con

deferencia al Ministro de Educación, se aplaudían sus planteamientos, pero en las decisiones sólo hallaba respaldo en el Presidente y en uno que otro colega. Vióse, pues, librado a su solo esfuerzo porque los demás ministros, agrupados en sectores dentro del Gabinete, recelaban y no daban apoyo a los dos o tres ministros que actuaban independientemente. Problemas de financiamiento, problemas de organización, problemas pedagógicos, problemas sociales, problemas humanos; todos eran problemas. Y dentro del sistema unitario, de concentración excesiva de la autoridad, el ministro debía atender, estudiar y resolver todos los conflictos, ayudado por sus técnicos ciertamente, mas en último término solo responsable en las decisiones. Peleas, peleas, desagrados, decepciones. Es tanto lo que se quiere hacer y tan poco lo que se alcanza a realizar. Ganando el apoyo de los ministros de hacienda y de economía —larga tarea— ingeniándose para financiar con recursos extraministeriales su menguado presupuesto, Lisuarte pudo disponer de fondos para otorgar dos aumentos de salarios a los maestros, mejorar el estado de los edificios escolares, importar laboratorios y equipos gimnásticos, reservando, además, una apreciable suma para fomento de la cultura. En vez de azuzar la división del magisterio para manejarlo mejor, exhortó a los maestros y los unificó ganando su confianza y su afecto. Fue combatido en el Gabinete y en el Partido por su política de amistad con el magisterio, pero él defendió con entereza a los maestros: no eran adversarios del gobierno ni del partido, sino personas irritadas por un trato injusto. El nuevo trato les devolvería la calma. Y así ocurrió. También los turbulentos estudiantes fueron sosegados por el tacto y la paciencia. Editó una revista de cultura, fundó la biblioteca de clásicos nacionales, promovió la edición de obras de autores noveles, se crearon los Premios Anuales de Ciencias y Letras, se fomentó las artes plásticas, se establecieron organismos de arqueología y folklore, se creó la dirección nacional de cultura del ministerio, se impulsaron las actividades del "ballet" y de la sinfónica. Existieron concursos literarios y artísticos. Se pudo hablar de un renacimiento de la educación y la cultura. ¡Qué satisfacción cuando en medio de fatigas y contrastes pudo fundar una biblioteca, una pinacoteca, y un Estadio Escolar! Todo ello suponía inmenso esfuerzo de trasfondo en la tarea cotidiana, porque técnicos, profesores, intelectuales, empleados que lo seguían y colaboraban no habrían respondido con eficiencia si no hubiesen sido estimulados por el ejemplo del ministro que los acicateaba con su dinamismo. "¿No me estaré volviendo un jactancioso al enumerar estas vulgaridades? y la vida ¿no es mitad ambición mitad vulgaridad?" Varias noches de estudio y debates: salía el Escalafón del Magisterio. Se planificaba la reforma de los programas de estudios. Pero el ministro y sus técnicos se vieron frenados en los dos grandes objetivos pedagógicos: la campaña nacional de alfabetización y la educación vocacional bifurcando la enseñanza secundaria. Resultó imposible financiarlos. Esa labor tenaz, educativa, cultural y deportiva (cómo se regocijaba recordando que él había alentado al equipo boliviano que en tres jornadas relampagueantes venciera a los cuadros nacionales de Paraguay, Chile y Argentina) debía ser alternada con banquetes, recepciones, ceremonias oficiales, discursos de ocasión, celebraciones patrióticas y el cúmulo de compromisos que acarrea la función ministerial. Luego había que dar satisfacción a las peticiones de Senadores y Diputados, contentar a los jerarcas del Partido de Gobierno, conciliar los pedidos del Presidente y de los colegas del Gabinete con los principios de equidad que lo guiaban. "Estás cansado. Un año de labor agotadora. ¿Por qué no renuncias? Ya hiciste bastante. Tu gestión será recordada", —insistía la esposa viendo cómo flaqueaba su salud. Vencido por la preocupación de María y tomando pie de un incidente nimio renunció el ministerio. Pocas semanas después, producido un grave conflicto que terminó con el destierro de treinta maestros, éstos pedían públicamente su regreso al Ministerio de Educación. Invitado nuevamente por el gobierno reasumió esas funciones. Otro año más de 'disgustos, fatigas y hondas responsabilidades. Nuevas huelgas, luna de ellas peligrosa con amenaza de rapto del hijo del ministro. Los conflictos habituales Lisuarte los resolvía con serenidad, bien colaborado por profesores y técnicos que le guardaban gratitud. Discusiones en las Cámaras, aclaraciones en los periódicos, mensajes a los estudiantes, admoniciones a los maestros. El demonio de la actividad lo poseía. Visitaba escuelas, centros de enseñanza rural, organizaba certámenes entre colegiales. Enérgico enfrentamiento con otro ministro que pretendía que un obrero vale más que un maestro, restituyendo la primacía del educador. Otra vez, en un debate, un diputado avanzó hacia el ministro Lisuarte revólver en mano siendo desarma- do por otros colegas. Ocultó el incidente a la esposa. En el Gabinete debía luchar contra los excesos de los jerarcas del partido. Para los partidos de izquierda no era suficientemente revolucionario: había que destruirlo. Para los partidos tradicionales era un demagogo:

debía ser eliminado de la escena política. No siendo dócil a la consigna partidista, tampoco encontró acogida en el partido de gobierno. Fue atacado en el propio diario oficial. Se decía que el escritor quería aumentar su prestigio a costa de la conveniencia del partido. El segundo año fue mas amargo que el primero.

Por el tiempo que pasó en política, agobiado de obligaciones, María extremó su amor y comprensión hacia el marido. Hacía notar finamente los yerros, estimulaba sus éxitos, apaciguaba el dolor de las caídas, era el consejero mejor para las grandes decisiones. Pasó muchas noches en vela, aguardándolo hasta el amanecer. De cuando en cuando almas malignas le enviaban anónimos, amenazas por teléfono que ella callaba para no afligir al esposo, pero que herían hondamente su sensibilidad. No se pueden medir las grandes fatigas del varón con los callados sacrificios de la mujer; aquellas tienen en sí mismas su recompensa, la gloria aguarda al afanoso, mas el heroísmo silencioso de la esposa rara vez advertido por el marido o por los hijos, ese no tiene premio en la tierra. Lo que no se ve en la tarea femenina, es siempre más, mucho más que aquello que se ve. Y si es verdad que existen mujeres malas, que los novelistas toman como protagonistas de historias escandalosas, las buenas madres, las esposas ejemplares son innumerables, sus virtudes dignas de loa y reconocimiento.

Ella no creía hacer nada extraordinario. Era una madre, una esposa simplemente. Consagrada al hogar, al cuidado de otros distribuía entre los hijos, el jardín, las labores de la casa, la lectura, el cuidado de la anciana madre y la dedicación al marido todo su tiempo. Limpiando vidrios o regando plantas, María recordaba los días felices en que Leonardo se recogía temprano al hogar, los largos paseos habituales, las mutuas confidencias, las pesquisas en las letras y en las artes, sintiendo nostalgia por las tardes en el Estudio templadas por la buena música, las risas de los hijos y el golpeteo familiar de la máquina de escribir. ¿Cómo podría, ella, decir al marido cómo extrañaba ese distanciamiento de la intimidad conyugal? Cortos eran los momentos de expansión. El, absorbido en el trabajo exterior, sentiría menos el alejamiento de la paz matrimonial; pero María, habituada a la presencia constante, al cariño solícito del esposo, sufría con mayor intensidad ese cambio brusco que la política introdujera en el hogar.

Supo esconder pena y desencanto. El llanto lo vertía en soledad. Al marido le ofrecía, siempre, la faz risueña, el ánimo compuesto. Se manifestaba optimista, tranquila, cuanto más complejos los problemas que él traía a la casa.

Muchas veces Lisuarte se preguntaba si habría soportado el peso abrumador del ministerio, si María no le hubiese brindado el refugio ternuroso de su compañía.

Organizando metódicamente las horas de trabajo, pudo publicar dos libros más en esos años, de modo que la política no perturbó su acaecer literario.

“A mí no me obligues a ir a las fiestas de Palacio ni a las Embajadas —había rogado ella— déjame estar en casa". Así fue en el curso de un año, pero el Día de la Patria, no pudo eludir su asistencia al banquete y al baile en el Palacio de Gobierno a los que concurrirían todos los ministros acompañados por sus esposas.

Esa noche, en el palacio, bella y elegante la señora del Ministro de Educación era doblemente envidiada por las beldades jóvenes que rechazaban al nuevo astro y por las señoras de su generación, que se negaban a reconocer que María las eclipsaba en hermosura y apariencia juvenil.

Al día siguiente, antes de entrar a considerar los asuntos de Estado, el Presidente de la República decía al Ministro Lisuarte en tono amistoso:

—Yo no conocía a su esposa. Es una dama encantadora. ¿Por qué la tiene usted tan escondida? Anoche lucía entre todas. Lo felicito.

Pero ningún halago, ni los ruegos del marido vencieron a la retraída. "Fui a palacio para que vieran que tenías mujer. Saciada la curiosidad ajena, déjame volver a lo mío. Yo no nací para los salones". Esto último no es cierto —pensaba Leonardo— porque nadie luce

como ella en una fiesta. Y no era solo el amor apasionado del marido el que la encumbraba en la reunión, pues Lisuarte advertía el efecto que su fina personalidad causaba en los demás. Altiva y reservada por temperamento, sabía ser afable y gentil. Dominaba ese arte sutil que solo las damas virtuosas e inteligentes conocen, de interesar al hombre manteniéndolo a la distancia adecuada. Su elegancia sobria. Su porte distinguido. Sus maneras delicadas. El cuerpo de líneas esbeltas. Y en la cara soberbia, de belleza meridional, los ojos oscuros centelleaban con luz insólita. Lisuarte no era celoso, ni tenía por qué serlo. Le agradaba ver cómo amigos y desconocidos se disputaban el honor de bailar con su mujer. "Es la deidad inaccesible" —había dicho alguno respetuoso de su virtud. Y un petimetre, contenido a tiempo, agregaba venenoso: "Es una tonta: sólo quiere a su marido".

Habían transcurrido veinticinco años desde el día en que el pequeño arquero le atravesó el corazón. ¡Cuánto tiempo! ¿Pero existe el tiempo? Seguramente él había cambiado, era muy otro del muchacho impaciente, impulsivo y soñador que fue. Pero María era la misma del tiempo ido, nada había cambiado en ella, ni en sus rasgos, ni en su apariencia física, ni en su espíritu. Seguía siendo el ideal hecho mujer. "¿Será éste el verdadero amor, el que no conoce cansancio ni mudanza, el que Hebe toca con sus dedos mágicos? Lo mismo en el esplendor de los salones, que en el casto refugio de mi hogar —se decía Lisuarte— yo veo en mi mujer al don que se recibe de lo alto. Y no importa que las gentes se mofen de esta persistencia en la dicha matrimonial, la más segura y la menos comprendida, porque el elegido debe ser humilde, reconocido, y aceptará burlas y envidia como bagaje necesario para un tránsito feliz".

Un concierto de Nardini. Tintas del Ticiano. Muebles y arquitecturas de occidente. "La Flauta de Jade": versos chinos. Comentarios a la sabiduría que fluye de la boca teresiana: "El pecado del intelecto que es el pecado satánico de querer comprenderlo todo y alcanzar las verdades más altas". María descubrió la seducción del cortesano de Castiglione, Leonardo se solazaba en Montaigne y en Chesterton.

Otra tarde, interrumpiendo las lecturas, el esposo decía exaltado: escucha estos versos de Calderón:

"… que si estrellas del día son las flores, flores son de la noche las estrellas…"

"¿Hay algo más perfecto y más profundo? Pero estas cosas, estos hallazgos —agregaba— perderían toda su fuerza y su color si no pudiera compartirlos contigo".

María, en el jardín, una mañana soleada.

—"Quisiera pasar una tarde aquí, leyendo, conversando, sola contigo, metidos en el verde, paseando a ratos, viendo cómo lucen los pinos, el vuelo de los pájaros. Hablando de esas cosas dulces y queridas que solo sabemos los dos".

—Es la nostalgia de los días dichosos, que ahora solo se nos concede por minutos —repuso el marido. Ya volverán. Tengamos paciencia.

Aún faltaban largos y difíciles meses para dejar la pesada carga del Ministerio.

Trabajaba intensamente con sus técnicos planificando el desarrollo pedagógico y la economía educativa. Promovía los deportes. Buscaba financiación para un plan de edificaciones escolares. Impulsaba la educación obrera. Adquirió material didáctico para las escuelas. Editó textos y canciones escolares. Entregó, dos años consecutivos, los Premios Nacionales de Literatura a viejos y nuevos escritores. Publicó una revista de estudios pedagógicos. Siguió propiciando la edición de libros nacionales y una obra monumental de arqueología que se juzgaba imposible de imprimir en el país. Instauraba el Salón de Artes Plásticas. Fomentó concursos pedagógicos e históricos. Decretó el fuero moral para los maestros, para evitarles persecución política por sus actividades sindicales. Estas conquistas se produjeron en medio a las huelgas y desórdenes habituales, porque en país subdesarrollado nada se obtiene sin tumulto y sin esfuerzo.

Al finalizar su doble gestión ministerial, el escritor Lisuarte, dejaba el espejo de una conducta. Los que negaban al político se inclinaron ante el educador y el intelectual. Significativos pergaminos de maestros y estudiantes enriquecieron su Estudio.

—No hemos trabajado en vano —decía Leonardo a su esposa—. Y no se trata sólo de la gratitud general; lo que más me enorgullece es la satisfacción de la tarea cumplida.

María sonreía complacida y agregaba:

—Demostraste que el escritor puede ser, también, un hombre de acción.

Tres meses después el Presidente lo enviaba de embajador ante la Santa Sede.

Esa historia ya fue narrada en otro libro y se excluye, por sí misma, de este relato.

Dos años más tarde, al retornar de la travesía memorable, Lisuarte fue combatido y expulsado del partido de gobierno por haber pedido amnistía general y moralización en el partido.

María no pudo ocultar su contento:

—Eres otra vez nuestro, de tus libros. Esta ofensa que te hacen impedirá que vuelvas a pensar en política.

—Creo que tienes razón: no volveré a pensar en ella. Pero la experiencia fue necesaria. Lo padecido me hizo comprender mejor el país y sus gentes.

Sobrevino un largo tiempo de paz aparente, porque en las naciones pequeñas quien no goza de las simpatías del gobierno ve que se le cierran todas las puertas. Lisuarte comprobó que sostener su hogar y editar sus libros le significaba doble esfuerzo y cuidados que antes del viaje a Europa. Perdió a su padre, el increíble don Ricardo Lisuarte, diplomático, poeta, político, hombres de mundo cuyo retrato trazó en una "Fantasía" ágil y movida. Verdad que eran caracteres antípodas, pero él había amado y admirado sinceramente al progenitor no obstante las diferencias cotidianas. Como era lógico, entre parientes y amigos se produjeron deserciones o alejamientos indisimulados. Los hijos, adolescentes, no por muy amados dejaban de suscitar problemas; era María, entonces, la más cauta y sagaz en aliviarlos. El trabajaba, estudiaba, leía, preparaba los nuevos libros. Leía Burckhardt, Fichte, Proust, Strindberg, Spinoza, Andreiev. y el inmenso Melville y el desmedido Whitmano En vivaces charlas con su esposa y la madre de ésta, la sapiente señora Eliana, transcurrieron muchas tardes felices: ellas constituían su pequeño auditorio privado, escuchaban, corregían, aportaban datos o ideas, le brindaban consejo y crítica a la par. Sólo mucho tiempo después, perdidas ambas, pudo apreciar Lisuarte cuánto les debía en su formación humanística, moral y estética. La suegra que la mayoría de los mortales mira como un mal, para Lisuarte fue un hallazgo. El quiso a la señora Eliana como a verdadera madre por su bondad, su clarísima inteligencia, su memoria sorprendente, la simpatía y delicadeza que emanaban de su persona, su fina disposición para gustar de las letras y las artes. Profundamente unida a la hija, aprendió a querer y comprender al escritor que la hacía feliz. Intuitiva y discreta, posesora de un tacto admirable, la señora Eliana fue amiga y consejera en quien Lisuarte halló siempre la comprensión y el afecto que no suelen brindar las suegras. Seguía teniendo un círculo de amigos con los que solía reunirse; a veces les leía textos inéditos; pero juzgando con oído fino sus reacciones emotivas, un día confió a la esposa: "Creo que solo tengo dos amigos verdaderos: tu y tu madre". María, conciliadora: "Tienes buenos amigos, te quieren, te respetan, pero hiciste tanto camino que es natural que a veces los halles displicentes". Por ese tiem*po* aparecían fragmentos, ensayos, crónicas. Dió conferencias cívicas en las universidades, enjuició políticamente al régimen haciendo un balance de lo positivo y negativo en ocho años de gobierno. Llovieron elogios, insultos, amenazas. Lisuarte prescindió de ellos y siguió serenamente consagrado a su tarea literaria sin olvidar su deber ciudadano. Luego, con gran esfuerzo económico se atrevió a sacar otra revista de cultura, que alcanzó más resonancia fuera del país. Allí presentó y estimuló a muchos autores noveles, varios de los cuales le morderían más tarde los talones. Graves temas, nuevas obras bullían en su mente. O registraba en cuadernos de

apuntes el intimo acontecer de su vida interior. ¿Se puede, en el vertiginoso torbellino del vivir actual, compartir los deliquios del humanista con la fresca información del varón de su época? La ciencia, se va aproximando a los teólogos; la astronomía es tan complicada como el buscar de los biólogos; poesía, artes plásticas, novela, teatro, música, filosofía se diluyen en astutas imposturas disfrazadas de novedad. Lisuarte sentía el impacto de las nuevas corrientes que llevan a la disolución de las formas tradicionales. No es que negara el derecho de cambio, la búsqueda de caminos ignorados, pero lamentaba que por un Picasso, un Sto John Perse, un Ravel, un Maillol, un Heidegger brotaban como hongos pequeños ingenios, trapecistas de la forma, vacíos de mensaje y sentido.

—Asistimos a una época crepuscular —decía a la esposa—. Todo se descompone, mas *no* marcha al vacío, porque de la misma confusión surgirá la nueva aurora. Yo tengo fe en el hombre y en su inteligencia. Pasarán los extravíos y los farsantes.

Y otras veces; conmovido, solía repetirle:

—Pienso que lo que me mantiene centrado, cerca de la naturaleza, próximo al sentimiento religioso de la vida y del arte, inmune al principio de disociación que azota al mundo, es tu amor. Tú eres la estrella en el camino: puedes guiarme aún en la oscuridad.

20

Roma 1969, Encrucijada del mundo. Puedes hallarlo todo en su vastísimo perímetro, desde la ruina más antigua hasta el novísimo artificio, El tráfico cada vez más endiablado, la política más complicada, la moda más absurda, la economía más sutil y evanescente. Vientos de fronda en el Pontificado. Y el romano como si hubiera perdido su secular seguridad: una inquietud semiescondida, una sutilísima perplejidad; un reflejo azorado de la turbulencia universal que la urbe patricia, nutrida de gérmenes novísimos y antiguas experiencias, parece haber transportado al alma confusa del poblador.

¿Turista? Te perderás en el dédalo de los mármoles ilustres, visitarás museos, iglesias, tiendas ¿"Gourmet"? Sabes que Roma te brinda comidas sabrosas, y vinos exquisitos. ¿Millonario? Te aburrirás como se aburren todos los millonarios porque el dinero sólo desemboca en el hastío. ¿Estudioso? Te refugiarás en academias y en bibliotecas ¿Escritor? La urbe del mundo brinda su infinita variedad de paisajes y personas. ¿Conocedor? Regustando las iniciales revelaciones comprobarás que detrás de la eterna belleza romana, hay siempre otra hermosura más hermosa… ¿Hombre de negocios? Descontando los cabarets nocturnos y las mujeres; de Vía Veneto, no verás nada porque tu mente seguirá enredada de cifras y ganancias, ¿Artista? Roma te invadirá con gozosa certidumbre, patria toda ella de la historia y de las artes. ¿Ser religioso, espiritual? Bastan San Pedro, el Papa, el Vaticano para hacerte feliz. Todos encuentran en la morada de La Loba campo y ubicación para su personal ansiedad. Rico o pobre, habitante o pasajero, nadie sale, nadie pasa con las manos vacías por las vías de la metrópoli imperial, donde cada cual se torna artesano del saber y del vivir.

¿Pero quien es éste hombre vestido de negro que se escurre como una sombra por las calles romanas? Vaga de un lado a otro, se detiene en los parques, reanuda su andar sin brújula, como insensible a los encantamientos de la Circe capitolina.

¿Quién repara en el triste o en el solitario?

Este hombre sintió un día la maravillosa pesadumbre, la grandeza de esta morada singular vieja de dos mil quinientos años y sin embargo joven, desafiante, fénix de su propia palingenesia. Amaba profundamente su solar natal, pero ganado por la persuasiva majestad de la urbe tiberina, creyó estar en el centro de los espíritus: no podía existir ciudad más alta ni más rica en el orden inteligente del mundo, porque hacia a ella confluían, de ella se nutrían las almas y las cosas, las ideas y las obras, en armoniosa conjunción de lo que se ve y lo que no se ve. No la Roma del disoluto, del sibarita, sino aquella otra del pensador y del esteta, la que se capta en serenísimo mirar, en meditada hondura, alternando los goces tranquilos del itinerario visual con la llamarada indagadora del interior discurrir. Y más todavía: compartiendo hallazgos y delicias con una compañera de juicio esclarecido y fino ingenio. Alegre, animosa, discreta en el diálogo iluminador

del pasado se alejaba del puro parloteo femenil, y su palabra, entonces, aparecía revestida de sobria castidad. Yesos ojos, esos ojos que amanecían los instantes, dotándolos de luz misteriosa y pura.

¿Qué eran mundo, vida, paisaje, pensamiento si no la respuesta del alma enamorada al resplandor gozoso de los ojos de María? Roma, en el tiempo desvanecido, brillaba con el doble prestigio de la grandeza contemplada y del amor observador. Un mensaje de paz y de alegría, la confianza dichosa, la clave del buen pasar, esa sensación indefinible de saeta punzante y dedos acariciadores que llamamos felicidad, y la esperanza, el sueño, el reverdecido encanta- miento de vivir, la hermosura del ver y del sentir, todo cuanto embellece y dignifica la inteligencia parecía brotar de la mirada de María, como si fuera ella y no la cosa contemplada el "ánima animans" de todo lo visto y lo no visto.

Roma entonces... ¿Pero Roma, ahora, podría ser, acaso, Roma entonces...?

O podría ser que en un tiempo de tiempos todo aconteciera en sentido lineal —pasado, presente, futuro— y "entonces", sí, la palabra entonces cobraría la amplitud abarcadora de un arco prodigioso que lo comprende y despliega todo. El tiempo romano puede ser el tiempo universal, la memoria una" summa" de acaeceres que se rozan sin confundirse, y los recuerdos o las ideaciones parten del meditador como venablos trágicos, cada cual hendiendo su pequeña realidad circunstante. Porque sucede que el hombre que piensa y el cosmos total intuido, visto o recordado, con sus personas, lugares, accidentes y aconteceres, cambian venablos recíprocos de luz y de forma: se agreden, se interpenetran, en una suerte de radiación nuclear que genera energía sin descanso. Petronio despertaba las iras de Nerón por su Ingenio y su elegancia. El incendio dé Roma: la gran mentira o el cruel invento de la gesta romana. Marco Aurelio y Calígula, antípodas de conducta, pasearon sobre estas losas su genio y su locura; las columnas sacras de los templos no registraron sus hechos, pero las células cerebrales de los hombres anotan, todavía, los diagramas de su operar individual. Inmovilizada en su grandeza —para el bien, para el mal, para el indiferente transcurrir— la ciudadela destruída de los foros parece detenida: para siempre. En Vía Veneto, en cambio, el río impetuoso arrastra muchedumbre y sucesos: nada queda. Sofía y Gina son emuladas por Claudia y Virna. El gran Totó se fue, Sordi y Tognazzi siguen levantando risas en las bocas. Los italianos, dos veces campeones mundiales de fútbol quisieran ganar la copa del mundo por tercera vez. Buzzati supera a Moravia en ciencia novelística, pero éste lo aventaja en el mercado de lectores porque halaga mejor el estrabismo de las mentes. Ferrari pelea con Porsche y Ford el liderazgo de la velocidad. Monteverdi no puede desplazar a Puccini. Vaticano: ¿la Casa de Dios, la primera corte del mundo? La moda, la política, la economía, la historia y los inventos, todo vibra en el torrente romano cargado de fuerza y de sentido. La estatua del Ángel, desde la mole cilíndrica del antiguo mausoleo de Adriano, domina los puentes sobre el Tíber. ¿"Nos perderemos por esa callecita sinuosa que no sabemos dónde conduce?" y se iban, como dos chiquillos en busca de aventura. Calle abajo, desde la vitrina de una tienda modesta, atisbaron un cuadro de lindos colores. Entraron. "Queremos ver ese cuadro". El robusto italiano sonrió benevolente: "Pueden verlo, pero no está en venta". Era una dama pintada por un gran retratista, cuya soberbia figura resaltaba sobre un fondo de azules, grises y violetas. Leonardo insistió en adquirirlo, pero el tendero se mostró inflexible: ..Es un recuerdo de familia. Por ningún precio". El lienzo se les grabó en la memoria. Volverían a verlo. En un zagúan una mujer joven, flaca, mal vestida miraba con inmensa ternura a una criatura de pocos años que dormía en sus brazos. María se aproximó a ella y discretamente le puso un billete de mil liras en la mano. En un puesto de flores cogió Leonardo un ramillete de jazmines y los entregó a la esposa: “Como en La Paz, cuando salíamos a cenar. Eres más bella que la Dama del Cuadro". Más abajo descubrieron un pequeño taller de herrería artística. Se detuvieron en una placita desconocida, contorneada de nuevas y viejas mansiones. En ella un anticuario les vendió un grabado del Piranesi —¿copia u original?—. Y luego de vagar por otras calles ignoradas se reencauzaron hacia una de las grandes vías centrales que los llevó a la embajada. "No ha sido delicioso? —le preguntaba—. Si pasamos en el "Kapitan" con chofer no habríamos visto nada". Y ella, nostálgica: "He recordado nuestras caminatas de novios en las calles empinadas de la patria". No lo hubiera creído: un alto prelado, candidato a cardenal, enfurecido por un equívoco involuntario en el grado de la condecoración que se fe entregaba. El Secretario de Estado de Su Santidad, confuso no sabía cómo disimular la torpeza del prelado; todos los personajes que asistían a la ceremonia se sentían incómodos. El embajador cortó el incidente seco y digno: no había que preocuparse. Monseñor X tendría su Gran Cruz, como le correspondía. En 15 días llegaría la nueva joya. Y así fué. Pero el caso hirió la con- ciencia del diplomático: ¿tanto orgullo, ira tanta en un encumbrado dignatario de la Iglesia? ¿Qué resta, entonces, para los simples fieles? Burckhardt, en el "Cicerone", ha visto mucho con ojo

penetrante y juicio esclarecido, aventajando a Winckelmann que conoció y pudo ver menos sin ceder al suizo en talento para la investigación y en la finura de la percepción estética; pero después de ellos vino una legión de arqueólogos, profesores de historia del arte, —Symmonds el mejor— especialistas cuya profusión y variedad impide las grandes síntesis antiguas. Aquí, en Villa Albani. Solamente —es uno entre los muchos grandes museos romanos— las esculturas darían material para muchos textos y nuevos planteamientos en la estética del arte greco-romano. Esos grabados coloreados del "Viaggio in Italia" del presidente De Brosses, henchidos de suaves poesía. También Stendhal compuso páginas memorables. Goethe, Chateaubriand, Ferrero, Friedlander extrajeron la pulpa romana. ¿Qué más se puede ya decir? No obstante, en un libro de viajes hablaré de la mentadísima comarca, porque... "Estás saturado de esteticismo; ahora vamos a rezar a una nueva iglesia". Y Santa María in Cosmedín con su sencilla estructura y su esbelta torre romántica los había ceñido en el encanto de su austera belleza. ¿Qué pasaría en la patria lejana? "Nos mandaron a descansar; ¿por qué te inquietas?" Y él, preocupado: "Las noticias son malas; todo es desorden y tumulto, descontento. No soy un político ¿pero acaso el escritor no está envuelto en el torbellino civil? No puedo permanecer indiferente". Si: esto es grandioso, en cierto modo inabarcable, la "summa" de civilizaciones que cabeza alguna puede capturar en sus líneas esenciales. Y el Ande inmemorial, acaso por distante y desconocido ¿será menos imponente que el fastuoso escenario romano? Soñar, soñar… ¿Quién escribirá los grandes temas del ancestro? La recepción en la embajada de Francia, cuando el embajador de España Ruiz de Alcándara, después de conocer a María y bailar una vez con ella expresara: "Embajador Lisuarte: ya sé que ustedes los sudamericanos suelen regatearnos la progenie hispana. Pues le diré a usted que su señora es la más exquisita flor de la raza que conocí en medio siglo de existencia". María, silenciosa y digna, había agradecido el cumplido con una sonrisa forzada. "¿Te molestó? ¡Pero si fue una galantería del embajador, don Juan impenitente! Ella, jovial: "Sólo quiero escuchar halagos de tu boca". Al fondo la pesadumbre abrumadora del tambor de mil ojos huecos: Coliseo, Colosseo. Los foros imperiales tantas veces visitados, mármoles y columnas como dioses truncos, la antigüedad enseñando sus vísceras. Y esa Columna de Foca, tan simple, elemental, solitaria como un símbolo de soledad y alejamiento que contrasta en su severa economía con el oleaje tormentoso de las ruinas dispersas. "Llena de tristeza, de nostalgia, de admiración. En Caracalla fuerza y magnitud; aquí la gracia y la proporción siguen dictando cátedra". Y ella, pensativa: "Prefiero el Foro Romano de noche, porque las sombras esconden la terrible desolación de lo destruído". ¿Quién era Cecilia Metela para merecer un monumento sepulcral tan singular? Había orado en la tumba del Papa Juan XXIII, tan pura y sencilla como su grande alma. Después de diez años en el patio cuadripórtico de San Pablo Extramuros donde una tarde la esposa lucía como diosa de hermosura y gentileza. Retornó al Janículo, al Pincio, a la Fuente Paula, a Villa Borghese donde Ella prestigió la estancia romana. ¿Y no la sientes junto a tí, aún en el desamparo de estos días grises que quisieran opacar el brillo de las horas perdidas? Pío XII, espigado, aristocrático, todo señorío, fina inteligencia. Juan XXIII, rebosante de humanidad y simpatía, revolucionario y sencillo a la vez, pastor más que Pontífice. ¿No había sido un privilegio conocer a dos Papas vivientes? Esos planes de colonizar el noroeste boliviano, de llevar el ENI para desarrollar la industria petrolífera, los capitales milaneses que buscaban el mercado sudamericano. Ninguna respuesta de La Paz. Ahora se reía de sus pasadas preocupaciones. ¿Qué significaban el embajador de antaño o el solitario visitante en el océano romano? Sencillamente: nada. Los" fetuccini" de Alfredo: pura propaganda; mejor se come en cualquier restorancillo del Transtevere. "Antinori", "Falerno", "Soave Bolla ", los vinos dilectos. Y esa noche donde los húngaros, el famoso cabrito asado, la sangre ardiendo dos veces por la música tzigana y los vapores del "Tokay", entre tantas beldades de la diplomacia y la aristocracia romana, él se había inclinado para decirle: "Eres tan linda que si no fueras mi mujer te raptaría". En un friso rapidísimo, vertiginoso, los días de Florencia y de Milán, la visita a Venecia. Nápoles siempre límpido y sereno, Siena, Spoletto, Asís personificando el pasado, el ascenso a Fiésole, la Costa Amalfitana, el vertedero de dicha en Sorrento y en el Templo de la Sibila en Tívoli, y tantas caminatas juntos —siempre música nueva— por las calles, los puentes y los parques de Roma. Excluyendo la casta educada de los aficionados, la ópera no es para nuestro tiempo; ni el "Tristán" ni el "Mefistófeles" los convencieron como los coros de la Capilla Julia o la Misa en Si Menor de Bach. Roma es fea, Roma es hermosa, Roma está surcada de venablos que hieren y desgarran, Roma suaviza todas las heridas con su presencia serenísima, Roma no puede poblar la soledad del afligido. Roma, galáxica, centellea de estrellas y presencias innumerables, Roma nostálgica de las elegías a la Amada, Roma efervescente de los hechizos del mundo, Roma sin María: niebla, humedad, los pasos tardos del pesar. Roma con María: eterno júbilo del buen amor, caja de las maravillas, universal deliquio.

Estaba en uno de los ángulos exteriores del Palacio de la Cultura, admirando una vez más su limpia y sobria estructura, cuando del otro extremo del recinto vió avanzar hacia él por la terraza la silueta inconfundible: bella, joven, arrogante como el día primero.

Avanzaba serena, imperturbable. Había hecho apenas un ligero gesto de saludo con la diestra desde la distancia. Lisuarte paralizado de emoción, sintióse luego arrebatado, quería gritar, saltar, besar el suelo que la traía a su vera.

Llegó finalmente. La tierna sonrisa y los ojos oscuros disolvieron todos los accidentes del paisaje. Leonardo se sumergió en el encantamiento de la Siempre-Novia.

—El delirio romano ha concluido —dijo María con voz trémula— Compartí tus penas y memorias. Ahora pasaremos juntos el último día.

Lisuarte volvió a ser el otro, el hombre feliz de diez años atrás.

—¡Cómo quisiera estar contigo, nuevamente, en Venecia! —expresó anhelante.

—¡Pero si estamos en Venecia! —replicó la Muy Amada ¿No reconoces la gran plaza y el Campanile?

Miró Lisuarte la vasta perspectiva de edificios cerrando el recinto que coronaba la Basílica bizantina.

—¡San Marcos! — gritó emocionado.

El Palacio Ducal y su arquería de mármoles calados. La lonjita del Sansovino. La torre del Reloj y del León. El tímpano cromático sobre el cual se posan los cascos de los cuatro corceles de bronce. Gentes incontables yacían en las mesitas de los cafés rivales o transitaban tranquilamente rodeadas de palomas. Las orquestas propalaban músicas desconocidas. Luces de colores cambiantes refulgían como chispas de diamante, y una extraña luz difusa y viva alternativamente no permitía precisar si era el amanecer o en el crepúsculo: tal vez la Noche...

Se besaron castamente y el momento que Leonardo se disponía a iniciar el diálogo siempre recomenzado con la queridísima una Figura Alada y Dorada descendió de la cúspide del Campanario de San Marcos, los cubrió con alas protectoras y dijo lentamente:

—Callad, callad. Es tiempo de milagro.

21

Sucedió tan velozmente que nadie atinaba a comprenderlo. Dos jóvenes apuntaban al pasaje y alguien dijo por el altavoz:

—habla el capitán Rogers First que conduce esta nave. Una mujer me amenaza con una pistola en la nuca y me obliga a desviar el avión a La Habana. En tres horas más aterrizaremos en la isla. Pido serenidad a los señores pasajeros, nada les ocurrirá si se mantienen tranquilos en sus asientos.

No se podía ver lo que ocurría en la cabina de mandos, pero en la carlinga del pasaje todo transcurría normal. Un grito de mujer asustada, luego un grave silencio descendió a todos. Los dos muchachos, un rubio alto y fornido, y un mulato bajo de anchas espaldas, vigilaban con extraordinaria sangre fría. Sus miradas delataban cinismo y maldad. No aparentaban ser jovenzuelos embarcados en una aventura, sino profesionales expertos en asaltos y violencia. El momento en que una de las azafatas intentó ingresar, sola, al pequeño compartimiento de alimentos, el mulato la detuvo ordenándole correr la cortina para observar sus movimientos. El otro, el rubio, con mirar veloz y ubicuo parecía controlar perfectamente al pasaje. Si alguno requería ir al servicio debía hacerlo con los brazos en alto.

Pasaron larguísimos minutos. Un señor, anciano, de barba blanca y ojillos bondadosos intentó reflexionar al mulato recibiendo por toda respuesta un despreciativo:

—¡Cállese, idiota! No estamos jugando y no necesitamos consejos de nadie!

Al radio-operador se le amarraron las manos y cuando el copiloto intentó aproximarse al transmisor, fue ad- vertido imperiosamente: “No se acerque o le vuelo los sesos".

El capitán de la nave volvió a dirigirse al pasaje:

—Viajamos normalmente. La persona que me obliga a desviar a Cuba me asegura que nada ocurrirá a los pasajeros si se mantienen en calma. Todos podrán reembarcarse en otros aviones para proseguir viaje.

La zozobra seguía pintada en los rostros. Contados eran los que como Lisuarte demostraban tranquilidad o indiferencia. Una joven hizo caer un libro encuadernado que golpeó con fuerza el piso. El rubio, impasible, que había observado lo involuntario del incidente, dijo calmo: “Recójalo y tenga más cuidado". Las azafatas servían té y café a profusión. Una señora madura y nerviosa exigió aspirina. Un hombre joven trataba de calmar a su esposa que sollozaba en voz baja. El mulato se les aproximó. El joven palideció:

—Discúlpela —explicó— está embarazada y es muy nerviosa.

El mulato se rió con cínico alarde:

—Los llantos no nos conmueven. Pero si grita será otra cosa.

Muchos observaban sus relojes con frecuencia. Lisuarte se preguntaba para qué. El secuestro de la aeronave estaba consumado, los asaltantes parecían ser gente bien adiestrada: era inútil resistir. En casos análogos, nunca habían agredido a los pasajeros. Había que ver las cosas con calma. Esperar. ¿Esperar qué? Del centenar de personas que viajaban en el “jet", probablemente él era la única indiferente a su destino. ¿Qué podía importarle el curso ni el final del viaje? El era un muerto en vida, malo bien lo que aconteciera le era igual. Había sido político, había defendido la democracia contra el comunismo; podían eliminarlo en La Habana. Se encogió de hombros: lo mismo daba. Vivir, perecer. Un remordimiento le cruzó la mente: ¿cómo podía pensar así? En La Paz aguardaban su anciana madre, los hijos apenados, otros parientes, amigos, una patria, una sociedad que aún requerían sus cuidados. Era egoísta pensar solo en sí mismo: debía volver a ellos, reintegrarse a la vida habitual aunque Ella ya no estuviera para encantarla con su presencia. En el plano de la ausencia moral esto era lo evidente, no tenía derecho a abandonarse; debía reaccionar, volver a ser el de antes, esforzarse por atenuar en el trabajo su dolor. ¿Quién comprendería que la pena profunda hace tambalear fe y moral, confianza y esperanza? Despojado del mirar de la Bien Amada, de su dulce sonrisa, podría erguirse nuevamente el varón fuerte y animoso de los días pretéritos? Si hubiese contado veinte años menos, tal vez habría intentado un acto heroico, arrojándose a desarmar a uno de los secuestradores. Pero ahora, rotos los resortes de la voluntad, deprimido el ánimo ¿qué podía importarle volver a La Paz, desviarse a La Habana o ser encarcelado? Volvió a sentir un sentimiento de vergüenza: pensar en sí solo es indigno. ¿Y el centenar de viajeros que lo acompañaba, no tenía derecho al viaje feliz, al retorno a sus hogares? Decididamente: estaba ofuscado. El bienestar general era superior a su pequeño drama ¿Pequeño? Para los otros. Para él tenía la magnitud del mundo.

Transcurrió una larga hora desde el primer anuncio del capitán de la nave, sin que nada alterara las cosas.

Un señor de gorra y pipa, al dirigirse al servicio, tropezó con el pie de otro que dormitaba. Ligero sobresalto del pasaje. Pero el joven rubio vigilaba muy despierto. "No es nada —dijo— (y al del pie estirado, brutal) meta el pie, imbécil, o lo perderá de un tiro".

Una mujer joven pidió permiso para acompañar a otra, muy anciana, que apenas podía caminar. Pasaron apoyándose en los espaldares de los asientos. Un niño que lloraba con fuerza fue obligado a callar. "Ponga una película" —ordenó el mulato a la azafata— así se divertirán". Pocos veían el film, pues la mayoría seguía presa de miedo.

Faltaba poco menos de una hora para arribar a la capital cubana, cuando bruscamente apareció el co-piloto escudado por el cuerpo de la muchacha secuestradora a quien tenía fuertemente cogida con brazo hercúleo, en tanto con la otra mano manejaba un cuchillo apoyado en su garganta.

—¡Entreguen inmediatamente sus armas o la degüello! –gritó imperioso.

La mujer que se debatía inútilmente gritó a su vez con voz chillona:

—¡No le hagan caso! ¡Qué me mate! Pero la causa debe triunfar. ¡Maten a todos!

El mulato y el rubio se miraron indecisos. La mujer parecía jefaturizar a los asaltantes. Ese instante de vacilación lo aprovechó el co-piloto:

—Muchachos: yo soy solterito como ustedes, no tengo mujer ni hijos, nada tengo que perder. Si no entregan sus armas en diez segundos degüello a la sujeta.

La mujer volvió a insistir:

—¡No le hagan caso a este perro! ¡Disparen, camaradas!

El co-piloto hizo un gesto como para rebanar el cuello de la mujer y el rubio se entregó:

—¡Basta! —dijo— Mi hermana está loca. La causa la necesita.

Y tiró la pistola al suelo. Tres pasajeros saltaron sobre el mulato y lo redujeron desarmándolo.

Minutos después los tres secuestradores yacían amarrados en sendos asientos.

A poco salía el piloto con un vendaje en la cabeza. La mujer lo había herido con la cacha del revólver, cuando el co-piloto en un acto de audacia se lanzara contra ella.

Parecía un suceso de novela o de película; ¿y qué no es novelesco o cinematográfico en el vértigo moderno?

Muchos se levantaban de sus asientos para increpar a los prisioneros. Otros comentaban bulliciosamente lo acontecido. Un señor de aspecto atlético y chaleco a cuadros afirmaba: "Yo tenía un plan para desarmarlos; por cinco minutos se me adelantó el co-piloto". Lo miraron con incredulidad. Dos señoras desmayadas se recuperaban lentamente. Un niño se acercaba admirado a los secuestradores. Un grupo lanzaba denuestos contra ellos. El co-piloto debía estar en el mando. Entonces el capitán Rogers First, que se sometía a otra cura gritó enérgico:

—No tuvieron valor para enfrentarlos cuando estaban libres; ahora, como presos, son sagrados. ¡A sus asientos!

Pasada la conmoción, las caras volvieron a lucir alegres, sonrientes, atravesadas por la emoción del suceso y su feliz desenlace. El altavoz transmitió las palabras serenas del co-piloto:

—Habla el capitán Saunders. Volamos normalmente rumbo a la costa peruana. En dos horas arribaremos a Lima. Lisuarte cerró los ojos. ¿Era verdad, era ilusión?

Una azafata se ofrecía gentil:

—¿Desea servirse algo, señor?

—¡Oh, no! Gracias —repuso el boliviano—. Nada deseo. Y la chica, cordial:

—Solo ví dos caras tranquilas durante el percance; una la suya.

—Gracias, gracias —repuso Lisuarte— tengo motivos para estar sereno.

Una zona turbulenta sacudía fuertemente la aeronave poco después. Volvió la alarma al pasaje. Lisuarte miraba el cielo, oscuro, por la ventanilla. Nubes rápidas y espesas cruzaban veloces. Volaban sobre el Pacífico. Un ligero temor lo asaltó: ¿hundirse en el océano era preferible a ser detenido en La Habana? De pronto, allá lejos, en la negrura del cielo brotaron dos estrellitas próximas la una de la otra. Estrellas… ¿no son, acaso, globos de gas incandescente? Materia cósmica, inalcanzable a las manos pero aprehensible por la mente del hombre. Y siendo así —materia evidente, en vertiginoso movimiento interior— ¿por qué al divisar una estrella el pensativo evoca súbitamente al ser perdido? Claro que la estrella no puede ser una persona, ni siquiera la reencarnación del ser que fue; es solamente un cuerpo físico infinitamente grande, infinitamente lejano. Y sin embargo la estrella, a los ojos del que mira con hondura de nostalgia, guarda alguna relación con la que se perdió, es su emanación o su mensaje, algo nos transmite en su telegrafía misteriosa. Para el materialista, gas y fuego que ruedan a velocidades fantásticas por el espacio. Para el hombre de espíritu, manifestaciones enigmáticas, enviados del alma a las almas, chispas deslumbrantes que acercan tierra y eternidad. "Si un profesor de astronomía supiera lo que pienso, diría "es un ignorante, o es un loco"; pero yo sé que esas dos estrellitas (María-Diana) me aseguran que el viaje llegará a buen término".

Vencida la zona de turbulencia el "jet" retornó al vuelo tranquilo.

Una señora, nerviosísima, con lágrimas en los ojos comentaba:

—¡Dios Mío! Qué viaje accidentado…

—Así es, señora —contestó Lisuarte. Muy accidentado, pero ya todo pasó. Vea usted: el cielo despejará. La señora, incrédula se resistía:

—Tengo miedo a la oscuridad.

—Hay estrellas, no tenga miedo.

La mujer se aproximó a la ventanilla temerosa y vió las dos estrellitas fulgiendo en la oscuridad.

—¡Oh, qué alivio! —dijo— Estrellas en el cielo de Dios. Es un aviso...

No debo ser tan loco ni tan ignorante —pensó Lisuarte— si otros personifican los astros y les dan valor de comunicabilidad.

La aeronave aterrizó en Lima a las dos de la madrugada. Lisuarte fatigado por las muchas horas de vuelo durmió plácidamente en una habitación del "Bolívar". Permanecería un día en la capital peruana y luego tomaría otro avión para seguir a La Paz.

En el hotel había un cable de los hijos: "Te esperamos ansiosos, extrañándote muchísimo".

Un viento de esperanza circulaba por sus venas.

XI

Años benditos, años malditos signados por la política.

Después de un largo reposo en la vida privada, deberes ineludibles lo llevaron, nuevamente, al servicio público.

Si a un europeo se le interroga qué es el quehacer civil dirá que una función como cualquiera otra. Pero en las naciones sudamericanas y con más fuerza en las menores y de escaso desarrollo, donde todo gira en torno al núcleo central y absorbente de la política, la función pública es un riesgo, un sacrificio. Todo lo malo se atribuye al gobernante y a sus colaboradores; lo positivo será, siempre, del lado del opositor y de los que critican. El sudamericano, el eterno descontento, es ligero de lengua y de juicio, carga las negaciones

al que manda; y si el varón que sirve al país es suficientemente fuerte para soportar ataques y envidias, el peso de ellos hiere mayormente a sus familiares, víctimas inocentes del ejercicio del poder.

Leonardo explicó a la esposa cómo se desarrolló la entrevista con el nuevo Presidente:

—Es un hombre joven. Tiene más el ímpetu del político que la reflexión del estadista, pero se lo advierte sano, patriota, bien intencionado. Me ofreció tres cargos que los decliné sucesivamente. Entonces él, que poco antes había hecho elogio de mis libros ("hemos bebido patriotismo en ellos") preguntó sarcástico: "Señor Lisuarte: ¿es usted el autor que ha predicado el "deber de servir a la comunidad"? Cuando yo alegué que era mi prédica idealista a la juventud, puesta en práctica quince años atrás, agregó: "El deber no conoce tiempo ni edad". Y luego, entre irónico y agresivo añadía: "Bien, pues: si los hombres eminentes no quieren colaborarme, tendré que acudir a la chusma". ¿Qué podía hacer? El Presidente es astuto: tocó mi fibra patriótica y me venció. Sabiendo la pena que te causaría tuve que aceptar.

María sonrió resignada:

—No te aflijas. ¿Quién sabe los caminos del Señor?

Siguieron cuatro años de intensa, múltiple y accidentada actividad. Más que un Ministro o un Consejero, Lisuarte resultó el amigo de confianza del Mandatario y ello le significó pasar por duras pruebas y aceptar penosos sacrificios. Retornaba el ideal de patria que creía perdido. Veía cómo lenta pero seguramente las cosas se encauzaban hacia la institucionalidad, la libertad democrática, el ordenamiento económico. El Presidente mantenía el impulso revolucionario pero con prudencia, con responsabilidad, imponiendo la consigna del desarrollo como base de un resurgimiento nacional. Lisuarte se quemó en la llama renovadora del Mandatario.

—He aceptado tu nueva situación de Ministro y Consejero —expresaba la esposa— pero no permitiré que juegues con tu salud.

Ella mantuvo el régimen saludable, las normas higiénicas con cuya ayuda pudo soportar el intenso desgaste del gobierno. Evitaban fiestas y recepciones, visitas y cinematógrafos. Los ratos libres —eran tan escasos— los dedicaban a la música, a los paseos en el parque y en el jardín, a los libros, al diálogo y a la confidencia. "En un sentido profundo, de intimidad esencial, creo que sólo tengo un amigo: tú. Solo a tí puedo confiar las miserias de la política, y solo tu puedes darme un buen consejo". Ella, agradecida "¿No es natural que la esposa sea la más próxima al marido? Tienes amigos leales que te quieren…" El, convencido: "Sí; pero solo tú me comprendes; tu amor es el único desinteresado".

Si se le pregunta a un político cuáles fueron los principales acontecimientos en un lapso de cuatro años en los que intervino, no podría precisarlos: la dinámica actual, nerviosa y mudable, acumula sucesos, precipita incidentes, perfila y borra figuras, está siempre en tensión, en expansión. Lo que fue acontecimiento, piedra de escándalo o toque de gloria, deja de serlo ocho días más tarde. Acontece, todo, tan rápido y variable, confundido en la masa ondulante de los hechos, que la historia ya no se escribe lineal y desenvuelta, sino confusa, enredada y desigual. Si a Lisuarte le hubiesen dicho: "resuma usted qué se hizo, qué sucedió durante esos cuatro años de ministro y consejero de Presidente", se habría visto en dificultades para trazar un cuadro sintético de lo sucedido.

Testigo y actor de esos años revueltos de la política, no podría dar un testimonio imparcial. Quien narra su historia intentará hacerlo con propósito de objetividad.

Sucedió... sucedieron muchas cosas.

Y el torrente de hombres y acontecimientos fluía incontenible, confundiendo lo bueno y lo malo, lo enaltecedor y lo incalificable, lo memorable y lo censurable. Porque la

vida es así: lo mezcla y amalgama todo, indiferente a los anhelos y quebrantos de la hormiga humana. Y si miras desde lejos, sin pasión, lo sucedido, ocurre que cada ser, cada suceso adquieren una distinta perspectiva, surgen con perfiles desconocidos; y así, confundidos, todos, en la general hechura, ya no resaltan en la individuación positiva o desdeñable, sino como partes ineludibles, microscópicas de la gran corriente de la vida. Política, economía, sociedad, hombres y mujeres, jóvenes y niños, ancianos, percances y días de gloria, huelgas, motines, revoluciones, confinamientos, escándalos financieros, denuncias de inmoralidad, avance dinámico de las obras públicas, realizaciones sociales, las protestas de los oprimidos, los excesos de los poderosos, la alta política de Estado —que la ejercen poquísimos— y el politiqueo en que se enfangan muchos, los progresos y retrocesos del cuerpo social, los éxitos efímeros de los triunfadores, las desdichas de los perseguidos, discursos y proclamas, mensajes, elogios y amenazas, exhortaciones, el martilleo de los diarios y las radios, los "slogans" en moda, las consignas partidarias, programas y promesas, los rápidos creceres de la industria y del comercio, los lentos avances de la educación y la cultura, la lucha de los envidiosos y los resentidos siempre más dura que los conflictos ,de clase, los júbilos y quebrantos de Patria, los grandes sucesos y las pequeñas cosas ruedan con el torrente vital escapando a la visión serena del memorialista del tiempo antiguo, porque hoy los hechos transcurren tan veloces y cambiantes, son sustituí dos con tal rapidez por nuevos acontecimientos, que se ven pero difícilmente se retienen para un tranquilo análisis racional.

Sin embargo, para situar la historia de un hombre dentro del marco general de la época y del lugar en que actúa, por deficiente que sea el trazo es necesario dibujar el panorama de lo acontecido.

Y sucedió que el joven Presidente, colocado a tiro de fuego entre las derechas incomprensivas y las izquierdas intolerantes, eligió el único camino razonable: el nacionalismo revolucionario de inspiración cristiana, de contenido democrático, popular por su orientación hacia campesinos y trabajadores. Como no se entregaba a la plutocracia ni a los comunistas, era combatido desde ambas posiciones. Con los partidos políticos desenvolvía un juego que éstos, atentos solo a la captura de los cargos, nunca entendieron: les daba vigencia, los invitaba a pactar, les ofrecía temporalmente ministerios y situaciones, cambiaba con frecuencia los Gabinetes para mudar de ministros y atenuar presiones internas, pero no dejaba que ningún partido ni líder adquiriera la fuerza suficiente para controlar el gobierno. Era la sana democracia. A las rivalidades y emulaciones de los civiles, se sumaban las ambiciones de los militares. Los personajes, ya maduros, algunos proclives a la vejez, querían seguir figurando; las nuevas promociones exigían se les abriera campo. y el problema, en país pequeño, de corto desarrollo, era permanente y difícil; distribuir 5.000 cargos de importancia entre 50.000 aspirantes. Había que reorganizar la economía, impulsar los planes de desarrollo, restablecer la disciplina social y el espíritu de trabajo desmedrados, afrontar necesidades múltiples con escasos recursos. Todo esto lo fue realizando el Presidente con habilidad y determinación, desplazándose constantemente por el territorio, multiplicándose por atender a todos, llevando recursos y ayuda a los parajes más apartados y a los pueblitos más pequeños. Había simultáneamente que debelar revoluciones, deshacer intrigas, aplacar motines, evitar huelgas. Luego los que piden (muchas veces el amigo es más exigente que el extraño) exigían "precisamente" ese cargo, con ese sueldo y al no ser satisfechos en la forma requerida pasaban a ser adversarios potenciales, más peligrosos que los declarados porque el resentimiento les quemaba el pecho. Dirigir la política internacional de una Nación enclaustrada, sin costas sobre el mar, débil por su incipiente desarrollo y su secular divisionismo interno, es difícil; lo era, en mayor grado, conducir la política económica, flanqueado el gobierno por la doble amenaza de la demagogia ignorante que en un país escasamente poblado, sin capitales, sin técnicos, sin caminos, sin el suficiente grado de desarrollo para generar por sí solo riqueza trata de imponer un nacionalismo de tipo chovinista, y las presiones del capitalismo financiero exterior que solo desea mantener mercados de consumo dóciles, impidiendo su liberación del vasallaje al más fuerte: créditos aparentemente generosos, en condiciones determinadas, precios que se imponen desde afuera, misiones que quieren subyugar la voluntad nacional al control extranjero. Finalmente la presión interna: ciudades, pueblos, distritos largamente olvidados que despiertan con brusquedad y exigen ser premiosamente atendidos, a gobiernos desprovistos de recursos para resolver problemas desatendidos en cincuenta años. Y en medio de todo ello, las mezquindades e intrigas palaciegas, los

millares de dramas minúsculos que se producen cada día, trabando la tarea de los que gobiernan, porque si no se les da solución pueden provocar conflictos mayores. A veces la queja del que manda: "Mis amigos, mis partidarios, son peores que los mismos opositores…" Después vendrían las guerrillas, los asaltos y secuestros, complicando la tarea de gobernar, ¡ilusos los que piensan que el gobierno consiste en acumular honores, placeres, mando y poderío! Ilusos, porque desde el llano solo se mira el aparato exterior del poder y se ignoran las tempestades solares del núcleo ígneo que lo mueve. Lisuarte era solo uno entre los muchos políticos y estadistas que colaboraban al Presidente, pero la maldad o la estupidez de los émulos le atribuía una influencia decisiva y, como era lógico para su torcido juzgar, la paternidad de todos los errores. Frente a la injusticia y a la virulencia de los ataques, la esposa insistía suavemente: "¿Por qué no te retiras? Si no se comprende tu labor moderadora, tus esfuerzos patrióticos ¿para qué servirlos?" El buen ciudadano acallaba las decepciones del artista: "¿Y cómo podría hacerlo? Todos saben que nunca solicité cargos. He renunciado varias veces… ¿Recuerdas lo que el Presidente me dijo aquella vez: "Sólo en usted puedo confiar, tal vez porque no es político"? Es triste, es decepcionante. Si lo veo patriota, esforzado, conduciendo inteligentemente el país, rodeado de traidores, de envidiosos, de incapaces ¿cómo podría abandonarlo?" Y no es que todos fuesen malos o ineptos; no: había amigos leales, buenos ciudadanos, estadistas experimentados, valores jóvenes que cumplían concienzudamente su deber, algunos abandonando situaciones mejores para sacrificarse en los riesgos del gobierno: pero eran pocos frente a la mayoría abrumadora de los malvados y los pícaros, y su acción sana se esterilizaba. Así el gobierno transcurría, como ocurre siempre, entre la conducción inteligente de una minoría de esforzados que se empeña en colaborar sagazmente al Mandatario, y una masa inmensa, envolvente, de oportunistas y ambiciosos, que entorpecen sin descanso su tarea. Peleas en las Cámaras, escándalos en los periódicos y en las radios, tormentas internas en el seno de los partidos, apuros financieros en materia de presupuesto, estallidos diarios de descontento, siempre los demagogos tratando de desquiciar el orden social, y los plutócratas buscando la hegemonía económica siempre. ¿Es grato gobernar? Es dura, ingrata misión. Pero cuando el Presidente volvía de sus giras, confiaba al Consejero: "La Patria está en el interior, Lisuarte. Cuando me acerco a esas gentes humildes y puedo resolver algunas de sus premiosas necesidades, me siento compensado de todas las miserias que debemos soportar en este Palacio", Ese ideal de patria, esa enérgica voluntad realizadora, dieron fruto después de cuatro años de labor ordenadora: la Nación se levantaba animosa y optimista, encauzada por manos firmes. El orden institucional, la paz social, el resurgimiento económico, la confianza —¡la dichosa confianza, tan cara y tan huidiza en las comunidades sudamericanas!— parecían haber cerrado el ciclo de las conspiraciones y las convulsiones internas.

Casaron los hijos, la linda Carmen y el arrogante Miguel. Cada cual fundó hogar, habitó nueva casa.

—Hemos quedado solos, como al principio —dijo María nostálgica.

—Es ley de vida.

—Cuidar de los padres, encaminar a los hijos, mantenerse unidos ¿no es la culminación del matrimonio?

—Sí —replicó Leonardo— pero agrega algo más: sentirse dichoso con la compañera que el Señor nos concedió. Esa suprema idealidad es el toque divino que consagra el tránsito terreno. Los tontos dicen, despreciativos "ideal burgués", porque desconocen el callado heroísmo de la vida conyugal, que no es pregonera, sino servidora de su causa.

Paseaban por el parquecito de Sopocachi. Se encendieron las luces. Brotaron las primeras estrellas en el azul profundo de la noche. Avanzaban por los senderos serpeantes mientras allá, al fondo, en desenvolverse circular, la ciudad asomaba su faz de bahías mágicas.

—Cuando miro el camino que hicimos juntos, más de treinta y ocho años de un matrimonio sin nubes, felices siempre, unidos en la desventura y en los júbilos, elevo una

plegaria de reconocimiento al Señor: nos dió tanto que nunca podríamos agradecerlo suficientemente.

—¿Y yo qué puedo decir?

—Tú no necesitas decir nada. Eres, simplemente María y está dicho todo.

La esposa sonreía emocionada.

—Lo que me gusta es que ni la política ni las decepciones han podido destruir tu fe en la vida.

Se detuvieron junto a la Fuente de Neptuno, cuyos mármoles resaltaban en la noche lunada.

—¿Recuerdas que aquí nos juramos amor eterno? Ya no existe el banco donde estuvimos, ni nuestros padres, muchos amigos se fueron… Pero los altos eucaliptos persisten, el parquecito es nuestro, la ciudad creció sin dejar de ser la misma; y tú y yo… bueno… tengo la sensación de que seguimos siendo novios. ¿No es maravilloso?

—Soñador, soñador —dijo María— Dios te ha dado el poder de rejuvenecerlo todo.

—Tú eres la juventud. Luego Leonardo, profundamente conmovido, expresó:

—No sé si te lo dije ya, pero cuando miro hacia atrás, veo todo el camino recorrido, los obstáculos vencidos, las penas transmontadas, los anhelos alcanzados, la inmensa y variada sucesión de los días transcurridos, me lleno de asombro. Pasé por trances no soñados. Hice de mi vida un arte, del arte una vida. Fuí hombre, luchador, poeta y ciudadano. Amante crecí en tus brazos. Escalé situaciones no pedidas. Hombre público o varón de soledades, nunca dejé de venerar a Dios, al Bien, a la Belleza. Procuré servir a muchos, no hacer daño a nadie. Me fueron dados la fuerza de la acción y el remanso del meditar. Tuvimos tres hijos. He peleado mucho, siempre sin odio y sin rencor, por causas que creía justas. Supe olvidar agravios. Dejaré veinte libros, tal vez otros inéditos. Fui atacado, ensalzado, negado y respetado: he sido un hombre. Pero si mido las venturas del soñador y las desventuras del varón de realizaciones, repito lo que otra vez te dije: nada más grande hay en mi vida que el haber casado contigo y tenerte por compañera.

María calló. La presión temblorosa de sus dedos habló por ella. Después de unos instantes profirió en voz baja:

—Nunca soñé la felicidad que me diste. Faltaban pocos meses para que el Presidente terminase su mandato; entregaría el mando a otro personaje y entonces Lisuarte se retiraría definitivamente de la vida pública para consagrarse al hogar y a los libros. Harían un viaje de recreo a Europa y al Cercano Oriente, y luego aguardarían la llegada de los nietos.

Ambos habían transpuesto los cincuenta, tiempo crítico en el que suelen tambalear los matrimonios y vacilar las naturalezas que se juzgan más fuertes. No pensaban en el parecer ni en el declinar, porque Dios les había concedido salud de cuerpo y frescura espiritual. Planeaban un otoño tranquilo para entrar al crepúsculo final serenamente.

Entonces cayó el rayo sobre el hogar de los Lisuarte, destruyendo dichas y proyectos.

Murió la señora Eliana dejando muy quebrantada a María. Poco después fallecía un cuñado de Lisuarte, convirtiendo en viuda a su hermana Teresa. Cinco meses más tarde, en un accidente de aviación que muchos atribuyeron a su temeridad para volar y otros a crimen político, moría el Presidente-Aviador sumiendo en consternación a su pueblo.

—Después de tí, era mi mejor amigo. Lo pierdo a él, un ideal de patria, y ahora se vendrá abajo todo cuanto hicimos.

Siguieron dos meses tristísimos. María, muy afectada, por la desaparición de su madre, se fue reponiendo a fuerza de tratamiento médico y cuidados, pero Leonardo advertía un declinar apenas perceptible en sus fuerzas físicas y una velada melancolía en los ojos amados.

Alejado en definitiva de la política y de la vida pública el día mismo que pereció el Presidente, pudo consagrarse a su esposa de la cual no se separó en esos dos últimos meses.

Por fin pudo salir con ella y la última visita a los médicos le devolvió la confianza; estaba sana, había mejorado visiblemente de la depresión nerviosa y el corazón se fortalecía.

Volvió el color a sus mejillas y la vivacidad a su mirada. Con el pelo recogido en una moña escolar, se veía tan joven y tan bella que el esposo la exaltó entusiasta:

—Antes te veía como a una madrecita; ahora pareces mi hija mayor.

Recogió una sonrisa agradecida, ignorando que sería la última.

Esa misma tarde, admirada de verla tan bien, decía su mujer al joven Miguel:

—¡Por Dios que estaba linda tu madre!

Veinticuatro horas después ella dormía el último sueño.

Nunca pudo explicarse Lisuarte cómo el rayo fulminó su hogar, convirtiéndolo del más dichoso en el más desgraciado de los hombres.

¿Qué podía importar que hubiera sido el corazón, un accidente cerebral, cualquiera otra dolencia? El había advertido el sutil declinar de la queridísima desde el día que perdiera a su madre. "A María—pensó el acongojado— se la ha llevado la señora Eliana". Y era, en cierto modo, así.

El había muerto con ella. Ya no volvería a ser el de antes. Terminado el viaje de la vida, este nuevo viaje no tenía otro sentido que sacudirlo de la pesadumbre que lo agobiaba.

Y cuando los cabos de ambas travesías se juntaron, supo Lisuarte que era justo expiar la mucha felicidad en el mucho dolor.

22

En el avión que lo conducía a La Paz, un torbellino de ideas y recuerdos le ofuscaba el pensar. ¿Por qué, para qué, si en un instante se aniquilan vida y amor? El médico que agitando el escalpelo mostraba a los estudiantes el cadáver, abierta la piel del torso a ambos lados, con los órganos vitales a la vista, preguntando "¿dónde está el alma?", ese decía verdad. El alma solo existe en función del proceso somático; es un fenómeno corporal también. Se dejaría de sueños, ilusiones, fantasías, esperanzas vanas. El materialismo ¿no era la mejor respuesta a los incautos que piensan en nuevas vidas y otros mundos? Cree Platón que el amor salva el abismo; ¿qué abismo, el que media entre lo que es y lo que no es? Sueños del filósofo-poeta. Esa tarde, acosado de injurias y de ataques por la oposición envenenada, sin un amigo que lo defienda en el sector gubernativo, en vez de rebajarse a devolver insultos, había proferido, violento, abandonando el recinto: “¡Me importa un rábano lo que piense el Parlamento!" Pero el Presidente, siempre magnánimo, había dicho: “No me importa lo que digan los diputados. Si no quiere seguir usted de Ministro, será mi Consejero Privado". Ese había sido un hombre, un amigo…Y aquella vez, con María y Diana, en la grama del parquecito, descubriendo en el esplendor de la mañana los reinos impalpables pero audibles del concierto mozartiano (¿era la Op. K. 595?), ese piano pulsado por Schnabel que abría las puertas a una dicha desconocida. ¿De qué servían toda la sabiduría de Aristóteles, de Séneca, de Goethe frente a la desaparición de la Bien Amada?

Palabras, palabras... De palabras se construye la vida del hombre, mas cuando cesa el habla de la esposa, el mundo queda como vacío, silencioso: no decir, no pensar. Acaso el "bodhisatva" está más cerca de la verdad, apartado de todos cruzado de piernas y de brazos, sumiéndose en la soledad nirvánica porque todo es nada y nada es digno de exasperarnos. Tuvo muchos amigos, conservó pocos, porque la mayoría desertó por oportunismo o porque no fueron suficientemente contentados en su ambición. Al entrar al otoño, los amigos verdaderos se van reduciendo hasta constituir un pequeño grupo de infrecuentes contactos; esa es la gloria y el peligro del que sólo buscó en su hogar amistad y refugio: cuando el hogar se trunca el desdichado queda solo. Negocios, nuevas empresas, dinero ¿para qué? Sin Ella nada tenía interés. La casa debía seguir intacta, como Ella la dejó. No tenía sentido adquirir cosas, objetos de arte, libros que no podrían ser compartidos con la maravillosa compañera. ¿Qué saben los necios que se mofan del acercamiento entre esposos? Varón fuerte no es el que se jacta de su egoísta independencia, sino aquel que hace entrega de su fuerza y de su amor al ser amado, el que trabaja para los suyos y para los otros, el buscador, el servidor; recordaba la génesis de sus libros, las grandes arquitecturas ideales del soñador: ¿para qué ya? Solo Ella las entendía y admiraba porque eran, en cierta forma, criaturas de su amor. Esta lucha basculando entre la fe y la negación, esperando, durando, cayendo, levantándose, volviendo a sucumbir, avanzando en la oscuridad porque la luz perdida no volverá jamás ¿tenía sentido? Solo el verdadero amador —y son tan pocos— sabe por qué el abandonado se siente mútilo, sin voluntad. Cuán pequeños los políticos, colegas o más alejados, siempre solicitando favores, buscando apoyo, pidiendo, adulando, y en los instantes de riesgo o de victoria hurtando el cuerpo o regateando estímulos. "Siempre ha sido así, Presidente: el que manda debe amar a todos sin confiar en nadie". y el general, apesadumbrado por la deserción de algunos jóvenes que preparaba con cariño, había respondido: "Creo que sólo tengo un amigo"; rectificando enseguida: "no, no es justo decirlo: hay miles y miles de campesinos que creen en mí y no me abandonarán". En política y en amor la ley parece ser la misma: el ser visible lo concentra todo. Los desaparecidos caminan al vacío, serán olvidados. Pero él Leonardo Lisuarte, jamás olvidaría a María Montevelo, su esposa y compañera, la mejor mitad de sí mismo, la inolvidable…Y él sufriendo por parientes y amigos, desengañado, había dicho leeremos juntos" La Gitanilla Preciosa", y con Cervantes habían olvidado las asperezas del vivir; y Ella, sonriente, apuntaba: "Cuando se tiene todo lo que tu tienes, no hay derecho a quejarse de nada. Todo está bien, hasta las decepciones". Y él, contemplando la mirada tierna, el gesto travieso de la muy amada, había expresado por enésima vez: "¿Sabes que me estoy enamorando de tí? Quisiera no haberte conocido, verte por primera vez, ansiar que seas mi esposa y luchar largamente por conseguirlo..." Ella, burlona: "¿Hacer retroceder el tiempo?" El, anhelante: "¡No! quiero que el tiempo se eternice en nuestro amor". Pero junto a los bellos instantes acudían también los otros, los trances angustiosos: la muerte del padre que no quería despedirse de la vida, la mañana trágica de la desaparición de Diana, la venganza política mordiendo la dignidad del nombre, la casa que casi se pierde por razones económicas, las decepciones de la lucha cívica, ataques, traiciones, felonías, el vacío abierto por la partida de la señora Eliana, aunque pocos los roces erizados con hijos y parientes abundantes, la ingratitud, la envidia, la maldad y tantas cosas tristes y lamentables… En fin: contrastes ya superados, nunca del todo olvidados. Y cómo habían crecido los árboles tranquilos del meditar (tranquilos no, porque se fortificaron en la tempestad y el sufrimiento): cada uno de sus libros era una etapa significativa, lograda con sangre y con angustia, y a un mismo tiempo florecida en alegría y hermosura. Evocó a los maestros de vida: Cristo y el Buda, el Padre y tío Carlos, Muzzio Saenz Peña el "atman", don Alberto el hombre de acción, Javier quijote y rebelde, René idealista y revolucionario, don Román patricio, Víctor gran artista y pensador, amigo de verdad, y los otros, los maestros lejanos, Bolívar y Sucre, Lincoln y Emerson, Campero el íntegro y Tamayo el incomprensible que atrae y rechaza a un mismo tiempo. Y Mateo, el postrero de los arquetipos ideales, acaso el más fidedigno, espejo de vida e invención a la vez, cuyo acontecer Ella enalteció transcurriendo a su lado hermosa, inalterable, perfectísima... (Un bandazo del avión y el monólogo rememorativo se reanudaba dócilmente) paradojal comprobación: el que se pensaba solitario (acaso lo era en la madurez) había sido varón de muchos, de muchísimos amigos, en el vivir real y en las siembras del espíritu.

Y el paisaje siempre nuevo, siempre el mismo, siempre diferente y el grande Illimani inmemorial, la naturaleza eternamente joven y radiosa, el pensamiento alerta y sin fatiga… Y al entrar o el salir del torrente de las obras y los nombres cada uno de los cuales suscitaba viejas alegrías y mundos renovados en su alma, Lisuarte rindió gracias a Dios por el don de amor, de entusiasmo, de búsqueda, de comunicación que permite al hombre vivir mil vidas y cien mil experiencias, receptor de nobles influencias y animador de nuevas inquietudes a un tiempo, porque quien bebe de las linfas del ser, da de beber también del propio manantial interior. Y en

realidad —reflexionaba el meditador— no somos uno, sino muchísimos y entre los innumerables clásicos y modernos que anclan en el corazón, brota un espíritu más compuesto o recompuesto de la faena de muchos, que a su vez servirá de hito o de saeta para otros, porque esa es la ley: dar, entregarse, y luego absorber, enriquecerse, para volver a la dación de amor y de saber. Había sufrido por la patria desgarrada y por la humanidad enloquecida. Quiso comprenderlo todo y sólo alcanzó mínimas verdades. Aspirante a humanista, terminaba en hombre de su tiempo, traído y alejado por las olas del común acontecer. Primero el marido más feliz, ahora un desesperado en soledad. ¡Qué extraña era la vida! Cuando se mira lo inmenso de los sueños y lo corto de cuanto se llega a realizar, a través de las pequeñas peripecias que desvían o interrumpen el trayecto, nadie se reconoce hechura solo de sí mismo porque trabajaron mi fuerzas dispersas y encontradas que disociaron y recompusieron al que se creía fuerte y único. Osiris no es sólo un mito. Y los recuerdos seguían atropellándose en su mente. Aquella parada en la costa amalfitana, frente a las casas de un villorio a la vera del camino, lugar plácido donde la vida parecía haberse detenido. Pasaron tres jovencitas y María dijo con admiración: "¡Mira qué lindas son!" Y él había respondido: "Deja que me mire en el fondo de tus ojos; es el único misterio que llama a mi corazón". (¡Cómo habían brillado los ojos oscuros de amor y gratitud!) Esos tres años de lucha civil, sin pedir nada, entregando todo, ¿no habían sido los más tensos, los más puros y en cierto modo también los más dolorosos? En los días húmedos aún dolía la cicatriz. Y cómo subía el General las gradas del Palacio, saltándolas de dos en dos, jovial, fuerte y animoso como un muchacho; luego tomaba asiento y comenzaba: "Ahora vamos a dirigir un mensaje al pueblo, pero éste tiene que ser mejor que el anterior". Y los celos y los odios crecían conforme aumentaba la confianza del conductor. Las tumultuosas conferencias políticas ¿no habían sido la contrapartida de los largos silencios hostiles? El gran premio nacional de literatura, las actuaciones internacionales, los discursos improvisados, las fatigas para manejar hombres y resolver problemas, la gran caminata de la existencia trasegada de ascensos y caídas, tan pronto aplausos y elogios estallan como las olas en los escollos, tan pronto injurias y calumnias acechan al que actúa en vía pública. Y los montes que trepaba en los claros días de invierno hasta dominar el anfiteatro andino. Los deliquios del hogar, la esposa y los hijos amadísimos, cuyas vidas hermosas llenarían otro libro. Y la ciudad querida sobre todas, el Nevado Inmarcesible, el cuerpo siempre detrás de una pelota, el alma en pos de un ideal sin reposo. ¿Qué contaban títulos, honores, situaciones? Había sido un soñador, un buscador, el buscador dichoso e inconforme a un tiempo; dichoso porque la Musa hogareña prestigiaba sus aventuras espirituales, inconforme porque siempre se alejaba la meta móvil de sus ambiciones. y el cielo estrellado y el mar lejano, dos enigmas que renuevan su fascinación. Y los anhelos colmados y las esperanzas desvanecidas. Y los muchos libros publicados y los que llevaba larvados en la imaginación. Pero todo esto, siendo tanto, se aminoraba y se desvanecía cuando pensaba en el milagro vivo de María; porque el milagro muere apenas concluye de nacer, es la transición de un estado del ser a otro estado del ser, sea fisiológico, sea subjetivo. Sucede, sucedió: queda la consecuencia taumatúrgica de su transcurrir, no el milagro en sí que brota subitáneo, relámpago fugaz, abre una perspectiva a lo inaudito para volver a cerrar el ciclo del enigma. María, en cambio había sido (¿seguía siendo?) el milagro "vivo", el que nunca cesa de ser ni de influir en cuanto lo rodea. Era la eternización del milagro, lo siempre joven y resueltamente claro, la serena confianza, el júbilo sin mengua. Y no sólo milagrosa su acción tranquilizadora, reanimante en los demás, sino el portento de una conducta límpida tendida a la santidad si santidad puede haber en la vida conyugal y familiar, porque Ella nunca solicitaba nada para sí; su alegría radicaba en velar por los suyos, en verlos felices, privándose de cualquier deseo con tal de acrecentar el contentamiento del esposo, de la madre, de los hijos. Torre de perfecciones: no dejaba resquicio a la mínima fisura. Todo perfecto en su ideal arquitectura. A través de diez, veinte, treinta y ocho años; siempre igual. Recogida en su casa para evitar las desmembraciones del mundo, laboriosa y tenaz en cuanto suponía trabajo doméstico, disciplina familiar, ordenamiento de la morada, educación de los hijos, hasta severa, podría decirse, cuando creía que el marido erraba (¡pero tan pocas veces!) y en cambio la sonrisa permanente, la constante suavidad del trato, la ternura a flor de piel, los ojos oscuros despidiendo fulgores del misterio de amor que no conoce término... Noble, nobilísima, abnegada, desinteresada, aceptaba valerosamente las cargas materiales y las espirituales tribulaciones. Se entregaba entera a su hogar, hacía culto del marido y de sus actividades intelectuales. Esa maravillosa facultad de poder confinarse en el pequeño y gran mundo resonante de la familia ¿no era un signo de elevación moral, ahora que el mundo (hombres o mujeres) vive en la avidez de poder, de abarcar, de mudar, de agotar las sensaciones? Y si medía su vida misma, la de él, hombre y artista, luchador y escritor, buscador, realizador, o la de otros inquietos, proteicos y voraces constructores, con el pasar aparentemente apacible, enérgicamente productivo de la buena esposa, de la eficaz madre de familia, de la insustituible ama de casa, descubría que la

obra increíble de la mujer casada es la mayor ofrenda de trabajo y sacrificio que el ser humano entrega a Dios. Porque el varón tiene en su propio hacer la recompensa de sus desvelos: todo es satisfacción, éxito, lisonja, remuneración a sus fatigas. Dinero, fama, poder, acrecentamiento de la personalidad, honores, mujeres, aventuras, empresas arriesgadas, altos horizontes, los cántaros brotados de sus manos vierten generosos el vino de la ambición recompensada. Para la mujer solamente el amor, el reconocimiento de los suyos (cuando los hay) porque no todos penetran el ámbito delicado de la gratitud y menos indagan los caminos secretos de la abnegación femenil. María, entonces, surgía en su memoria como el portento inexplicable, eso que no puede ser explicado, lo que deja estupefacto al meditador, porque la mujer trabajadora, rebosante de sentido práctico, útil en todo, regidora de su hogar, orientadora de los suyos, multiplicando sus fuerzas en beneficio de la familia, guardadora de la paz, del orden activo de la casa, olvidada de sus propios deseos, sin tiempo para esmerarse en sus hechizos, es una cosa; y otra, muy distinta, la mujer refinada, sutilísima, la que cuida sus horas y sus manos, afanada en el "boudoir" y en la elección de sus tocados, la que subordina todo a la imperiosa tiranía de saberse bella y mantenerse fascinante: la que no se da al hogar porque el hogar es sólo uno de los muchos territorios de su implacable soberanía. María, sin embargo, había sido la mejor esposa y la mujer más seductora. Si falta el sol muchos días y te sumes en días grises, es como si la vida quisiera retirarte su fuerza bienhechora. Dejabas de verla unas horas y unos hilos misteriosos tiraban hacia Ella porque solo a su lado reanimabas energías y tornabas al júbilo. Era, verdaderamente, una criatura solar, dadora de luz y de alegría. El milagro vivo de una presencia turbadora que después del impacto inicial de su hermosura deslumbrante, sumía en la suave ternura de una paz infinita. ¿Hija del cielo o hechura de la tierra? Una estrella encarnada. El Ángel de la Guarda para sus hijos. El ideal hecho mujer para su marido. La indescriptible, porque está más allá de las palabras. ¿Y cómo podría él, pobre escritor, ínfimo artista, sugerir o suscitar la poderosa influencia espiritual que irradiaba del ser maravilloso? Busca, busca más allá del idioma, más allá de la música, talvez en la oración y en la meditación, aniquílate en la angustia del pensar, resurge de la melancolía, violenta las preguntas sin respuesta de la Muerte, interroga a la Vida por qué lo más perfecto es lo indecible... Nunca descifrarás el enigma: María es el arcano que no puede ser revelado aunque se deje amar y aproximar. Casar con Ella había sido, ciertamente, la mayor hazaña de su vida. María Montevelo, amada y esposa… La soñaba, a veces, en remota lejanía, como un arquetipo de belleza y donosura, fluyendo por cielos azules, con larga capa de armiño de cauda majestuosa, ceñidas las sienes por áurea corona, con un cetro de reflejos mágicos esparcidores de ventura, sola Señora en la Virtud y en la Hermosura. Por verla pasar una vez más y recibir nuevamente la magia musical de su mirada y su sonrisa, él daría los años que le quedaban de vida. Y viviendo mil veces mil veces la volvería a escoger. Y después de Dios pondría todas las excelencias de! mundo bajo el signo de su nombre y de su amor. Porque María Montevelo es la mujer que derrotó a la muerte. (Otro bandazo del avión, apenas sentido por el pensativo). La que se fue, la que volverá; en verdad: la que no se ha ido ni podrá alejarse nunca. Centro del mundo. Y no obstante la que ha de regresar un día bajo otra arcilla material, con nombre distinto, en otro tiempo, para recordar a los hombres que Belleza, Inteligencia, Bondad y Simpatía circundan a la Encantadora de las Encantadoras. Reina de la vida, soberana en los espíritus. La que todos sueñan por regalo del destino" "La que yo tuve (sigo teniendo) por don del Misericordioso". María, la indescriptible. Casa de alegría. Morada del Señor. El prodigio que está sucediendo siempre. ¿Seguir dibujando el velo de alabanzas en su honor? No acabarías nunca. Era una mujer noble y sencilla que te ofrecía lo maravilloso en el vaso de la realidad. Era María Montevelo…Y el gran viaje de la vida, una andadura sin igual atravesando mares, cordilleras, desiertos, bosques, ventisqueros, llanuras, altiplanicies hoscas, peleando a brazo partido con los hombres, sumergido en las ideas, acosado de dudas y ambiciones, sin perder jamás el entusiasmo por la acción, cayendo y levantándose cien veces, habitante simultáneo del reino interior y del contorno agresivo, hasta llegar jadeante pero victorioso, al paisaje ideal largamente soñado, que resultaba el mismo de donde partiera el día que nació el primer poema: la hoyada legendaria coronada de rocas y de nieves, el espacio aterrador gravitando en sus muros y en sus filos, una ciudad de nubes rosadas y hermosísimas cerniéndose sobre la comarca amada de las paceñas gentes y los montes seculares, allí, cerrando en un anillo aéreo la casa y el jardín de amor que quiso buscarse hacia adentro. Y Lisuarte ascendía por invisibles escaleras hacia el trono de oro y de zafiros donde su Diosa lo aguardaba, en un cielo sin tiempo, más allá del trueno y del relámpago, en las azules lejanías de la belleza donde amor y sueño se funden en éxtasis final. y cuando el victorioso ponía pie en la última escalinata —nube rósea que servía de fimbria al trono de la Bien Amada— se abrió el cielo a sus pies, la Noche dispersaba con venablos negros los seres y las cosas, se disolvía el paisaje fantástico bruscamente, en un contrajuego de alas que huían y de sombras amenazantes, y él caía, caía, caía al abismo pavoroso trocado de vencedor en perdidoso, ofuscado, abandonado, sin

salvación posible porque las Moiras, envidiosas, tenían decretado que el gran buscador fuese, también, el mayor desventurado. Y una tristeza desgarradora como venida de la música de Beethoven angustiaba su alma y la llevaba hacia donde...

—Señores pasajeros —anunciaban desde la cabina de mando— en cinco minutos más aterrizaremos en el aeropuerto más alto del mundo, en La Paz, de Bolivia, a 3.800: metros sobre el nivel del mar. Les rogamos no fumar, ponerse los cinturones y no abandonar sus asientos hasta que la nave se detenga.

Lisuarte se estremeció. ¿Había vivido, había soñado? ¿Esta sería la última duda, el postrer desfallecimiento, el encuentro de verdad y fantasía? El viaje de la vida y las travesías del recuerdo se enlazaban en el movimiento final de la sonata apasionada que el artista integra con el ritmo de ola de sus días y sus noches.

En la sala del aeropuerto lo esperaban hijos y amigos. Lágrimas en las pupilas. Bocas apretadas para esconder la pena. Abrazos nerviosos. Sobraban las palabras. En la ronda de los besos de la familia, faltaban los labios de la Muy Amada. Su voz alegre no llamaba a la dicha. Los ojos hermosísimos ya no reflejarían el misterioso encantamiento del mundo y de sus seres.

En el descenso a la ciudad se desató la conversación. Lisuarte pausado, refiriéndose a incidencias del viaje realizado. Carmen vivacísima, saltando temas y sucesos, buscando evitar lo que pudiese afligir al padre. Miguel grave y afectuoso.

Llegaron a la casa. Vencidos los transportes del reencuentro, ligeramente afectado por la altura, escondiendo la emoción del vacío y del pesar creados por la Ausente, Lisuarte dejó a todos en la sala:

—Un momento —dijo— ya vuelvo.

Caminó con paso firme por el pasillo hacia el interior de la casa, cruzó el dormitorio, y se dirigió al “cuarto de sol"', allí donde transcurrieran las horas más felices del tiempo que se fue.

Vencido por el hábito antes de ingresar a la estancia gritaba conmovido:

—¡María!

Otra voz, queridísima, le respondió:

—¡Leonardo!

Aquí, en el amado cuarto de sol, estaba la esposa más bella y más joven que nunca, con el vestido granate que realzaba la esbeltez de su figura y acrecentaba su gracia morena.

—Temía no encontrarte —dijo el marido.

—Te esperaba —contestó ella— y los ojos elocuentes hablaban de mil cosas dulces y queridas.

El sacó el pañuelo para secar los ojos húmedos de llanto.

—Serán las últimas lágrimas y la última pena. No nos separaremos más.

—Lo que el Señor ha unido nadie podría separar.

Mientras el buscador y la Siempre-Novia se fundían en beso ternísimo, el cuarto de sol resplandecía de una luz bienaventurada que brotaba de la hondura y no de lo alto.

Un colibrí aleteaba en las flores del jardín.

El diálogo de los esposos se reanudaba en timbres de ternura que solo comprendían sus felices corazones.

Y así comenzó la tercera vida en el eterno amor de Leonardo Lisuarte y María Montevelo.

© Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz-Bolivia

Comentario

“Estos “Laúdes a la esposa muy amada” de Fernando Diez de Medina más que prosa poemática resuenan como música, una larga composición en sonatas”.

“Música y también poesía lejana que recuerda la estructura de uno de los libros sagrados. ¿El cantor de los cantares? Lo que más mueve mi ánimo en estos bellísimos laúdes es el carácter de un romanticismo elevado y digno. El romanticismo imperecedero”.

Diez de Medina escribe con claridad y dice cosas realmente originales. Canta a su esposa con rigor y ternura. La recuerda. Está muerta, pero presente, intacta en la memoria. Recuperada en el lento futuro”.

“Nada arredra al auténtico creador que habla con repentina fuerza, nacida por paradoja en la madurez y la contemplación. Estos poemas en prosa suenan de manera verdadera. De repente hay vislumbres de poesía oriental y el canto repite con originalidad certísima variaciones de Khayyam. Todo es sustancia. Me detengo en el laude 8. El mérito vivo de estos cantos es la honda sencillez, la expresión inmediata que brota simplemente. Solo así se puede llegar a la plena sugerencia”.

“Y el poema avanza. El lector se resiste cuando el soñador y esposo refiere aquella perfección. Y de pronto el desgarramiento. He aquí el último canto: ¡Oh tu, la Bien Amada, lejana y próxima a la vez”.

(F.G.T. en “La Gaceta Literaria” de Madrid).